

Dos cartas para Carol

Emma Pulido

Historias que se escribieron solas

DOS CARTAS PARA CAROL

Emma Pulido

DOS CARTAS PARA CAROL

Historias que se escribieron solas



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: abril de 2025
Copyright © 2025 Emma Pulido
Depósito legal: B 9480-2025
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mis niñas

A mis padres

A mi luminoso candil

A aquellos tiempos

ÍNDICE

Dramatis personae

Introducción: Historias que se escribieron solas

PRIMERA PARTE: LAS HISTORIAS CONTINÚAN

- Capítulo I: Almas rotas
- Capítulo II: Dos cartas para Carol
- Capítulo III: Cómo empezó todo
- Capítulo IV: Una historia cruel
- Capítulo V: Un extraño crimen
- Capítulo VI: Un pajarillo en mitad de la jungla

SEGUNDA PARTE: HISTORIAS QUE VIENEN DE LEJOS

- Capítulo VII: Cuando el amor no es suficiente
- Capítulo VIII: La madre
- Capítulo IX: El encuentro
- Capítulo X: Instalados en Londres
- Capítulo XI: La Fiesta
- Capítulo XII: La Desaparición
- Capítulo XIII: El huérfano irlandés
- Capítulo XIV: La mejor noche de sus vidas
- Capítulo XV: El extraño regreso
- Capítulo XVI: Un desenlace inesperado
- Capítulo XVII: Cuando el amor lo estropea todo
- Capítulo XVIII: El irlandés y la extremeña

TERCERA PARTE: HISTORIAS QUE SON MISTERIOS

- Capítulo XIX: Y llegó la desgracia

Capítulo XX: Una propuesta envenenada
Capítulo XXI: Preocupado
Capítulo XXII: El nacimiento
Capítulo XXIII: Una fulminante historia de amor
Capítulo XXIV: Desvelando secretos
Capítulo XXV: Buscando venganza
Capítulo XXVI: Un hallazgo casual
Capítulo XXVII: La muerte de William
Capítulo XXVIII: Confesiones
Capítulo XXIX: Antón
Capítulo XXX: Recomponiendo pedazos
Capítulo XXXI: De nuevo en Derry
Capítulo XXXII: Engañado
Capítulo XXXIII: El padre de Henry
CUARTA PARTE: CADA HISTORIA TIENE SU FINAL, ¿O NO?
Capítulo XXXIV: En Madrid
Capítulo XXXV: Una difícil decisión
Capítulo XXXVI: El transeúnte solitario
Capítulo XXXVII: Una sensación de desasosiego
Capítulo XXXVIII: Sospechas
Capítulo XXXIX: En peligro
Capítulo XL: Nada es lo que parece
Capítulo XLI: ¿Y las manos?
Capítulo XLII: Una triste despedida
Capítulo XLIII: El amor y el odio son más que compatibles
Capítulo XLIV: Un accidente
Capítulo XLV: Un descubrimiento atroz
Capítulo XLVI: La herencia de las Legazpi
Capítulo XLVII: Una tarde de domingo

Capítulo XLVIII: Un nuevo comienzo
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
ASÍ NACIÓ ESTA NOVELA
SOBRE LA AUTORA

DRAMATIS PERSONAE

POR ORDEN ALFABÉTICO

Andrés Legazpi: Único hijo de Elvira, marido de Rosario y padre de Carolina.

Antón Fermosel: Empresario madrileño que viaja por razones de trabajo a Barcelona. Allí conoce a Marcos Noguera en 1974.

Beatriz: Cuñada de Carolina. Está casada con uno de sus hermanos. Escribe una novela sobre la vida de la abuela Elvira.

Brendan: Uno de los hijos de Malena (María Elena) y Desmond.

Camilo Palomino Manchado: Es el transeúnte solitario que descubre un cadáver en el parque del Oeste de Madrid la madrugada del veintiuno de abril de 2007. Tiene un perro al que adora, Gus, y le encanta husmear en las vidas ajenas.

Carolina Legazpi Gutiérrez: Es la única y adorada nieta de Elvira Legazpi y la destinataria de dos cartas que pueden cambiarle la vida.

Conor: Hermano mayor de Desmond. Muere asesinado en una reyerta en Derry.

Curtis: Amigo de Henry.

Desmond Donnelly: Hombre maduro irlandés del que se enamora Maria Elena en La Calzada del Gigante.

Elvira: Elvira Martín Dávila, de casada Elvira Legazpi, es la abuela paterna de Carolina y antigua propietaria de la finca de Los Charros de Salamanca. Se quedó huérfana al nacer y creció en un hospicio. A los once años empezó a trabajar al servicio de Felisa Legazpi en Los Charros. Allí conoció a su futuro esposo, Andrés Legazpi Cuesta, padre de Andrés Legazpi Martín, padre a su vez de Carolina. Cuento la agitada vida de Elvira en mi primera novela: *La medalla de peltre.*

Fernando Tomás García de las Bayonas: Psicólogo que trata a Carolina cuando empieza con sus problemas.

Francine: Ama de llaves de los Harris. Llegó a Londres huyendo de un secreto terrible.

George Harris: Militar del ejército británico destinado en la India que adopta a una huérfana justo cuando tiene que regresar a Londres tras la independencia del país. Es padre de William.

Georgina, también Georgi: Hija de Carolina y Henry. Nieta de William. Nace en 1985 en Hereford. Vive en Londres con su padre y su madrastra, Susan.

Gerry: Uno de los tres hijos de Malena (María Elena) y Desmond.

Gómez: Policía que trabaja en la misma comisaría que el inspector Jota Jiménez Barquillo.

Gonzalo de la Peña: Joven que vive de acogida en Villa del Río (Córdoba) después de un drama familiar. Viaja a Madrid para trabajar en 1984 y en diciembre de 1986 conoce a Carolina, con la que terminará casándose.

Henry Harris: Hijo de William Harris y nieto de George Harris. No sabe quién es su madre y este hecho lo martiriza.

Inspector Jiménez Barquillo (Jota Barquillo): Policía que investiga el hallazgo del cadáver mutilado de un hombre en el parque del Oeste.

James Harris: Hijo adolescente de Henry y Susan Harris.

Jasmine Naseer Malik (después Jasmine Harris): Se queda huérfana tras una revuelta durante el proceso de independencia de la India. Sus padres trabajaban para los Harris, por eso George Harris la adopta y se la lleva a Londres.

Johnny: Marinero malvado y cruel que trabaja en el buque *Metal Diamond*. Compra por un puñado de monedas a un pobre niño aldeano para llevárselo en el barco y explotarlo en todos los sentidos.

Josefina Verdiñas: Madre de Rosario. Abuela materna de Carolina.

Louise: Amiga de Jasmine.

Malena (María Elena) Donoso Villarreal: Emeritense soñadora que se instala en Irlanda para estudiar inglés y conocer el país de sus fantasías.

Marcos Noguera, Huamán Quispe de niño: Llega a la península huyendo del barco en el que sufre todo tipo de vejaciones desde que su madre lo vendió a los diez años para tener una boca menos que alimentar.

Margaret: Novia de Conor, hermano mayor de Desmond.

Mariana Medina: Madre de Gonzalo. Madrileña que llega a Bujalance, siendo una niña, en la posguerra.

Marta Palomino Paz: Hija de Camilo. Muere muy joven, y esa desgracia atormenta a su padre.

Mary: Antigua niñera de Henry.

Miss Law: Profesora que, además de impartir clase, está a cargo de las alumnas que viven en el internado de Malvern (Inglaterra).

Muriel Roisin Donnelly: Vieja sirvienta de los Wentworth.

Paco de la Peña: Andaluz nacido en Bujalance que ha crecido estigmatizado por ser hijo natural. Es el padre de Gonzalo.

Patrick Donnelly: Hermano de Muriel. Se queda viudo con dos hijos muy pequeños: Conor y Desmond.

Pepe: Hijo de unos empleados de Elvira.

Rachel Swinburne, de soltera Rachel Wentworth: Hija de la familia de guardianes de Carolina. Se hace amiga íntima de la española y le presenta a su primo Henry. Más tarde, le echará una mano con sus problemas, aunque terminarán por perder el contacto.

Richard: Enamorado de Jasmine. La abandona sin dar explicaciones.

Rosario Gutiérrez Verdiñas: Madre de Carolina. Es muy religiosa y estricta con la educación de su única hija.

Rose Harris: Esposa de George Harris. Vuelve con él de la India, pero poco después se divorcian.

Santiago Donoso: Padre de María Elena (Malena) es emeritense y se retira a vivir a una finca que ha heredado en Badajoz.

Sean: Uno de los tres hijos de Malena (María Elena) y Desmond.

Susan Davenport: Esposa de Henry. Pertenece a la alta sociedad londinense. Madre de James y madrastra de Georgina.

Veda: niñera de William en Jaipur.

Wentworth, Los: Son la familia guardiana de Carolina en el internado y padres de Rachel, su mejor amiga. Pertenecen a una estirpe de militares al servicio de la Corona Británica.

William Harris: Padre de Henry. Oculta secretos.

Dos cartas para Carol es la segunda entrega de la saga *Historias que se escribieron solas*, cuya primera novela es *La medalla de peltre*. En este nuevo relato nos adentramos en la vida de los descendientes de Elvira, en especial Carolina Legazpi, su única nieta. En contraste con la primera novela, inspirada en hechos y personas reales, en esta ocasión todos los personajes, nombres y acontecimientos no históricos son totalmente inventados, aunque la ambientación de una gran parte de la narración está basada en la percepción que yo misma tuve del mundo que me rodeaba en aquellos tiempos y mis viajes. Cualquier coincidencia con nombres, personas o sucesos verdaderos sería fruto de la casualidad.

¿Qué más te ofrecen que sufrir en silencio?
¿Qué más te queda que tramar la venganza?
Quizá fue vano confiar en el tiempo.
Jamás fue cierto que pudiera sanarla.

INTRODUCCIÓN:
HISTORIAS QUE SE ESCRIBIERON SOLAS

MADRID, FEBRERO 2007

Elvira tenía un bolso. Era un bolso de cuero negro, espacioso y abombado, con dos asas gruesas y una gran cremallera metálica. Nunca se separaba de él. Lo encargó a medida a un artesano en los tiempos en los que regentaba el mesón de la plaza de Colón de Salamanca, allá por 1930. Para cualquiera que se fijara un poco, ese bolso era un armatoste viejo y pasado de moda, una antigualla llena de grietas, raspones y arañazos, la reliquia de un ayer lejano y oscuro que era mucho mejor olvidar. Para la familia Legazpi, sin embargo, significaba mucho más que un accesorio en donde transportar objetos personales de un lado para otro, bastante más que un complemento de estilo. Para ellos, era su universo secreto, un microcosmos en el que todo cabía. Su interior no sólo podía aportar la solución a cualquiera de los problemas cotidianos. También, y mucho más importante, era capaz de suministrar el remedio a los males del espíritu.

En cada momento de necesidad, la abuela, al igual que un mago, transformaba su bolso en chistera. Un movimiento suave de muñeca y ¡zas!, enseguida extraía el cachivache exacto para la ocasión. Que

por descuido alguien enganchaba el bajo del vestido, Elvira sacaba aguja e hilo. Que caías al suelo y te herías en la rodilla, encontraba mercromina y tiritas. Que te daba un ataque de tos, caramelos de menta. Que había que transportar algo, una bolsa de plástico meticulosamente plegada. Cuando te martilleaba el hambre, una chocolatina. Si te dolía la cabeza, aspirinas; cerillas para encender las velas de los cumpleaños, lima por si se te enganchaba una uña, una pequeña pastilla de jabón, pañuelos de tela bordada, navaja multiusos, vaselina, una cajita de pastillas Juanola… No había nada que no pudiera encontrarse en el fértil vientre de aquel complemento. Cuesta creer que aguantara su peso colgado del brazo durante horas. Y era bien cierto que esa andorga de cuero era también capaz de procurar alimento a las necesidades del alma. En uno de los departamentos interiores, protegida por un plastiquito, atesoraba una vieja hoja de cupones de la cartilla de racionamiento de la posguerra. Era un acicate para los días de bajón. Si la tristeza intentaba instalarse en los corazones, Elvira la extendía sobre la mesa y atestiguaba sobre aquellos tiempos en los que no sabía si vería un nuevo amanecer.

Las estampitas del Jesús de Medinaceli, de la Virgen de la Vega y de la carmelita descalza, Beata María Sagrario de San Luis Gonzaga, con sus respectivas oraciones en el reverso, que a veces declamaba con gran devoción, eran las proveedoras de esperanza. Con ellas no había lugar para el desaliento. Y si lo que te martirizaba era el aburrimiento, sacaba su baraja de cartas para jugar un cinquillo o un manoseado fascículo de Selecciones. Pero, sin duda, el elemento más querido por Elvira, aquel del que jamás hubiera prescindido, el que hubiera salvado por encima de todo en una situación de peligro, era la foto del abuelo Andrés. Se trataba de una foto antigua en la

que aparecía de joven, con un elegante sombrero de ala ancha. Sus ojos, clarísimos, miraban con misterio hacia el objetivo, haciendo gala de una profundidad imposible. Y en la parte inferior derecha, adornada con una elegante caligrafía, estaba la dedicatoria:

Amada luz de mis días:
Mira al futuro con ilusión y recuerda que lo mejor está siempre por venir.
Andrés

El futuro… Elvira siempre quiso apoderarse de lo mejor de la vida en cada etapa. Incluso en aquellos días oscuros en los que tuvo que aprender a vivir sin su amor. Su hijo, sus nietos y bisnietos la colmaron de alegría y optimismo, consiguiendo que exprimiera cada momento que pasaba con ellos como si fuera el último. Estaba claro que siempre encontró consuelo en la dedicatoria de su esposo, un hombre inteligente que supo valorarla.

En todos los acontecimientos de la vida de los Legazpi estuvo ese bolso colgado del brazo de Elvira: pesado, a veces disonante, inarmónico; útil, incluso después de que su existencia pasara a ser un mero recuerdo.

La más pequeña de la familia velaba a su abuela sin separarse del féretro. Su rostro demacrado y los rizos revueltos contrastaban con el traje sastre recién planchado. Llevaba toda la noche en pie, como un soldado, y no pensaba recostarse hasta que todo terminara. Necesitaba acostumbrarse al cuerpo inerte, a la ausencia que quedaría amarrada para siempre a su corazón. No pudo despedirse de ella. Murió tan deprisa que ni siquiera tuvo tiempo de avisar a nadie. Se la encontraron en su casa, tendida sobre la gran cama de nogal que había acompañado sus sueños desde el día que se

acomodó en Los Charros[1]. Esa tan grande y pesada que a duras penas pudieron trasladar desde la antigua finca a su piso de Madrid y que casi arranca el cerco de la puerta al encajarse. Nunca quiso deshacerse de ella, y ahí la encontró la muerte, como siempre deseó: durmiendo, tranquila, satisfecha. Carolina se preguntaba si estaría ya con el abuelo o si, por el contrario, su alma continuaría revoloteando por este mundo, intentando solventar los asuntos pendientes.

A la mañana siguiente, todos los Legazpi se dirigieron a Salamanca para esparcir las cenizas. Debían hacerlo por el mismo campo charro en donde Elvira dispersó las de su amado, mucho tiempo atrás. En las mismas tierras que fueron testigo de su historia de amor sincero y que le otorgaron, con varios años de diferencia, los días más tristes y felices de su vida.

Carolina portaba la urna con los restos de la difunta. Ella misma se encargaría del mal trago. La antigua finca de Los Charros no era una opción. Hacía años que no pertenecía a la familia. Tenía claro el lugar perfecto, muy cerca de sus lindes. Todos la seguían. La brisa era suave y el sol discreto. De manera solemne levantó la tapa y volcó poco a poco su contenido. Una ráfaga lo izó al infinito. Ahora los abuelos podrían envolverse juntos en el viento de la mañana o saltar, gozosos, sobre los relámpagos de la tormenta o fundirse en el ardor de un cielo de julio o, mucho mejor, mezclarse con las hojas de los alcornoques de su antigua finca y acariciar, zarandeados por el viento, los muros de la casona de piedra, para después unirse en un susurro que chapotee sobre las aguas del río Tormes en un cálido atardecer eterno.

Después de regresar a Madrid, Carolina se dio cuenta de que llevaba al hombro el bolso de Elvira. Lo había cogido por instinto

cuando trasladaron el cadáver al tanatorio. Desde que tenía uso de razón, su abuela y ese accesorio habían estado juntos. Eran las dos partes indivisibles de un todo. «Deberían haberlo incinerado con ella», pensó. Y se temió que ya no sería capaz de deshacerse de él. Lo miró unos segundos dubitativa y, acto seguido, volcó su contenido encima de la cama. Los artilugios de siempre saltaron sobre la colcha, caramelos de miel incluidos. Tomó uno y le quitó el envoltorio. Estaba duro como una piedra. Esbozó una amarga sonrisa: «Vete tú a saber el tiempo que llevará ahí dentro», murmuró. Introdujo la mano en los pequeños compartimentos, por si quedaba algo, y fue entonces cuando descubrió un bolsillo secreto con un viejo sobre dentro. El corazón le dio un vuelco. Era para ella.

---

1 Antigua finca familiar en Salamanca que Elvira vendió cuando se quedó viuda.

PRIMERA PARTE:
LAS HISTORIAS CONTINÚAN

CAPÍTULO I:
ALMAS ROTAS

Carolina Legazpi Gutiérrez nació la última tras una lista de tres varones. Vio la luz un brillante día de primavera de 1966. Su madre era por entonces una enamorada del Dúo Dinámico, y las primeras contracciones empezaron a la vez que su canción favorita, como si esos acordes llevaran anexos una inyección de oxitocina. En ese momento Rosario reposaba en el sofá del salón. El vinilo giraba, la aguja se deslizó al siguiente surco del disco, la canción *¡Oh, Carol!* empezó a sonar y, justo entonces, notó un calor húmedo entre las piernas seguido de una fuerte contracción en el bajo vientre. «¡Creo que he roto aguas!», gritó varias veces alarmada hasta que, hecho un manojo de nervios, Andrés apareció para llevarla a la maternidad. Entre dolores, espasmos y chillidos, estrujando la mano de su marido como si estuvieran arrebatándole la vida, juró que, si conseguía expulsar a ese ente que amenazaba con desgarrar sus entrañas, lo llamaría Carolina. La fuerza de sus envites solo podía significar que se trataba de una Legazpi, sin duda. Y así fue. Veinte horas más tarde venía al mundo Carolina. Por fin Rosario podría encargar vestidos rosas con volantes y puntillas para vestir a una niña.

Su primera infancia fue de ensueño. Con tres hermanos y una madre que llevaba años rogando por alguien de su mismo sexo, nadie escatimaba en atenciones para la pequeñina de los Legazpi Gutiérrez. Pero, a medida que cumplía años y se desarrollaba su cuerpo, empezaron a sobreprotegerla. Nunca le dejaban hacer nada

sin supervisión y, en cierta manera, esta circunstancia la perjudicó mucho, porque cuando cada uno de ellos inició una nueva vida independiente y se vio inmerso en las complicaciones de su día a día, Carolina se quedó sola, perdida en un mundo que solo había visto a través de los ojos ajenos.

A los quince años era una criatura esplendorosa. En la distancia llamaban la atención el talle elegante y sus piernas largas y firmes. Sin embargo, en cuanto te acercabas, eran sus ojos oscuros los que te cautivaban. Creció rodeada de hombres. Primero fueron su padre y sus hermanos los que no la dejaban respirar. La acompañaban a todas partes, a modo de sombra protectora. Pero con el tiempo, los jóvenes Legazpi se enredaron en aventuras amorosas y el padre se complicó en el despacho con casos cada vez más exigentes. Ya no disponían del tiempo imprescindible para su trabajo de escolta. Así que, de repente, Carol se sintió desamparada, inerme ante un gran número de pretendientes que a veces rozaban el acoso. Daba igual la hora o el lugar: siempre había un hombre rondándola. Cuando salía de paseo, no era muy raro descubrirla a la carrera, huyendo para poder esconderse de tanto galán inoportuno.

Carolina alcanzó la adolescencia intentando adaptarse a un mundo cambiante en el que desgraciados acontecimientos la fueron marcando a fuego. Al principio la cicatriz era imperceptible, mínima, pero con el paso de los años se volvió gruesa e indeleble. Y aquella que había nacido para ser impetuosa y decidida terminó por conformarse con el soplo insustancial en el que se había convertido su existencia.

Al igual que la España posterior a la guerra civil se concentró en la reconstrucción de un país desolado, el resto del planeta dedicó las dos décadas posteriores a la II Guerra Mundial a la recuperación de

todo lo perdido tras la conflagración. Fueron años de duro trabajo, pero también de crecimiento. En los sesenta, el mundo occidental había retomado su andadura. Los escombros, la desolación y el hambre habían desaparecido. Los supermercados empezaban a llenarse, las industrias despegaban y el lujo irrumpía en la vida de un gran número de personas. Esta situación de abundancia desencadenó, sin embargo, la aparición de nuevos conflictos basados, esta vez, en un apetito de cambio que crecía sin control.

En 1961 John Fitzgerald Kennedy fue investido presidente de los Estados Unidos. La mayoría de los ciudadanos estadounidenses se embriagaron de una atmósfera de metamorfosis que auguraba empresas inusitadas. Los movimientos en defensa de los derechos civiles proliferaron por todo el país y se extendieron como la pólvora hacia Europa, que ya se esforzaba en la construcción de la Comunidad Europea —base de la actual Unión Europea— y buscaba afianzar una cooperación pacífica en el continente. No obstante, al mismo tiempo, las manifestaciones y los disturbios contra el racismo, el capitalismo o la opresión tomaron las calles. Casi todos los países estaban al borde de la revolución, en África corría la sangre, la guerra fría le echaba un pulso constante a los gobiernos y el imperio soviético se estremecía con la Primavera de Praga. En este universo de reivindicación, la cultura pop serviría como propagandista de las nuevas tendencias, a la vez que grupos musicales, como Los Beatles, cantaban con ilusión a la libertad, la paz y el amor. Mientras tanto, la guerra de Vietnam enviaba los cadáveres de miles de soldados de vuelta a casa, sembrando la discordia en suelo norteamericano.

Esta década de indiscutibles avances socioeconómicos, aunque de constante enfrentamiento, que tenía como contrapartida un

movimiento hippie sumergido en las drogas, el concepto de «haz el amor y no la guerra» y las visiones alucinógenas, culminó con la llegada del hombre a la luna en 1969.

España, sin embargo, estaba a años luz de estas exigencias. Es verdad que había conseguido una cierta apertura al exterior, que el turismo empezaba a llenar las playas y los escaparates exhibían novedosos productos importados; las jovencitas vestían minifalda, soñaban con ser algo más que amas de casa y se teñían el pelo de rubio platino, al tiempo que aumentaba el capital en movimiento gracias a los ahorros de miles de emigrantes. Pero la situación sociopolítica seguía estancada. La dictadura continuaba ejerciendo un fuerte control sobre la vida de los ciudadanos, especialmente en lo relacionado con la política y la cultura, y pocas eran las noticias que se filtraban informando de lo que ocurría en el extranjero. Por eso, Carolina nació sostenida por una contundente educación tradicional, ajena a las nuevas corrientes sociales, y el hecho de vivir bajo la custodia de tanto varón no hacía más que acentuar el entorno autoritario y machista de la familia que, por ende, la marcó para el resto de su existencia. De nada sirvieron los esfuerzos de su abuela, Elvira, por cambiar la situación. La anciana, que había luchado durante años para poder dirigir su propia vida, y se había visto obligada a ser audaz sin contar con el consejo de un padre o un hermano, veía con muy malos ojos el dominio exagerado que todos ejercían sobre la niña. Pero no pudo o no supo persuadir a su prole para que permitiera a Carol tomar sus propias decisiones y darle el entrenamiento que necesitaba para transitar en los nuevos tiempos que se avecinaban.

La muerte del dictador Francisco Franco el veinte de noviembre de 1975 trajo consigo una época de transformación. La llegada de la

democracia, con la aprobación en referéndum de la constitución de 1978, llenó de ilusión a una flamante generación que se propuso modernizar la sociedad en todos sus ámbitos. Por fin España empezaba a desprenderse de los viejos ropajes de la censura y aceleraba los cambios. Los jóvenes se lanzaron a las calles y al mundo a disfrutar de esas libertades durante tantos años reprimidas. Estaban desbocados, henchidos de osadía. Eran tiempos en los que los antiguos poderes del estado se sentían amenazados y la banda terrorista ETA multiplicaba sus atentados. Las bombas y los disparos en la nuca empezaron a ocupar los titulares de los medios de comunicación. El veintitrés de febrero de 1981 se ejecutó un golpe de estado que dejó a todo el país sin aliento. Fueron horas decisivas que terminaron con el fracaso del levantamiento y la reafirmación de una democracia que ya no se dejaría intimidar.

En 1982 el PSOE ganó las elecciones generales por mayoría absoluta. La ansiada libertad, que se consolidó gracias al espíritu del 78[2], había cambiado por completo la sociedad. De repente, las normas del juego eran diferentes, y ese insólito ciclón renovador arrastró a Carolina igual que un tsunami. Su fuerza arrambló con todo lo que la sostenía. Desbarató sus principios, sus valores, sus costumbres. No sabía quién era ni lo que quería, y mucho menos lo que necesitaba. La desventura anidó en su vida y su germen lo destruyó todo.

Gonzalo de la Peña Medina era oriundo de Bujalance, Córdoba, en donde vino al mundo una mañana del otoño de 1965. Su padre, Paco, había crecido estigmatizado por ser hijo natural. De nada sirvieron los esfuerzos para obviar el hecho de que el apellido de su progenitor no figuraba en el registro. Paco continuó toda la vida alimentando ese odio a todo gestado en aquel internado dominico al

que asistía por la generosidad de unos frailes, que después le obligaban a señalar su condición. Cansado de las vejaciones de sus compañeros, a los doce años regresó al pueblo y se puso a trabajar. Prefería el hambre a la humillación. Cada mañana temprano acudía a la plaza para conseguir empleo. Unos días se encargaba de los melones del señor Moreno; otros, recogía las aceitunas del señorito Luque. Pero, al final de la semana, apenas conseguía unos duros para ayudar a su madre con los gastos de la casa.

Vivían en las afueras del pueblo, en una casucha baja que tenían arrendada al dueño del melonar. Era pequeña y desangelada. Dormían sobre dos catres en el suelo, junto al fogón casi siempre vacío. En la parte trasera había un patio. Los domingos, su madre ponía a calentar un barreño de aluminio con agua al sol. Ese era su único momento de aseo semanal, si el tiempo lo permitía. No le importaba. En realidad, solo le importaba la vergüenza. Esa que sentía que le acompañaba por su condición de bastardo. La adultez incrementó su resentimiento y no fue capaz de evitar que su hijo, Gonzalo, se desarrollara en ese ambiente insano de rencor y desprecio.

La madre de Gonzalo, Mariana Medina, llegó a Bujalance en plena posguerra. Acababa de cumplir once años. Su infancia tampoco había sido lo que se dice fácil. Sus padres la mandaron a casa de los abuelos porque en Madrid no tenían comida suficiente para alimentarla. Llegó para pasar el verano, famélica y enferma, intentando acostumbrarse a la pérdida de un ojo por una negligencia médica, y se quedó para siempre. Pero Mariana estaba contenta. En el pueblo todo era más fácil. Allí nadie sabía que su padre había luchado con las milicias republicanas y no la maltrataban como en el colegio de Madrid. Las monjas no le obligaban a alargar las mangas

de la camisa con papel cuando las consideraban demasiado cortas o a pasearse por todas las clases portando un gran letrero con la palabra ladrona por tomar prestada, sin permiso, una diminuta hebra de hilo para poder continuar con su bordado. Tampoco la castigaban a quedarse todo el día sin comer si algo la entretenía y llegaba tarde. Ni siquiera sus compañeras se reían de su ojo blanquecino o la llamaban tuerta.

Y a pesar de que mudarse a Bujalance había significado un cambio radical en su vida, y a que, contra todo pronóstico, había encajado como una pieza perfecta en el puzle de esa pequeña comunidad, Mariana nunca consiguió olvidarse de esos antiguos desprecios que enranciaron su carácter y que, con el paso de los años, la convirtieron en una amargada.

Paco y Mariana se conocieron en la plaza del pueblo una noche de baile. En realidad, ya se habían visto muchas veces. Incluso compartían algunos amigos, pero nunca hasta ese momento habían cruzado ni una sola palabra. Y ninguno de ellos sabría más tarde explicar si fue por *Quiéreme Siempre* de Los Cinco Latinos[3], que interpretaba la orquesta esa noche, por la luna llena que brillaba por encima de los farolillos y guirnaldas que adornaban el escenario o por la calor que subía desde el empedrado, obligando a desabotonar camisas y arremangar enaguas, pero se descubrieron mirándose a los ojos y desde ese primer contacto, supieron, sin atisbo de duda, que sufrían de la misma dolencia: el resentimiento. Varios meses después contrajeron matrimonio. Juntos engrosaron su lista de agravios y convirtieron el dolor en una competición violenta.

Pasados unos años, en aquel ambiente enrarecido, cargado de amargura y agresividad, nació Gonzalo. Todo el mundo en el pueblo conocía las circunstancias del pobre niño. Muchos habían visto sus

hematomas y cicatrices. Algunos incluso habían sido testigos directos de alguna paliza. Pero nadie movió ni un dedo para ayudarlo. Por eso, cuando una mañana de lunes de 1975 Gonzalo no acudió al colegio, ni Mariana a trabajar a casa de su señora, ni Paco a conducir el tractor al campo, supieron que algo terrible había ocurrido. Fue la profesora de Gonzalo la que descubrió la escena. Se acercó después de clase al domicilio del pequeño para averiguar si estaba enfermo. Aporreó la puerta con insistencia, pero nadie respondió, así que decidió aventurarse a entrar. Los tres estaban tendidos sobre la cama del dormitorio principal, como dormidos. Pero al gritar sus nombres no reaccionaron. La colcha tapaba parte de los cuerpos y al ahuecarla pudo comprobar que las muñecas del matrimonio presentaban varias incisiones profundas y las sábanas rezumaban sangre. Se habían cortado las venas. El niño estaba a su lado, inconsciente. Los chillidos alertaron al resto del vecindario. La policía y el médico aparecieron enseguida. Después de veinte minutos intentando reanimar a la pareja, no tuvieron más remedio que confirmar su fallecimiento. Paco y Mariana murieron desangrados, aunque la autopsia más tarde demostraría que también habían ingerido somníferos como para dormir a un elefante. Estaba claro que cuando decidieron acabar con su vida lo hicieron a conciencia. Gonzalo tuvo más suerte, no tenía cortes en las manos y, gracias a que había consumido una cantidad de pastillas inferior a la de sus progenitores, aún respiraba.

Tras el suicidio e intento de asesinato de los De la Peña, Gonzalo fue dado en acogida a una familia de Villa del Río. Sus recuerdos se perdieron con el trauma. Así que nadie le contó que sus propios padres le habían llenado el estómago de barbitúricos ni que estuvo tan cerca de la muerte que todos dieron por sentado que no se

recuperaría. Tampoco le dijeron que los médicos no estaban seguros de si quedaría algún tipo de secuela. Por temor, o quizá por lástima, aprovechando las lagunas de su memoria, le ocultaron todos los escabrosos detalles, y, tal vez con la voluntad de borrar ese triste episodio de su vida para siempre, inventaron una historia que Gonzalo nunca acabó de creerse. Después de unos años con su nueva familia, alentado por sus padres adoptivos que tenían un conocido que había hecho fortuna empezando como camarero en la capital, decidió abandonar el pueblo e iniciar una nueva vida en Madrid. En 1984 llegaba Gonzalo a la ciudad con diecinueve años, un contrato como camarero en la novísima Joy Eslava bajo el brazo y un gran sueño por cumplir.

La macro discoteca, que había sido en el pasado un teatro, se había convertido en el lugar de moda, y no era raro encontrar entre sus asiduos a personajes conocidos del mundo de la farándula o aristócratas. Había abierto sus puertas el veinticuatro de febrero de 1981, justo un día después de que el teniente coronel Tejero asaltara el Congreso y las calles de Valencia se llenaran de tanques y militares. Eran tiempos agitados en los que los jóvenes se impacientaban por disfrutar de la libertad y no dudaban en precipitarse a un abismo de inmoderación. Se afianzó la denominada movida madrileña, que ya llevaba un tiempo gestándose por los barrios de Prosperidad —donde se situaba la sala de fiestas El Jardín que en 1981 se transformó en el emblemático Rock-Ola—, Tribunal y San Bernardo, y que pronto se extendería a otros puntos de la ciudad y del país, como Barcelona, Valencia o Málaga. Surgieron decenas de grupos musicales, se organizaron conciertos, llegaron las drogas, los anticonceptivos y el laicismo. La Movida se convirtió en un movimiento contracultural e inconformista que, de igual manera,

alimentó a y se alimentó de una juventud ávida de libertad, que se movía al ritmo de Alaska y los Pegamoides, Los Secretos, Los Hombres G, Mecano, Siniestro Total, Parálisis Permanente, Nacha Pop, Gabinete Caligari y decenas de grupos musicales más, cuya principal finalidad era divertir y divertirse, pero también innovar, transgredir, denunciar y, sobre todo, exprimir la vida al máximo. Con la Movida nacieron también cientos de locales, y la discoteca Joy, entre muchas otras, se convirtió en un punto de encuentro para la fiesta, el espectáculo, los eventos sociales y… el desenfreno.

Carolina conoció a Gonzalo el viernes previo a la Nochebuena de 1986. Él ponía copas frenético en una de las barras del antiguo teatro. Ella se lucía sobre la tarima del escenario con un pase de modelos para una marca de moda. Él se esforzaba por ocultar sus orígenes humildes. Ella intentaba que nadie advirtiera que navegaba sin rumbo, perdida entre las aguas de un océano inexpugnable. Sus compañeras se marcharon nada más terminar el trabajo y se quedó sola, como siempre. Durante un instante, Carolina dudó si tomarse algo antes de abandonar la sala. Se sentía cansada y también un poco abrumada por los moscones que revoloteaban pringosos a su alrededor. Pero el destino hizo que se acercara al mostrador que regentaba Gonzalo y este, acuciado por la avalancha de clientes pidiendo nuevas consumiciones después de la exhibición, no reparó en ella hasta que un indeseable la inmovilizó contra la barra para exigirle atención, derramando el contenido de una copa sobre la encimera. La reacción del camarero no se hizo esperar. Cogió al individuo por el cuello de la camisa y le propinó un puñetazo. El hombre estaba tan borracho que cayó cao contra el suelo. Carolina no sabía qué decir. Se sentía agradecida, pero incómoda.

—Muchas gracias por quitarme a ese peñazo de tío.

—Un placer. Tipos así siempre sobran en una discoteca, aunque están por todas partes. En la noche salen de su guarida como animales en celo. Hay que andarse con mil ojos. Aquí la montan día sí, día también. Los de seguridad no paran de trabajar. ¿Quieres tomar algo? Invita la casa, por el mal rato.

—Vale. Ponme un cubata.

—¡Cubata para la señorita! Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Carol.

—Muy bien Carol, pues te voy a preparar el mejor cubata del mundo.

—Gracias. Me viene bien. A ver si me relajo después del desfile.

En ese momento Gonzalo se dio cuenta de que era una de las modelos del evento. De repente fue consciente de que estaba entablando conversación con una mujer tan guapa como probablemente superficial y no pudo evitar que la mirada se le desviara hacia el escote. Ella se dio cuenta y se giró para marcharse. Entonces la interrumpió.

—¿Estás sola? Yo acabo en una hora. Si quieres puedo acompañarte a casa.

Carolina lo miró con inquina. Estaba claro lo que pretendía el camarero. Esa inspección que le había hecho a sus pechos lo delataba. Y ahora venía con eso de acompañarla. El muy cerdo le había quitado al moscardón de encima para ocupar su lugar. ¡Todos los hombres eran iguales! Agarró la bebida y, mientras le pegaba un buen trago, se dirigió a la pista de baile sin contestar. *West End Girls*, de los Pet Shop Boys[4], sonaba en el mezclador incorporándose a la melodía estridente del último vinilo. Decidió abandonarse a la música y empezó a moverse, copa en mano, como si no hubiera un mañana. Tan solo con la compañía del vaso de tubo. El cristal

alargado y ese líquido oscuro eran su único amparo, como tantas veces. Bebió y bailó, bailó y bebió, con unos desplazamientos tan bruscos que se vio rodeada por un perímetro de seguridad.

Subida al gran bafle de uno de los lados de la pista miró hacia arriba, oteando a la gente que se asomaba desde las otras plantas del teatro para no perderse lo que se cocía sobre el escenario. «Les regalaré un espectáculo digno de Joy», decidió. Los movimientos se volvieron violentos, enajenados. Contoneaba sus caderas y taconeaba sobre el altavoz con tanta energía, que todo el gentío la observaba. Cerró los ojos y se aisló del mundo, pues ya nada le importaba. El bullicio, las palabras sucias, el griterío, las risas… pasaron a un segundo plano. Necesitaba mitigar su dolor y el rugido ensordecedor de ese bafle le serviría de analgésico.

Al final de la noche, aturdida por los efectos del alcohol, avanzando con cautela sobre unos tacones imposibles, se dirigió al guardarropa a recoger su abrigo, y allí estaba Gonzalo de nuevo, con la chaqueta en la mano, apoyando la espalda contra la pared. El flequillo largo y oscuro le caía desordenado a un lado de la frente. Hasta ahora no se había fijado en lo alto y delgado que era. Llevaba una corbata estrecha de cuero y unos levi´s que le sentaban a la perfección. La observaba con ojos de preocupación. ¿O eran de burla?

—Digo yo que, si te has propuesto terminar la noche en el hospital, estás a puntito de conseguirlo.

—Ignórame, tío. ¿Vale? ¡Aire! —contestó Carol sin ni siquiera mirarlo.

—De acuerdo. Tú misma —dijo Gonzalo mientras se ponía la chaqueta y se dirigía a la salida.

—¡Eh! ¡Espera! ¿Tienes coche?

—Aparcado en alguna parte, sí.

—¿Me puedes acercar a casa? Creo que es mejor que esta noche no conduzca. Estoy un poco pedo.

Gonzalo la miró fijamente. Tenía las pupilas dilatadas, el rímel embadurnado por toda la cara y el cabello hecho una maraña. Intentaba mantener el equilibrio sobre unas plataformas que le hacían parecer demasiado alta, pero seguía tan guapa como al inicio de la noche.

—¿De verdad? No lo había notado. Está bien, te llevo, pero con una condición.

Carol intentó controlar su indignación. Tenía claro lo que le iba a pedir. Todos lo hacían más tarde o más temprano.

—Tío, si empiezas con eso me voy en un taxi —contestó a la vez que salía por la puerta principal levantando la mano a uno que había aparcado ahí mismo.

—No. ¡Espera! No tienes ni idea de lo que te iba a pedir.

—Lo que todos. Está más que claro.

—Pues te equivocas. Solo quería que me dejaras primero llevarte a tomar un café. Aquí al lado hay un bar que frecuentan los pelas[5]. Suele estar abierto hasta muy tarde. Tienes un aspecto lamentable. No quiero dejarte así en tu casa. Me sentiría responsable.

Carol frenó en seco y se volvió hacia él. Eso sí que era nuevo. El chico se sentía responsable...

---

2 La Constitución española, aprobada en diciembre de 1978, fue posible gracias al pacto de todas las fuerzas políticas que, con muchas renuncias y concesiones, hizo posible la convivencia democrática. Ese espíritu de renuncia en favor del bien común es conocido como el Espíritu del 78.

3 *Los Cinco Latinos* fue un grupo vocal-instrumental argentino creado en 1957 que se puso de moda al final de los años cincuenta y sesenta. Tenían un estilo parecido al doo wop o duduá (como se decía en España), que se

caracterizaba por una serie de voces a capela (vocalista principal y un coro) acompañadas por una instrumentalización muy ligera.

4 Dúo británico muy conocido en los años ochenta.

5 Taxistas en la jerga de Madrid de la época.

CAPÍTULO II:
DOS CARTAS PARA CAROL

MADRID, FEBRERO DE 2007

Carolina rasgó el sobre con cuidado. Contenía una llave y una carta. Desdobló la cuartilla y comenzó a leer.

Mi queridísima nieta:

Dios me ha concedido la gracia de poder ver cómo crecías y te convertías en una mujer bella y bondadosa, aunque también me ha hecho testigo de tu desdicha. Me hubiera gustado permanecer a tu lado eternamente, pero, por desgracia, venimos a este mundo por un período limitado de tiempo, y yo ya he estirado al máximo mi ciclo.

Cuando leas esta carta, significará que mi alma habrá partido a buscar a tu abuelo, el hombre más maravilloso de la tierra. Me encantaría que alguien como él te acompañara en tu camino, pero comprendo que este deseo es casi una misión imposible. Siento decirte que no creo que Gonzalo sea el compañero adecuado para ti. A lo mejor te escandalizas, pero hice averiguaciones sobre su pasado. Espero que te lo haya contado, pero tuvo una infancia llena de dificultades. No sé la razón por la que hasta ahora no habéis tenido hijos, pero cada día doy gracias a Dios por ello. No me gustaría que te ataras a él para siempre. Además, tú eres una verdadera Legazpi, una mujer fuerte, y estoy segura de que Gonzalo frena tu potencial, al igual que antes lo hicieran tus padres y

hermanos. Es importante que te liberes de todos ellos, que vueles por ti misma y encuentres el sentido de tu propia existencia.

Esta llave puede abrirte la puerta a una vida nueva. Ya he realizado los trámites pertinentes en mi banco para que te dejen acceder a la caja de seguridad. Solo tienes que coger la llave y tu documento de identidad y dirigirte a la sucursal del Banco Santander del Paseo del Marqués de Zafra, 26. Allí descubrirás los siguientes pasos.

Mucha suerte, mi niña, y que Dios te acompañe. Tu abuelo y yo velaremos por ti desde el cielo.

Mientras leía las palabras de la anciana tuvo que tomar asiento. Una daga de tristeza le atravesó el corazón. De súbito era consciente de que su abuela se había marchado para siempre, dejando un vacío en su alma y en su vida imposible de llenar. Ahora tendría que ser ella sola la que se enganchara al mundo. Ya no podría contar con la fuerza de Elvira para propulsarla. Se soltó la coleta y dejó que los bucles cayeran desordenados sobre su espalda. Se quitó los tacones, se liberó de las medias y subió las piernas a la butaca. Estaba agotada, pero no lo suficiente como para pasar por alto las palabras de su abuela. ¿A qué dificultades de Gonzalo se refería? ¿A que sus verdaderos padres se suicidaron? Lo sabía desde antes de la boda. Gonzalo nunca le ocultó nada sobre su pasado. Estaba confundida. Jamás imaginó que su abuela diera importancia a algo tan circunstancial como haber vivido en una casa de acogida. De alguna manera Elvira también lo hizo. Vivió en aquel orfanato y luego en casa de la familia del que sería su esposo. Le parecía raro que en el caso de Gonzalo lo considerara relevante. No cuadraba con su manera de pensar.

A la mañana siguiente Carolina se levantó muy temprano para asegurarse de que su marido estuviera durmiendo y así evitar, de momento, darle explicaciones sobre lo que se traía entre manos. Se dirigió a la oficina bancaria bastante nerviosa. Se sentía desconcertada con la carta de su abuela y tampoco tenía ni idea de qué encontraría en la caja de seguridad. Además, el comentario sobre Gonzalo la había alterado de tal manera, que apenas había pegado ojo. Fuera lo que fuese, pronto saldría de dudas. A las ocho y media alcanzó la fachada de la sucursal. Pasó el control de la doble puerta y, esquivando la cola de caja, se dirigió al despacho del director que la recibió con una sonrisa cordial.

—Buenos días, señorita Legazpi. Le reitero mis condolencias. Su abuela estuvo aquí la semana pasada y tenía un aspecto bastante saludable. Claro, que a esas edades se puede ir uno en cualquier momento —dijo mientras la acompañaba a la cámara.

—Soy señora, pero gracias por su interés.

—Disculpe, señora. Doña Elvira quería dejar todo bien atado. Supongo que es algo natural cuando se tienen tantos años. Insistió mucho en ponerla como segunda titular en el contrato de la caja de seguridad. Mire, es esta. Puede inspeccionar el contenido en esta sala anexa. Tómese su tiempo, no hay prisa. Estaré fuera cuando termine.

—De acuerdo.

Carolina se quedó mirando pensativa el depósito de metal. Tenía miedo de lo que iba a encontrar en su interior. ¿Cambiaría su vida el contenido de ese pequeño cofre? Acercó la llave con cuidado, dubitativa. El clac de la cerradura al abrirse la sacó de sus reflexiones. Levantó la tapa con cuidado. La caja estaba casi vacía. Solo halló un sobre, un disquete de ordenador y un pequeño joyero

que contenía dos esmeraldas idénticas. Eran de gran tamaño. Cogió la carta y el disco, y dejó las gemas dentro. «Demasiado valiosas. Estarán mejor en el banco», pensó. Cuando llegó a la tranquilidad de su hogar y comprobó que su marido se había marchado ya a la oficina, abrió el sobre.

Mi queridísima nieta:

Si estás leyendo esta segunda carta, es que ya tienes contigo las esmeraldas. ¿No te parecen una hermosura? Pertenecieron a la bisabuela Felisa. Tú abuelo y yo las encontramos enterradas en Los Charros después de la guerra. Valen una fortuna, y no solo por su tamaño y pureza. Su valor va mucho más allá porque son mágicas. Pensarás que soy una pobre vieja chocha y no creerás ni una palabra de lo que te estoy diciendo. Es natural. Tengo más de cien años y puede que a veces me falle la memoria, pero ni la edad ni los disgustos han conseguido acabar con mi razón, al menos de momento. Eres mi única nieta y estas gemas son tu herencia. Su magia estriba en la capacidad que tienen para cambiarte la vida. Debes venderlas y utilizar el dinero para recuperar el legado familiar. Ese del que nunca debí deshacerme. Carol, compra Los Charros. Tienes que reparar el error que cometí hace tantos años, turbada por el inmenso dolor que me generó la muerte de tu abuelo. Cariño, nunca averigüé la razón, pero sé que estás rota por dentro y estoy segura de que Los Charros te ayudarán a reconstruir tu vida, igual que un día reconstruyeron la mía. Quiero que sean tuyos. Os necesitáis. Allí podrás empezar de cero. Dejo instrucciones a mi abogado para que contactes con unos joyeros de Amberes que cuentan con mi plena confianza.

En cuanto al archivo, es un manuscrito. Hace unos años tu cuñada Beatriz y yo nos embarcamos en una gran tarea: redactar la historia de la familia. Ella estaba interesada en escribir una novela, y yo le di el argumento para culminar su proyecto. En sus páginas aparecen detalles desconocidos por todos vosotros. Me sentí renovada cuando descargué todos esos secretos. Llegué a un acuerdo con ella para que el texto no saliera a la luz hasta después de mi muerte. La verdad es que me costó mucho convencerla. Está muy orgullosa de su obra. Mi antigua medalla de peltre y un buen pellizco por sus derechos de autor hicieron el trabajo. Los derechos ahora son tuyos. Puedes publicarlo o guardarlo. Tú decides. Pero ¡ojo! ten en cuenta que nunca le confié a nadie la existencia de las esmeraldas. Ese asunto solo nos atañe a ti y a mí. Ni una palabra al respecto.

Ten fe. Todo va a salir bien.

Tu abuelita Elvira velará por ti siempre.

Carolina introdujo el disquete en el ordenador. Un manuscrito de trescientas sesenta y siete páginas apareció ante sus ojos. Una vez que empezó a leerlo ya no pudo parar. La tarde se le echó encima con unas nubes negras y un cielo plomizo que amenazaba tormenta. Carolina ni siquiera se levantó para cerrar las ventanas, que agitadas por el viento repiqueteaban sobre los cercos. Ya anochecido, su marido la descubrió absorta en el texto cuando llegó del trabajo. Ella lo saludó sin levantar la vista de la pantalla, le explicó que tenía mucha tarea y que no la esperara para cenar. Escuchó cómo Gonzalo cerraba las ventanas y trajinaba en la cocina.

En la lejanía los truenos y relámpagos apenas la descentraron de su lectura. Tampoco la tromba de agua que finalmente descargó con

furia sobre el asfalto. Un par de horas después, Gonzalo le daba las buenas noches. Al amanecer terminó la última página. Los secretos de la familia Legazpi la habían impresionado, aunque siempre supo que la abuela era un ser especial. Ya solo le quedaba encargarse de las esmeraldas. ¿De verdad Los Charros curarían su dolor?

CAPÍTULO III:
CÓMO EMPEZÓ TODO

Rosario Gutiérrez Verdiñas, madre de Carolina, nació en los prolegómenos de la guerra civil, después de hacerse esperar más de diez años. De repente allí estaba ella, deseosa de salir al mundo, a pesar de las revueltas, los motines y las huelgas. Ignorante ante lo que se avecinaba. Complaciente con el deseo incansable de su progenitora, Josefina, de honrar a Dios con el cumplimiento firme de las exigencias cristianas. Su padre, sin embargo, era ateo. De esos revolucionarios exaltados que luchaban por cambiar el mundo a una velocidad de vértigo. Conservaba vagos recuerdos de la guerra. A veces le venía a la memoria la imagen de unas botas militares pisando firmemente el suelo de la casa, recorriendo con prisas los pasillos y pateando las puertas. Otras, rememoraba las señales que precedían a los registros y que su ahora esposo, Andrés, interpretaba como instrucciones. Entonces corría a los dormitorios a esconder todo lo que podía bajo las camas, y ella le seguía, tambaleándose, intentando igualar su destreza en el crucial cometido sin conseguirlo. ¡Cómo le había echado de menos tras la contienda! ¡La de noches que se había encontrado, desvelada, con el azul de su mirada en el pensamiento! A veces cerraba los ojos y volvía a escuchar las bombas. Esos estruendos ensordecedores que reventaban en la lejanía, y que, gracias a Dios, ni siquiera llegaron a rozarlos. Claro está, sin contar con el obús que rompió la pared de la cocina y que dejó un agujero enorme que utilizaban para evacuar a aquellos perseguidos con sotana, que siempre iban de acá para allá

en la pensión, y que en los momentos de calma la zarandeaban al aire o, colocados a cuatro patas sobre las losetas, la paseaban a caballito sujetándola sobre la espalda.

Cuando aquella época de combate pasó y los sacerdotes regresaron a su oficio, ella se quedó en Madrid, aburrida, triste, y sus padres, entregados a la reconstrucción de sus propias vidas, decididos a recuperar un amor abruptamente interrumpido por la conflagración, casi no dedicaban tiempo a atenderla. Así que se entregó al culto. Iba a misa todos los días y, la mayoría, se quedaba después a echar una mano al párroco. Solo la religión daba consuelo a su vida. Por eso, solo a la religión la dedicaba, hasta que se reencontró con su antiguo compañero de juegos. En apenas unos meses le pidió que se casara con él y formaron una familia con la naturalidad de lo que está predestinado. Educaron a su prole como era menester en una familia tradicional católica. Y fueron felices durante mucho tiempo… hasta que Carolina, la pequeña de la casa, empezó con sus problemas. Rosario intentaba comprender las causas de esa angustia incontrolable, de esa aflicción que parecía precipitar a su hija a la melancolía o a la rebeldía, según la ocasión. Pero no lo conseguía. Y a medida que pasaba el tiempo, la situación iba a peor. La habían criado entre algodones. Le habían dado todo lo que unos padres eran capaces de dar y mucho más. La habían amado y protegido ¿Cuál había sido su fallo entonces?

Después de varios años en ese estado de continua preocupación, y tras varias conversaciones infructuosas con su confesor, Rosario decidió hacer caso a su suegra, Elvira, y llevarla a un psicólogo. Uno de esos especialistas de la mente en los que no tenía mucha fe, pero que aseguraban saber tratar ese tipo de conductas. Pasaba consulta en la calle de Velázquez, en un piso señorial con portalón, entrada

de carruajes y patio trasero ajardinado. Los escalones estaban solados de mármol, el ascensor forrado de madera de caoba y las barandillas, de latón dorado, brillaban relucientes. Cada semana, el servicial conserje uniformado les indicaba la ubicación de la gran puerta de acceso a la vivienda en donde un letrero grabado informaba:

Fernando Tomás García de las Bayonas
Psicólogo

—Buenos días, Carolina. ¿O prefieres que te llame Carol? Toma asiento, por favor. Me gustaría que te sintieras cómoda en la consulta. Tenemos que hablar de muchas cosas. Tu madre ya me ha adelantado que te encuentras en un estado de permanente obstinación. Dice que no muestras interés por nada y que cualquier sugerencia por parte de tus padres para intentar acabar con tu apatía se traduce en una batalla campal ¿Estás de acuerdo?

—Llámeme Carol, por favor, Carolina es cursi. ¡Lo odio! A usted le pasaría lo mismo si conviviera con mi madre. Solo entiende de rezos y de curas. No comprende que los tiempos cambian.

—Explícate, por favor.

—¿Le ha dicho mi madre que me obligan a ir a misa todos los domingos y algún que otro día entre semana? ¿Que no me dejan llegar a casa más tarde de las ocho, de las diez en vacaciones de verano, y que mis hermanos me espían por las esquinas?

—Pues no tenía ni idea, pero supongo que lo harán por tu bien.

—Sí, claro. De eso se trata. Ella piensa que todas mis ocupaciones tienen que pasar por el filtro de la Iglesia. ¡Por favor, estamos en 1982! La vida ya no funciona así. No pueden tratarme como si fuera una prolongación de ellos mismos, ya no soy una niña —dijo

mientras se abalanzaba sobre la mesa del psicólogo enroscando un mechón de su pelo en el dedo índice y humedeciéndose los labios con la punta de la lengua de forma insinuante.

—Es normal que los padres se preocupen por los hijos. Irán cambiando a medida que te hagas mayor y comprueben que eres responsable. Mientras tanto, tienes que ser positiva y concentrarte en las cosas buenas —respondió el psicólogo, incómodo, echándose hacia atrás.

Carolina se puso en pie de golpe.

—¿Qué me quiere decir con eso? ¿Que soy joven y estoy sana? No me venga con esa tontería. Si no fuera el caso, mis aspiraciones serían otras.

—Está bien —concluyó—. Intentaré convencer a tu madre para que abra la mano un poco. Comprendo sus miedos. Yo también soy padre, aunque estoy de acuerdo contigo en que tanta prohibición no es buena. Pero primero cuéntame algo sobre ti. ¿Cómo te sientes? ¿Qué esperas de la vida? Siéntate de nuevo, por favor.

—Yo… no lo sé —dudó mientras volvía a tomar asiento—. Hay días que estoy muy triste. Mis amigas salen a menudo de marcha, o se reúnen para pasar toda la noche en casa de una de ellas y hablar de cosas de chicas. Luego me cuentan lo bien que lo han pasado y siento que se me está escapando la vida encerrada en una urna de cristal.

—¿Nunca sales con ellas?

—Solo si vuelven antes de las ocho y eso es casi imposible porque suelen quedar sobre esa hora. A veces me olvido del tiempo y entonces aparece alguno de mis hermanos a buscarme, siempre regañándome en voz alta para que todo el mundo se entere. Me han

convertido en un bicho raro. Cuando aparezco por la puerta de algún bar del barrio, noto como cuchichean y me miran.

—Bueno, eso podría ser por tu apariencia. Quiero decir, supongo que eres consciente de que no eres precisamente fea.

—Lo soy. Y esa es otra de mis desgracias.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Siento que mis amigas me odian por ello. Creo… presiento que en realidad no tengo amigas. Solo quedan conmigo para que se nos acerquen los chicos. Pero vamos, eso ya lo vivo cada día en el colegio. Estoy acostumbrada.

—¿Tampoco tienes amigas en la escuela?

—No. Más bien todo lo contrario. Me peleo con todas. Se meten conmigo y yo no hago caso a mi madre con eso de poner la otra mejilla. Siempre me ha parecido una estupidez.

—Ya. ¿Y qué tal te llevas con el género masculino?

—Pues tengo tres hermanos y un padre pesadísimos. Imagínese lo que pienso de los hombres.

—¿Algún novio?

—Inviable. Me sería imposible verme con él. No me lo permitirían.

—Mira Carol, creo que tu problema es muy sencillo. Necesitas relacionarte con personas de tu edad, tener amigos, salir con chicos, lo normal a los dieciséis años. Pero primero tienes que poner de tu parte. Haz ver a tus padres que eres responsable, que puedes comportarte como una mujer adulta. Tienes que demostrarles que pueden confiar en ti. Y eso no es posible si sigues con esa permanente rebeldía, o insinuándote a cualquiera por ahí. Así va a ser muy difícil convencer a tu familia para que cambie de actitud —la reprendió—. Vamos a hacer una cosa, yo voy a solicitar una cita con tus padres, a solas, para plantearles que no puedo tratarte si ellos

no se esfuerzan y te dan más libertad. A cambio tú tienes que comprometerte a cambiar y ser amable con ellos. ¿Vale?

—No creo que los convenza, pero vale.

—Ya verás como muy pronto te sientes mejor.

Después de la primera consulta de Carolina, García de las Bayonas tuvo una fructífera charla con el matrimonio Legazpi. Tan fructífera que no solo abrieron la mano, sino que la dejaron bien extendida. Y no porque se dejasen convencer por el experto. Los Legazpi eran cualquier cosa, menos asequibles.

Fue la casualidad la que convirtió la charla en eficiente. La suerte, o quizá la desventura, consiguió que coincidiera con una avalancha de trabajo en el despacho del padre. Andrés no aparecía por casa, Rosario se martirizaba con absurdas sospechas de infidelidades y, como ya era natural en ella, incrementó sus visitas a la iglesia. Los hermanos, al ver que ninguno de los progenitores insistía en que acecharan a su hermana, se olvidaron por completo de ella, sintiéndose por fin liberados de una obligación que detestaban. Decidieron emplear el tiempo libre en algo más adecuado para unos jóvenes solteros. Acudieron a fiestas y bailes, y conocieron a las que más tarde serían sus esposas. Cada una de ellas resultó todavía más absorbente que la anterior y, a base de carantoñas y pataletas, consiguieron apartarlos por completo de su hermana pequeña. Pero la peor coincidencia fue la trágica muerte, a manos de la ETA, del yerno de una amiga de Rosario. Era guardia civil y le habían asignado un puesto en Rentería, el peor de los destinos. Nada más llegar, lo recibieron con un tiro, sin más, dejando viuda y dos niños pequeñitos.

En aquellos días, los secuestros, las extorsiones y los atentados de la banda terrorista eran algo habitual, sobre todo en el País Vasco.

Rosario no comprendía las razones que podían empujar a un ser humano a asesinar a otro de esa manera tan absurda y deambulaba con el corazón encogido y el nervio encorajinado. Se empeñaba en practicar el valor cristiano de la caridad en grado superlativo y visitaba a su amiga casi a diario. La acompañaba a rezar a la iglesia y la ayudaba con los nietos, que se habían trasladado junto con su desventurada madre a casa de la abuela. La joven viuda era incapaz de hacer otra cosa más que llorar. Los niños no daban ni un respiro, y Rosario regresaba todos los días a casa exhausta y compungida. Se metía en la cama pidiéndole fuerzas a Dios y, sin acordarse de nada más, caía rendida de sueño.

Y quizá fuera por culpa de ese repentino desapego, el azar o el destino, pero, de un día para otro, Carol descubrió ante sí un camino totalmente despejado. Un camino que la devoró nada más poner los pies sobre él. Comenzó a salir a todas horas sin control. Quería recuperar el tiempo perdido. Por las noches se mezclaba entre la gente e iba de bar en bar, entablando conversación con cualquier mentecato que le dirigiera la palabra. Se dejaba invitar a todo tipo de sustancias. Se acostumbró a emborracharse y a fumar marihuana. ¡Por fin podía comerse el mundo! Suspendió casi todas las asignaturas. Perdió el contacto con sus escasas relaciones anteriores y consolidó otras nuevas, más que preocupantes, todas del género masculino.

CAPÍTULO IV:
UNA HISTORIA CRUEL

Huamán Quispe, conocido en España como Marcos Noguera, nació en 1958 en una aldea de la provincia de Huarochirí, en el Perú, aunque llevaba muchos años vagando por Madrid. No era muy alto, pero sí atlético y propenso a trapichear con drogas. Y sería por ese aire de malote sin escrúpulos, tal vez por su maestría para mantener conversaciones interesantes, o por esa mirada oscura cargada de misterio, que ninguna persona se le resistía. De ahí que su ocupación favorita fuera siempre la seducción. Las razones por las que terminó en España nunca quedaron claras, porque cada vez que se le preguntaba al respecto contaba una historia diferente. La más aceptable comenzaba en un barco de mercancías, en el puerto del Callao en Lima, un día cualquiera de 1968.

El puerto del Callao había sido durante la era colonial la puerta de entrada al Virreinato Peruano. En aquellos tiempos lejanos recibía un continuo tráfico marítimo, incluido el comercio de esclavos. También sufría los ataques de los piratas, por lo que se creó la Fortaleza Real Felipe para proteger la bahía de las incursiones enemigas. En 1746 un terremoto acompañado de maremoto destruyó toda la zona y casi exterminó a la población. En 1929 se inició su remodelación para convertirlo en una infraestructura moderna. El año en que Huamán lo pisó por primera vez, era un puerto importante en el Pacífico Sur y recibía mercantes procedentes de numerosas partes del mundo.

Ese día de 1968, el primogénito de los Quispe acompañaba a sus padres a realizar unas diligencias en la capital, de las que apenas le habían explicado nada. Sus seis hermanos menores se habían quedado a cargo de la abuela materna en el pueblo. Estaba contento porque por fin tenía la oportunidad de conocer Lima. Su mirada de aldeano se demoraba en cada uno de los rincones que descubría. Pero fue la majestuosidad del puerto la que lo dejó anonadado. Él, que se había criado en el campo y que jamás había abandonado los confines de su aldea, no podía creer que esos enormes monstruos de acero se mantuvieran a flote. Sus ojos negros no paraban de sorprenderse por el continuo ajetreo. El sonido burbujeante de los motores se mezclaba con el metálico de las cadenas de las anclas al enrollarse y de las grúas cargando y descargando mercancías. Las grandes chimeneas se erguían orgullosas hacia el cielo y escupían un humo espeso formando nubarrones grises que se dispersaban en la lejanía. Los marineros se movían de un lado para otro ejecutando las órdenes del capitán, mientras algunos muchachos del puerto intentaban ganarse unas monedas ayudando con los amarres. En el muelle, cerca de un gran carguero, un grupo de mujeres con los ojos inundados de lágrimas despedían a varios hombres que se marchaban al extranjero por un periodo indeterminado de tiempo. Algunas llevaban a niños muy pequeños de la mano. Huamán no entendía por qué estaban tan tristes. Le parecía fascinante poder embarcar en esa mole inmensa rumbo al horizonte.

—¡Huamán! ¡Huamán! ¡Oe![6] ¿Me has entendido, pe[7]?

El chico se sobresaltó al escuchar la última frase de su madre. De las anteriores no había oído nada de nada. Y, como no quería parar de observar aquel paisaje tan novedoso para él, asintió con la cabeza sin desviar la vista del malecón y de las aguas oscuras del

océano. El puerto contaba con una enorme bahía natural abierta por completo hacia el norte que facilitaba el acceso a naves de cualquier tamaño y procedencia. En los muelles había atracados barcos de diferentes banderas, y Huamán se preguntaba cómo sería visitar aquellos países tan lejanos. La voz de su madre lo devolvió a la realidad con brusquedad.

—Estarás de regreso en un par de días. Va a ser una gran aventura.

—¿Una aventura? ¿Qué aventura, mamaíta?

—Ya lo dije, pe. Mi mamá no puede con tanto chibolo[8] y yo tengo mucha chamba[9] por hacer. Así que hemos pensado que como tú ya eres un hombrecito, te marchas con Johnny unos días hasta que se arregle todo y puedas volver —añadió la mujer señalando a un extraño que descendía por la pasarela de uno de los buques.

—¿Voy a montar en ese barco? —preguntó emocionado.

—Sí. Eso mismo dije.

Huamán concentró la mirada en la imagen del marino alto que se acercaba con paso firme. No era ni joven ni viejo y exhibía una gruesa cicatriz en la mejilla. Llevaba un tosco mono de trabajo y una gorra sobre unos grasientos cabellos claros. Su mirada era de pocos amigos y un escalofrío le atravesó la médula espinal. De repente, la ilusión del viaje se le congeló en las entrañas. Intentó recuperar el rostro de su madre para explicarle que, aunque le hacía mucha ilusión montar en barco, no estaba dispuesto a marcharse con ese hombre que parecía andaba maleado[10]. Pero sus padres caminaban a toda velocidad en dirección contraria al atracadero, el individuo lo tenía agarrado por el brazo y sus gritos de desesperación se perdieron entre el bullicio del puerto. De nada le sirvieron las lágrimas y las súplicas, de menos aún las patadas y mordiscos. En

menos de dos minutos estaba en la oscura barriga de ese monstruo marino, rodeado de contenedores y muerto de miedo. En unos cuantos minutos más pudo sentir cómo rugían los motores y la nave se balanceaba al suave son de unas olas todavía calmas. *Tupananchiskama*[11], pensó Huamán mientras intentaba enjugarse las lágrimas con la manga del jersey. Ese puerto, el principal de Perú, fue el último paisaje que disfrutarían sus ojos infantiles del continente americano. Aún no lo sabía, pero jamás volvería a pisar esas tierras. Sus padres lo habían vendido a la tripulación del *Metal Diamond* por un puñado de dólares. Ya no tendría que compartir el exiguo espacio de la vieja choza con toda su familia ni que ahuyentar a los insectos que por las noches se introducían dentro del jergón. Tampoco le despertarían el llanto de los bebés hambrientos o los ronquidos de su abuela. Su casa sería a partir de ahora esa bodega oscura y húmeda, y muy pronto descubriría que tendría que soportar compañías mucho menos agradables.

Marcos Noguera había elegido ese nombre poco después de arribar a la península ibérica. Atrás, escondido para siempre entre los contenedores oxidados, los cargamentos de café y los camastros de loneta mugrienta, había dejado el de Huamán. No quería recordar ni un solo instante de su vida anterior. Y no solo se trataba de los años que había perdido limpiando las tripas de ese monstruo de metal, ni de las dolorosas llagas que le provocaban los productos abrasivos que le obligaban a utilizar, ni de las ratas que merodeaban a su alrededor mientras dormía, sino también del abandono, las vejaciones, los abusos, los mamporros, el hambre y la soledad que se habían quedado irremediablemente unidos a ese nombre quechua del que tan orgulloso se había sentido de niño.

Dieciséis años tenía cuando logró escapar de las garras de esos pervertidos. Fue una madrugada, en el puerto de Barcelona. Johnny refunfuñaba endemoniado en su camarote por la escasez de putas disponibles. Había agotado sus horas de permiso en el puerto sin conseguir ni un solo revolcón. Estaba de tan mal humor que nadie se atrevía a dirigirle la palabra, pero Huamán necesitaba su autorización para bajar a tierra. Nunca había pisado suelo firme y se moría por descubrir qué sentiría. Golpeó la puerta con aprensión. No sabía cómo respondería el sinvergüenza de Johnny, que abrió con tal borrachera que casi se cae al suelo. Por desgracia las fuerzas no le fallaron.

Huamán se había arreglado y soñaba con pasear por los muelles o tomar una cerveza en un bar. Recién afeitado y con el denso cabello cayéndole sobre los hombros parecía más una tierna señorita que un grumete. Johnny le negó el permiso y al verlo delante de él, tan joven y apuesto, lo agarró por los pantalones, lo tiró contra el catre y desahogó toda su furia con él. No fue la primera vez, pero sí la más violenta. Tanto que al chico se le quebró la paciencia y, cuando comprobó que estaba dormido, le golpeó con tanta saña que el color rojo de la sangre lo tiñó todo. Acto seguido, sin comprobar si estaba vivo o muerto, abandonó sigiloso el camarote rumbo a cubierta. Una vez en el atracadero inspiró con fuerza la brisa húmeda, miró hacia el sol que tímidamente asomaba por el horizonte y echó a correr como alma que lleva el diablo. Aceleraba el paso sin dirección, frenético, como si un motor oculto lo propulsara. Y fue en esa ciudad extraña, mientras sobrevivía de la mendicidad y la prostitución, cuando se juró que algún día sería un triunfador, costara lo que costara.

Al principio Marcos se acomodó en la calle, muy cerca de Las Ramblas. Allí mendigaba e intercambiaba favores sexuales a cambio de comida. En ocasiones se lo llevaban a algún pasaje poco frecuentado de Montjuic para mantener relaciones a cambio de unos duros. A veces se preguntaba si con la huida había conseguido mejorar su situación. Echaba de menos el camastro del barco, la comida caliente y el café. Pero entonces se le venía a la cabeza la imagen de Johnny abriéndose la bragueta y un fuerte escalofrío le confirmaba que al menos ahora era libre y más tarde o más temprano saldría adelante. En unos meses pudo pagarse una habitación en una sórdida pensión del passatge dels Escudellers, una callejuela oscura perpendicular a la calle del mismo nombre. También se compró ropa nueva y algunos artículos de aseo. La primera noche en su nuevo hogar se perfumó, se aseó todo lo que pudo y se acercó al bar Cosmos. Era un local frecuentado por los soldados americanos de la Sexta Flota y había oído que alguno pagaba buenos dólares por mantener relaciones. Su segunda opción era acercarse al Paseo de Gracia. En el número 71 estaba el Drugstore. Allí todo era vicio, despilfarro y desenfreno. Estaba seguro de que conseguiría un buen cliente y así fue. En el Drugstore conocería a la persona que definitivamente lo sacaría de la calle. Se trataba de un rico empresario afincado en la capital, adicto al trabajo, al que le gustaba descargar sus tensiones desatando la inmoralidad. Esa noche había inventado una complicación de última hora en las negociaciones con un proveedor para dejar a su mujer y a sus cuatro hijos solos en Madrid y así poder disfrutar de un fin de semana de juerga ininterrumpida.

A las dos de la madrugada Marcos estaba famélico y cansado. Solo había sacado un par de monedas por dejarse sobar por un viejo

borracho en un soportal. Estaba a punto de abandonar la puerta del Drugstore cuando se le acercó un hombre vestido con un traje sastre oscuro. Le ofreció un pitillo y la oportunidad de tomar un güisqui gratis. Al cabo de una hora el cenicero que había sobre la mesita estaba rebosante de colillas y a su alrededor se acumulaban varios vasos vacíos con hielos a medio derretir. El empresario se alojaba en el Ritz, pero, por alguna extraña razón, era amante de los tugurios miserables. Lo excitaban. Fue directo al grano.

—¿Dónde te alojas?

—Por el carrer dels Escudellers. Tengo alquilada una habitación en una pensión.

—¿Te dejan llevar compañía?

—Pues no lo sé, la verdad. Acabo de mudarme. Supongo que si no se enteran… Podemos probar.

—Bien. ¿Cómo te llamas?

—Marcos.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No.

—Tampoco eres muy hablador. ¿De dónde vienes?

—De Perú.

—Estoy cachondo, Marcos —dijo mientras sus dedos le apretaban el hombro derecho con energía y con el pie acariciaba su pantorrilla —. Quiero que me lleves a tu habitación. Necesito relajar mi entrepierna. A cambio te daré quinientas pesetas. ¿Tienes límites?

—¿A qué se refiere? —preguntó confuso.

—Me refiero a que si puedo hacer contigo lo que me plazca —replicó el hombre clavándole una mirada tan turbia que Marcos sintió un escalofrío. Aun así, se armó de valor para contestar lo que se esperaba de él. Sería un estúpido si desaprovechaba la oportunidad.

—Mi único límite es el que tenga su billetera.

Marcos atendió al cliente durante toda la noche. Cada nueva petición era precedida por un incremento del precio, y el empresario fue consciente de que nunca se había sentido tan satisfecho. Además, el joven lo atraía de verdad. No era alto, pero tenía un cuerpo hermoso y fuerte que siempre obedecía sus exigencias.

Antón Fermosel llevaba años aliviando sus apetitos en burdeles de mala muerte. Sus viajes de negocios le servían de excusa para dar rienda suelta al vicio sin despertar sospechas. Jamás se atrevió a hacerlo en Madrid. Era demasiado conocido y cualquier pequeño error, cualquier simple coincidencia habría podido delatarlo. Estaba casado con la hija de un aristócrata venido a menos y vivía junto a su mujer y sus cuatro hijos pequeños en un casoplón de cuatrocientos metros cuadrados en la colonia de La Florida, lugar que había elegido para establecerse por su cercanía al hipódromo de la Zarzuela, otro de sus innumerables vicios. En primavera, y coincidiendo con el comienzo de la temporada de carreras, se convertía en asiduo del lugar. Allí descargaba su adrenalina: apostando a los caballos y animando a los jinetes a grito pelado. Era la mejor manera que tenía de ocultar los oscuros deseos que esos cuerpos casi adolescentes le provocaban.

En su último viaje a Barcelona había conocido a un chavalín peruano que lo tenía loco. Era joven y vigoroso. Tenía un cuerpo atlético, aunque pequeño y delicado como el de una mujer, y se le insinuaba con ojos misteriosos. Además, habían encajado en sus juegos amorosos. Nunca nada había sido tan natural como con Marcos. Sentía como si estuvieran destinados a unir sus vidas. Por eso decidió pagar la exclusividad de sus servicios. Pero no era suficiente. En los últimos meses, ese chico se había convertido en

una droga dura. Así que, después de las últimas citas clandestinas, decidió llevárselo a Madrid, algo a lo que antes jamás se hubiera arriesgado. Ya no necesitaría apaciguar sus pulsiones en los baños del hipódromo, o visitar prostíbulos miserables en sus viajes para sentirse satisfecho. Había calibrado con suma precaución los peligros del cambio de escenario, pero estaba enganchado al peruano y ya no podía pensar en otra cosa, salvo en poseerlo.

La temporada de carreras estaba llegando a su fin y Antón se preguntaba si sería creíble presentar a Marcos en Madrid como aspirante a *jockey*. El chico no debía tener más de diecisiete o dieciocho años y su figura era perfecta. Sí. Hablaría con un buen entrenador y vería las posibilidades de prepararlo. Igual no era tan descabellado. En cualquier caso, sería una coartada perfecta para tenerlo a su disposición.

Marcos creía que estaba soñando cuando Antón le comunicó su deseo de llevárselo a Madrid para entrenarlo como jinete profesional. Solo había montado en mula un par de veces en el pueblo y no tenía ni idea de lo que significaba una preparación de esa índole. Pero no le importaba. Lo principal era que dejaría la calle. A partir de ahora solo tendría que hacer esfuerzos para fingir con ese pervertido. Ahorraría todo el dinero que pudiera y después se marcharía muy lejos a empezar de cero.

Antón alquiló a su amante un pequeño apartamento cerca de la cuesta de San Vicente. Era el mejor alojamiento que el chaval había tenido en su vida. Cuarenta metros cuadrados distribuidos en salón con terraza, cocina, dormitorio y cuarto de baño completo. El día que por primera vez durmió sobre la maravillosa cama de más de un metro de ancho, sintió que estaba en el cielo. Por la mañana tiró del embozo de las sábanas de algodón blanco y aspiró el fuerte aroma a

jabón. Embriagado por el lujo, se dirigió al baño y se dio la ducha más larga de su corta vida. Por fin prosperaba.

Después de varios meses, y a pesar de que el joven se esforzaba hasta la extenuación, tuvo que aceptar que no estaba capacitado para participar en las carreras. Había empezado demasiado tarde y nunca triunfaría. Pero el entrenamiento resultó ser una tapadera perfecta para los verdaderos planes de su enamorado y refinó mucho sus modales de marino tosco. El empresario lo visitaba un par de veces por semana, cuando no se lo impedían los viajes de trabajo. El resto de los días era libre, así que por las mañanas se instruía en Lengua e Historia en una academia de barrio y por las noches se enfundaba el único traje de marca que tenía y visitaba las discotecas de moda. Y allí se dio cuenta de que, aunque en realidad no era homosexual, nunca había conocido a una mujer en la intimidad, nunca había entablado una conversación privada con ninguna y no tenía ni idea de cómo empezar. De repente, un ardor insoportable le abrasó el estómago y sintió mucho miedo. ¿Sería capaz de hacerlo?

Durante semanas intentó entablar relaciones con jovencitas, unirse a sus movimientos en la pista de baile o provocar sus risas con alguna ocurrencia, pero fue inútil. En las reuniones sociales seducía a todo el mundo con mucha facilidad. Dios le había dotado de un carisma arrollador. Pero cuando se quedaba a solas con una mujer, una presión inaguantable le comprimía el pecho, se le atropellaban las palabras y se sentía forzado a huir. Una noche, cansado de su falta de arrojo, acomplejado por su escasa estatura, agobiado por las burlas que en su cerebro imaginaba, viéndose incapaz de consumar una relación amorosa, decidió que pagaría a una profesional. Y así fue como Marcos empezó a frecuentar la calle de

la Montera[12] y los parques oscuros llenos de fulanas, camellos y estupefacientes.

---

6 Expresión peruana coloquial similar a oye.
7 Expresión peruana coloquial que significa pues.
8 Niño en lenguaje coloquial peruano.
9 Trabajo en lenguaje coloquial peruano.
10 Una persona maleada es la que siempre busca el conflicto. Alguien que parece mala persona.
11 Hasta volvernos a encontrar en quechua.
12 Calle del centro de Madrid en dónde las prostitutas buscaban clientes.

CAPÍTULO V:
UN EXTRAÑO CRIMEN

MADRID, VEINTIUNO DE ABRIL DE 2007

Camilo Palomino sacaba al perro a pasear todas las mañanas a la misma hora. Daba igual si llovía o brillaba el sol. Cada día, a las siete en punto, soltaba a su mascota para que se desahogara en el parque del Oeste. A esas horas intempestivas, la ciudad, embriagada aún por los excesos, dormía, y el perro corría a su antojo sin molestar a nadie. El pobre animal, un galgo español de ojos avispados, había nacido para la carrera y a Camilo no le gustaba tenerlo encerrado en el apartamento. Esa mañana no se encontraba bien. No había pegado ojo y le dolía la garganta.

La noche despejada de luna llena se había convertido en una madrugada oscura en la que la insistente lluvia aporreaba con furia los cristales. Pero cuando acogió a Gus en casa, cinco años atrás, lleno de rasguños y cortes, con el ojo medio colgando y una herida infectada en la pata, se prometió que no le fallaría. Que lo recompensaría por tanto sufrimiento. Además, se lo debía a Marta, a su pequeña. Fue más labor de ella que de él mismo sacar adelante al animal. Lo veló la noche del postoperatorio de la pata y los días terribles que siguieron a la intervención del ojo. A pesar de estar de exámenes en el colegio, buscó tiempo para realizarle las curas pertinentes y, como no quería comer, lo alimentó con una jeringuilla. Ella sola, con una paciencia infinita, acariciándole para que cogiera confianza. El día que Gus se recuperó por completo y fue capaz de

volver a correr, lo celebraron llevándoselo a la playa. Recordaba con nitidez la velocidad a la que Gus se movía al filo de las olas y cómo su hija lo perseguía, risueña, ilusionada, ajena a la terrible tragedia que la acechaba.

Habían pasado casi cinco años desde entonces. Y uno desde la fatídica mañana en la que Marta lo abandonó para siempre. Ver correr al perro era para él como volver a ver a su hija. En su corazón, los pasos de uno se sincronizaban con los pasos del otro. Cerraba los ojos y en el horizonte de su memoria aparecía la imagen de Marta, tan niña, tan despreocupada, tan feliz…Y por eso todos los días lo llevaba a recorrer el parque de punta a punta.

Pasear entre los plátanos, choperas y pinos centenarios, echar unos mendrugos a los pájaros, respirar el aire fresco tan escaso en esta zona de la ciudad, con la M-30 a los pies, o contemplar las flores que tímidamente anunciaban el cambio de estación, se había convertido en su rutina. En esos senderos el tiempo parecía detenerse y la tristeza se disipaba. Para Camilo Madrid era un laberinto de calles y gentes siempre apresuradas, de bullicio, ruido y estrés y, de alguna manera, un lugar hostil para las relaciones humanas. Y eran esas visitas matutinas al parque con Gus, uniendo unos pasos que habían terminado por vincular sus almas, las que le hacían olvidar la enorme soledad que amargaba su existencia desde aquel fatídico amanecer en el que perdió a su única hija para siempre.

Esa lluviosa mañana del veintiuno de abril sería la primera, desde que Gus ocupaba un lugar en su vida y en su corazón, que no cumpliría su palabra. Ni la muerte de Marta ni su antigua costumbre, ahora desbocada, de agazaparse en los rincones para espiar las vidas ajenas, habían alterado el itinerario de sus caminatas. Pero esa

mañana de primavera, instantes después de alcanzar los jardines, y a pesar de haber iniciado el paseo por otro sendero, el perro cambió de dirección y se metió tras unos arbustos para no volver a salir. Daba igual que le llamara, o le ofreciera un trocito de jamón que llevaba como premio en un bolsillo. El perro ni siquiera miraba. Su interés estaba concentrado en ese seto. Ahí permanecía, olisqueando, moviendo la tierra con las patas, lloriqueando a ratos. A Camilo no le hacía gracia tener que meterse en el lodazal que se había formado con la incesante lluvia, pero no le quedó más remedio que hacerlo porque Gus no obedecía. Supuso que habría localizado las pruebas de algún amorío furtivo o del trabajo de una buscona. Conocía bien las tripas oscuras de esa parte boscosa del parque. Él mismo solía penetrar en su espesura para, aprovechando la luz de la luna o de algún farolillo público, husmear cómo se desenvolvían otros, mitigar su desamparo con el regocijo ajeno y, ¿por qué no?, autocomplacerse. El caso es que esa mañana tendría que sacar al perro a la fuerza de allí y, lloviendo como estaba, se iba a poner hasta arriba de barro. Reconoció la zona nada más llegar. La noche anterior había estado fisgoneando por esos mismos arbustos.

De repente vio algo entre la vegetación. Sujetó al animal como pudo y se acercó un poco más. La incredulidad dibujó en su rostro una mueca de estupor. Era el cadáver de un hombre. Yacía bocabajo, con la cara semienterrada en el barrizal y la ropa ensangrentada. Se aproximó con cautela. Sentía curiosidad. ¿Lo conocería? Volteó ligeramente el cadáver con la punta de la bota. Su rostro estaba tan desfigurado que costaba adivinar que se trataba de un ser humano. Quien acabó con él, lo hizo con verdadera inquina. Quizá mereciera una muerte así. Sabía por experiencia que el odio podía tomar los caminos más sórdidos. Pero lo más sorprendente, lo

que le daba, si cabe, un toque más siniestro al hallazgo era que el muerto no tenía manos. Se las habían cortado y no parecía que estuvieran por ahí cerca. A Camilo se le revolvió el estómago y tuvo que echarse a un lado para vomitar. Ni siquiera ver el rostro cerúleo de Marta le había provocado semejante conmoción. Estaba mareado y nervioso, y habría salido corriendo si no fuera porque se sentía en la obligación de avisar a la policía. Lo hizo con desgana.

Desde el mismo instante en que descubrió el cadáver, una idea luchaba por hacerse hueco en su mente. Horas antes, en su merodeo nocturno había estado haciendo fotos por la zona. Aprovechando que el sol iluminaba la luna por completo tomó instantáneas de un par de parejas, de algún corazón solitario y de varios sujetos con los que ya estaba más que familiarizado, porque llevaba tiempo introduciéndose en lo más recóndito de sus vidas. Todavía no las había revelado, pero quizá encontrara algún detalle del que pudiera obtener provecho.

Los agentes se empeñaban en retenerlo y le agobiaban con preguntas que él prefería no contestar. Que por qué paseaba al perro tan temprano. Que cómo es que se le ocurrió tocar el cadáver con el pie. Que si vio a alguien rondar la zona. Que si conocía al muerto de algo… Camilo estaba a punto de reventar. ¡Harto! Consiguió salir del paso con vaguedades, aunque tendría que ir más tarde a la comisaría.

Cuando terminó con todo aquello, agarró a Gus y, con un nudo en el estómago, se dirigió lo más rápido que pudo hacia su vivienda. Según se alejaba se volvió para ver cómo acordonaban la zona para recabar pruebas e inspeccionar el terreno, mientras unos agentes frenaban a la multitud que se acercaba a preguntar por el incidente. Algunos intentaban traspasar la cinta de seguridad. El crimen había

generado mucha conmoción y los vecinos buscaban respuestas. Todos se apelotonaban, preocupados, bajo paraguas que ya chorreaban, impacientes, aguardando a que algún policía les esclareciera las circunstancias que rodeaban al suceso; si se trataba de una muerte accidental o de un crimen; si era alguien del barrio, un indigente o un desconocido.

Los medios de comunicación emitían en directo imágenes del lugar y entrevistas a los viandantes, intentando rodear los hechos de la mayor intriga posible, ya que los enigmas sirven como gancho para aumentar las audiencias. Camilo veía como todo aquel escenario se perdía lentamente en la distancia. Estaba descompuesto, pero esperanzado con la posibilidad de sacarle partido.

Horas más tarde, la autopsia desvelaría que se trataba de un asesinato brutal. La víctima había recibido puñetazos y patadas en la cara, y varias puñaladas en el hombro y en el tórax. Pero lo más espeluznante era que no tenía manos. También descubrieron restos de narcóticos en el cuerpo. Era probable que lo asesinaran una vez quedó inconsciente y después le amputaran las extremidades.

La Policía Científica se enfrentaba a una coyuntura insólita. Las manos no aparecían y sin ellas no podían cotejar el dactilograma. Los resultados de la autopsia que habían recibido de los servicios de patología forense no eran concluyentes. No existían coincidencias de ADN. No había testigos del suceso. El fallecido estaba indocumentado y los rasgos del rostro tan deformados que era imposible adivinar su aspecto. Solo se había confirmado que se trataba de un varón de mediana edad y, dada la naturaleza del crimen, llegaron a la conclusión de que se encontraban ante un claro ajuste de cuentas. Si no se topaban con algo pronto, el asesinato pasaría a formar parte del fichero de casos cerrados sin solución. No

podían imaginar que aquel sujeto retraído que se tropezó con el cadáver mientras paseaba a su chucho, quizá contara con las herramientas necesarias para desvelar la verdad.

CAPÍTULO VI:
UN PAJARILLO EN MITAD DE LA JUNGLA

Marcos conoció a Carolina una noche de enero de 1983. Se quedó prendado de su belleza nada más verla; alta y refinada, llevaba un buen rato haciendo cola para entrar en una discoteca de la plaza de los Cubos. El frío cortaba la respiración y tiraba del bajo de la falda intentando taparse los muslos, pero no lo conseguía. Tras unos segundos, decidió acercarse a ella. La cubrió con su chaqueta y, echándole el brazo por encima de los hombros, la condujo, burlando la fila entera, al interior de la sala. La ayudó a acomodarse en una butaca, junto a otros clientes que conocía, y esbozó su sonrisa más cautivadora, a la vez que saludaba aquí y allá. Carolina era como un hermoso e indefenso pajarillo en mitad de la jungla. Todo el mundo miraba a Marcos con envidia e intentaba averiguar si se había abierto la veda, o si solo presumía de su coto privado.

La pista de baile empezaba a llenarse. Ellos lucían camisas abotonadas en el lateral, cinturones metálicos y flequillo voluminoso sobre media frente. Ellas minifalda muy corta, labios pintados de negro y tupés tan cardados que parecían ser el doble de altas. Marcos se desenvolvía como pez en el agua y a Carol le pareció muy sexi. Sin perder ni un segundo la blanca sonrisa, mientras parloteaba sobre los antros de moda, apremió al camarero para que les sirviera las consumiciones. Era la primera vez que Carolina entraba en esa discoteca tan chula. En realidad, era la primera vez que salía más allá de las diez y la experiencia estaba resultando muy excitante. Un montón de chicos guay la rodeaban, todos vestidos a la última

moda. *Nowhere girl* de B-Movie[13]vibraba en el mezclador. Se sentía libre, moderna y admirada. Y, de repente, tuvo la equivocada, la peligrosa certeza de que, aunque viviera mil años, jamás sería tan feliz.

—Nunca te había visto en Pirandello. ¿Has quedado con alguien? —preguntó uno de los chicos.

—Con unas amigas, pero no sé si al final aparecerán. He intentado convencerlas, pero no tenían ganas. Ellas salen mucho, pero yo es la primera vez que vengo. En realidad, llevo muy poco tiempo saliendo de marcha.

—¿Y qué hacías antes los fines de semana? ¿Cómo solías entretenerte? —añadió otro.

—Rezando —contestó burlona.

—¿Rezando? ¿Tía, me tomas el pelo? No me lo puedo creer. ¡Estamos en los ochenta! —gritó una chica, que se levantó de un salto pegando botes al son de la música.

—Pues es así. Procedo de una familia muy religiosa, muy, pero que muy religiosa —se justificó Carol delante del resto del grupo que la observaba con ojos incrédulos.

—¿Y saben que has venido a bailar?

—No. Piensan que estoy en casa de una amiga, muy religiosa también —dijo mientras se carcajeaba.

—Y tú, ¿cómo eres de devota? —preguntó Marcos de repente, casi sin atreverse a mirarla.

Carolina sintió que el corazón le daba un vuelco y perdió la fuerza de la mano derecha, derramando el contenido del vaso. Nerviosa se levantó de golpe para intentar que el líquido no la mojara, pero no lo consiguió. La falda, las medias y parte de su camisa estaban empapadas.

—Lo siento, tío. Creo que la he liado. Me voy un momento al aseo. ¿Me guardas la copa? Igual deberías pedirme otra. ¿Cómo te llamas, por cierto? Llevamos un buen rato hablando y todavía no nos hemos presentado.

—Marcos. ¿Y tú?

—Carol. Enseguida vuelvo. No te vayas, Marcos. ¿Vale?

Y fue justo en ese instante, observando las piernas chorreadas de la chica, atisbando la piel blanca que sobresalía de su escote al hacer ademán de secarse la camisa, deleitándose en el movimiento de sus labios mientras pronunciaba su nombre, adivinando la inexperiencia que intentaba ocultar con ademanes atrevidos, cuando notó la entrepierna tan dura, que no pudo evitar que el ser pervertido a golpe de abusos, ese demonio que llevaba oculto en las entrañas y que tenía pavor al rechazo de una fémina, emergiera otra noche más, tan natural como osado, y dispusiera… Cuando Carol regresó del cuarto de baño la droga ya estaba disuelta en la nueva consumición y nadie se había percatado. O quizá sí, pero no les importó. Una masa de jóvenes vestidos para romper las normas, puestos de alcohol hasta las cejas y preparados para apurar al máximo cada minuto de la noche, no iba a dedicar ni un segundo a pensar en nada más. Ella también estaba allí para disfrutar, pero la ignorancia la obligaba a jugar en una liga diferente. Apareció desde el fondo de la sala agitando las caderas y elevando los brazos al son de la música. Tomó la copa entre las manos y bebió varios sorbos, ajena a que en pocos minutos su contenido haría efecto y terminaría en las fauces del lobo. Notó un ligero acaloramiento. Quizá por la acumulación de gente en la pista de baile. Marcos, sabiendo que ya no sería capaz de rehuirle, empezó a hablar.

—Yo vivo aquí al lado. A un breve paseo. Si quieres puedes terminar de secarte en mi casa y te presto algo de ropa. Además, así te da un poco el aire. Pareces más mojada por el sudor que por la bebida. Venga, confía en mí. Soy inofensivo. No voy a ponerte un dedo encima. Solo quiero ayudarte. Vienes, te cambias, y volvemos para continuar con la fiesta. Queda mucha noche por delante y estar húmeda te la puede estropear.

Carolina dudó unos instantes. No lo conocía, pero parecía sincero. Estaba muy incómoda, sentía un poco de mareo y le fastidiaba llevar la ropa tan adherida al cuerpo. Era cierto que no le vendría mal tomar el aire y, de paso, ponerse una camisa o un jersey secos. A lo mejor cuando volvieran estarían ya sus amigas. Además, tampoco tenía muy claro que no deseara que ese hombre intentara algo con ella. Sentía una quemazón en el pecho que era incapaz de describir y le parecía cada vez más atractivo. No le importaría darse unos morreos con él y aprovechar el tiempo perdido. Recuperar todos esos años que había languidecido encerrada en casa. Nunca se había besado con nadie y le apetecía experimentar.

Sin saber cómo, se encontró de la mano de ese hombre, bastante mayor que ella, camino de su apartamento. Hasta que Marcos no cerró la puerta tras de sí, Carol no fue consciente de que estaba acorralada. Pero quebrantar las normas la encendía. Se sentó sobre el sofá y con cuidado se fue bajando las medias. Él apagó el interruptor del foco del techo y encendió una lamparita de cristal, después se sentó a su lado y deslizó la palma de la mano por su clavícula. Instantes más tarde sentía sus dedos rugosos entre las piernas. De pronto, descubrió su mirada lasciva y sintió miedo. Hizo ademán de levantarse, pero no tenía fuerzas y él la frenó con brusquedad.

—Me muero por ti. Eres tan perfecta… —remarcó. Y la besó. Primero con suavidad, después con urgencia, lamiendo sus labios, introduciéndole profundamente la lengua. Carol se dejaba hacer. Sus garras se deslizaban por la piel con maestría y le hacían perder la voluntad por completo. Después de los primeros besos, Marcos la desnudó. Gozar de su cuerpo ya no le parecía un imposible. Y aunque sabía que la facilidad de su conquista era fruto de las drogas, no le importaba. Desde el primer momento, había notado su inexperiencia y sospechaba que no sabía nada de sexo. ¡Mejor! Así no tendría con quién compararlo. La cogió en brazos sin permitir que sus bocas se separaran y, con la resolución que solo una rendición sin condiciones otorga, la depositó sobre la cama. Se quitó los pantalones con premura. Después paró un instante para deleitarse con la visión del cuerpo inmaculado en el que iba a satisfacer sus deseos más oscuros. Se relamió como un felino y se tumbó sobre ella. Le abrió las piernas con la rodilla y la poseyó; con extremo cuidado primero, con ímpetu después. Ella no era muy consciente de lo que estaba pasando. Marcos la aprisionó contra su pecho y la movió al son de sus envites apretándole las nalgas, una y otra vez, casi hasta la extenuación. Tomó todo lo que quiso, la exprimió como si fuera la última mujer sobre la tierra y, cuando terminó de saciar su lujuria, se vistió a toda prisa para acompañarla a la calle. Una vez empachado de ella, no la necesitaba a su lado ni un minuto más. Casi inconsciente la introdujo en un taxi, dio dinero de sobra al conductor para que se la llevara lejos y cerró la puerta con satisfacción, convencido de que no había hecho nada malo.

Carolina amaneció con dolor de cabeza. No se acordaba con claridad de la noche anterior, pero sí de lo suficiente como para darse cuenta de que se había acostado con un hombre. Las

imágenes de Marcos moviéndose arriba y abajo la asaltaban. Recordaba los dedos ásperos profanándola, el olor a alcohol de su aliento y la pegajosidad de su lengua. También notaba escozor y algún latigazo intermitente entre los muslos. Estaba claro que había practicado sexo, pero no lograba entender por qué había llegado hasta el final. En ningún momento estuvo dentro de sus planes. La confusión la condujo a dar carpetazo al asunto. Era mejor no martirizarse con arrepentimientos sin sentido. Lo hecho, hecho estaba, y habría que tirar para adelante. Pero poco a poco, sin apenas notarlo, su carácter se tornó irascible y nervioso. Se obsesionó con ese hombre. Cada noche, disfrazada de mujer fatal, salía a buscarlo por los locales de moda. Necesitaba que le explicara lo que había pasado entre ellos, pero no lo encontraba. No recordaba la ubicación de su apartamento ni las calles que franquearon. Su memoria se había transformado en niebla. Tan solo recordaba Pirandello, pero allí era incapaz de reconocer a nadie. Empezó a beber, a fumar marihuana y perdió por completo el control de su existencia.

Unos meses después, Rosario, viéndose incapaz de encarrilar a su hija, abrumada por las continuas broncas que iniciaban cada vez que llegaba desaliñada de madrugada, culpándose de los derroteros que había tomado su vida, convencida de que no estaba en sus manos ni en las de ningún especialista la solución a un problema que el exceso de libertad y su desatención habían acrecentado, persuadió a su marido para enviarla a un internado femenino en Inglaterra. La severa educación británica enderezaría el árbol torcido. ¡No había otra opción!

Elvira llevaba tiempo preocupada por su nieta. Sabía que toda la familia era, en parte, culpable de sus problemas. Estuvieron tantos

años fantaseando con la llegada de una Legazpi que, cuando por fin apareció Carolina en sus vidas, no sopesaron los riesgos que entrañaba criarla con tanto control. Ella misma había alertado a Rosario en varias ocasiones de los peligros de sobreprotegerla, pero su nuera estaba obsesionada con las labores en la parroquia y jamás prestó atención a las señales de alarma. Se sentía segura encomendando la vigilancia de la pequeña a los tres hermanos varones y nunca se planteó que la estuvieran asfixiando. Hasta que fue demasiado tarde…

Parecía mentira que esa muñequita dulce y cariñosa que hasta hacía muy poco la acompañaba a los recados, apretando su mano feliz, cotorreando con desparpajo, se hubiera convertido en una adolescente tan rebelde y complicada. Durante toda su infancia Carolina siempre fue una niña encantadora y despierta. Recordaba, como si fuera ayer mismo, los días de colegio en los que almorzaban juntas y cómo se divertían charlando sobre asuntos de lo más dispares. Era sorprendente descubrir sus ansias de aprender, viajar y conocer mundo. Aseguraba que cuando fuera mayor recorrería el planeta de una punta a otra y se la llevaría con ella. «Abu, yo seré el señor *Fogg.* Tú, si quieres, puedes ser *Passepartout*[14], mi criado. Quiero visitar muchos países, por lo menos *cientomil*». Entonces Elvira no podía evitar carcajearse por la ocurrencia, mientras la niña se desternillaba, apretándose la tripa para que no le doliera de tanto reír. Aquellas horas que compartieron durante el largo curso escolar consolidaron un fuerte vínculo entre ellas. Eran tiempos felices en los que Carolina, siempre con una enorme sonrisa dibujada en la cara, se mostraba dispuesta y complaciente, y la vida transcurría plácida. Ahora, sin embargo, todo había cambiado. Su nieta se había transformado por completo y su relación se resquebrajaba. Y encima

la separaban de su lado para que estudiara en ese fúnebre país. Justo en el peor momento. Cuando más la necesitaba. ¿Quién la iba a proteger en ese lugar en el que ni siquiera hablaban su idioma? Se había opuesto de mil maneras. Incluso había amenazado a su hijo. ¡Y no había servido de nada! Ella tenía ya una edad ¿Y si no volvía a verla? ¿Y si la niña se metía en un lío, algo más que probable, y no estaba allí para ayudarla?

Una mañana Carol dormitaba en el sofá del cuarto de estar. La juerga de la noche anterior le había provocado un dolor de cabeza interminable y no había sido capaz ni de llegar a la cama. A pesar de que era muy temprano, Elvira entró con energía en la sala, subió las persianas, abrió la ventana e instó a su nieta a que se pusiera en pie.

—¡Carol, arriba! —gritó mientras le arrancaba la manta del regazo.

—¡Déjame dormir, abuela! ¡Que me acosté a las cinco de la madrugada!

—Ya sabes que eso me da igual. Vístete rápido, que tengo el coche en segunda fila —exigió con autoridad.

—Está bien. ¡Ya voy!

—¿Elvira, a dónde te llevas a la niña? —interrumpió Rosario.

—Es una sorpresa. ¿Es que tengo que dar explicaciones por querer pasar el día con mi única nieta? Solo tienes que saber que nos vamos fuera de Madrid.

—¿En coche?

—Claro. ¿Cómo si no?

—Ya sabes que no nos gusta que conduzcas por carretera. Eres ya muy mayor y nos da miedo.

—Pues tendrás que aguantarte, porque conducir me da libertad y no pienso renunciar a ella.

—Al menos prométeme que irás despacito, por favor.

Elvira hizo caso omiso a su nuera y se volvió de nuevo hacia Carol.

—¡¡Venga dormilona, mueve el culo de una vez!!

Abuela y nieta llegaron a Salamanca poco antes de la una de medio día. Durante el camino, Elvira había explicado a Carolina las razones de tan inesperado periplo. Visitarían la ciudad que fue testigo de su triste infancia, aunque también de su afortunada vida adulta. Quería que entendiera que, a pesar de las dificultades, se puede salir adelante y ser feliz. Visitaron el lugar en donde se ubicaba el viejo mesón que regentó Elvira en los años treinta. También la plaza Mayor, en donde degustaron un apetitoso menú, el edificio que a principios de siglo albergaba el hospicio en el que pasó sus primeros años de vida… Justo a la caída de la tarde, se dirigieron a las afueras de la ciudad. Elvira quería mostrarle la finca en la que había pasado parte de su infancia, toda su juventud y los veinte años más maravillosos de su vida: Los Charros. Aparcaron a un lado de la carretera y dieron un paseo alrededor de los terrenos.

—La casa que se entrevé tras los muros la construyó tu bisabuelo, Isidoro Legazpi. También el edificio de cristal. Ven, acércate. Si miras por esta ranurita —explicó agachándose para poner sus ojos a la altura—, lo verás justo al fondo.

Carol observó con detenimiento lo que los muros ocultaban: una casa medio en ruinas, una especie de invernadero y un jardín bastante abandonado. Debían de significar mucho para su abuela, porque de pronto se puso a llorar. Era nuevo para ella verla tan triste. Elvira siempre había sido una persona enérgica, alegre y muy positiva.

—¿Qué te pasa, abu? —preguntó con dulzura.

—Nada, cariño. Es que me he acordado de la primera vez que vi a tu abuelo. Era tan guapo que me quedé sin respiración. ¡Vámonos ya, que se ha hecho tarde! —Cortó conteniendo un suspiro.

—¿Es muy importante para ti? Esta finca, digo —preguntó Carol, enternecida.

—Sí, mi vida. Lo es.

—¿Y por qué la vendiste?

—Porque me duele. Me duele mucho. ¡Demasiados recuerdos! No podría vivir evocándolos todo el rato. Moriría de pena. En fin… —dijo sonándose la nariz con un pañuelo bordado. Es mejor que nos vayamos. Tu madre se va a preocupar. Solo prométeme dos cosas.

—¿Dos cosas? ¡Madre de Dios! ¡Miedo me das! —pensó, pronunciando en alto solo la primera frase.

—No seas tonta. Son dos cositas de nada —aclaró con cierta ironía.

—Vale. Pues dime la primera.

—Prométeme que saldrás adelante. Pase lo que pase, lucharás para sobrevivir y saldrás adelante. Igual que lo hice yo.

—Ay, abuela, te estás poniendo plasta…

—Lo sé, pero pronto te marcharás muy lejos y no me tendrás para apoyarte. Me preocupa que te sientas perdida… ¡Prométemelo!

—Está bien. Te lo prometo.

—Y si estás muy triste, me llamas, me subo en uno de esos artefactos voladores y para allá que se va tu abuelita.

—¡Si odias montar en avión! De acuerdo, aunque no será necesario. Es solo un curso. Sé que pasará rápido. Pero no se lo digas a mis padres, quiero que sufran un poco. No deberían obligarme a ir a ese internado horrible —dijo omitiendo que había pergeñado un plan para que, más pronto que tarde, esos ingleses

tan rígidos no tuvieran más remedio que mandarla de vuelta a casa —. ¿Y la segunda promesa?

—Quiero que cuando me vaya de este mundo esparzas mis cenizas justo aquí, junto a mi antigua finca. Quiero que se unan a las de tu abuelo.

—Abuela, no quiero pensar en eso ahora.

—¡Pues tienes que hacerlo!

—Pero es muy triste.

—Por favor, Carol, prométeme que tú misma te encargarás de ello. Si no, tus padres intentarán por todos los medios enterrarme en un lúgubre cementerio y eso me haría eternamente infeliz.

—De acuerdo. Te lo prometo. Pero tú prométeme a cambio que no te morirás hasta los cien años, como pronto.

Elvira se carcajeó con ganas.

—¡Qué más quisiera yo, mi niña! ¡Qué más quisiera yo!

—Entonces, ¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo!

A finales de agosto de 1983, Carolina aterrizaba en Ellerslie Girls' School, en las colinas de Malvern, en el condado de Worcestershire. El colegio estaba ubicado en una mansión construida en 1885 en el pueblo de Great Malvern, en plena campiña. El emplazamiento era famoso porque en el siglo XIX había atraído a cientos de visitantes por sus aguas medicinales. El agua mineral de las fuentes de Malvern era símbolo del reino y se había hecho famosa en 1851, cuando J. Schweppes la vendió por primera vez en la Gran Exposición de Londres. Entre los monarcas ingleses, Isabel Tudor fue la primera que la bebió, en el siglo XVI. Trescientos años después, la reina Victoria nunca viajaba sin sus botellas en el equipaje. Charles Dickens[15], Florence Nightingale[16] y Charles Darwin[17] también se

desplazaron a este lugar recóndito para beber el líquido curativo. Incluso se rumoreaba que Isabel II siempre guardaba varias garrafas en Buckingham. A Rosario le habían contado todo eso y mucho más, y estaba segura de que era el lugar perfecto para sanar a su hija.

Carolina sacó la cabeza por la ventanilla para respirar ese aire húmedo que había empañado todos los cristales del coche. Un ligero chispeo le daba la bienvenida. La pequeña carretera estaba escoltada por arbustos y enormes setos de tupidas hojas verdes. También había algún árbol con flores rosadas. El edificio, que exhibía grandes ventanales con cercos de madera blanca divididos en pequeños cuadraditos, se erguía grandioso en el centro de un exuberante jardín inglés. Había hortensias azules y malvas a ambos lados de la puerta principal que estaba recién pintada de rojo. El sonido lejano de un cortador de césped se mezclaba con el trino de los pájaros y el suave susurro de una brisa fresca que anunciaba el final del verano. Todo a su alrededor era hermoso, pero ella no lo veía. Solo pensaba en Marcos, si ese era su verdadero nombre. Más tarde o más temprano lo encontraría.

Sintió frío e inconscientemente se arrebujó en su cazadora de cuero. Salió del vehículo con cautela, preocupada. Las pataletas, las promesas y más tarde las amenazas no habían conseguido convencer a sus padres para que cancelaran el viaje y ahora estaba obligada a vivir en ese lugar olvidado, rodeada de gente extraña y con unos conocimientos del idioma inglés que dejaban bastante que desear. «Ojalá me hubiera aplicado más en las clases de don Graciano», pensó. La preocupación dio paso a la ira. Estaba decidida. Haría todo lo que estuviera en su mano para que esas ladies estiradas la enviaran de vuelta a casa lo antes posible.

13 La chica de ningún lado es la canción más famosa de la banda de música de new wave británica B-Movie que tuvo mucho éxito al principio de los ochenta.

14 Son los protagonistas de *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne.

15 Charles J. H. Dickens (7 de febrero de 1812—9 de junio de 1870) fue un escritor inglés, máximo exponente de la novela realista británica del siglo XIX. Entre sus obras más conocidas están *Oliver Twist*, *David Copperfield* o *Historia de dos ciudades*.

16 Florence Nightingale (Florencia, 12 de mayo de 1820—Londres, 13 de agosto de 1910) fue una enfermera británica pionera de la enfermería profesional moderna. Durante su larga vida, también fue escritora, matemática, política y profesora.

17 Naturalista británico del siglo XIX que escribió *El origen de las especies* en 1859, en donde planteó el concepto de la evolución biológica a través de la selección natural. Sus avances científicos socavaron las convicciones firmemente arraigadas, iniciando un cambio de mentalidad de gran trascendencia.

SEGUNDA PARTE:
HISTORIAS QUE VIENEN DE LEJOS

CAPÍTULO VII:
CUANDO EL AMOR NO ES SUFICIENTE

Henry William Harris era alto y guapo como su padre. Tenía una espesa mata de pelo rubio que peinaba hacia atrás en un tupé y una mirada tan azul como un cielo de verano. Se movía con ese porte elegante de clase alta, moral tradicional y educación exigente tan común en las élites británicas. Su atuendo habitual también se correspondía con lo que se esperaba de un inglés instruido e incluía, además de chaqueta Daks, jersey John Smedley y gabardina Burberry, un sello de oro en el dedo meñique. Su familia pertenecía desde hacía siglos a la asociación gremial de los fabricantes de velas de la ciudad de Londres, *The Wax Chandlers of the City of London*, que obtuvo su licencia en el siglo XV cuando las velas se utilizaban en todo el alumbrado público.

En la Edad Media ya existían importantes asociaciones gremiales en la ciudad del Támesis, cuya misión era garantizar el bienestar económico, el equilibrio entre la oferta y la demanda, y el trabajo a todos aquellos que formasen parte del gremio. A partir de la Edad Moderna, estas sociedades, *livery companies,* evolucionaron hasta convertirse en importantes instituciones y sus funciones pasaron a ser proporcionar prestigio social, contactos comerciales y una voz política a los asociados. Dedicaban una parte de su actividad a la recaudación de fondos para sus viudas, ancianos o huérfanos, pero también para necesitados ajenos a la organización.

Los gremios de la City hoy en día, aunque en menor medida, continúan teniendo cierta influencia en la política, la cultura y las

finanzas de la ciudad. Sus sedes se sitúan en las calles más distinguidas y son propietarios de algunos de los edificios más representativos. Los doce gremios principales son: *the Mercers, Grocers, Drapers, Fishmongers, Goldsmiths, Skinners, Merchant Taylors, Haberdashers, Salters, Ironmongers, Vintners, and Clothworkers*[18], pero existen muchos más. El gremio de los veleros está ubicado en el corazón de la City, en Gresham Street, un edificio que posee desde 1501.

Henry solía acudir, junto a su padre y su abuelo, a los eventos sociales, culturales o benéficos que se celebraban en los salones de la institución, y después terminaba la noche en alguna recepción privada en el domicilio de los socios más selectos. Desde que se había graduado en Eton, su vida se repartía entre las clases en la universidad de Oxford y las reuniones del gremio. A sus veinte años apenas pisaba la calle. No conocía el ocio londinense más allá de Gresham Street, ni los locales de moda ni las bandas musicales de la New Wave[19]. Toda la efervescencia del Londres revolucionario de los ochenta se le escapaba. Su padre insistía en que a su edad era mejor rehuir ciertas prácticas. Ya tendría tiempo en el futuro de experimentar. Pero Henry no valoraba esa existencia entre coches de lujo, señoritas remilgadas y cenas de gala. Se sentía vacío y, como era un muchacho obediente, sufría y callaba.

Una noche de abril de 1984 no se encontraba bien. Los últimos sorbos de güisqui habían empeorado el malestar con el que ya se había levantado por la mañana. Pidió permiso a su padre para abandonar la cena benéfica y salió a tomar el aire. El resplandor de las farolas delataba una suave lluvia de la que Henry no se había percatado. Su gabardina estaba dentro y el esmoquin empezaba a calarse. Quería volver a casa, pero temía encontrarse solo entre esos

muros vacíos. Los sirvientes estarían ya acostados, las luces apagadas y se vería obligado a meterse en la cama. Odiaba irse a dormir cuando la casa estaba en silencio. Esa paz solo le inspiraba muerte. Cuando era niño, Mary, su niñera, le contaba cuentos hasta que sus párpados infantiles se rendían al sueño. Sabía que, si paraba, aunque fuera un segundo, empezaría a temblar y ya no habría manera de dormirlo. A los diez años Mr. Harris, su progenitor, decidió que ya era mayor para los mimos infantiles y despidió a Mary. Desde entonces, solo conciliaba el sueño cuando el alboroto reinaba a su alrededor. Si el silencio tomaba la habitación, se acostaba con la radio encendida. Así noche tras noche. Se preguntaba si esta rareza tendría algo que ver con su madre. Su madre… No sabía quién era su madre. No tenía ni idea de si estaba viva o muerta, si era hermosa o fea, dulce o antipática. Jamás había visto una foto suya y jamás su familia había mencionado una sola palabra sobre ella. Ni siquiera conocía su nombre. Estaba prohibido. La única certeza que tenía era que lo abandonó después del parto y que por eso nadie nunca la nombraba.

Henry cogió un taxi y regresó solo a casa. Tenía ganas de vomitar y le dolía el estómago. Se acercaría a la cocina a buscar algún remedio y después se retiraría a su cuarto a poner un disco de *The Creatures*[20]. Necesitaba escuchar algo que le ayudara a evadirse de ese día a día que lo estaba asfixiando. El exotismo envolvente de la percusión lo ayudaría. Las dependencias del servicio estaban tranquilas. Seguro que Francine, el ama de llaves, dormía. Abrió la puerta de la despensa con sigilo y empezó a buscar bicarbonato. La pared frontal estaba atravesada por varias baldas que soportaban botes de conserva, latas, botellas de refrescos y diferentes accesorios de menaje. En la parte inferior había cajones. Los revolvió

para buscar algún producto o medicamento que lo aliviara, pero no encontró nada. En el más profundo estaban revueltas unas bolsitas de té, un bote con terrones de azúcar, pajitas para las bebidas, unas fichas de recetas unidas con una goma y varios caramelos. Era complicado revisar ahí dentro, así que sacó el cajón y lo volcó sobre la mesa. En ese movimiento oyó que algo caía por la parte de detrás del mueble. Se agachó con cuidado para cogerlo y… ¡cuál sería su sorpresa cuando descubrió una foto en blanco y negro! Se sentía como un intruso husmeando en su propia despensa, un lugar que por primera vez visitaba a solas. Acercó la foto a la luz. Era una chica con un niño en brazos. Parecía como si alguien hubiera tachado el rostro de la mujer con tinta y después, arrepentido, lo hubiera limpiado formando un borrón que impedía diferenciar las facciones. El bebé debía de tener un año o dos. Se preguntó quién sería. Si las dos personas de la foto serían su madre y él. Pero su madre lo había abandonado nada más nacer, ¿o no? De repente, oyó un ruido a su espalda. Echó rápidamente todas las cosas en el cajón, lo devolvió a su sitio y se guardó la foto en el bolsillo. Francine apareció con ojos somnolientos, colocándose el delantal.

—Señorito Henry, ¿se encuentra bien? ¿Necesita que le prepare un vaso de leche?

—Estaba buscando algo para el dolor de tripa.

—Pues habrá que buscar en el botiquín. En la despensa solo hay comida. Si quiere le pongo al fuego agua para una manzanilla. Es mejor no abusar de las medicinas.

—Sí. Quizá una infusión me ayude. Creo que la comida me ha sentado mal. Demasiados canapés. Ya sabes que tengo el estómago delicado.

—Igualito que su padre. Siéntese, que en seguida se la pongo.

Henry aprovechó la oportunidad para intentar tirar de la lengua a la mujer. Sabía que llevaba con la familia toda la vida y sospechaba que tenía conocimiento de algo que la obligaban a ocultar.

—¡Qué suerte que sea igualito a mi padre en todo! Así nadie tiene que darme ningún dato sobre mi madre.

Francine se giró sorprendida. Era la primera vez que el señorito hacía alusión directa a su progenitora.

—Me pregunto qué razones hay para que se me oculte todo lo referente a ella.

—Su padre solo quiere protegerlo. No quiere que sufra, supongo.

—Ya soy mayorcito. ¿No crees? Debería enfrentarme a mi pasado y saber más sobre mis orígenes.

—Yo lo único que sé —dijo Francine mientras trajinaba en los fogones— es que en esta casa hay normas, que yo soy una simple empleada y que estoy obligada a cumplirlas. Lo siento, pero no se me permite hablar del tema, y usted lo sabe.

—¿Por qué? ¿Tanto daño hizo a mi padre? Debería haberlo superado. ¡Han pasado muchos años! Y yo no tengo la culpa. Siento que me han robado una parte de mi vida. ¿Es que no lo ves?

—Ay señorito, qué más quisiera yo que poder hablar. Hay días que creo que voy a reventar aquí dentro —dijo mientas golpeaba con el puño su corazón.

—Pero Francine, por favor, dime algo sobre ella. Lo que sea. Solo necesito saber que tuve una madre. Mira, ¿es ella? —se atrevió a preguntar mientras le mostraba la vieja foto que había encontrado.

—¿De dónde la ha sacado? ¡Dios bendito! El señor Harris me va a matar. ¿Por qué ha hurgado en los cajones? ¡Démela ahora mismo!

—Ya sabes que no soy fisgón. Cayó al suelo por casualidad. Es mi madre, ¿verdad?

—No entiende nada. No es un problema de desamor, ni de pesadumbre. Es una cuestión de vida o muerte.

—¿De vida o muerte? ¿A qué te refieres?

—A que a veces es mejor no saber. Devuélvame la foto y olvide que existe, por lo que más quiera, se lo suplico. Por el bien de todos, no lo convierta en una obsesión.

—¡No puedo hacerlo, Francine! ¡No quiero! Por favor…—respondió mientras se le ahogaba la frase en una arcada que terminó con una descarga de vómito que no pudo contener.

Francine agarró a Henry por los hombros y con cuidado lo condujo al dormitorio, acariciándole la cabeza. Le ayudó a asearse y lo acostó. Estaba temblando y tenía fiebre. Puso la radio a medio volumen, tal y como a él le gustaba, y bajó a limpiar el suelo. Esperaría a que se durmiera y volvería a recuperar su foto. Esa que una mañana rescató de la papelera del señor Harris, llena de tachones de tinta. Llevaba años escondiéndola, pegada con cinta adhesiva en la parte trasera del cajón. No entendía cómo había podido desprenderse. Tendría que ser más cuidadosa en el futuro. ¿O quizá debería destruirla? Era una prueba comprometedora, pero… ¡la echaba tanto de menos! Era lo único que le quedaba de la señorita Jasmine.

---

18 Comerciantes en general, comerciantes de especias, pañeros, pescaderos, orfebres, peleteros, sastres, merceros, saladores, ferreteros, vinateros y textiles.

19 Se denomina New wave o Nueva Ola al estilo musical de los nuevos sonidos que derivaron del punk al final de la década de los años setenta y principios de los ochenta. Era un estilo musical tipo rock con un uso prominente de guitarras, ritmos entrecortados y, a menudo, gran dependencia de sintetizadores.

20 fue una banda musical de rock/punk gótico formada en 1981 por Siouxsie Sioux y Budgie, cantante y batería respectivamente, de Siouxsie And The

Banshees, como proyecto paralelo a dicha banda. Estuvieron activos hasta 2005.

CAPÍTULO VIII:
LA MADRE

Jasmine Naseer Malik se quedó huérfana en Jaipur el mismo año que la India se independizó del Imperio Británico. Sus padres eran oriundos de Pasni, una localidad de Baluchistán, situada a orillas del mar Arábigo, al oeste del subcontinente. Casi una década había pasado desde que abandonaron aquellos parajes yermos para embarcarse en la mayor hazaña de su vida: encontrar un futuro mejor. Y hasta ese terrible año de 1947 estuvieron seguros de haberlo conseguido. Ya casi no recordaban el tortuoso viaje de mil quinientos kilómetros que recorrieron a pie, con un simple hatillo, un pellejo de agua y muchas ilusiones. El matrimonio había olvidado por completo las largas curas a las que tuvieron que someterse cuando los pies se negaron a continuar, destrozados, después de lidiar durante meses con piedras, maleza y alimañas. Pero si cerraban los ojos, vislumbraban con perfecta nitidez cómo la ciudad rosa[21] los recibía tantos años atrás. Los majestuosos edificios asalmonados, el rico colorido de las calles, el aroma de las especias, los pitidos locos de los vehículos, el batiburrillo de productos en los puestos del mercado, las melodías de las flautas que, en un lamento hipnótico, convocaban a las cobras al baile… En aquellos días, todo les parecía nuevo y diferente.

Nada más llegar los contrataron como sirvientes en la mansión de un alto cargo militar británico y, como eran trabajadores y dispuestos, se ganaron la confianza de la familia con facilidad. Las rutinas en el hogar de los ingleses no eran sencillas. A menudo

alojaban invitados en las habitaciones y celebraban grandes fiestas. Desde el principio, los quehaceres resultaron muchos y variados, y la pareja casi no tenía tiempo para intimar, circunstancia a la que había que añadir que nunca dormían solos, por lo que los hijos no llegaban. Unos años después, gracias a la mediación de la señora de la casa —que empezó a requerir sus servicios con asiduidad—, se acomodaron en un dormitorio encima de los aposentos de los señores que, aunque pequeño y caluroso, era privado. Por fin pudieron dar rienda suelta a sus pasiones y la consecuencia no se hizo esperar. Nueve meses después nacía Jasmine. Los propietarios aceptaron desde el primer momento que el matrimonio criara a la niña en su hogar y, a los cuatro años, la pusieron a cargo del mismo profesor que instruía al señorito Will. Por desgracia, esos tiempos de felicidad se habían visto empañados por la independencia de la India. Los señores estaban obligados a abandonar el país y, con su marcha, el futuro de sus trabajadores se ennegrecía. Es verdad que siempre había existido una parte de la población reclamando independencia, pero jamás pensaron los Naseer Malik que conseguiría sus objetivos. Y eso de partir el país en dos. ¡Era una auténtica locura!, aseguraban.

En realidad, el nacionalismo indio empezó a organizarse mucho antes con la formación del Congreso Nacional Indio en 1885, donde la participación de los delegados hindúes fue de cincuenta y cuatro frente a solo dos delegados musulmanes. La idea original consistía en mantener un estado indio unido, pero, cuando los ciudadanos se vieron libres del dominio anglosajón, las tensiones étnicas y religiosas de los dos grupos se intensificaron provocando un conflicto imposible de solucionar.

La Liga Musulmana, encabezada por Muhammad Ali Jinnah, pretendía unificar y proteger todos los territorios de mayoría islámica bajo la clámide de la nueva constitución india, pero los constantes enfrentamientos y presiones religiosas terminaron por truncar sus intenciones. Preservar los derechos de una minoría musulmana en un país con mayoría hindú se convirtió en una misión imposible y al final se aprobó el plan Mountbatten, ideado por el último virrey británico de la India, Lord Mountbatten, que dividía el subcontinente en dos naciones: La India hindú y El Pakistán musulmán. El plan fue aprobado por el Gobierno Británico, La Liga Musulmana, el Congreso y los líderes Sijs[22], y puesto en marcha en tan solo diez semanas. Las provincias más grandes de la India, Punjab y Bengala, se dividieron en India y Pakistán. En esta última provincia se estableció Pakistán Oriental, que más tarde se convertiría en la República Popular de Bangladés al proclamar su independencia. La partición implicó la migración forzada de cerca de doce millones de personas. Fue uno de los mayores desplazamientos de la historia de la humanidad no provocado por guerras o hambrunas. Uno de los más grandes y de los más mortales, porque muchos perdieron la vida en el proceso.

Una vez conseguida la independencia de India y Pakistán, quedó pendiente la cuestión de Cachemira, una región ubicada al noroeste de la India muy importante por dos circunstancias. La primera, su situación estratégica: flanqueada por la cordillera del Himalaya, permite el acceso a territorio indio. La segunda, los abundantes recursos hídricos que alberga: un arma en manos de la India contra la economía agraria pakistaní, tan dependiente de su agua. Desde 1947, estas naciones se han enfrentado por el control de la región,

actualmente dividida entre India, Pakistán y China, en tres ocasiones, y el conflicto continúa sin solución.

La familia de Jasmine, que era musulmana, se vio impelida a abandonar Jaipur ese terrible año de 1947. Empaquetaron las cuatro cosas que tenían y cargaron un viejo carro, que les había regalado Mr. Harris, rumbo a Pakistán. Volverían a su antigua tierra, a Pasni, pero no tenían ni idea de qué se encontrarían allí. Ni siquiera habían vuelto a saber nada de los familiares que dejaron atrás hacía ya diez años. Una mañana de calor asfixiante, sentaron a Jasmine sobre una maleta y emprendieron el camino hacia la incertidumbre. Viajaban con desconfianza, preocupados. Desde la declaración de independencia, el desorden reinaba en las calles. Las diferentes etnias y credos se enfrentaban entre sí casi a diario y el miedo había tomado la ciudad. Cuando apenas llevaban un kilómetro de recorrido, detuvieron el paso para permitir a un par de vacas cruzar al otro lado de la vía. Los animales sagrados, siempre tan perezosos, se tomaban su tiempo para moverse.

De repente, un tumulto de gente apareció por el lateral. Iban armados con palos y destrozaban todo a su paso. El matrimonio intentó huir, pero la turba se lo impidió. El ruido de los golpes les hizo contener el aliento, luego las voces y los gritos. Sin ninguna explicación, los violentos volcaron el carro de la pequeña familia y todo su contenido quedó desparramado por el suelo. Después se abalanzaron sobre ellos. La pareja se cogió de la mano para intentar esquivar a la masa descontrolada. Estaban muy asustados y no conseguían encontrar a su hija. Decenas de personas se empujaban unas a otras. Los Naseer Malik no pudieron evitar caer al suelo, arrastrados por un magma de ira y locura. El gentío pasó por encima sin ni siquiera prestar atención a lo que atropellaban. Los cuerpos

del matrimonio, de una adolescente y de un niño quedaron inertes, pisoteados como uvas de vendimia en un lagar. Jasmine escuchaba los gritos oculta bajo una tabla. Fue casi un milagro que no muriera también aplastada por la muchedumbre.

Cuando quedó atrás la imagen dantesca del horror acontecido, una joven escuchó el llanto de la niña. Buscó y buscó entre los destrozos intentando localizarlo. Jasmine tenía la cara morada de tanto llorar. La mujer la cogió en brazos. Había reconocido los cadáveres de los empleados de los Harris y recordó que tenían una niña de unos cuatro años. Pobre criatura. ¡Qué pronto se había quedado solita en el mundo! La llevaría a casa del matrimonio inglés, a ver si con suerte todavía no había abandonado el país. Cuando arribó a la casa, la recibió la señora Harris. Aun vestía la bata japonesa que solía ponerse para desayunar en el dormitorio, aunque ya llevaba los labios pintados de carmín. Tenía el clarísimo pelo recogido en un moño bajo deshilachado y fumaba un cigarrillo con boquilla. Los gritos del gentío habían llegado también a sus dependencias y, asustada, había salido a los jardines a indagar.

—¿Qué me traes, mujer? ¡Llevas mucha sangre en el Sari! ¿Qué ha pasado? ¡Cuenta!

—Señora, las buenas gentes de Jaipur ahora se enfrentan entre sí. Muchos se sienten traicionados con la partición del país. No quieren abandonar sus hogares y convocan protestas. Otros descargan un odio atroz sobre los que antes eran sus vecinos. Los quieren lejos o muertos. Están todos tan rabiosos que lo pagan con quien menos se lo merece. Traigo a la hija de los Naseer Malik.

—¿Los Naseer Malik?

—Los criados, madre —se oyó al fondo. Un niño de unos ocho años se encaminó hacia donde se encontraban las dos mujeres.

Tomó la manita de la niña y mirando a su madre añadió—: es Jasmine, la hija de los criados.

—Sí, sí. Ya lo sé —contestó la madre un poco incómoda —. ¿Por qué nos la traes? ¡Con la que está cayendo ahí fuera!

—Precisamente por eso. Sus padres han muerto, señora, y no sabía qué hacer con la pobre criatura. Yo tengo ya cuatro hijos y no puedo hacerme cargo de otro más. ¡No puedo, señora! ¡No puedo!

—¿Qué? ¿¡Que han muerto!?

—Sí, señora. Les ha pillado la revuelta. Los han aplastado. Llévesela a su país. Aquí no tiene a nadie y morirá de necesidad.

La señora Harris sintió una punzada en el pecho. Las cosas se estaban poniendo muy feas. Deberían partir hacia Inglaterra cuanto antes. Pero… ¿llevarse a la hija de otros? ¿Qué diría la sociedad londinense si se presentaba con un ser con la piel tan oscura? Además, tardaría al menos cinco años en serle un poco útil. ¿Qué iba a hacer con ella mientras tanto?

—Lo siento, pero no entiendo por qué me la traes a mí. Yo no puedo hacer nada. Pronto dejaremos Jaipur e Inglaterra no es un lugar apropiado para una niña india.

—Por favor, por favor —intervino su hijo—, no la abandones. Yo puedo cuidarla. La dejaré dormir en mi cuarto, la vigilaré y le daré de comer.

—No digas tonterías, William. Eres un niño. No puedes criar a alguien poco menor que tú. Además, esto no es asunto tuyo.

—¿Qué no es asunto suyo? —interrumpió el señor Harris que llegaba en ese momento.

—Nada, querido. La niña de los criados que se ha quedado huérfana.

—¡Dios santo! ¿¡Qué ha pasado!? —gritó, sobresaltado, George Harris.

—Señor, el pueblo ha enloquecido. Ha habido desórdenes. Hay varios muertos, entre ellos los padres de la niña.

—Padre, por favor, deja que se quede. ¡No tiene a nadie! —insistió Will—. La cuidaré como si fuera mi hermanita. Siempre he querido tener una. Pronto tendré nueve años. Lo haré bien. Lo prometo.

El señor Harris tomó a la niña entre sus brazos. Parecía una gatita asustada, pero lloraba como una leona. En veinte años de matrimonio, la señora Harris solo había concebido un hijo. Se preguntaba si quizá se le presentaba la única oportunidad de ampliar la familia. Will parecía ilusionado con la idea y quería complacerlo. Llevaba demasiados años ausente en la vida familiar a causa de las exigencias de la Corona y, ahora que regresaban a Inglaterra, podría intentar recuperar el tiempo perdido y disfrutar de las bondades de la paternidad. Él mismo se ocuparía de que recibiera una buena educación británica. Estaba decidido.

—Jasmine se queda con nosotros. No hay más que hablar. Sus padres nos han servido bien todos estos años y no se merecen que nos desentendamos. Quedarse huérfano tan pronto es un drama terrible. La adoptaremos.

—¿Estás loco? ¿Adoptarla? ¡Si es negra!

—Querida mía, ¿y qué si es de raza india? Eso me da igual. Voy a adoptarla, quieras o no. William y yo nos encargaremos de ella. ¿Qué te parece? —preguntó George, ilusionado, mirando a su hijo Will.

Al niño se le iluminaron los ojos después de escuchar esas palabras. Se acercó a su padre y le pidió que se la entregara. Le dio un beso en la mejilla y se fue a la cocina a buscar a Veda, el ama de

llaves, para que instalara a su nueva hermana en su dormitorio. Mr. Harris entregó unas monedas a la joven que había rescatado a la niña y le dio las gracias. Acto seguido asió a su esposa por el brazo y zanjó el tema.

—Es mejor que entremos a prepararlo todo. Me han dado permiso para regresar. ¡Nos vamos, Rose! ¡Nos vamos a casa!

---

21 Jaipur es conocida como la ciudad rosa porque los edificios del casco antiguo, construido por Jai Singh II, son de color rosa asalmonado, considerado en Rajastán el color de la suerte. Jaipur es la capital de Rajastán o Rayastán, un estado de la India que está ubicado al oeste del país, limitando al norte con Punyab, al noreste con Haryana y Uttar Pradesh, al este con Madhya Pradesh, al sur con Guyarat y al oeste con Pakistán. Es el estado más extenso y el séptimo más poblado.

22 La religión Sij fue creada en el sigilo XVI como respuesta al rígido sistema de castas del hinduismo. Sij deriva del sánscrito shishya, que significa discípulo. Son una comunidad de fieles que sigue las enseñanzas de Nanak Dev Ji (1469-1540), un gurú, un hombre santo, un reformador social y religioso que viajó por todo el mundo a lo largo de 40 años. Los sijs son vegetarianos porque creen en el respeto a la libertad y la vida de todos los seres vivos, y no consumen tabaco ni alcohol. No se cortan el pelo ni la barba, porque respetan el curso de la naturaleza, y en el caso de los hombres, llevan un turbante, símbolo de identidad y compromiso espiritual.

CAPÍTULO IX:
EL ENCUENTRO

INGLATERRA, ABRIL DE 1984

Era abril en Malvern y el azul empezaba a hacerse hueco en los oscuros cielos ingleses. A veces la lluvia paraba y las diminutas gotas de agua que cubrían la pradera absorbían los rayos del sol y emitían suaves destellos. Aunque la ilusión tan solo duraba unos minutos, porque enseguida volvía la borrasca. Cuando por fin clareaba, los campos exhibían cientos de flores amarillas que impregnaban el viento del aroma dulzón de la colza. A los lados del Lower Wyche[23] también habían florecido varios arbustos silvestres de lilas y campanillas blancas. Esa tarde, Carolina llegaba de su último partido de hockey en la pequeña furgoneta escolar. Desde lo alto de la colina, el valle se mostraba espléndido. Asomó la cabeza para respirar el aire fresco. Pequeños nimbos amenazaban con otro aguacero. Pensó en el partido. Habían luchado como jabatas, corriendo sobre la hierba resbaladiza, embadurnadas de barro, amenazantes con el palo, sin dejar opciones de pase a las contrarias. Aun así, las chicas del Cheltenham Ladies' College se lo habían puesto muy difícil. Pero eran las campeonas. Habían vencido al mejor equipo de las dos últimas temporadas.

La batalla había sido larga y ahora le tocaba continuarla enfrentándose a Miss Law. Ya estaba acostumbrada a sus castigos. A veces eran crueles, pero los aceptaba. Podría decirse que incluso los

buscaba. Era incapaz de evitar infringir las normas. Cada día trasgredía una diferente.

La *housemistress*[24] se sentía impotente. Esa española maleducada y rebelde le hacía perder los nervios con demasiada facilidad. Estaba claro que pretendía que la expulsaran, pero ella se había jurado a sí misma que enderezaría el árbol torcido. No sabía la razón, pero la muchacha estaba decidida a autodestruirse y no se lo iba a consentir. Ese viernes comenzaban las vacaciones de Semana Santa. Tendría dos semanas para reponer fuerzas y estudiar una nueva estrategia para conseguir su objetivo. Quisiera o no, la española pasaría por el aro.

Carolina no había regresado a España desde el inicio del curso. Sus padres querían que cortara por lo sano con lo que fuera que le había envenenado la sangre y que su inglés mejorara lo más rápido posible. Los días que el internado cerraba, Carol se iba a casa de sus guardianes[25] ingleses, una familia de confianza a la que se pagaba una cantidad fija de dinero, más gastos, a cambio de que se encargara de ella. La casualidad hizo que en el caso de Carol fueran los Wentworth, padres de su mejor amiga, Rachel. El bisabuelo de Rachel había sido un alto mando del ejército británico, su abuelo había comandado un batallón en la India y su padre no había tenido más remedio que continuar con la tradición castrense. Su madre también era descendiente de militares, y todos los varones jóvenes de ambas familias pertenecían o habían pertenecido a la CCF[26].

Los Wentworth a veces pasaban las vacaciones en la casa que habían heredado en Kensington, un precioso edificio de tres plantas más sótano en la calle Campden Hill, muy cerca de la estación de metro de Kensington High Street. Alojarse con la familia de Rachel era como estar en el paraíso para Carol. Casi siempre los padres de

su amiga las dejaban a cargo de Muriel. Muriel era la vieja *nanny*[27] de Rachel. En realidad, había sido la niñera de varios Wentworth. Llegó a Londres a principios de los cincuenta con una maleta y dos críos de la mano buscando un futuro mejor. Aquellos fueron tiempos duros, y más para alguien que desconocía la idiosincrasia londinense. Además, Muriel tenía una cicatriz en la cara que le otorgaba un aspecto bastante siniestro, por lo que siempre le resultaba difícil que la contrataran. Así que no tuvo más salida que colocarse como sirvienta externa, algo que en realidad odiaba. Unos años después, la niñera se marchó sin previo aviso y los señores no tuvieron más remedio que pedirle a Muriel que les echara una mano con los niños. El cambio de ocupación resultó muy conveniente para ambas partes. Muriel era a la vez eficiente y cariñosa con los pequeños y se la veía satisfecha. La única condición fue que se alojara como interna, y así lo hizo. La prole de los Wentworth la necesitaba y sus chicos ya tenían suficiente edad para valerse por sí mismos en el pequeño piso que tenía en propiedad en el East End[28].

Los pequeños Wentworth crecieron y se convirtieron en sus nuevos señores. Estos continuaron contando con su ayuda en la casa, incluso después de que la nueva generación también hubiera crecido. El matrimonio se pasaba la mayor parte del año de acá para allá y necesitaba a alguien de confianza que se encargara de todo en su ausencia. Muriel era feliz con la familia. Tenía la oportunidad de ahorrar para su vejez, los señores viajaban con la tranquilidad de que su vivienda londinense no estaría nunca desatendida, y todos contentos. Por eso en 1984 Muriel seguía trabajando para la familia, a pesar de ser casi una anciana. Para todos se había convertido en un miembro más. Y convencidos de que la pobre mujer estaba más

ciega que un topo y apenas oía, en la casa todos hacían lo que les daba la gana.

Aquella primavera la invitada española corrompía a la señorita Rachel con ocurrencias poco recomendables. Estaba claro que se trataba de una deseada visita a la ciudad y que la aprovecharía. Por eso la vieja niñera hacía la vista gorda, aunque nada se le escapaba. Lo primero que hicieron las jóvenes estudiantes el domingo por la mañana fue acercarse al mercadillo de Camden Town. Estaba repleto de coloridos puestos de ropa y accesorios de segunda mano, imposibles de encontrar en España, y a Carolina los trapos la volvían loca. En los años ochenta, este mercado se había convertido en un importante punto de encuentro entre la moda y la música, que en aquellos tiempos ya empezaban a complementarse. Eran los grupos musicales los que marcaban las tendencias. Y todo Camden Town aparecía en el escenario de los conciertos de Londres, en donde la imagen de cantantes estrafalarios se exportaba al resto del mundo. Las subculturas británicas que se identificaban con la música estaban floreciendo: mods, rockeros, punks, bohemios, y todos los que eran *cool*[29] se juntaban en Camden el domingo comprando pantalones hippies, chaquetas de cuero, cinturones con tachuelas, Levi's rotos, abalorios con crucifijos, camisetas decoradas con eslóganes, botas de plataforma y Dr. Martens[30] usadas. Era el lugar ideal para encontrar algo alternativo. En los ochenta, The Daily Express calificaba al mercado de Camden Lock como el lugar de reunión dominical más moderno de Londres, y afirmaba que muchos de los mejores diseñadores de Gran Bretaña se estrenaban con puestos allí. English Eccentrics y BodyMap son solo algunas de las marcas que dominaron la moda londinense en aquellos años, poco

después de haber comenzado con un insignificante puesto en Camden Market.

Carolina descubrió un mundo nuevo ante sí, un mundo muy atrayente. Se excitaba revolviendo blusas irreverentes en los mostradores de los puestos, o mirando pantalones destrozados con banderas británicas o americanas cosidas en los laterales. Se probó unas botas de charol rojo y una torera de cuero con flecos en la espalda. Esbozó una sonrisa. Se preguntaba qué diría su madre si se cruzara con uno de esos punkis con cresta multicolor o una de las chicas con tatuajes en el escote y medias de rejilla negra agujereada. Seguro que le daba un patatús. Gastó todo el dinero que tenía, excepto unas libras que guardó para tomar algo en un McDonald's. Estaba encantada con sus vaqueros rajados, su cazadora de tachuelas, la muñequera de pinchos —que casi seguro nunca luciría— y las botas negras de plataforma, un poco viejas pero espectaculares, que había comprado en el último tenderete. Miró el reloj. Eran las tres y todavía quedaba mucho día por delante. Rachel le propuso dejar todas esas bolsas en la casa y acercarse a Hyde Park a dar de comer a los patos y a degustar un helado antes de que la luz se desvaneciese. El atardecer en el parque era algo que no se podían perder, le aseguró. Carol prefería acercarse a Covent Garden a tomar unas pintas y aceptó la propuesta de su amiga con desgana.

La mañana posterior a la cena benéfica, Henry se levantó muy tarde. Había pasado mala noche y en cuanto oyó el trasiego de los sirvientes preparando el desayuno, decidió dormir un poco más. Esos momentos de ajetreo eran los mejores para rendirse al sueño. El jaleo le hacía olvidar que se había criado solo. Una vez en pie, se dio una ducha, se enfundó unos vaqueros desgastados y, para

cuando salió a dar un paseo, ya era media tarde. Había estado pensando en la mejor forma de abordar a su padre, mostrarle la foto y exigir respuestas. Pero alguien se la había robado del bolsillo. Francine, sin duda. Ya hablaría con ella más tarde. Ahora estiraría las piernas y pensaría una estrategia para poner en práctica a su regreso. La casa de los Harris estaba ubicada a pocos pasos de Hyde Park, en el exclusivo barrio de Mayfair. Era una construcción victoriana de varias plantas que albergaba además un pequeño jardín trasero. Grande y austera, delataba con descaro la falta de una mano femenina. Tan oscura y recia por dentro como blanca y reluciente por fuera, representaba a sus propietarios con absoluta precisión. Esa tarde estaba silenciosa. El señorito se había marchado hacía horas y todavía no había regresado.

Henry tomó el camino directo al parque. Quería dar un paseo por la pradera y después sentarse un rato en las hamacas que había junto al estanque. Estaba contemplando el horizonte cuando descubrió el paso torpe de varios patos que entraban y salían del agua. Un niño de poco más de un año se les unió. Intentaba imitarlos. Caía al suelo y se levantaba para reanudar su juego mientras su madre lo vigilaba orgullosa. Era una imagen que escocía, y mucho. Tan ensimismado estaba en esos pensamientos que no se percató de que su prima Rachel se acercaba. Bueno, en realidad su prima lejana. Sus abuelos eran hermanos. Ambos se vanagloriaban de haber servido a la Corona en la India. Y aunque los primos solo se veían en algunas reuniones familiares de los Harris, se llevaban bien y les hizo mucha ilusión reencontrarse. Rachel lo abordó con la alegría que siempre la caracterizaba.

—¡Henry! No sabía que estabas por Londres. ¿No vais este año a Hereford?

—¡Hola Rachel! ¡Me alegro mucho de verte! —respondió sobresaltado—. No. Es por el abuelo, está ya muy mayor y preferimos no incomodarlo con el viaje.

—¿Le pasa algo grave? Mi abuelo no nos ha dicho nada.

—No, que va. Es que tiene ya muchos años y se notan.

—Mira —dijo señalando a Carolina—, voy a presentarte a mi amiga Carol. Es española y está pasando unos días en nuestra casa. Somos sus guardianes. Es la primera vez que visita Londres. Henry se levantó de la hamaca para dar la mano a la chica, pero esta se adelantó y le plantó dos besos en la cara. Él se quedó estupefacto. No sabía que decir. Carol rompió el hielo.

—Encantada de conocerte. Rachel nunca me ha hablado de ti, la verdad. Creo que me acordaría —dijo mirando a su amiga con reproche.

—Bueno, no habrá salido el tema, supongo —se disculpó Rachel metiéndose un puñado de gominolas en la boca.

—¿Cómo qué no? Pues anda que no hablamos de tíos.

—Pero ¿Qué dices, Carol? Por favor, deja de decir tonterías —zanjó la recatada inglesa, molesta, después de tragarse las golosinas sin masticar.

—¿Por qué no lo invitamos a tu sótano? Podemos preparar una cena ligera y beber unos cubatas.

Rachel sintió que su amiga se estaba tomando demasiadas libertades e iba a poner alguna excusa cuando habló el chico.

—No. No creo que pueda ir. Hace horas que me marché de casa. Debo volver ya. Estarán preocupados.

Pues nos acompañas a Kensington y llamas por teléfono desde allí para decir que te quedas con nosotras —insistió Carol disponiendo del domicilio de su amiga como si fuera suyo.

—Pero está lejos. Tardaremos en llegar. No, de verdad.

—Tengo hierba —susurró Carol acercando sus labios al oído de Henry, mientras extraía del bolsillo un par de porros ya liados y los ponía a la altura de sus ojos. Luego se dirigió a su amiga—. Así no tomas tantos dulces. Si de verdad quieres adelgazar tienes que pasarte a este tipo de chocolate —y se rio a carcajada limpia, colocándose el canuto, todavía sin encender, entre los labios.

Rachel se quedó petrificada. No le gustaba que se supiera de sus intentos de adelgazamiento. Además, no entendía cómo la española había conseguido la droga. Habían ido directamente de la escuela a la casa con el chófer y después… ¡Claro! Debía de haberlos comprado esa misma mañana en el mercadillo en algún momento de despiste.

—De acuerdo —contestó Henry—. Iré con vosotras. Me apetece el plan.

—Lo siento primo, no puede ser. No podemos fumar eso en mi casa. ¡Carol! Eres horrible. Estás muy loca. ¿Y si nos pillan?

—Pero que llorica te estás poniendo. Anda, no te cagues tanto, que va a ser divertido.

Rachel dudó unos instantes. Sus padres no volverían hasta la noche del lunes y hacía tiempo que tenía ganas de probar el hachís, la marihuana o lo que fuera que tuviese su amiga. Pero le daba miedo. ¿Y si los descubrían? Estaba en esos pensamientos, frotándose dubitativa la barbilla, cuando reparó en que Carol y su primo conversaban de forma distendida y se sonreían. Conocía bien a los dos y sabía que eran muy parecidos. Estaba segura de que la española ocultaba algún tipo de trauma que pronto le sonsacaría. Y Henry nunca había superado crecer sin madre. Ambos intentaban enmascarar sus frustraciones. Ella con descaro y rebeldía. Él

mostrando indiferencia. Pero no lo conseguían. Intuía que estaban en guerra contra sus propios demonios y que la amargura, más tarde o más temprano, terminaría por aflorar. Ahora, por primera vez en mucho tiempo, reían y parecían sinceros. Desprendían cierto entusiasmo que, de alguna manera, era contagioso. Así que decidió que sería mejor aprovechar el momento.

—De acuerdo, iremos a mi casa. Pero con una condición.

—Pues tú dirás.

—Yo decido cuándo se acaba la fiesta y nos vamos todos a dormir.

Los nuevos amigos se miraron a los ojos para confirmar con un fugaz gesto la aprobación del contrario. Luego se giraron hacia Rachel y contestaron al unísono.

—¡Hecho!

—También quiero una bandeja de esas galletas tan ricas que hace Francine para las celebraciones.

—¿Las de mantequilla y jengibre? ¡Hecho también! —resolvió Henry sin esperar respuesta.

Los tres jóvenes entraron por una pequeña puerta de servicio para no llamar la atención de los vecinos y, siguiendo las instrucciones de la anfitriona, se acomodaron en el sótano. Era una especie de cueva de ladrillo visto en donde los padres de Rachel guardaban algunos trastos. Encendieron una lámpara de mesa y pincharon el último disco de los Simple Minds[31]. La música envolvía el ambiente fresco de la sala. Se sentaron en un antiguo sofá de cuero descosido y se quitaron los zapatos. Luego abrieron una botella de Ron y se la fueron pasando de uno a otro, bebiendo a morro de ella. Rachel engullía a pares unos pasteles que había bajado de la cocina como acompañamiento. Cuando se los terminó todos, abrió una botella de ginebra. Sus progenitores escondían un buen arsenal.

Encendieron el primer porro. Aspiraban con fuerza el humo de la droga y tosían entre risas porque no sabían ni siquiera fumar tabaco. Inhalaban de nuevo y se carcajeaban hablando de temas absurdos que les provocaban la risa. Ya no hacía frío en ese sótano húmedo. Ahora hacía calor, mucho calor. Se remangaron las camisas y se desinhibieron por completo. A la española le patinaban las palabras con un marcado acento español. Una gracia natural adornaba su conversación y los compañeros la escuchaban embelesados. Jugaron a las prendas, al teléfono escacharrado, a hacerse cosquillas. A partir de un momento, las conversaciones pasaron a ser más profundas.

—¿Creéis que algún día aceptarán nuestros padres que los tiempos cambian? ¿Me refiero, podremos por fin ser libres para hacer lo que nos dé la gana sin pensar en lo que se espera de nosotros?

—Vaya Carol, te has puesto muy dramática —contestó Rachel ahogándose en una carcajada perfilada por unos labios todavía manchados de nata—. Anda, pásamelo, que te está afectando de más —exigió, quitándole el porro de las manos.

—Yo pienso en ello todo el rato —cortó Henry. A mí no se me permite ni siquiera indagar sobre mi pasado.

—¿A qué te refieres? —continuó Carol ajena a los gestos de su amiga, que seguía tronchándose, intentando reconducir la conversación a temas menos serios.

—Me refiero a que nuestros padres se criaron sin preguntar. Nunca cuestionaban nada y aceptaban las imposiciones como algo natural. No sé si es que no se atrevían, o si ni siquiera se lo planteaban. Yo no conozco a mi madre y a mi alrededor no parece que a nadie le importe.

—No tenía ni idea, Henry —dijo Carol mientras le colocaba hacia un lado un mechón del tupé—. Tío, eso debe de doler.

Henry sintió un escalofrío y desvió la mirada hacia su prima, que se había dejado caer sobre unos cojines de cuadros que cubrían, esparcidos, parte del suelo. Estaba dormida. Tenía la boca entreabierta y babeaba. Los dos la miraron haciendo una mueca de asco y rieron con alborozo. Se había fumado el segundo porro ella solita. Carol se acercó más al chico para no despertar a su amiga e insistió, bajando el tono de la voz.

—No sé, quizá yo preferiría no saber nada sobre la mía. Es tan… severa.

—Estoy seguro de que es mucho mejor que la conozcas. Créeme, no puede ser tan mala.

—No tienes ni idea. Tú no sabes nada sobre España. Acabamos de salir de cuarenta años de dictadura. Nuestros padres se han criado en un mundo totalmente cerrado en donde la religión siempre ha dictado las normas. Mi madre no sale de la iglesia. Jamás toma una decisión sin consultarla antes con su confesor.

—¡Pero estamos en los ochenta!

—Eso mismo digo yo. Aunque a nadie le importa en mi casa. Mis padres y mis hermanos han estado toda la vida controlándome.

—¿Tienes hermanos?

—Tres. Todos mayores que yo. Unos pelmas.

—Ya. Pero ahora estás aquí, conmigo. Nos hemos puesto hasta arriba de alcohol y hemos fumado droga. Y tu familia está lejos, pero sigue estando ahí. Existe. Haces lo que te da la gana, pero sabes quién eres. Yo solo tengo un abuelo medio chocho y un padre que no habla. Nunca abre la boca —insistió clavando a su interlocutora unos ojos angustiados.

Carolina se vio reflejada en esos ojos azul brillante y notó como el dolor de Henry se instalaba en su propio pecho. La necesidad de

consolarlo la arrastraba. Tenía el torso desnudo. Había perdido la mayoría de su ropa en el juego y estaba tan cerca que podía escuchar los latidos de su corazón y percibir los pequeños temblores que sacudían sus labios. Unos labios preciosos. Decidió besarlos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Lo hizo con torpeza, como si nunca hubiera besado. Y en cierta manera era verdad, pues los únicos besos que había experimentado en su vida se los habían robado. Había intentado borrar de su memoria aquella noche loca en la que usurparon su cuerpo para después dejarlo a la deriva, pero no lo había conseguido. Y ahora que tenía la oportunidad de partir de cero con alguien que le gustaba de verdad, se sentía incapaz.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Henry cuando la chica, después de invadir por iniciativa propia su boca, se separó con brusquedad.

Carol no contestó. Demoró la mirada sobre la boca de ese muchacho que en esos momentos parecía aterrado. Era grande, con labios gruesos y bordes bien perfilados. Estaba ligeramente húmeda y dejaba entrever unos dientes blancos y alineados. Deseaba lamer esos labios, saborear todos los recovecos, pero algo se lo impedía. En su interior se libraba una batalla y Henry lo desconocía.

—¡Carol! —insistió—. No sé si te he molestado sin querer. Si es así, lo siento. De verdad que lo siento.

Rachel se despertó sobresaltada, ajena a lo que había pasado entre sus dos acompañantes.

—¿Qué hora es ya? —preguntó desperezándose— ¿Os apetece unos bocadillos? Tengo mucha hambre.

—Es muy tarde —contestó Henry, confuso e incómodo—. Me vuelvo a casa. Gracias por todo. Lo he pasado genial —añadió sin desviar la mirada de Carolina, que continuaba callada.

—Te acompaño a la entrada.

—Gracias, prima. No es necesario. Hasta otro día.

—Hablamos pronto —concluyó Rachel depositando un beso en la mejilla del chico.

—Sí, hablamos —respondió mientras desaparecía tras la puerta de acceso del servicio.

---

23 Pequeña zona de la aldea de Wyche situada en la ladera de las colinas de Malvern (Inglaterra).

24 *Housemistress* es una profesora que está a cargo de la casa en donde se alojan las chicas de un internado.

25 Es una familia que se responsabiliza del alumno cuando el internado cierra por fiesta, vacaciones o surge un imprevisto.

26 Combined Cadet Force (CCF) o Fuerzas combinadas de Cadetes, es una organización juvenil promovida por el Ministerio de Defensa, fundada después de la II Guerra Mundial, que fomenta los objetivos y valores del ejército británico en los colegios e internados del país a alumnos entre 13 y 18 años.

27 Niñera en inglés.

28 Aunque hoy ha cambiado, era el barrio obrero y de los bajos fondos en el Londres de los siglos XIX y XX.

29 Cool es guay en español.

30 Botas de moda de la época.

31 Banda británica con comienzos en la *New Wave* que en los ochenta tuvieron mucho éxito. *Don´t you forget about me* es una de sus canciones más conocidas. En 1981 tocó en el Rockola de Madrid.

CAPÍTULO X:
INSTALADOS EN LONDRES

LONDRES, 1948 - 1963

George y Rose Harris alcanzaron aguas británicas en febrero de 1948. Creyeron que el traslado a Inglaterra iba a ser fácil, pero no lo fue en absoluto. Pegar un portazo a quince años de tu vida no podía serlo. Era imposible. Pero los Harris, obnubilados por la promesa de una existencia más acorde con el ideal que ellos mismos habían imaginado, no se dieron cuenta de que dejaban atrás todo su mundo. Y que sin ese punto de unión su amor se resquebrajaba.

Los primeros meses en Park Street fueron duros. Se miraban a los ojos y no tenían qué contarse. Se obviaban por las noches y empezaron a llenar su tiempo con ocupaciones dispares. Era evidente que se estaban distanciando. Sin embargo, fue la sociedad londinense la que precipitó su ruptura. Olvidaban invitarlos a las fiestas. Les ignoraban en el teatro. Los colocaban en la mesa más alejada en las bodas… Rose insistía en que la culpa era de la niña tan oscura que habían adoptado, pero George no estaba de acuerdo. No le gustaba nada que la calificara de esa manera, porque, para él, Jasmine era la luz. Aportaba mucha felicidad a sus vidas y su existencia siempre le había parecido un regalo.

El tiempo pasaba, Jasmine crecía, y Rose se empeñaba en echarle la culpa de todos los males. Era una pequeñina preciosa, con ojos negros cautivadores, sonrisa radiante y una alegría de vivir que contagiaba a todo el mundo. Pero su esposa la rechazaba con tanto

empeño, que un día se vio obligado a tomar una decisión. No aguantaría más a esa mujer quejumbrosa. Estaba seguro de que eran sus groserías, y no los orígenes de la niña, las que ahuyentaban a su círculo de amistades. Estaba tan alterada que ni siquiera era consciente de lo burda que se había vuelto.

Tras el divorcio la situación mejoró. Ya no se respiraba tanta tensión en la casa. Su hijo y Jasmine se llevaban de maravilla. Había recuperado los eventos en el gremio de veleros y se sentía pleno.

El día que Jasmine cumplió veinte años encargó a Francine que le organizara una fiesta a la altura. No quería que escatimara en gastos. Debía invitar a toda la familia y a las amigas de la escuela. Avisarían también al señorito Will para que los acompañara en tan grato acontecimiento. Por entonces luchaba para abrirse camino en una multinacional americana y apenas se dejaba ver. Pero adoraba a su hermana. Iría.

El día de la celebración Jasmine estaba en su dormitorio arreglándose cuando escuchó la voz de su hermano. El corazón se le aceleró. Llevaba meses sin verlo y se moría de ganas de abrazarlo. Dejó unas horquillas que estaba utilizando para sujetarse el moño sobre el tocador y salió con el vestido a medio abrochar, llamándolo a gritos.

—¡Will! ¡Will! ¡Has podido venir!¡Qué alegría!

—¡Jasmine! ¡Déjame mirarte! —contestó después de abrazarla—. ¡Estás preciosa!

—Gracias. El vestido me lo ha regalado papá. Es bonito, ¿verdad? —añadió ilusionada, girándose de forma presumida sobre sí misma, para que Will pudiera apreciarlo.

—Sí que lo es. Muy bonito. Voy a cambiarme de ropa. Nos vemos abajo.

—Sí. Nos vemos abajo —y le dio un beso sonoro en la mejilla.

Jasmine se volvió a sentar frente al espejo. Debía dar los últimos toques a su peinado, poner el carmín en los labios y abrocharse bien el traje, un moderno minivestido rosa cuyo estilo empezaba a hacer furor en Europa. Estaba muy excitada. Pronto llegarían los invitados y quería lucirse perfecta.

El gran salón de los Harris estaba repleto de gente. Muchos familiares y amigos se habían reunido para celebrar el aniversario de Jasmine. El tintineo de las risas se mezclaba con las voces de las conversaciones y la música de *Love Me Do* de Los Beatles que sonaba en un tocadiscos. Jasmine bailó con sus amigas, con su padre, con algún invitado al que desconocía y con Will, su querido Will. Hacía tiempo que había notado que rehuía su mirada. Cada vez se dejaba ver menos por la casa y cuando lo hacía apenas la saludaba. Sentía que lo estaba perdiendo y no entendía la razón. Siempre habían estado unidos. Sabía que su hermano la quiso desde el primer momento. Que fue él quien se ofreció para cuidarla. Que era el que pasaba las noches en vela cuando estaba enferma. El que le contaba cuentos para dormir. Quien la llevaba de pesca los veranos. Se había convertido en la persona más importante de su vida y ahora, sin embargo, la estaba evitando. ¿Por qué? Esa misma noche, cuando se quedaran a solas en la casa, cuando ya se hubieran marchado los invitados y todo el mundo durmiera, hablaría con él. Estaba decidida.

Así las cosas, pasada la medianoche se acercó al dormitorio de Will y golpeó suavemente con los nudillos la puerta.

—Will —dijo en un susurro—. Will, abre. Soy yo, Jasmine. Tengo que hablar contigo.

Después de unos segundos eternos, Will abrió la puerta. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres a estas horas? Estaba dormido. ¿Es que ya no eres capaz ni de respetar mis horas de sueño? —preguntó casi gritando.

Jasmine se asustó. No esperaba tal contestación. Hizo un esfuerzo para que no se le saltaran las lágrimas y continuó con su plan. Estaba decidida a aclarar la situación entre su hermano y ella de una vez por todas.

—Siento molestarte, de verdad. Pero es que estoy muy preocupada por ti.

—¿Preocupada por mí? No te entiendo. Como ves, estoy perfectamente.

—Will, ya nunca charlamos. No me cuentas nada de tu vida y apenas paras por la casa. No me hablas de tus planes o de tus novias —dijo mientras le guiñaba un ojo con picardía—. Creo que te pasa algo y que me lo estás ocultando. Nos lo estás ocultando a todos. ¿Por qué no me lo cuentas? Soy yo, Jasmine. ¡Tu hermanita!

—¿Quieres dejarme en paz, por favor? No me ocurre nada. ¡Eres una pesada! ¡Vete a dormir de una vez! Mañana tengo que madrugar —contestó, luchando para no fijar la mirada en la piel aterciopelada que intuía bajo una bata semitransparente.

En esta ocasión Jasmine no pudo contener las lágrimas. Las palabras se le atragantaron entre suspiros. No entendía por qué Will le hablaba de esa manera. Se echó las manos a la cara intentando ahogar los sollozos y se retiró a su habitación.

Will cerró con un portazo. Estaba fuera de sí. ¡No podía soportar a su hermana! No podía verla. No podía escucharla. Hacía tiempo que intentaba que sus caminos no se cruzaran porque si lo hacían, aunque fuera solo un segundo, tendría que reprimir el impulso de

lanzarse sobre ella y besarla, acariciar sus cabellos, tocarla… Había intentado convencerse a sí mismo de que era su hermana pequeña, la niña con la que había compartido juegos la mayor parte de su vida. Pero su subconsciente le gritaba que no era cierto. Que por sus venas corría sangre diferente y que no había nada que le impidiera tenerla entre sus brazos. Sus sentimientos cada vez eran más fuertes. No podía evitarlo. La quiso casi desde el primer momento. Desde el día que la vio, asustada pero inquebrantable, de la mano de aquella desconocida en el jardín de la casa de Jaipur. Era como un sol resplandeciente en medio de la oscuridad, y no tuvo más remedio que rendirse como el que lo hace a un Dios poderoso. Se había enamorado como un loco y estaba seguro de que si se lo confesaba la perdería para siempre. Se martirizaba preguntándose si no sería mejor abandonar Londres de una vez por todas e instalarse al otro lado del charco. Así, al menos podrían mantener el contacto en la distancia. Cuando apareció tras la puerta, el corazón se le desbocó. Todavía seguía latiendo a gran velocidad y no sabía si sería capaz de conciliar el sueño. Abrió un paquete de cigarrillos. Encendió uno y enumeró los pasos que daría al respecto. Por la mañana pediría el traslado a su jefe. Quizá debería ofrecerse voluntario para ese puesto en Chicago. ¿Por qué no? Después comunicaría la decisión a su padre. Debía alejarse de Londres. Sí. Debía alejarse cuanto antes.

CAPÍTULO XI:
LA FIESTA

LONDRES, ABRIL DE 1984

Las dos amigas dedicaron el resto de las vacaciones a las compras, las salidas al local más concurrido del barrio y las cenas en familia. Los padres de Rachel habían regresado hacía días y estaban decididos a apurar hasta el último minuto con su niña. Carolina continuaba rara desde la noche que fumaron hachís. Su amiga había intentado averiguar la razón, pero ella cambiaba de tema asegurando que estaba bien. Lo cierto era que casi no participaba en las tertulias, no mostraba interés por casi nada y se retiraba a dormir temprano. Su actitud cambió la penúltima noche, cuando la sorprendieron con una velada en casa de los Harris. A Carol se le iluminaron los ojos y recuperó la sonrisa. Vería a Henry. Después de su marcha aquella noche se había sentido avergonzada. Recordaba cómo se lanzó a besarlo, así, de repente, para después alejarlo con brusquedad. ¿Qué pensaría ahora de ella? Que era una loca de remate o una calientapollas, quizá. Cuando se encontrara de nuevo frente a él, le explicaría que ella no era así. Que no sabía por qué lo hizo. Puede que por rebeldía… o por inseguridad. Henry le gustaba de verdad. Le gustaba mucho. No había dejado de pensar en él en toda la semana. Era tan inglés. Tan *polite*[32]. Seguro que lo entendería.

Esa noche Carol se puso una chaqueta rosa de grandes hombreras y un vestido estrecho corto con pequeños volantes en la parte baja.

Después se colocó un gran lazo a modo de diadema para sujetar los voluminosos rizos castaños que le caían sobre la espalda. Se pintó unos rabillos en los ojos y extendió carmín nacarado sobre los labios. Estaba tan nerviosa que notaba como el corazón se le contraía en el pecho. Por suerte, la fiesta de cumpleaños de Henry resultó ser una discreta cena de quince personas. Además del homenajeado estaban su padre y su abuelo, tres amigos de la universidad acompañados por sus novias, otro de Eton, los Wentworth, Carol y Francine, que en ese tipo de celebraciones siempre ocupaba un lugar prominente en la mesa.

Francine Fiona O´Gallagher era oriunda de un pueblecito del condado de Donegal en Irlanda. Sus progenitores le contaron que eligieron el nombre de Francine en honor a una antepasada francesa que acompañó a su esposo, un militar, a defender a los irlandeses de la ocupación inglesa allá por 1798. Por lo visto, al quedar enseguida viuda, contrajo matrimonio con un joven del clan. Más tarde su madre le confesaría que, en realidad, vio escrito el nombre en la pantalla de una película de cine mudo que proyectaron unos feriantes en el pueblo, pero que la otra explicación le hacía sentirse importante. También le dijeron que le pusieron Fiona porque nació el mismo día en que su abuela Fiona cayó por un acantilado, empujada por una galerna invernal.

Francine, cuyo pretencioso nombre jamás nadie pronunciaba de la manera adecuada, se había criado entre turberas[33] y ovejas. A los ocho años ya acompañaba a sus padres a extraer el combustible de esos lugares cenagosos. Utilizaban una laya[34] de cuchillas estrechas para cortar los tepes[35]; después los extendían para que se secaran al sol del verano y, cuando estaban listos, los recogían y los utilizaban para calentarse en el frío invierno. Francine siempre experimentaba

sentimientos encontrados cuando pensaba en la turba. Odiaba todas y cada una de las horas que había dedicado a lo largo de su vida a la dura labor de recolectarla, secarla y almacenarla, pero cuando cerraba los ojos y rememoraba el aromático olor que desprendía al arder, se le venían a la cabeza cálidas imágenes de su infancia: las enormes extensiones de vegetación, compuesta de musgos, brezos y juncias[36]; la exhibición subacuática de los tritones[37]cortejando a las hembras en el estanque; las ranas croando; la drosera[38] atrapando con sus pegajosas hojas a insectos despistados; las liebres correteando por la pradera; los pájaros resguardándose del cielo tormentoso… También se acordaba de su antiguo hogar: una humilde cabaña alargada con tejado de brezo, suelos empedrados, ventanas angostas y robustos muebles de madera natural. Y entonces se entristecía, porque sabía que ya jamás regresaría a esas tierras, ni pasearía descalza por la hierba persiguiendo al viejo Pipper[39], ni se sentaría frente a la chimenea a tejer una bufanda con su madre.

Era mayor, los años habían transcurrido a toda velocidad. Ya no le quedaban seres queridos en Irlanda. En realidad, no tenía seres queridos, aunque suspiraba en secreto por George, el abuelo de Henry. Todavía le daba un vuelco el corazón cuando recordaba la mañana de 1948 que apareció en Londres. Tenía veintiún años y ya un pasado a sus espaldas. Un pasado para olvidar. Pero también atesoraba sueños, ilusiones. Tuvo suerte de que la familia Harris la acogiera. Acababan de llegar de la India y necesitaban una niñera para sus dos hijos. No les importó su acento irlandés ni que fuera católica. Ella se quedó deslumbrada por el porte del patriarca, pero, desde el principio, tuvo claro cuál sería su lugar. Les había servido largos años y se sentía como parte de la familia.

Los primeros tiempos se encargaba de Will y Jasmine. Gracias a Dios, el señor se deshizo de la señora Harris enseguida. Esa perturbada solo se divertía haciendo la vida imposible a los niños, sobre todo a Jasmine, y ni siquiera miraba a su marido, con lo atractivo y alegre que era. Cuando abandonó la casa, la atmósfera cambió por completo. Hasta parecía que los días eran más soleados. Y ella empezó a saberse valorada y, de alguna manera, querida. Aunque no de la misma manera que ella quería a su señor. Ella lo amaba invariablemente. Incluso ahora que remolcaba una espalda encorvada y una mente confusa. Siempre le parecería el hombre más apuesto e interesante del mundo.

Francine se preocupó de educar a los pequeños con amor y comprensión. Para ella eran los hijos que tal vez habría engendrado si su lugar en el mundo hubiera sido otro. Los adoraba. Eran los hijos del hombre al que amaba, y amándolos se sentía más cerca de él. Pero pronto crecieron; crecieron y tomaron sus propios caminos. Will entregándose a su profesión y Jasmine… se le saltaban las lágrimas cuando pensaba en la pequeña Jasmine. Habían pasado casi veinte años y todavía lloraba su ausencia. La herida estaba abierta, supurando. Y cómo sufría Henry. Las tripas se le encogieron cuando lo descubrió con la foto de su madre. ¡Pobre niño! Nunca sabría la verdad. No debía.

Esa tarde le había organizado una pequeña celebración. Era la mejor manera de animarlo. Desde la noche de la cena benéfica no había vuelto a sonreír ni una sola vez. Y la culpa había sido suya. Por no ocultar con cuidado la foto de Jasmine, su Jasmine. El ser más hermoso que jamás había conocido.

—¡Francine! —gritó Henry excitado—. ¡Han llamado a la puerta! ¿Puedes abrir, por favor? Estoy terminando de vestirme.

—Claro, señorito. Ahora mismo.

—Buenas tardes, señores Wentworth. ¡Bienvenidos! ¿Me permiten sus abrigos? Enseguida baja el señorito Henry. Vengan por aquí, por favor —indicó Francine acompañando a los invitados a través de varias salas hasta llegar al salón principal, en donde un camarero les ofreció una copa de vino y una sirvienta recogió los regalos del homenajeado para depositarlos, junto a todos los demás, sobre la mesa del salón contiguo. Carolina hubiera preferido entregarle el suyo en persona a Henry, pero los ingleses eran así: nunca abrían los regalos delante de los demás. Les preocupaba que alguien descubriera en la expresión de sus rostros la sorpresa, la gratitud o el desagrado por el presente recibido. La rígida educación británica no daba rienda suelta a ninguna exhibición de sentimientos.

Los Wentworth se dirigieron a un gran sofá que había a la derecha. Los demás invitados, que ya habían llegado, se levantaron en cuanto los vieron para saludar. Carolina iba un paso por detrás, curioseando el interior de la casa. Ni siquiera pestañeaba. Estaba deslumbrada. ¡Menuda mansión tenía el tal Henry! Las paredes estaban forradas de madera o enteladas de raso. Los ventanales, enormes, habían sido decorados con pesadas cortinas de terciopelo burdeos y alzapaños dorados. Una moqueta impecable protegía el suelo y, en algunos tramos, la enaltecían alfombras orientales. Los muebles parecían muy antiguos. Las chimeneas, altas y elegantes, caldeaban los salones envolviéndolos en una atmósfera muy acogedora. Sobre una de ellas destacaba el óleo de un militar con uniforme de gala. Era alto y fornido. Su mirada azul, profunda e inescrutable.

Después de una corta espera los pasaron al comedor. Los tres Harris estaban en la entrada, esperándolos. Henry saludó a cada uno de sus invitados por separado. Al ver a la española, el corazón le dio

un vuelco y un ligero rubor le iluminó las mejillas. Estuvo toda la cena sin quitarle ojo y después del postre, cuando todos ya estaban acomodados en sofás y butacones, decidió acercarse.

—Hola, Carol. ¿Lo has pasado bien en la cena?

—Claro. Tus amigos son muy divertidos. Nos hemos reído mucho.

—Me habría gustado que te sentaran cerca de mí, pero Francine decidió que mi padre tenía que estar a un lado y ella al otro. En otras circunstancias, mi abuelo no se lo habría consentido. George siempre intenta complacerme. Lo que pasa es que está ya mayor y prefiere no llevar la contraria al ama de llaves. Es un poco mandona.

—Ya lo he notado. Y también que me mira raro.

—No te mira raro. Solo le perturba tu acento. No está acostumbrada a hablar con españoles.

—Entiendo. Intentaré marcar más las palabras.

—Ni se te ocurra. Me gusta tu pronunciación. Me parece encantadora… y también sexi —añadió en un susurro.

Carol sintió que se le secaba la garganta. ¿Había entendido bien? ¿Había dicho sexi? Carraspeó un poco para ocultar su turbación e intentó cambiar de tema.

—Me fascina tu casa. Nunca había estado en un palacio como este. Y encima frente a Hyde Park. Eres muy afortunado.

—No es un palacio. Es grande, sí. Pero ¿un palacio? ¡No seas exagerada!

—Para mí lo es. Tendrías que ver el piso de mi abuela Elvira en Madrid. Cabe en este salón.

—La verdad es que me encantaría. Es uno de mis sueños, visitar España. Mi padre estuvo una vez en la playa, en el sur, muy cerca de Jerez. Recuerdo que a su regreso me prometió llevarme allí, aunque nunca lo hizo. Nunca hace nada de lo que promete —concluyó con

cierta amargura—. Si quieres te enseño el resto de la casa. Hay zonas muy curiosas.

Carolina se moría por acompañar a Henry, que le tendió la mano sin esperar respuesta, pero le preocupaba volver a meter la pata. Dudó unos segundos mientras miraba su mano. Era pálida, de dedos largos y distinguidos. En el meñique llevaba un anillo de oro con una especie de escudo. Clavó su mirada en la de él y percibió el calor que desprendían sus ojos. Las piernas empezaron a temblarle y se aferró a esa mano para encontrar un poco de estabilidad. Henry aprovechó para pegar un tirón y conducirla al piso superior. Primero la llevó a la biblioteca. Estaba forrada de estanterías de madera de nogal plagadas de libros. A un lado había una escalera, enganchada a unos rieles, que se movía de un lado a otro de la librería, permitiendo acceder con facilidad a las baldas superiores.

Al fondo de la sala, un gran atril exhibía un ejemplar abierto. Era de cuero oscuro. Las hojas estaban un poco deterioradas. Él le explicó con orgullo que se trataba de uno de los libros de registro de los negocios familiares del siglo XVIII. Le mostró las anotaciones, cuentas y dibujos que escondía. Carolina simuló interés, aunque en realidad no había visto ni una sola página. Estaba demasiado concentrada en que no se le notara la ansiedad que le provocaba el tacto de Henry.

Cuando acabaron con la biblioteca, se dirigieron a un saloncito situado en el otro extremo de la planta, al final del pasillo. Se trataba de una estancia completamente diferente. La decoración era moderna. Había un teclado electrónico, un mueble lleno de vinilos, un sofá de aspecto cómodo, una mesa baja con diversas botellas de licor, un cenicero lleno de colillas y unos vasos sucios. El chico echó el cenicero y los vasos sucios a una papelera y animó a Carolina a

sentarse. Se disculpó por toda esa porquería que habían dejado sus amigos cuando fueron a escuchar música la tarde anterior, puso un disco y le ofreció un vaso de güisqui. Ella lo aceptó y dio varios sorbos. Empezaron a hablar los dos a la vez. Henry calló y cedió la palabra a Carolina.

—Mejor empieza tú.

—Siento mucho lo de la otra noche. Aunque te parezca mentira, no suelo saltar al cuello de los chicos para luego apartarlos de un empujón.

Henry la observaba con los ojos muy abiertos.

—No tienes que pedirme disculpas. Me pareciste un poco alocada, pero lo achaqué a los efectos del porro. De eso quería hablarte yo también. Tampoco me comporté como lo habría hecho en una situación diferente. Me fui de repente, y esa actitud no fue nada educada por mi parte. Te ruego que me perdones. Estaba confundido.

—¿Confundido?

—Bueno… no sé tú, pero yo hasta ese momento lo estaba pasando guay. Llevaba mucho tiempo sin sentirme tan feliz, sin reír tantísimo. Me dolía la tripa de las carcajadas y después… —titubeó unos segundos antes de continuar— después conversamos sobre asuntos más serios y, de pronto, empecé a pensar en lo escasos que eran los momentos de dicha, en cómo al final siempre salen los demonios a la superficie, en que la vida nunca es lo que esperamos de ella… todas esas cosas. Entonces tú me besaste y, por un segundo, sopesé que quizá la felicidad no era tan complicada, que podría encontrarla, que podríamos disfrutarla juntos. Presiento que tú también intentas olvidar algo y vivir. ¡Hay que vivir! A pesar de la tristeza, de las frustraciones y del miedo. Bueno, ya lo he dicho —zanjó

toqueteándose el cabello con cierto nerviosismo—. Necesitaba hacerlo, aunque ahora te pareceré un muermo.

Carol intentaba asimilar lo que estaba escuchando. Su inglés había mejorado mucho y ya era capaz de llevar todo tipo de conversaciones, pero las palabras de su interlocutor le parecían demasiado profundas, o se le escapaban los matices.

—¡Madre de Dios! —exclamó en español—. ¿Qué quieres decir? Tío, creo que me he perdido —esta última frase la dijo en espanglish porque apenas le venían las palabras.

Henry se irguió en el sofá en dirección a Carol. La miró con intensidad. Sus ojos parecían más azules que antes.

—Quiero decir que cuando cortaste nuestro beso acabaste también con la magia del momento. Me devolviste a la realidad y ya no quería seguir ahí. Por eso me marché.

—Lo entiendo —contestó en un susurro desviando la mirada hacia la bebida, intentando ocultar su agitación.

—Y que me gustaría recuperar ese instante —concluyó tomándole la barbilla entre los dedos para obligarla a enfrentarlo.

Carolina sintió un escalofrío. Notaba fuego en el pecho. La tensión entre los dos iba en aumento. ¿Le había insinuado que lo besara de nuevo? Acercó su rostro al de él, acarició con timidez sus labios y después lo besó. Fue un beso suave, tierno y largo. Muy muy largo. Ninguno de los dos era capaz de tomar la iniciativa para separar sus bocas. Las dejaron así, unidas durante minutos, explorando, indagando, sumergiéndose en un mundo desconocido para ellos. Después de un buen rato, Henry decidió tomar aire. Buscó los ojos de Carol, le colocó con delicadeza un mechón de rizos detrás de la oreja, esbozó una sonrisa y volvió a tirar de su brazo.

—Bueno, ahora que hemos aclarado las cosas entre nosotros —dijo sonriendo—, voy a mostrarte la última parte interesante de la casa. Acompáñame, por favor.

Entre risas bajaron unas escaleras estrechas que salían de la parte posterior del pasillo. Estaban muy bien ocultas, apenas se adivinaban. Y aunque Henry le explicó que eran las que utilizaba el servicio doméstico, Carol intuyó que más de una vez se habían utilizado para huir de situaciones incómodas, o para espiar entre las sombras. Bajaron a toda velocidad hasta la cocina. Henry abrió el congelador y sacó un bote de helado. Lo puso sobre la encimera y sirvió unas bolas en dos cuencos. Mezclaron el gusto dulce del helado con besos, risas y cháchara. Parecía que el tiempo se hubiese detenido. Conversaron sobre sus sueños, sus preocupaciones, sus anhelos. Fusionaron unos corazones que ya latían juntos desde el día que se conocieron, y establecieron un vínculo imposible de romper. Absortos en el sentimiento que estaban descubriendo, no se dieron cuenta de que los invitados ya se habían marchado y de que Francine llevaba un buen rato hablándoles, hasta que estaba tan cerca que les provocó un sobresalto.

—Así que andabais robando helado. ¡Qué vergüenza! ¿No os bastaba con el pastel de manzana, pillastres? Llevo media hora buscándoos. Los Wentworth quieren marcharse ya. Son los únicos invitados que quedan en la casa. Además, tu abuelo quiere darte las buenas noches. Está agotado y necesita retirarse ya.

Henry dirigió una mirada suplicante a Carol.

—Creo que mañana es tu última noche en Londres.

—Por desgracia, sí.

—¿Te apetece que hagamos un tour nocturno por la ciudad? Podemos quedar antes de la caída del sol. A esa hora Londres está

espectacular. Te va a encantar. Después nos vamos a algún local de moda. Díselo a Rachel. Que venga ella también. Puedo pedirle a mi amigo Curtis que nos acompañe. Si te parece adecuado, claro.

—Me parece guay, gracias.

—Pues consúltalo con Rachel y me confirmas. La idea es quedar sobre las seis. Espero tu llamada —y remató su invitación dándole un tierno beso en la mejilla—. Buenas noches, Carol.

—Buenas noches, Henry.

---

32 Educado en inglés.

33 Son un tipo de humedal en donde se produce y acumula progresivamente materia orgánica muerta que proviene de plantas adaptadas a vivir en sitios inundados de agua. Esta materia orgánica, la turba, se puede utilizar como sustrato o como combustible.

34 Instrumento de hierro con cabo de madera, que sirve para labrar la tierra y revolverla.

35 Taco de tierra cubierto de césped.

36 La juncia es una planta perenne que puede alcanzar una altura de entre 10 y 50 cm. Tiene tallos de sección triangular y hojas estrechas de color verde oscuro.

37 El tritón liso o tritón europeo es una especie de lagarto.

38 Plantas carnívoras que habitan terrenos pantanosos, marismas y humedales.

39 Pipper es el nombre del perro que tenía Francine cuando era niña.

CAPÍTULO XII:
LA DESAPARICIÓN

LONDRES, 1963

Will se levantó con mal aspecto. Llevaba toda la noche en vela y estaba harto de dar vueltas en la cama. Tenía resaca, le dolía la garganta de tanto fumar y no soportaba recordar lo desagradable que había sido con su hermana. El masaje suave del agua de la ducha parecía proporcionar un poco de alivio a la contractura que le provocó en el cuello la mala postura que adoptó durante los pocos minutos que logró conciliar el sueño. Hizo un gran esfuerzo para recomponerse. Se arregló lo mejor que pudo y bajó al comedor a desayunar. Necesitaba hablar con Jasmine. Debía disculparse. Su comportamiento de la noche anterior había sido lamentable. Ella no se merecía ese trato. No era culpa suya ser tan dulce, bella y encantadora. Le pediría perdón y después solicitaría el traslado a Estados Unidos. Estaba decidido: pondría mar de por medio. Era su única alternativa.

No había terminado de bajar las escaleras cuando los gritos de Francine le sobresaltaron. Brincó por encima de los últimos escalones y, en segundos, se plantó frente a ella, que estaba tan pálida que parecía que había visto un fantasma.

—Dime, Francine. ¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—¡La señorita! ¡La señorita no está!

—¿Qué quieres decir? ¿¡Cómo que no está!?

—No ha dormido en su cuarto. Ni siquiera ha quitado los cojines de la cama.

—No puede ser. Se habrá levantado temprano para hacer algún recado.

—¡Ay, señorito Will! ¡Ojalá! Pero me temo que ha desaparecido.

—¿Estás segura? ¿Has preguntado a mi padre? ¿Al servicio?

—Estoy segura. ¡Se ha evaporado! Su padre está en el despacho llamando a Scotland Yard.

Will se encaminó al despacho. Estaba aturdido. No conseguía procesar lo que Francine le había dicho. Jasmine tenía que estar en algún sitio. Seguro que en cualquier momento aparecía con su radiante sonrisa y le explicaba a qué ocupación peregrina había dedicado la mañana. Quizá a ver qué color habían elegido esa primavera para las flores de temporada del parque, o a comprar unos dulces recién horneados para el desayuno.

—¡Padre! ¿Es cierto? ¿Ha desaparecido mi hermana?

—Ven hijo, ven. Acércate. Acabo de hablar con un inspector —explicó George a la vez que colgaba el auricular del teléfono con manos temblorosas—. Es todo muy extraño. ¿Hablaste tú con ella después de que terminara la fiesta? Todo está en su sitio. No han forzado la ventana ni la puerta. Parece que se trata de una huida voluntaria. Me mandan dos agentes. Quieren saber si existe alguna razón para que quisiera abandonarnos. Yo no creo que exista. Siempre ha sido una niña feliz. Ha tenido que pasarle algo —y se le ahogó la frase en un sollozo.

Will ayudó a su padre a que se sentara en un butacón. El rostro desencajado no dejaba dudas sobre su estado de ánimo. Estaba destrozado.

—Tranquilo, papá, seguro que existe una explicación. Yo… hablé con ella después de la fiesta —dejó Will caer con cierta angustia.

—¿Sí, hijo? ¿Te dijo algo? ¿A qué hora fue eso?

—Pasada la medianoche.

—¿Hasta qué hora estuvo contigo? ¿De qué hablasteis?

Will no sabía cómo contarle a su padre la conversación que había mantenido con su hermana la noche anterior sin poner de manifiesto sus sentimientos. Estaba tan preocupado que no era capaz de articular palabra. ¿Cómo decirle que había sido tan mezquino con Jasmine y que era probable que fuera el culpable de su huida? ¿Cómo confesarle que estaba perdidamente enamorado de su propia hermana? Tenía un nudo en el estómago, la garganta en carne viva de tanto fumar, el pulso acelerado y no encontraba la manera de explicarse. George sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarse las lágrimas. El militar había perdido de un soplo toda su entereza.

—Hijo, si le pasa algo a tu hermana no me lo perdonaría. Yo la traje a Inglaterra. ¿Recuerdas? Yo me empeñé en arrancarla de sus raíces y traérmela a este país tan diferente. ¿Crees que alguien ha podido hacerle daño?

—No, papá. Todo el mundo quiere a Jasmine.

—Tu madre nunca la quiso. Ya lo sabes. A lo mejor ha sido Rose. A lo mejor ha contactado con ella. De vez en cuando lo hace solo para herirla. Es su manera de vengarse por no haber sido la elegida.

Will cogió aire y empezó a explicarle a su padre todo lo que había pasado la noche anterior, evitando manifestar que estaba enamorado de Jasmine. A mitad de la conversación apareció Francine con dos agentes. Querían hablar con los Harris. La irlandesa no paraba de llorar. Estaba tan disgustada que el señor Harris le cedió el sitio y otro pañuelo limpio para que se desahogara.

—Entonces —resolvieron los policías—, usted fue la última persona que vio anoche a la señorita Harris. ¿No es así?

—Sí —confirmó Will—. Vino a mi dormitorio sobre las doce y cuarto. Hablamos durante escasos minutos. Luego me dio las buenas noches y se marchó.

—¿Es habitual que su hermana lo visite por las noches en su cuarto? —preguntó uno de ellos con cierto retintín.

—¿Qué está usted insinuando? ¡Son hermanos, por Dios! —intervino George.

—Pero no de sangre —prosiguió el policía—. Puede que intimaran en secreto, discutieran… y ella, dolida, decidiera marcharse.

—¿Sabe usted con quién está hablando? ¡Es de locos! Se supone que vienen a ayudarnos, no a insultar. Hijo, acláraselo tú, porque yo no puedo más.

Will notó como unos hilillos de sudor le resbalaban por las sienes. Estaba al borde del colapso. La mujer de la que estaba enamorado había desaparecido por su culpa. Y, de alguna manera, ese policía insolente lo intuía.

—Mire, mi hermana vino a verme porque le dio la gana y usted no puede mancillarla de esa manera.

—Está bien… —cortó el agente— no hace falta que se ponga usted así. Yo solo hago mi trabajo. Anímense. Mi experiencia me dice que volverá pronto. Aquí tienen mi número de teléfono. Cualquier novedad, por favor déjeme un mensaje en comisaría. Pero tengan en cuenta que no hace ni un día que la chica no da señales de vida. Todavía no podemos darla por desaparecida. Lo dicho. Si se produce algún cambio, llámenme.

Los policías abandonaron la residencia de la familia con la certeza de que Jasmine aparecería en cualquier momento y pediría disculpas

por su marcha repentina, aunque uno de ellos, el más viejo, miraba de reojo a la criada, a la tal Francine. Era solo una corazonada, pero presentía que la mujer ocultaba algo. Su disgusto parecía exagerado; no le había mirado a los ojos en ningún momento y estaba más tranquila ahora que se marchaban. Si la joven no aparecía pronto, la citaría para un interrogatorio.

CAPÍTULO XIII:
EL HUÉRFANO IRLANDÉS

DERRY, IRLANDA DEL NORTE, TRAS EL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

La vida nunca fue fácil para Desmond. De pequeñito siempre intentó ser un niño bueno y obediente, pero a golpe de desventura había aprendido que la docilidad, en el mundo que conocía, solo servía para sufrir. A los cuatro años ya padecía los sinsabores de haberse quedado sin mamá. Dios se la había arrebatado tras un parto eterno, que parecía prolongarse con cada alarido que traspasaba la loneta que la comadrona había colgado del techo para evitar que se viera la cruenta escena. Pero el horror traspasaba la tela en goterones de sangre y gritos ensordecedores. Días estuvo tapándose los oídos para intentar mitigar el estruendo. Primero el que provocaba la parturienta al intentar expulsar a un bebé que se aferraba a su vientre. Más tarde el de su padre, sabedor de que había perdido de una vez esposa e hijo. Pero lo peor estaba aún por llegar.

Tras las exequias, intentó abstraerse de la desgracia junto a su hermano mayor, Conor, mediante juegos propios de unos niños de cuatro y seis años. Correteaban por la casa, luchaban con palos, bajaban a la calle a distraerse con otros niños… No se dieron cuenta de que su padre se sentía desolado, pasaba cada vez más tiempo en el pub[40] y apenas les dirigía la palabra. Eran demasiado niños. No fueron conscientes de que su vida había pegado un vuelco hasta

que, unos meses más tarde, les anunció que se había casado por poderes con una prima lejana.

Los hermanos Donnelly supieron que las cosas no iban a ir bien en el mismo instante en que conocieron a su madrastra. Arrastraba un talante demasiado tristón y apagado. ¿Por qué se habría casado su padre con esa mujer? Era cierto que sabía cómo limpiar la moqueta, horneaba dulces apetitosos y zurcía los calcetines, pero por las noches la oían llorar. A las pocas semanas se había quedado más seca que el barril de cerveza de su padre. La pesadumbre la estaba engullendo. En pocos meses los gritos y los golpes tomaron el relevo. Intentaban esconder con canciones infantiles las trifulcas de la pareja y, cuando podían, se escapaban a casa de los vecinos que los recibían con reticencia, temerosos de que el mal humor del padre cruzara al otro lado de la calle y se ensañara también con ellos. Hasta el sacerdote de la parroquia había procurado poner un poquito de orden en la vida de los hermanos. Se presentó en la casa una tarde de domingo para mostrar su indignación por la ausencia de la familia en la iglesia y tuvo que poner pies en polvorosa acuciado por una descarga de vasos y botellas que terminaron por estamparse contra el suelo.

Todo empeoró aún más cuando el señor Donnelly perdió su empleo en la fábrica de camisas. Por las noches llegaba borracho y los pobres niños tenían que esconderse bajo la cama para que no los moliera a leñazos. Entonces, con la ira multiplicada, la tomaba con su esposa. Arrastraba su cuerpo enjuto hasta el dormitorio, tiraba con fuerza de sus cabellos para inmovilizarla y, finalmente, yacía sobre ella golpeándola y gritándole todo tipo de insultos. Muchas mañanas la mujer apenas podía ponerse en pie. Y en ese sinvivir, pasaron dos largos años.

Una tarde, una fuerte lluvia acompañada de un viento huracanado barrió la ciudad de Derry. A su paso dejó una senda de ventanas desencajadas, cristales rotos y enseres diseminados por varios kilómetros. Los pequeños hermanos Donnelly volvían de la escuela cuando llegó el momento más álgido de la ventisca. Se esforzaban en dar un paso adelante, asiéndose a cualquier saliente que les procurara sujeción, mientras el viento inflaba sus camisas, amordazaba sus voces y frenaba el avance de sus piernas. Cuando exhaustos por el esfuerzo alcanzaron la casa, echaron con rapidez los postigos y, empapados como estaban, se dirigieron a un gran armario que había frente al dormitorio principal para buscar una toalla. Un chasquido les llamó la atención. Después escucharon sollozos. Con sigilo se asomaron por el hueco de la puerta a tiempo para ver cómo su madrastra, con el rostro anegado en lágrimas, se acercaba al cuerpo desnudo de su padre, que parecía estar durmiendo la mona, y le golpeaba con un tronco de leña en la cabeza, una, dos, tres y hasta cuatro veces. Las sábanas se tiñeron de sangre y un fluido pastoso. Los gritos se les ahogaron en la garganta. La mujer, al saberse observada, les clavó una mirada de delirio que, sin palabras, les rogaba guardar el secreto. Los niños no eran capaces de reaccionar y, petrificados por el terror, se ocultaron tras un aparador. A hurtadillas, vieron cómo soltaba el leño, cogía un abrigo de lana, echaba sus pocas pertenencias en una maleta, y su silueta, abombada por el viento, desaparecía por el quicio de la puerta.

Apenas cinco minutos después, una fuerte ráfaga hizo ceder la pared lateral de la casa, ocultando por completo los rastros del crimen. Patrick Donnelly no fue la única víctima del temporal, y en ningún momento se dudó de que su muerte había sido un trágico

accidente. Al menos las autoridades, porque hubo alguien que sí supo del crimen. Alguien que más tarde se encargaría de sonsacar a los niños hasta el último detalle de aquella tarde. Alguien que juró que buscaría venganza.

---

40 Local, típico de los países anglosajones, en donde se sirven bebidas y se escucha música.

CAPÍTULO XIV:
LA MEJOR NOCHE DE SUS VIDAS

LONDRES, ABRIL DE 1984

Rachel no quiso acompañar a su amiga al tour que Henry había organizado por la ciudad, a pesar de que Carol insistió muchísimo. Hasta tuvo que fingir una fuerte cefalea para que esos dos atontados pudieran disfrutar solos de la tarde. Era tan evidente que estaban colados el uno por el otro, que le asombraba que ellos mismos no se dieran cuenta. Ayudó a su amiga a elegir el mejor modelo para la ocasión: los vaqueros deshilachados que habían comprado en el mercadillo, un corpiño blanco de encaje, una chaqueta de cuero con grandes hombreras y las botas de plataforma. Después le peinó los rizos con gomina y la animó a tomar prestados sus pendientes de crucifijo.

—Estás perfecta, Carol. Esta noche te pide salir.

—Pero que boba eres, Rachel. ¿Cómo me va a pedir salir si sabe que mañana nos marchamos de nuevo a Malvern?

—Tía, pues salís a distancia. Así os dura más la relación. Recuerda que en breve hay otra vez unos días de vacaciones. Volveremos y podrás verlo de nuevo.

—No sé. Prefiero no pensar en ello. A veces es mejor no hacerse ilusiones. Además ¿para qué quiero complicarme la vida con un chico que es posible que no tenga ningún interés en estar conmigo?

—Como quieras —dijo Rachel, mientras pegaba un bocado a un trozo de tarta de frambuesa que tenía sobre la cómoda y hablaba

con la boca llena—, pero conozco a mi primo. Está loco por ti. Se le nota demasiado. Ha sido siempre tan serio el pobre, tan tristón. Desde que te conoce es otro. ¡Si hasta se ha vuelto divertido! Estoy segura de que hoy pasará algo. Espero que me lo cuentes todo.

—Bueno, tía, eso depende —exclamó Carolina forzando una mirada pícara.

—Si no vuelves a dormir yo te cubriré. Tú lígate a mi primo que ya me encargo yo de lo demás —concluyó Rachel guiñando un ojo a su amiga.

Henry estaba esperando apoyado sobre una fachada frente a la salida de la estación de metro de Bond Street, en pleno Mayfair[41], cuando distinguió los rizos castaños de Carolina. La pobre intentaba mantenerse sobre unas botas altísimas que la elevaban hasta el infinito. Le hizo gracia ver como tiraba de la parte alta del corpiño para que no se le bajara demasiado el escote. «Las chicas son idiotas», pensó. «Se embuten en trajes incomodísimos para luego pasarse todo el rato evitando que se les vea algo». Pero estaba preciosa. Y esa noche iba decidido a conquistarla. Se aproximó con cautela, recolocándose el tupé, esforzándose por parecer indiferente.

—Hola, Carol. ¿Qué tal estás?

—Hola, Henry. Bien, gracias. ¿Con qué plan me vas a sorprender?

—Primero echamos un vistazo a los escaparates de todas estas tiendas de moda. Son las más elegantes. Luego nos cogemos un bus de dos plantas que tiene un itinerario bastante completo. Atraviesa las calles principales. También pasa por el Big Ben. Es lento porque da la vuelta a gran parte de la ciudad. Pero merece la pena. Nos bajamos en la parada de Hyde Park y disfrutamos del anochecer frente al lago. Después he reservado una mesa en mi restaurante

favorito. Y, para terminar, a bailar a una disco en Soho[42]. ¿Qué te parece?

—*¡Great!* Me parece genial.

Los dos jóvenes pasearon por las calles de Mayfair durante más de una hora. Entraban en las carísimas tiendas, se probaban sombreros y fulares, subían y bajaban escaleras, pulverizaban al aire los perfumes expuestos y reían a carcajadas. La gira en el autobús resultó excitante. Carol se sorprendió de la cantidad de sitios emblemáticos que recorría. Justo cuando empezó a caer el sol llegaron al parque. Henry lo tenía todo medido. Se sentaron en un banco para observar los colores del crepúsculo. Fue en ese momento cuando se atrevió a tomar la mano de la chica. Era cálida y suave. Se acercó despacio y le acarició el cuello con un beso. Carol se estremeció. Nunca había sentido semejante sacudida. Volvió su rostro hacia él y lo besó en la boca, con delicadeza, apenas rozando sus labios, pero Henry profundizó el beso. Llevaba demasiado tiempo soñando con ese momento y no iba a desaprovecharlo. Enredados en un abrazo contemplaron los últimos rayos de sol, intentando calmar los latidos de sus corazones que amenazaban con salírseles del pecho.

La noche era oscura cuando llegaron al restaurante. Era tarde para los horarios ingleses y estaban empezando a recoger, pero el metre parecía conocer muy bien al inglés y los acomodó en un rinconcito muy acogedor, en una mesa apartada, con la tenue iluminación de una vela y una intimidad que se agradecía, aunque ya no quedaran casi clientes en la sala. El jarrón con lilas frescas que adornaba la mesa desprendía un aroma intenso que los embriagaba. Tras unos minutos de espera, en los que no pararon de hablarse sin palabras, degustaron una cena patria de primera calidad: carne asada con

puré de patatas, crema de guisantes y pastel de cereza. Todo acompañado por una botella de champán francés. El camarero iba y venía mientras los jóvenes no paraban de reír. Al final de la velada, achispados por el alcohol y por el intenso anhelo que empezaba a hacerse hueco en sus almas, se dirigieron a la discoteca para culminar la noche. A esas horas el jaleo reinaba en Soho. Las luces de neón centelleaban y grupos de jóvenes charlaban y reían en las calles. Algunos hacían cola para entrar en los locales de moda y a veces se montaban peleas porque los encargados de seguridad les impedían el paso. Henry introdujo a Carol en la sala sin tener que esperar la fila. Una vez dentro, la invitó a una consumición y salieron a la pista de baile. El sonido de la música era ensordecedor y ambos se abandonaron a la danza, rozando sus cuerpos en ese frenesí envolvente. La agitación se convirtió en locura. Se comían los labios, chocaban sus caderas, se frotaban los traseros, y todo a su alrededor se empequeñecía por momentos. La melodía cada vez era más estridente y Henry agarró la mano de su compañera y la ayudó a salir del local. Apoyados sobre una tapia continuaron con los besos y los toqueteos. Henry trató de adivinar en los ojos de su acompañante si sería adecuado invitarla a pasar la noche con él. No dejaba de ser una chica española y alguien le había comentado que en España el sexo todavía se veía como un pecado. Decidió lanzarse. Se moría por acostarse con ella. Interrumpió los besos por unos segundos, acarició con suavidad su mejilla derecha y aproximando los labios a su oído le susurró algo. Carol se estremeció y asintió con la cabeza, evitando mirarlo de frente.

El taxi llegó a Park Street a las dos de la madrugada. La calle estaba vacía y la casa en completo silencio. Los dos jóvenes seguían un poco borrachos y reían a carcajadas. Con chistidos e intentando

contener la risa, Henry condujo a Carol a su dormitorio. Echó el pestillo de la puerta y se entretuvo en quitarle la ropa. Primero la chaqueta, deslizándola lentamente por su espalda. Luego desenganchó uno por uno los corchetes del corpiño, sin evitar rozar su piel en cada pequeño gesto. Segundos después el pantalón y las bragas también estaban sobre el suelo. Ella respondió de la misma manera. Sin dejar de mirarlo, fue quitándole todas y cada una de las prendas: el jersey, la camisa, el cinturón… en pocos minutos estaban desnudos sobre la cama. Henry deslizó con timidez sus dedos entre los pechos de Carolina. Los adelantó hasta su vientre, aceleró su recorrido haciéndole cosquillas en el ombligo y, después, los dejó regodearse entre los muslos. Ella estaba tan excitada que no podía ni pensar, así que apretó los labios contra los de él e invadió su boca con un ademán exigente. El deseo la quemaba por dentro. No podía soportarlo. Por eso se acomodó para que Henry pudiera seguir explorándola. Los besos se hicieron mucho más intensos. A veces incluso salvajes. Giraron varias veces sobre sí mismos hasta que en uno de los movimientos, con las piernas enganchadas y las ingles resbaladizas por el sudor, se fundieron en el movimiento rítmico más antiguo del mundo y así, ajenos a todo, a sus pasados y a su futuro, permanecieron unidos durante horas, repitiendo el ritual una y otra vez hasta que, exhaustos, se quedaron dormidos.

Al amanecer, Henry despertó a Carol con un beso. Llevaba un buen rato velando su sueño, admirando su cuerpo desnudo e imaginando planes en común. Ella lo miró con ojos perezosos y respondió con otro beso mientras se estiraba.

—¿Me observabas? ¿Nunca has visto a nadie durmiendo?

—En realidad no. Eres la primera persona que duerme a mi lado, y he de decir que dormida estás todavía más guapa que despierta…

Me preguntaba si me acompañarías de viaje a la India.

—¿A la India?

—Sí. Mi abuelo estuvo allí destinado muchos años cuando aún era parte del Imperio Británico. Siempre cuenta maravillas de esa época. Con la independencia del país se vio forzado a regresar. Tiempo después compró una propiedad y en verano solemos pasar algunas semanas. Me encantaría que vinieras.

—Sería genial, Henry. Pero no creo que me lo permitan.

—¿Sabes dónde te llevaría primero? ¡Al Taj Majal! Es una edificación majestuosa en la ciudad de Agra. En realidad, es un mausoleo, pero parece un palacio. Está cubierto de mármol blanco e incrustaciones de piedras preciosas. Lo construyó el emperador Shah Jahan en honor a su esposa Mumtaz Mahal que murió al dar a luz a su decimocuarto hijo. Contemplarlo al atardecer, iluminado por los últimos rayos de sol, es una experiencia increíble. Me encantaría compartirla contigo.

Carolina esbozó una sonrisa y volvió a besar a Henry. Esta vez el beso fue más intenso. «Estos ingleses son más cursis que los Ingalls»[43], pensó.

—Muy romántico. Pero tío, ¿es que antes no se cansaban de preñarse?

—Creo que los musulmanes continúan igual…

—Pues es la primera vez que me alegro de ser católica —dijo emitiendo una carcajada ahogada.

—Ay, Carol, me gustaría tanto que conocieras nuestra casa de Jaipur. Está en el centro, rodeada por un jardín exuberante. A la caída de la tarde solemos cenar en una mesa decorada con filigrana a la sombra de un gran árbol de Ashoka[44]. Entonces la temperatura es más suave y el aroma de las flores más intenso. Pero lo más bello

sin duda es la ciudad. La mayoría de las casas están construidas de arenisca rosa y hay palacios en casi cada esquina. Podríamos perdernos por el laberinto de sus callejones y disfrutar de una taza de té en algún bazar, o comprar unos jalebis[45] en un puesto callejero y comérnoslos con los dedos. Se quedan super pringosos. ¿Sabes?

—¡Para, Henry! —cortó la chica un poco abrumada ¡Sería increíble! Pero no me van a dejar ir. No insistas por favor, que hace que me sienta fatal. Todavía dependo de mis padres y ellos jamás aceptarán que me vaya contigo de viaje.

—Pero vendrías con toda la familia.

—Tú no lo entiendes. Son los típicos españoles chapados a la antigua.

—De acuerdo. Me rindo. Pero solo por ahora. Ya hablaremos de ello más adelante.

A media mañana, Henry acompañó a su ahora novia a casa de los Wentworth. Entraron por la puerta de servicio para no ser descubiertos y, con la ayuda de Rachel, que ya había excusado a su amiga a la hora del desayuno con una supuesta indigestión, lograron burlar a todos. El último beso fue eterno. Los enamorados no eran capaces de separar sus bocas. Rachel apremió a la pareja. Tenían un largo viaje por delante. Acompañó a su primo a la calle y le prometió regresar con Carol a Londres en mayo. El chófer hacía ya un rato que las esperaba en la entrada principal. Cargaron sus bultos y apagadas por su inminente vuelta a la rutina, iniciaron la ruta de regreso a la escuela.

A pesar del interrogatorio de su amiga inglesa, Carolina se mantuvo en silencio todo el camino. No dejaba de rememorar una y otra vez la maravillosa noche que había disfrutado con Henry. Cerraba los ojos y lo veía tan nítido como si lo tuviera delante,

sonriendo, piropeándola con esas expresiones inglesas tan cursis, besándola, haciéndole el amor. Había sido su primera vez. Aquellas tinieblas que la engulleron con Marcos se habían desvanecido para siempre. Ya ni siquiera estaba segura de recordar su cara. Las vivencias con Henry habían borrado de un soplo todo el sufrimiento y estaba segura de que ya nada podría enturbiar la que había sido la mejor noche de su vida.

Henry regresó dándole vueltas a la cabeza para encontrar una manera de conseguir que Carol lo acompañara a la India. Pero antes debía organizar el siguiente encuentro. No creía que fuera capaz de aguantar ni un solo día sin verla, sin volver a besarla, sin tenerla entre sus brazos. Por primera vez se sentía perdidamente enamorado y tan feliz que hasta le dolía. Y aunque esperaba que hubiera muchas otras por venir, la noche anterior había sido, sin duda, la mejor noche de su vida.

---

41 Mayfair es uno de los barrios más caros y distinguidos de Londres.
42 Barrio de Londres famoso por sus bares, restaurantes y locales nocturnos.
43 Apellido de la familia protagonista de la serie americana La Casa de la Pradera.
44 Es un árbol típico de India y otras zonas de Asia de hoja perenne, hermosas flores y poderes medicinales.
45 Son unos dulces tradicionales indios con forma de espiral que se fríen y después se remojan en almíbar.

CAPÍTULO XV:
EL EXTRAÑO REGRESO

LONDRES, 1963

Jasmine regresó dos días después de su desaparición. Entró por la puerta de la cocina, atravesó el pasillo de la zona de servicio sin mediar palabra, subió los escalones de dos en dos y se encerró en el dormitorio. Realizó el breve recorrido con la cabeza gacha, la mirada escondida, el paso ligero y la boca cerrada. El pelo le tapaba la cara y un gran abrigo, el cuerpo. Ninguno de los presentes consiguió que contestara una sola pregunta ni que abriera la puerta. La preocupación martirizaba a Francine, así que llamó al señorito Will al trabajo para ver si podía regresar un poco antes. Estaba segura de que, si había alguien capaz de convencer a Jasmine de que desvelara los enigmas de su ausencia, ese era el joven Harris. Will estaba reunido cuando Francine le llamó por teléfono y tuvo que insistir varias veces hasta que obtuvo respuesta. Después de escucharla, el joven salió a toda velocidad del despacho. Estaba tan impaciente por ver a su hermana, por disculparse y abrazarla, que no dio importancia al dramatismo del ama de llaves. Seguro que no era para tanto.

—¡Jasmine! —gritó a la vez que aporreaba la puerta con ímpetu—. Por favor, abre de una vez. Necesito hablar contigo. Estamos muy preocupados. ¡Abre! Hazme el favor —insistió William.

La chica no mostraba señales de vida y Will se inquietaba cada vez más, pero se esforzó por hablar sereno. Su nerviosismo no estaba

ayudando.

—Jasmine, por favor, déjame entrar. Te prometo que no voy a obligarte a contar nada que tú no quieras. Solo deseo verte, saber que estás bien. Por favor —concluyó en un susurro lastimero.

Un leve chasquido delató que el pestillo ya no estaba echado, pero la chica no abría. Will empujó la puerta y asomó con cuidado la cabeza. Jasmine estaba sentada en la cama. Cerró por dentro y se acercó a abrazarla. Algo le hizo detenerse en seco.

—¡Jasmine! ¡Dios mío, Jasmine! ¿Te han hecho daño?

Al principio no pudo reconocer a la mujer que temblaba abrazando sus rodillas sobre la cama. Tenía el pelo revuelto, los ojos rojos de tanto llorar, la cara llena de churretes y las piernas atestadas de raspones. Se acercó un poco más y, con extremada suavidad, le levantó la barbilla para que lo mirara de frente. Sus preciosos ojos negros brillaban húmedos por las lágrimas.

—¿Quieres contarme qué ha pasado, peque? —preguntó con dulzura.

Jasmine se levantó despacio, rodeó con los brazos el cuerpo de su hermano, apoyó la cabeza sobre su hombro y, entre suspiros, confesó.

—Will, me ha dejado. Lo he intentado todo, pero se ha ido. Se ha ido muy lejos y yo me quiero morir.

—Pero ¿De quién estás hablando? No entiendo nada.

—Llevábamos casi un año saliendo juntos. Os lo iba a presentar y ahora se ha marchado para siempre y no ha querido que lo siga. A lo mejor le presioné demasiado con lo de conoceros. ¡Por favor, ayúdame!¡No voy a poder vivir sin él!

El joven Harris sintió como si le hubieran clavado una estaca en el corazón, una bien gruesa, de un solo golpe y tan profundamente

que se notaba anclado a la pared. No podía moverse ni pensar. El dolor era insoportable y solo acertó a abrazar a su amada más fuerte para intentar suavizarlo. Tras esos segundos de aturdimiento, tomó las manos de la chica, la ayudó a acomodarse de nuevo sobre el lecho y se sentó junto a ella. Las preguntas brotaban sin control de sus labios.

—¿Quién es él? ¿Cómo se llama? ¿Lo conocemos? ¡Dime que no te ha puesto la mano encima! Pero ¿por qué no nos dijiste que salías con alguien?

—Yo quería decíroslo, pero él no estaba de acuerdo. Insistía en que si os enterabais de lo nuestro intentaríais separarnos. Pensaba que no estaba a la altura —explicó Jasmine entre sollozos.

— ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¡Ahora mismo voy a partirle la cara!

—¡No! —cortó obligando a su hermano a sentarse de nuevo—. ¡Ya no está! ¡No puedes hacer nada! Se marchó esta mañana, en coche. Intenté frenarlo, me humillé… ¡Qué vergüenza! Lo perseguí durante unos segundos, suplicando a gritos, hasta que caí al suelo. Entonces lo perdí de vista. ¡Se acabó! No hay nada que hacer. Me quiero morir, Will. ¡Me quiero morir!

—Tranquila —susurró acariciándole la cabeza—. Ahora te parece el fin del mundo, pero te aseguro que lo superarás. Tienes solo veinte años. Eres casi una niña. Seguro que hay alguien ahí fuera perfecto para ti. Ahora te voy a acompañar al baño. Te aseas, te cambias de ropa y nos bajamos a merendar.

—Y ¿Qué voy a decir a papá? ¿Y a Francine? ¿Qué voy a decir a Francine?

Por favor, Will, no les cuentes nada. Por favor, por favor. ¡Prométemelo!

—No puedo prometértelo. Has estado fuera dos días. Están muy preocupados y se merecen una explicación.

—Podríamos inventar algo —propuso animosa.

—¿Qué sugieres?

Jasmine no se atrevía a exponer a su hermano lo que se le había pasado por la cabeza porque lo involucraba. Pero estaba tan angustiada ante la posibilidad de que se descubriera su aventura con Richard que no tenía alternativa.

—Se me ha ocurrido que quizá deberíamos contarles la discusión que tuvimos la noche de mi cumpleaños. Si te soy sincera me marché a casa de mi novio porque me afectó mucho. Me trataste fatal. ¿Recuerdas? Estaba dolida y triste.

Will sabía que su hermana tenía razón. Esa noche se le fue la cabeza. Y si él había sido el culpable de la huida de su hermana, debía ayudarla.

—De acuerdo. Les diré que discutimos y que por eso te fuiste. ¿Pero a dónde?

—A casa de mi amiga Louise. Antes de venir fui a hablar con ella. Sus padres están de viaje y ha aceptado ser mi coartada.

—Está bien. Yo hablaré con papá.

—Gracias. Te quiero, Will —murmuró mientas le besaba la mejilla.

—Yo también —contestó Will, afligido.

El joven Harris puso en práctica la enorme mentira que habían pergeñado para disculpar el comportamiento de Jasmine. Nadie en la casa dudó de su palabra. Siempre había sido una persona seria y responsable, y así lo consideraban. Se entregó con más energía al trabajo y rellenó la solicitud de traslado a Chicago con la esperanza de que no tardaran mucho en confirmársela. Sus posibilidades con Jasmine se habían esfumado de un soplo. Su hermana le quería

como a un hermano. Dolía. Tendría que aceptarlo, pero no estaba obligado a vivir bajo su mismo techo.

Francine multiplicó los esfuerzos para animar a su pequeña. Desde la escapada furtiva estaba muy apagada. Era increíble lo que le había afectado la bronca con su hermano. La verdad es que no habían aclarado el motivo de la discusión, pero, desde entonces, ninguno de los dos parecía la misma persona. George, feliz de tener a su hija de vuelta, intensificó sus responsabilidades en la Asociación de Veleros y Jasmine, la dulce Jasmine, agobiada y nerviosa, sumaba las faltas que muy pronto le confirmarían que estaba embarazada.

CAPÍTULO XVI:
UN DESENLACE INESPERADO

MÁLAGA, AGOSTO DE 1984

Carolina estaba disfrutando de las vacaciones estivales con su familia en la costa malagueña. Ni el imponente océano ni la concurrida playa ni las salidas nocturnas podían mitigar la enorme tristeza que la invadía desde su separación de Henry. Después de los días de ensueño que compartieron en abril, vinieron otros mejores en mayo y junio. Rachel se había entregado de lleno a facilitar los encuentros de la pareja y planificaba con gran cuidado los viajes a Londres para que pudieran verse a solas. Por desgracia, llegó el final del curso escolar y tuvieron que separarse. Saber que no vería a su amor en meses, quizá en años, la volvía loca. No dormía y se sentía como si un autobús de dos pisos la hubiera pasado por encima. Su estómago rechazaba la comida y si se forzaba a ingerir algo sólido lo vomitaba casi al instante. Perdió peso, le salieron ojeras y sus padres insistían en llevarla al médico. Carol, sin embargo, restaba importancia a su malestar y lo achacaba al aburrimiento. Y quizá no iba tan mal encaminada porque nada la distraía. Su vida entera se había quedado en la ciudad del Támesis y nadie podía devolvérsela.

A finales de agosto, pudo descartar con gran angustia que la causa de sus faltas fuera el agua fría del mar. El embarazo era imperceptible, pero estaba de unos tres meses. Intentó contactar con Henry por teléfono, pero nadie contestaba en la casa. Era posible que todavía estuvieran en la India. Se sentía tan confusa que

no sabía qué hacer. Por supuesto que sus padres no debían enterarse; ni sus padres ni sus hermanos. Si descubrían que estaba esperando un hijo de un inglés desconocido entrarían en pánico. ¿Qué podía hacer entonces? Armada de valor se dirigió a una cabina de teléfonos dispuesta a pedir ayuda a la que consideraba su única amiga, Rachel. La inglesa se quedó estupefacta. Daba por sentado que los enamorados habían puesto los medios pertinentes para no llegar a esta inconveniencia. Pero estaba claro que, o no lo habían hecho, o algo había fallado. Dispuesta a solucionar el asunto tomó una decisión.

—Mira Carol, tú te vienes para mi casa. Ya sabes que me he tomado un *gap year*[46] y en principio, no tengo ninguna obligación. Cuando llegues buscamos una clínica y listo.

—¿Una clínica? ¡No te entiendo! ¡Si solo estoy de tres meses!

—Tía, eres una ignorante. Una clínica para deshacerte de lo que nos sobra. Ya sabes…

A Carolina le dio un vuelco el corazón. No podía hacer eso. No sin antes contárselo a Henry. Henry debía estar al tanto. Juntos encontrarían un remedio mejor.

—Primero tengo que ver a Henry.

—¿Para qué? No se va a casar contigo. Eso te lo puedo asegurar. Carol, a mí me divierte mucho que seas la novia de mi primo. Vería con muy buenos ojos que terminaras con él y formaras parte de la familia, pero no te hagas ilusiones. Los Harris jamás aceptarán que su hijo se ate a los veinte años, y menos con una extranjera. Además, Henry terminará por aceptar como esposa a la hija de alguna gran familia londinense. Es lo que hacen todos los de su posición.

—¿Por qué nunca me habías dicho esto?

—No lo sé. Quizá porque jamás pensé que terminaríamos en donde estamos. ¿Te vienes a Londres entonces? Diré a mis padres que te invito un par de semanas. No les importará.

—De acuerdo. Pero necesito tiempo para convencer a los míos.

—Pues no tardes, tía. Si no actuamos deprisa te arriesgas a que se te note.

Carol aterrizó en el aeropuerto de Heathrow la última semana de septiembre. Sus padres no habían puesto ninguna pega al viaje, más bien todo lo contrario. Pensaban que quizá reuniéndose con su amiga recuperaría la alegría. Desde que Carolina empezó con sus problemas emocionales, unos años atrás, nunca la habían visto tan apagada. Era cierto que con la adolescencia esa niña dulce y complaciente se convirtió en una joven rebelde y contestona, pero todavía controlable. A principios de 1983 pasó algo. No sabían qué, pero experimentó un cambio drástico que la llevó a desaparecer incluso durante días. Vivía atormentada. Tomaba demasiado alcohol, no estudiaba y apenas dormía. Intentaron sonsacárselo de mil maneras. Fueron duros con ella. La castigaron, pero solo consiguieron que su agresividad se multiplicara. Muy a su pesar, la habían perdido. Fue por entonces cuando les recomendaron que la enviaran a un internado británico. ¡Bendito consejo! En la campiña inglesa se atemperó. Miss Law les mantuvo informados todo el curso de sus avances con diligencia británica. Mejoró mucho. Sabían que había entablado gran amistad con la hija de sus guardianes y por eso pensaron que, si se reunía de nuevo con ellos, volvería a ser la misma de antes.

Rachel cedió a las súplicas de su amiga e informó a Henry de que Carolina estaba de nuevo en la ciudad. Quedaron para verse esa misma noche. La casa estaba vacía. Solo Muriel dormía en la planta

superior. Rachel se aprovisionó con una caja de galletas de jengibre y se retiró a su dormitorio. Le parecía que era mejor dejarlos a solas para que discutieran sobre el imprevisto. La pareja se sentó sobre la cama del cuarto de invitados en el que dormía Carol. Se besaron impetuosos. Primero sentados. Luego echados sobre la colcha y entonces Carol, al sentir el peso de Henry encima de ella, lo separó con brusquedad.

—Tengo algo importante que contarte.

—Espero que sea que me has echado de menos —murmuró el chico sin dejar de manosearla.

—Estoy embarazada de cuatro meses.

Al muchacho se le cortó la respiración. No podía ser cierto lo que estaba escuchando.

—¿Estás segura?

—Pues claro. Ya te he dicho que estoy de unos cuatro meses.

—¿Lo saben tus padres?

—Ni de broma les contaría algo así.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Y tú? ¿Qué quieres hacer tú?

—Yo he preguntado antes.

—Quiero seguir adelante con ello.

—Pero solo tienes dieciocho años y yo ni siquiera he terminado mis estudios.

—Ya tengo tu respuesta entonces.

—¿A qué te refieres?

—A que tú también quieres que vaya a una clínica.

—Creo que sería lo más sensato, sí. Supongo que te lo habrá aconsejado Rachel.

—Pues yo soy católica y no quiero deshacerme del bebé.

—Pero si me dijiste que pasabas de los fanatismos religiosos de tu familia.

—Pero ahora no se trata de fanatismo. Se trata de elegir lo justo. Y si este niño está en camino es por nuestra culpa y estamos obligados a aceptarlo. Pero si tú no quieres, no te preocupes. Yo asumiré toda la responsabilidad —concluyó con una mezcla de enfado y decepción en la voz.

Henry estaba terriblemente confuso. No se esperaba que su relación con la española pudiera tener semejante desenlace. Es verdad que disfrutaba mucho con ella, que habían compartido momentos íntimos estupendos, que había química y que además la había echado mucho de menos, pero lo de ser padre tan pronto le parecía un imposible.

—Vamos a hacer una cosa. Déjame ver como encajar esta sorpresa y hablamos en unos días. Mientras tanto me voy enterando de clínicas y precios, por si acaso. ¿Te parece bien?

—No. Ya veo que tú no te responsabilizas. No pasa nada. No te necesito. Por suerte para los dos, parir es cosa mía.

Carol se levantó de golpe, abrió la puerta del dormitorio y lo echó de un empujón.

—No quiero volverte a ver ¡Largo!¡Que te vayas! —y se dejó caer sobre el lecho ahogando los suspiros sobre la almohada.

---

46 Año sabático que a veces se toman los estudiantes ingleses antes de decidir qué estudiar y en qué universidad.

CAPÍTULO XVII:
CUANDO EL AMOR LO ESTROPEA TODO

LONDRES, 1963

William y Jasmine se casaron una mañana lluviosa de 1963. Habían pasado exactamente tres meses desde que la joven Harris desapareciera y apareciera de forma misteriosa. A todo el mundo le sorprendió el casamiento, sobre todo por la premura con la que se celebró. Las malas lenguas se confirmaron cuando seis meses más tarde Jasmine parió un varón hermoso, rollizo y saludable. Toda la élite londinense se enteró de que el joven Harris había intimado con su hermana meses antes de la boda. Cuchicheaban por lo bajo en las reuniones sociales y se preguntaban cómo dos hermanos habían sido capaces de acostarse juntos. La mayoría de los murmuradores sabía que Jasmine era adoptada, pero, aun así, reprobaban la relación. Era natural. Ni siquiera George entendía que su hijo hubiera sido capaz de deshonrar a la niña. Le costaba asumir el insólito matrimonio y, aun estando agradecido por el nacimiento de su nieto, el resquemor le carcomía.

Francine, sin embargo, intuía que las nupcias de los jóvenes iban más allá de un embarazo no deseado. Conocía demasiado bien a los dos, como si fueran carne de su carne. Hacía años que sospechaba los sentimientos que Will albergaba por su hermana. Nunca se los había confesado, pero los supo desde el primer momento en que los vio juntos. Aunque no lo imaginaba actuando en la sombra. No iba con él. Y estaba casi segura de que Jasmine no estaba enamorada

del señorito. Además, suponiendo que estuviera equivocada, y que fuese ella la que se le hubiera insinuado, Will jamás la hubiera tocado. No sin antes formalizar la relación. Mancillarla a escondidas y anunciar su casamiento solo cuando era evidente la existencia del crío, no se ajustaba a su moral ni a su sensibilidad. Y todo tras la extraña desaparición de la niña. Estaba segura de que había algo más.

Unas semanas después del parto, la joven madre estaba en un sillón del dormitorio dando de mamar al niño la toma nocturna cuando entró Will.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras? —la besó en la mejilla y se quedó contemplando la tierna imagen mientras esperaba una respuesta que no llegaba. Jasmine lucía más bella que nunca: la piel brillante, los pechos llenos… El deseo lo estaba matando. Insistió.

—¿Va todo bien?

—Claro. Estaba pensando en lo parecido que es Henry a su padre. ¿Has visto? Tiene su mismo pelo y la sonrisa es exacta, pícara y encantadora —concluyó con un suspiro.

—¡Chist! Debes tener cuidado. Recuerda que es hijo mío. Eso es lo que todo el mundo ha de saber. Nadie puede sospechar lo contrario. Por tu bien y por el suyo. Además, yo no conozco a ese sinvergüenza. No tengo ni idea de su aspecto.

—Lo sé. Perdona, pero es que no consigo olvidar a Richard. Y ahora que ha nacido el niño, mucho menos. Lo veo en él todo el tiempo —remarcó melancólica.

—Pues deberías. Ese cerdo no va a volver. Tienes que aceptarlo.

—Lo sé. Lo sé —contestó entre sollozos—. No puedo soportarlo, Will. ¿De verdad que no conseguiste averiguar nada sobre su

paradero? —preguntó mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Nada. Nadie sabía de él en la vivienda a la que me enviaste. Ninguno de los vecinos lo conocía. Puede que ni siquiera se llame Richard.

—¡Vaya tontería! ¿Por qué razón querría darme un nombre falso? ¡Es absurdo!

—No seas ingenua, Jasmine. Si hubiera deseado algo serio contigo no te habría abandonado. Está claro que no acepta responsabilidades. Por eso te mintió.

A Will no le gustaba ser tan duro con su esposa. Le partía el alma verla tan apagada. Pero ese malnacido le había robado su bien más preciado. Había manoseado su cuerpo, besado sus labios, poseído su alma y después, cuando se había saciado de ella, la había dejado tirada. Aunque debía agradecerle su desprecio. Gracias a él, Jasmine ahora era suya.

El día que le confesó que estaba encinta casi se vuelve loco. Habría metido un tiro en la entrepierna de ese canalla si lo hubiera tenido delante. Después de conseguir información significativa sobre el affaire, se dirigió al tugurio en dónde se suponía que se habían estado viendo durante el último año. Se acercó decidido a solucionar el problema, a amenazar, a golpear, a sobornar si era necesario para conocer el paradero de ese traidor. Pero cuando casi había alcanzado su destino, un perverso razonamiento cruzó su mente. Si encontraba a ese hombre, si daba con él y le informaba del estado de buena esperanza de su hermana, quizá quisiera hacerse cargo. Tal vez accediera a casarse con ella, y el solo hecho de pensarlo, la minúscula posibilidad de que cumpliera con Jasmine, le provocó tanto dolor que lo paralizó por completo. No pudo dar un paso

adelante. Regresó por donde había ido. Renunció a buscar la casa o a los vecinos. No utilizó sus influencias para que la policía hiciera averiguaciones. No realizó ninguna llamada ni actuación destinada a ese fin, y, cuando al cabo de los días, ebrio de celos, confirmó a Jasmine que a su amado se lo había tragado la tierra, apretándosela contra el pecho para aplacar sus gemidos, le propuso matrimonio.

Ahora amamantaba a Henry, su hijo, aunque el verdadero padre fuera ese bastardo. Pronto compartirían lecho. Y fue ese pensamiento el que le dibujó una gran sonrisa en la cara. Engendrarían otros bebés y esta vez serían sangre de su sangre.

—Tienes razón Will, pero me cuesta creer que no me quisiera. El amor no se puede fingir. Al menos yo no podría.

—Jasmine, eres demasiado romántica. El amor, al igual que otros muchos sentimientos, se puede fingir. Y ahora somos nosotros los que estamos obligados a hacerlo. Por el bien de nuestro hijo, ¿entiendes? Tenemos que ser un verdadero matrimonio —concluyó besándola en los labios.

Ella lo apartó de un empujón.

—Yo no puedo. ¡No quiero! ¡Déjame sola, por favor!

Will abandonó el dormitorio. Parecía sereno, pero estaba iracundo. Saber que fue otro el que sembró el vientre de su amada lo había transformado por completo, y para mal. Los celos lo devoraban. Jasmine era su esposa y Henry su hijo. Eran una familia y como tal tendrían que comportarse. Esperaría un tiempo. Tal vez unas semanas más, pero tarde o temprano sería su mujer en el amplio sentido de la palabra. Lo quisiera o no. Cruzó a paso ligero el vestíbulo. Estaba tan abstraído que no se dio cuenta de que Francine lo espiaba tras la pequeña ranura de una puerta.

CAPÍTULO XVIII:
EL IRLANDÉS Y LA EXTREMEÑA

María Elena Donoso Villarreal nació en Mérida, Badajoz, en 1960. Por aquellos tiempos Mérida era una urbe pequeña casi sin asfaltar. Los animales circulaban por las calles a su antojo y los vehículos eran pocos, y, la mayoría de las veces, tractores o camionetas que transportaban ganado o productos del campo. Pero el gran puente de piedra sobre el Guadiana, el anfiteatro, el templo de Diana y otros muchos vestigios del antiguo Imperio romano la rodeaban de una atmósfera de ensueño difícil de olvidar. A María Elena siempre le gustó presumir de procedencia. Estaba orgullosa de ser emeritense. Adoraba observar las pequeñas isletas que se formaban en el cauce del río, con sus garcillas y sus cigüeñas, los arcos de medio punto y los sillares almohadillados del puente. Y los campos, esos campos que se extendían por toda la comarca y que iban creciendo en belleza y diversidad según te alejabas del casco urbano.

La familia Donoso Villarreal vivía en una casona de dos plantas muy cerca del arco de Trajano, aunque en 1982 acababa de heredar una pequeña fortuna, incluida una finca rústica de quinientas hectáreas a pocos kilómetros de la ciudad, dedicada a la cría del cerdo ibérico. El padre había decidido continuar con la explotación de la granja, por lo que casi todos los días se desplazaba hasta allí para supervisar el trabajo de los guardeses y empleados.

El cortijo era antiguo y necesitaba una reforma, pero cuando se sentaba en el porche del acceso principal a contemplar la inmensa porción de terreno salvaje que abarcaba hasta donde alcanzaba la

vista, siempre con sus encinas y alcornoques, con el suave manto de florecillas silvestres en primavera, y el hipnótico silbido del viento entre los matorrales durante los días otoñales, pensaba que quizá pudiera darle una oportunidad. Era posible que, si arreglaba los techos hundidos, cambiaba la cocina de carbón por una de butano, instalaba un par de baños completos al lado de los dormitorios, y sustituía las viejas camas de hierro con dosel por unas de muelles con cabecero, su mujer y sus hijas accederían. Pero las mujeres de la casa no tenían ningún interés en esa propiedad, más allá del puramente económico. Las dos hermanas pequeñas de María Elena soñaban con matricularse en la Universidad Complutense de Madrid, alquilar un piso cómodo por Moncloa y dedicarse a vivir la vida loca universitaria. María Elena, sin embargo, mostraba más interés por viajar al extranjero. Quería aprender idiomas y recorrer el mundo. No le importaría acomodarse en su tierra en el futuro. Pero ahora era el momento de explorar. Por eso a nadie le extrañó que mientras el señor Donoso se partía la espalda en un negocio, que habiendo sido fructífero en el pasado ahora costaba sacar adelante, las cuatro mujeres de la familia se dedicaran, a sus espaldas, a organizar planes completamente opuestos.

Al final del verano de 1982, Santiago Donoso echó el cierre definitivo a su casa de la calle Concepción. Sus hijas pequeñas se habían matriculado en la Universidad Complutense de Madrid, y su esposa encontró la excusa perfecta para instalarse con ellas en el centro de la capital y vivir la vida que siempre había soñado. Malena, como la llamaban sus familiares, también había volado. Una familia de Irlanda la había acogido durante un año a cambio de una pequeña cantidad de dinero para su manutención. Así que Santiago,

solo y confundido ante el devenir inesperado de los acontecimientos, decidió mudarse al campo y empezar una nueva y solitaria vida.
En 1982, Desmond celebraba el décimo aniversario de la muerte de su hermano. Todavía se le encogía el alma cuando recordaba los gemidos de su novia al comunicarle, aturdida, la noticia por teléfono. Llegó justo a tiempo para besar la frente azulada y recoger sus pertenencias manchadas de sangre, pero nada más pudo hacer. Según aseguraba Margaret, habían quedado para que la acompañara a casa desde el trabajo, un taller de costura al otro lado de la ciudad. Que aquel fatídico atardecer, ella había salido a entregar un pedido y que a su vuelta Conor todavía la esperaba para escoltarla hasta su domicilio.

En los años setenta, la ciudad de Derry (Londonderry para los protestantes), al igual que otras áreas de Irlanda del Norte, estaba militarizada. La presencia de soldados británicos y el establecimiento de controles de seguridad eran habituales, lo que contribuía a un clima de tensión y desconfianza. Se habían levantado barricadas en las calles y tanto los unionistas como los insurgentes republicanos se enfrentaban en una guerra encubierta en la que no era difícil encontrar cadáveres de ambos bandos. Las víctimas solían ser miembros del ejército británico, de las fuerzas paramilitares irlandesas y, en algunos casos, civiles. En aquellos tiempos era normal verse obligado a esquivar peleas, fuegos cruzados y bombas. La vida cotidiana transcurría en un ambiente de continua fragmentación.

Algunos activistas organizaban marchas, protestas y campañas por los derechos de la ciudadanía y la igualdad, aunque estas iniciativas eran reprimidas a menudo con violencia. El treinta de enero de 1972, miembros del primer batallón del Regimiento de Paracaidistas

del ejército británico provocaron la muerte de catorce personas al disparar contra una manifestación, convocada por la Asociación por los Derechos Civiles de Irlanda del Norte, en el barrio católico de Bogside. Se trataba de una marcha pacífica que exigía la derogación de una ley aprobada el año anterior, que permitía el encarcelamiento sin juicio de sospechosos de prácticas terroristas. Aquella masacre, conocida como el *Bloody Sunday*[47], encrudeció y prolongó el conflicto.

Los enfrentamientos cada vez eran más sangrientos. Por eso Conor no quería que su futura esposa anduviera sola por la ciudad cuando ya había anochecido. Gracias a Dios pronto se casarían y no tendría que volver al taller, que estaba situado intramuros, en el lado protestante. El caso es que esa tarde caía un buen chaparrón y después de la caminata de regreso, Margaret le ofreció a su prometido entrar a su casa a tomar un té rápido junto a la chimenea para entrar en calor. Minutos más tarde Conor se despedía de su novia para volver a casa. O eso pensó ella, porque lo que hizo después nunca se supo. A las pocas horas un policía contactó con Margaret para que fuera a identificar su cuerpo a la morgue. Una bala le había atravesado el pecho.

Desmond nunca fue partidario de la violencia… hasta la muerte de Conor. Visualizarlo tendido sobre esa camilla, inmóvil, exánime, desangelado… lo transformó. De pronto, se sintió obligado a defender a los católicos norirlandeses y luchar. No soportaba que los ingleses se pasearan por Irlanda del Norte exhibiendo poderío, creyéndose con derecho a hacer lo que les diera la gana. Las cosas iban de mal en peor. «En Derry nunca habrá futuro para los católicos», pensaba. Y a pesar de la situación de permanente beligerancia, del ambiente de tensión y pesimismo, su hermano

resolvió casarse y formar una familia. Decidió ser valiente y mirar hacia adelante. Ahora llevaba muerto diez largos años, exactamente los mismos que él combatiendo en la sombra.

A veces se preguntaba cómo había sido capaz de vivir entre ingleses tantos años. Es verdad que su tía no tuvo más remedio que llevárselos a Londres cuando se quedaron huérfanos, pero debería haber dejado Inglaterra cuando lo hizo su hermano. El caso es que en Londres le había ido bastante bien y prefirió olvidarse de sus orígenes y mezclarse con ellos, acomodarse a su forma de vida, ser uno más. Era irónico que fuera la hermana de su padre la que propiciara su regreso a Irlanda. La sed de venganza había trastornado a su tía hasta el punto de obligarle a ser cómplice de sus horribles planes. Él era muy joven y ella la única madre que recordaba. La mujer había renunciado a su vida para criarlos como hijos propios y se sentía en deuda. Pero los tejemanejes que se traía por aquella época no le gustaban nada. Si hasta le había confesado que manipuló las referencias de sus antiguos señores para conseguir trabajo en la casona de una de las mejores familias de la ciudad. Fue poco después cuando lo enredó en ese asunto tan vergonzoso. Habían pasado veinte años, pero todavía le dolía el corazón cuando lo recordaba. Se comportó como un miserable. Menos mal que se puso firme y se marchó a Derry. Lejos, muy lejos de toda aquella mierda. Y resulta que, al final, había terminado cambiando una basura por otra y se había metido hasta el tuétano en el ejército revolucionario, acatando las órdenes de terroristas del IRA[48]. ¿Qué diría su tía si se enterara? A pesar de su ánimo impetuoso, siempre había odiado las organizaciones paramilitares irlandesas. Y aunque era católica practicante, jamás escondía su fidelidad a la reina.

El irlandés y la extremeña se conocieron en La Calzada del Gigante[49], en la costa nororiental de Irlanda del Norte, en la primavera de 1983. Por entonces María Elena, Malena para la familia, llevaba ya varios meses instalada en la pequeña vivienda de una familia de Galway. No le había costado mucho acostumbrarse a las nuevas rutinas. Sus anfitriones eran agradables y relajados. A veces incluso en exceso. La trataban como a otro miembro más de la familia, para lo bueno y para lo malo, y eso le gustaba. Su vida transcurría la mayor parte del tiempo de puertas para adentro porque el viento y la lluvia eran tozudos, más cuando alguna mañana el sol se convertía en el protagonista de la jornada, todos encontraban la manera de dejar a un lado las ocupaciones habituales para poder disfrutar del escurridizo astro. Entonces preparaban apetitosas meriendas en el jardín, o salían a pasear por la ciudad o por el campo. Y esos días eran memorables porque las calles, siempre tan desiertas, se convertían en un hervidero de gentes de toda clase y condición. Pero lo habitual era la lluvia. Y con chubascos, el entretenimiento se limitaba a convites para tomar el té alrededor de la chimenea, las cervezas con amigos en el pub y los saludos en la misa dominical.

La extremeña no había elegido Irlanda como destino educativo al azar. Llevaba años planificando el viaje. Desde una noche que vio en un cine de verano *El hombre tranquilo* de John Wayne. A partir de ese momento, la cinta se convirtió en su película favorita e Irlanda en el país de sus sueños. Entonces apenas tenía ocho años, pero recordaba todos y cada uno de los detalles. Ya adolescente, recopiló varios libros sobre mitología celta y a base de leer y releer alegorías y leyendas, se le metió en la cabeza una idea idílica sobre la isla. Por las noches se dormía con alguno de los tomos abierto entre las

manos y soñaba que deambulaba por esos parajes tan bellos como inhóspitos. Fantaseaba con hadas y con druidas, con el dios Dagda y la diosa Brigid. Cuando cumplió veinte años transformó las imágenes de las divinidades en los rostros de irlandeses tan apuestos y caballerosos como John Wayne. Quizá si visitara esas tierras podría conocer al hombre de su vida. Y este sería sin duda un celta de tez clara y ojos misteriosos. Por eso quiso estudiar inglés y eligió Irlanda como destino. Esa primavera se había unido a unas amigas para recorrer durante varios días la zona norte de la isla.

Las turistas se dirigieron primero a la encrespada costa de Donegal, con sus acantilados, sus caminos serpenteantes, las turberas, los castillos majestuosos y las praderas plagadas de ovejas. Se mezclaron entre las gentes de los pueblos y aldeas, bebieron Poitín[50], danzaron céilí[51] descalzas sobre la hierba y sintieron de primera mano lo que era ser barridas por el viento. Después se perdieron entre las callejas del pueblo de Inisfree[52], gozaron de una caminata por el frondoso margen del río y escenificaron una batalla en el castillo de Ashford. La aventura estaba llegando a su fin y la extremeña, que aún no había encontrado el idilio que buscaba, propuso una buena manera de prolongarla: cruzar la frontera hacia Irlanda del Norte y contemplar La Calzada del Gigante, según le habían dicho, una de las grandes maravillas del mundo. Este punto imprevisto en el itinerario cambió por completo la vida de María Elena.

Desmond estaba refugiado en una pequeña posada en Bushmills. Tras la última operación le aconsejaron que desapareciera durante una temporada y por eso lo mandaron a ese lugar perdido. Sus vacilaciones pusieron en peligro a todo el equipo y casi le cuestan la vida. Según su superior tenía demasiados escrúpulos. ¿Demasiados

escrúpulos? Llevaba años practicando la violencia por un ideal que cada vez veía más lejano. Y no se arrepentía, pero estaba cansado. Los últimos meses habían sido agotadores. Necesitaba un respiro.

Con estos pensamientos en su cabeza, Desmond decidió coger el auto y dirigirse a La Calzada del Gigante. Estaba muy cerca y nunca había tenido la oportunidad de visitarla. Daría un paseo por el sendero de piedras. Si se cansaba lo suficiente, quizá conseguiría dormir esa noche. Llovía con intensidad, así que los visitantes ya se habían marchado. Dejó el coche en el aparcamiento y, tras una breve caminata, pudo contemplar el océano. El paisaje era hermoso, a pesar de que el cielo plomizo se confundía en el horizonte con unas aguas tan oscuras que parecían de carbón. Costaba imaginar que albergaran vida. El viento empezó a soplar con intensidad y Desmond tuvo que esforzarse para mantener el equilibrio. En segundos, los silbidos de las ráfagas de aire se mezclaron con el rugir de las olas y el estruendo de los truenos. El ruido era casi ensordecedor. De pronto le pareció escuchar gritos. Era un clamor lejano, pero estaban pidiendo socorro. El irlandés interrumpió su pequeña excursión y aceleró el paso en dirección a las voces. Eran unas chicas. Unas turistas insensatas en medio del vendaval. Una de ellas había caído al mar y no era capaz de salir. Se sintió muy incómodo. El agua estaría helada y no tenía ningunas ganas de mojarse. Pero no le quedaba más remedio que hacerlo, o esa irresponsable se ahogaría. Obligó a sus acompañantes a que abandonaran la zona de piedras. Se sumergió cauteloso en el líquido helado. Cuando alcanzó a la joven, la agarró con fuerza para que no se le escurriera y la sacó del agua.

—¿Está usted bien?

María Elena asintió con la cabeza. No tenía fuerzas para hablar, no sentía los pies ni las manos y tiritaba. Desmond se dio cuenta del estado en el que se encontraba y por cercanía sugirió llevarla hasta la posada.

The Clover Inn estaba situada a diez minutos en coche del área turística, justo en medio de una gran pradera. Era una posada pequeña y acogedora. La fachada relucía de blanca y el tejado desprendía un suave olor a heno mojado. Nada más abrir la puerta les recibió la caricia cálida del fuego que chisporroteaba en una gran chimenea de piedra. Desmond llevaba a Malena en brazos y, tras dar unas pequeñas explicaciones al encargado del lugar, la subió a su dormitorio, la depositó sobre la cama e hizo un gesto a sus amigas para que pasaran a atenderla. A los pocos minutos apareció la posadera con mantas y toallas limpias. El irlandés prefirió dejar a solas a las mujeres, así que cogió ropa seca del armario y bajó al aseo del comedor a cambiarse. Cuando le confirmaron que la chica estaba seca y vestida se acercó a la cocina a por un cuenco de caldo.

—¿Me permiten entrar, señoritas? Traigo sopa caliente para su amiga.

—Adelante, pase. Nosotras nos bajamos a comer algo, que con el susto estamos agotadas y hambrientas. ¿Puede cuidarla hasta que terminemos?

—Por supuesto. Yo me encargo.

—No hace falta, chicas. Ya estoy bien y preferiría un poco de…

Malena iba a decir intimidad, pero no terminó la frase. Sus amigas habían corrido escaleras abajo a tal velocidad, que ni siquiera escucharon las primeras palabras. De repente se sintió un poco aturdida. Todo había pasado demasiado deprisa. Primero se empeñó

en visitar el litoral, a pesar de la borrasca. Después retó a sus amigas a caminar por las columnas de basalto y, por último, insistió en acercarse hasta el borde. Y estaba claro que todo había sido un disparate. «Casi no lo cuento», se reprochaba. Y ahora se reponía en una posada perdida de Irlanda, tomando un plato de sopa en la cama de un desconocido que estaba como un tren. Y a pesar de su estúpido comportamiento, si borraba solo los momentos relativos al resbalón, el resto de la tarde había resultado maravillosa.

—Lo siento mucho.

—¿De verdad? —contestó algo irónico.

—Siento haberle obligado a meterse en el mar. El agua estaba helada.

—No importa. Ya he entrado en calor. Pero ha sido muy irresponsable por su parte visitar La Calzada con este tiempo.

—Lo sé, créame. Estoy avergonzada. Deberíamos haber cambiado el plan. Pero es que no podía marcharme de Irlanda sin ver La Calzada del Gigante. Compréndalo.

—¿Se marcha ya del país?

—No. Todavía no. Pero no me gusta dejar para el final las cosas que más deseo. Soy muy impaciente.

—Pues en este caso debería haber esperado. Han elegido el peor día para la visita.

—Bueno, usted también andaba por ahí. Me refiero a que le agradezco mucho que me haya ayudado, pero tampoco consideró que el temporal fuera un obstáculo para sus planes. Espero que no le moleste el comentario.

—Tiene usted razón. A mí tampoco me gusta posponer mis deseos —añadió mirando con intensidad a la convaleciente—. ¿Cuántos años tiene?

La chica sintió un cosquilleo en el pecho. Ese hombre podría ser el irlandés de sus sueños. Quizá era un poco mayor para ella, pero John Wayne también tenía unos cuantos años más que Maureen O'Hara.

—¿Para qué quiere saberlo?

—No sé. Por hablar de algo. Creo que voy a ir a buscar a sus amigas —cortó intentando mostrarse indiferente.

—No, por favor. Quédese un rato más. Tengo veintitrés. Y siempre he querido visitar Irlanda. Me encanta este país.

—¿Por qué no se queda entonces?

—Porque no sabría de qué vivir. Tendría que encontrar un trabajo… o un marido —añadió con sorna.

Desmond se carcajeó con ganas. Aquella española era graciosa. Graciosa y guapa. Y tenía la sensación de que le estaba tirando los tejos. Decidió seguirle el juego.

—En lo del marido quizá pueda ayudarla.

—¿De verdad? —Contestó con tono pícaro, a la vez que se retorcía un mechón de pelo con insistencia— pero tenga en cuenta que no me vale un marido cualquiera. Tiene que estar bueno y, lo más importante, tiene que hacerme reír.

—¿Le valen las cosquillas? —le susurró al oído a la vez que acariciaba el dorso de su mano con los dedos.

Malena notó un escalofrío. Ese tipo de cosquillas no hacían reír. Una quemazón le recorrió el pecho, haciendo que ascendiera y descendiera con agitación. Él tenía las pupilas dilatadas dentro de un iris color cielo y la miraba con… ¿sería deseo? Sin darse cuenta se humedeció los labios y entonces él la besó. Saboreó su boca con prisas. Como si en cualquier momento fueran a robársela. Y así fue. Justo segundos después, las amigas regresaron del comedor.

Abrieron la puerta y se quedaron sin habla. Tan solo una de ellas acertó a carraspear para que la pareja fuera consciente de su presencia. Al momento separaron los labios. Ambos estaban turbados.

A la mañana siguiente, las turistas españolas abandonaron temprano The Clover Inn. Por suerte se pudieron acomodar todas juntas en una habitación grande que quedaba libre. Cuando descubrieron a Malena besándose con el irlandés llegaron a la conclusión de que su amiga no estaba en sus cabales e hicieron todo lo posible para alejarla de él. Ni siquiera la dejaron despedirse. Pero si ese hombre parecía su padre. Estaban seguras de que los delirios por haberse visto tan cerca de la muerte la confundían. Pagaron el alojamiento, dieron gracias al encargado de la posada y retornaron a Galway sin ni siquiera intuir que Malena no volvería a pisar suelo español hasta muchos años después.

---

47 Domingo sangriento.

48 El IRA (Ejército Republicano Irlandés) es una organización paramilitar republicana irlandesa. El IRA Provisional, la facción más importante del IRA durante gran parte del conflicto en Irlanda del Norte desmanteló la mayoría de sus estructuras paramilitares en el proceso conocido como el Acuerdo de Viernes Santo de 1998. Sin embargo, algunas disidencias y facciones más pequeñas aún persisten.

49 Es una zona de playa y acantilados con columnas de basalto que forman escalones que salen del pie del acantilado y desaparecen bajo el mar. La mayoría de las columnas son hexagonales, aunque también hay algunas con cuatro, cinco, siete u ocho lados. Las más altas tienen unos doce metros de altura, y la lava solidificada de los acantilados tiene veintiocho metros de espesor en algunas zonas.

50 El Poitín es una bebida destilada tradicional de Irlanda con un alto contenido alcohólico. El Poitín se destila en un pequeño alambique y se obtiene de malta, patata y más recientemente azúcar.

51 Danza típica irlandesa.

52 Es el nombre ficticio del pueblo en donde se filmó la película. El nombre real es Cong.

TERCERA PARTE:
HISTORIAS QUE SON MISTERIOS

CAPÍTULO XIX:
Y LLEGÓ LA DESGRACIA

LONDRES, 1965

Jasmine cada día estaba más distante. Evitaba a su marido y solo se metía en la cama cuando los ronquidos confirmaban que había entrado en la fase profunda del sueño. En las reuniones sociales se perdía entre la gente y se olvidaba de que era una mujer casada. Bebía, fumaba y flirteaba con cualquiera. Delante de su hijo hacía comentarios indiscretos sobre tal o cual aspecto de su apariencia o personalidad que había heredado de su padre. A veces incluso le llamaba pequeño Richard. El niño era demasiado bebé como para entender nada, pero Will escuchaba y sufría en silencio. Sufría terriblemente.

Llevaban casi dos años casados y todavía no habían consumado el matrimonio. Notaba como ella evitaba siquiera rozarlo y que no se acercaba al lecho hasta que fingía dormir. Se ponía rígida cuando la besaba en la mejilla y ya ni siquiera permitía que la abrazara. La situación era insostenible. Cada vez le costaba más esfuerzo renunciar a tomarla por la fuerza. Se pasaba el día conteniéndose y más tarde o más temprano esa represión explotaría. Algunas veces dejaba el dormitorio a medianoche y saciaba sus apetitos en un burdel, pero no deseaba que su vida continuara por ese camino. Francine era la única persona en la casa que sospechaba la verdad. Sabía que William estaba forzando a su hermana a amarlo de una manera inaceptable y que ella lo rechazaba. Intuía que, en el

momento menos esperado, la presión haría saltar por los aires la relación. El vínculo entre ambos se estaba emponzoñando, pero no se atrevía a hablar con ninguno de los dos. Tiempo después, lamentaría su inacción.

Una mañana de domingo Jasmine se preparaba para sacar a Henry a dar un paseo por el parque. Las suaves lloviznas primaverales por fin habían dado paso al brillo del sol. El trino de los pájaros se hacía hueco entre el murmullo de los torrentes de agua, que se escurrían por los desagües desde los tejados, y el repiqueteo de las pequeñas gotitas que tropezaban con poyetes de ventana y adoquines. El aire era templado y el cielo cada vez más azul. La joven madre se había ataviado con un vestido minifaldero rojo y llevaba los labios pintados de carmín intenso. Estaba irresistible.

Henry esperaba en su silla retorciéndose como un réptil. Era demasiado inquieto para permanecer atado durante mucho tiempo. Desde que dio sus primeros pasos no soportaba la falta de libertad. Jasmine, sin embargo, odiaba perseguirlo por todas partes. Tanta actividad la desesperaba y abusaba de las correas. Will oyó los gritos del pequeño intentando zafarse de las ataduras, entró enfadado en la habitación y soltó al niño para que pudiera caminar.

—No le tengas tanto tiempo atado. ¿No ves que necesita moverse? Tiene que practicar, explorar… No puedes pretender que esté todo el día amarrado a la silla.

—¿Qué quieres que haga? Necesitaba arreglarme y nunca me deja ni respirar.

—Pues haber llamado a Mary, que para eso está; o a mí, soy su padre. Puedo encargarme también de él.

—¿Su padre?

—Sí. ¡Soy su padre! Y estoy cansado de tus jueguecitos. Te casaste conmigo para que me hiciera cargo de él porque ese sinvergüenza te abandonó. ¿Recuerdas?

—Lo sé, pero estoy harta. No quiero, no puedo seguir fingiendo. Eres mi hermano. ¡Nunca serás un marido para mí! ¿Lo entiendes?

—Pero accediste a casarte conmigo. ¡Eres mi esposa!, y como tal tienes que comportarte. Y si fuiste capaz de abrirte de piernas con ese cabrón, no debería costarte tanto abrirlas para mí, tu esposo —exigió agarrándola con fuerza por la muñeca.

—Me casé contigo porque no me dejaste otra opción. Te aprovechaste de mi desgracia y dispusiste lo que te dio la gana. Utilizaste mi tristeza en tu beneficio y me odio a mí misma por consentirlo —aclaró mirándolo a los ojos con rencor, retorciendo la mano para zafarse de él.

Una ráfaga de ira dominó el semblante de William. Por unos segundos sus iris se oscurecieron y los labios se le torcieron en un rictus de amargura. Furioso, asió a su hermana con más fuerza, la atrajo hacia él y la besó. Fue un beso exigente, profundo, grosero y feroz. Ella intentaba escabullirse de sus garras, pero no lo conseguía. Apenas podía respirar. Estaba abrumada, inmovilizada contra la pared.

Las manos de Will subían por dentro de la falda e intentaban despojarla de la ropa interior. Su respiración era cada vez más agitada, el corazón le latía con fuerza, le dolía desesperadamente la entrepierna y sabía que solo poseerla acabaría con el suplicio. Se bajó la cremallera del pantalón y permitió que su miembro emergiera erecto, presionando los muslos de Jasmine. Ella, al saberse acorralada, cambió la resistencia por el llanto. No se sentía con fuerzas para seguir luchando. Aceptó casarse con ese hombre y

tendría que asumirlo. Se rindió. Se abandonó a sus manoseos. Dejó los brazos flácidos, las piernas flojas, el cuerpo laxo y, en ese preciso momento, Will fue consciente de lo que estaba a punto de hacer y la soltó avergonzado.

El llanto de Henry los devolvió a la realidad. Jasmine se recolocó el vestido, se limpió los labios con el dorso de la mano, cogió una chaqueta, se echó el bolso al hombro y, al igual que dos años atrás, desapareció. Salió por la puerta principal sola, sin destino, aturdida por los acontecimientos. Las lágrimas resbalaban por las mejillas dejando un reguero salado que intentaba borrar con un pañuelo. Tenía los ojos tan irritados que apenas podía enfocar el camino. Anduvo durante horas, esquivando charcos, coches y miradas libidinosas. Deambulaba sin rumbo. Al menos al principio, porque a media tarde, sin ser consciente de ello, sus pasos la habían conducido de vuelta al lugar en el que descubrió el amor. El mismo edificio de tres plantas se alzaba ante ella. Las mismas macetas adornaban el pequeño alfeizar de la ventana y, por un momento, le pareció divisar la figura de Richard tras los cristales. Una ráfaga de emoción sacudió su corazón ¿Sería posible que fuera él? Se armó de valor y llamó al timbre. Una voz femenina contestó.

—¿Quién llama?

—Buenas tardes. ¿Está Richard, por favor?

—¿Richard? —La mujer dudó un poco, pero enseguida reaccionó —Ah, Richard… No se encuentra en estos momentos en casa. ¿Quién lo busca?

—Soy Jasmine, Jasmine Harris.

Un largo silencio siguió a la explicación de la chica. Ya se iba a marchar cuando su interlocutora reanudó la conversación.

—No tardará mucho. ¿Quieres subir a esperarlo? Estoy preparando té. ¿Te apetece una tacita mientras llega?

Jasmine gimió de alegría. Su amor estaba de vuelta. Y no se preguntó por qué todavía no había contactado con ella. Subió las escaleras de dos en dos, ilusionada, planeando un nuevo futuro. Estaba segura de que Richard la amaba y cuidaría del hijo de ambos.

Una mujer de mediana edad abrió la puerta con sigilo, mirando con insistencia a ambos lados del pasillo. Con amabilidad ofreció a la joven una taza de té y galletas. Jasmine se acomodó sobre el sofá en el que Richard y ella habían hecho el amor tantas veces. A la luz del día se veía feo y desgastado. La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Una colcha mugrienta cubría la cama en la que siempre acababan durmiendo abrazados. ¿Por qué todo era diferente ahora? Miró a la mujer. Su sonrisa era gélida. Su rostro, deforme. Le faltaban un par de dientes y al hablar la saliva salía disparada por los huecos. Le volvió a rellenar la taza.

—Mi Richard llegará muy pronto. Solo fue a hacerme un recado. Por cierto, ¿te ha visto alguien subir a la casa?

—No. ¿Por qué?

—¡Mejor! Así le damos una sorpresa. Si te hubiera visto algún vecino podría adelantarle que tiene visita y lo estropearía todo. ¿Seguro que no te has cruzado con nadie?

—Seguro. No había ni un alma. ¿Es usted su madre? Pensaba que Richard vivía solo —dijo mientras daba otro gran sorbo al contenido de la taza que había sobre la mesita—. No sabe las ganas que tengo de verlo…

Jasmine no pudo pronunciar ni una sola palabra más. Un malestar insoportable se alojó en sus tripas. Entre vómitos y espasmos fue perdiendo el aliento. Al cabo de unos minutos reposaba sobre la

moqueta, boca arriba, con los ojos muy abiertos y una expresión de incredulidad en la cara. La mujer arrastró su cuerpo inerte hasta el dormitorio y lo envolvió en una sábana.

CAPÍTULO XX:
UNA PROPUESTA ENVENENADA

LONDRES, OTOÑO DE 1984

Dos días después de confesar a Henry que iba a ser padre a los veinte años, un extraño se presentó en la casa de los Wentworth. Carolina todavía estaba dándole vueltas a la mejor manera de poner a sus padres al día sobre la situación. Sin embargo, cuanto más lo intentaba, más acobardada se sentía. Había barajado la posibilidad de entregar el bebé en adopción, pero no perdía la esperanza de que Henry lo aceptara. Estaba inmersa en esos pensamientos cuando Muriel llamó con los nudillos a la puerta y le aseguró que un hombre la esperaba en el recibidor, y que bajara con el abrigo porque debería acompañarlo. A la chica le pareció todo muy misterioso, aunque se quedó más tranquila cuando el desconocido aseguró trabajar para los Harris. Pasó de la intriga a la alegría porque daba por hecho que Henry había informado a su familia de la existencia del niño y que juntos buscarían una solución.

En la entrada de la casa de Park Street la recibió Francine, que sin muchos preámbulos la condujo al despacho de William Harris. Carol preguntó por Henry, pero William empezó la conversación obviando la pregunta. A la pobre le entró tiritera. Ese hombre la intimidaba.

—Buenas tardes, señorita Legazpi. Espero que se encuentre usted bien. ¿Quiere un té? —preguntó muy serio.

—No, gracias.

—¿Quizá un vaso de agua? Me temo que nuestro encuentro no va a ser breve.

—Un vaso de agua fría, por favor —contestó con un ligero temblor en los labios.

—De acuerdo. Siéntese —y señaló un sillón—. Mi hijo me ha informado de que se encuentra en estado de buena esperanza y de que él es el padre. ¿Es así?

—Sí, señor. Estoy embarazada de unas dieciséis semanas y el bebé es de Henry. Pero no pienso deshacerme de él —agregó con energía, acariciando su abdomen para que quedara muy claro.

—No se preocupe. No barajo esa posibilidad. Pretendo proponerle un trato muy conveniente para usted.

—¿Lo sabe Henry? Me resulta chocante que no se encuentre aquí ahora.

—Mi hijo estará de acuerdo con lo que nosotros decidamos. No se preocupe.

—Pero ¿dónde está?

—En la India. Le he mandado unos días de vacaciones. Verá, estaba muy alterado con lo de su estado y he creído que era mucho mejor que se pusiera tierra de por medio. Ya tendrán tiempo de verse cuando todo esté solucionado. Dígame, ¿es usted una persona sana?

—Sí, claro. No le entiendo.

—¿Tiene alguna enfermedad infecciosa o hereditaria?

—No, que yo sepa.

—¿Le importaría que la revisaran en una clínica ginecológica? Es mejor cerciorarnos de que todo va bien antes de firmar el contrato.

—¿Qué contrato?

—Mire, señorita Legazpi, no la voy a engañar. Mi hijo es muy joven y no necesita atarse tan pronto a un crío. Todavía tiene que acabar sus estudios, conocer mundo, establecerse. En fin… supongo que usted comprenderá que mi prioridad es que continue con su vida.

—No sé a dónde quiere llegar. Ya le he dicho que pienso tener este bebé.

—Sí, sí. No se preocupe —aclaró haciendo un gesto tranquilizador con la mano —. No voy a pedirle que aborte. Más bien todo lo contrario. Voy a proponerle que se quede usted en esta casa hasta el parto. Francine se encargará de atenderla y yo correré con los gastos. También le proporcionaré los documentos necesarios para que haga creer a sus padres que le he ofrecido un trabajo en Londres que no tiene intención de rechazar.

—¿Un trabajo?

—No sea tonta. Se trata de una coartada. Usted estará bajo este techo cuidando de que el nuevo miembro de la familia Harris nazca sano y fuerte. Mientras tanto, todo el mundo en España pensará que ha conseguido un maravilloso empleo en una de mis empresas. Así mataremos dos pájaros de un tiro: nadie sospechará lo del niño y regresará con un currículum mejorado. ¿No es un plan perfecto?

—¿Regresar a España? Disculpe, pero me he perdido.

William aplastó el último cigarrillo en un gran cenicero plagado de colillas. Se levantó de la silla que ocupaba tras el escritorio y caminó hacia Carol. Después se agachó para enfrentar su mirada. Su tono era exigente, y a la infeliz le tiritaba hasta el alma.

—Señorita, lo que le estoy proponiendo es que nos ceda la tutela del bebé. Por supuesto podrá venir a verlo cuando quiera, pero será un Harris. Usted renunciará a él en favor de su padre. Créame, es lo mejor para todos. Yo me encargaré de su manutención, de que

acuda a los mejores colegios… ¡De todo! A cambio quedará libre de responsabilidades. Evidentemente, le extenderé un cheque adicional. ¡Ah!, y al firmar el contrato también se comprometerá a mantener su maternidad en secreto. Es una condición indispensable. ¿No le parece una solución excelente?

Carol tragó saliva con dificultad. No entendía muy bien lo que ese hombre le estaba proponiendo. ¿Quería que renunciara a su hijo a cambio de dinero? ¿Era eso lo que pretendía?

—Perdone, pero no le comprendo. ¿Propone quitarme a mi hijo?

—No. No me ha entendido. Lo que voy a hacer es solucionar un problema que a los dieciocho años podría cambiar drásticamente su vida; asegurarle que el bebé va a crecer con su verdadera familia, rodeado de amor y prosperidad. ¿Acaso cree que sería mejor darlo en adopción a unos desconocidos? Yo le permitiré visitarlo todas las veces que quiera, siempre y cuando no le diga que es su madre —mintió—. ¿Prefiere volver a España con el papelón y destrozar su futuro? Mire, piénselo. No tiene por qué contestar ahora mismo. Piénselo bien y hablamos en un par de días —zanjó con autoridad.

Carolina se pasó los siguientes dos días llorando. Se encontraba en un callejón sin salida y no sabía qué hacer. El señor Harris le había dejado claro que Henry nunca se casaría con ella y no estaba segura de querer afrontar la maternidad en solitario. Temía la reacción de su padre y el rechazo de la familia. Por otro lado, y a pesar de sus devaneos, seguía siendo católica. El aborto no era una opción, sin contar con que la gestación estaba demasiado avanzada. Cualquier decisión que tomara sería traumática. Su amiga Rachel sabía que estaba pasando por un momento decisivo, pero no se atrevía a aconsejarla y Carolina continuaba llorando sin tomar ninguna decisión. Las pocas veces que se dejaba ver fuera del dormitorio

tenía los ojos tan rojos que Muriel empezó a sospechar que algo gordo se estaba cociendo y, pese a sus carencias sensoriales, espiaba por las esquinas, intentando averiguar qué era.

La tarde del tercer día, Muriel le anunció la visita del mismo empleado de los Harris que se presentó para llevársela la vez anterior. Carolina estaba tan nerviosa que se había pasado toda la noche vomitando y mareada. El hombre le comunicó con discreción que tenía órdenes de llevársela a una revisión médica y después a Park Street. La pobre chica se encontraba tan enferma que prefirió no discutir y acompañarlo. En la clínica le hicieron todo tipo de pruebas y le recetaron algunas vitaminas. Cuando llegaron al domicilio de los Harris, estaba decidida a rechazar el acuerdo. Volvería a España y se enfrentaría a sus padres. Solo tendría que armarse de valor. Había incluso ensayado mentalmente las palabras que diría. Pero cuando entró en el oscuro despacho y se encontró de frente con Henry, empezó a flaquear. Se sintió aliviada al saber que era mentira que estuviera en la India, aunque por el bronceado que lucía, sí que venía de la costa. Estaba muy guapo. Llevaba el claro flequillo peinado hacia atrás. La piel tostada por el sol acentuaba el añil de sus ojos. Le sonrió, y supo, sin atisbo de duda, que tomaría la única decisión que le daría la oportunidad de anclarlo a ella.

Rosario estaba como loca con el nuevo trabajo de su hija. Le habían dado un puesto de secretaria en una empresa de la City de Londres y, como hablaba español, le pagaban un dineral. Su jefe se había encargado de todos los trámites y no habían tenido ni una sola preocupación al respecto. No habían vuelto a ver a Carol desde septiembre, pero sabían que estaba bien y se sentían tranquilos. Además, cuando hablaban por teléfono con ella, se la veía feliz y centrada y eso era mucho más de lo que, teniendo en cuenta sus

antecedentes, se podía esperar. «Parece que estos británicos han conseguido apaciguarla», comentaba aliviada. Y era tan grande la alegría de la familia Legazpi, que en ningún momento se preguntaron por qué su niña buscaba cualquier excusa para evitar que la visitaran, o por qué les aseguraba que la dirección del trabajo era mucho más adecuada para que le enviaran el correo.

Mientras tanto, en Park Street, la adolescente luchaba por mantener el ánimo. Los primeros días después de firmar el contrato, Henry estuvo a su lado en los paseos matutinos, en las tardes de compras en Harrods o en las revisiones médicas. Sin embargo, cuando el embarazo empezó a hacerse evidente, tuvo que marcharse a la universidad. Entonces vinieron noches desesperadas en las que, medio dormida, lo buscaba entre las sombras. Sus pasos anhelantes la conducían hasta el dormitorio vacío en el que engendraron al ser que ahora los separaba. Se sentaba sobre la cama y lloraba. Lloraba por ese amor que se desintegraba a la misma velocidad que su cuerpo sumaba kilos.

A las veintidós semanas de gestación se la llevaron al campo. Los Harris no querían que nadie sospechara lo más mínimo sobre los tejemanejes que se traían entre manos. En la campiña inglesa Carol recuperó un poco el color, aunque no la alegría. Francine la atiborraba a chocolate y pasteles, y cogió tanto peso que apenas se reconocía. Por las tardes se subía a la buhardilla, descorría las pesadas cortinas del ventanuco más elevado y se asomaba. El camino se perfilaba hasta ese punto desde el horizonte, y no perdía la esperanza de divisar a Henry aproximándose para visitarla. En realidad, nunca perdió la esperanza de que Henry se enfrentara a su padre. Y esa fantasía le dio valor durante los interminables meses de embarazo. Se sentía gorda pero insignificante. Un gran horno que a

fuego lento insistía en cocer un pan que nunca terminaba de dorarse. Un artilugio mecánico, voluminoso y pesado, que había dejado de funcionar. Aunque estaba segura de que su amado no la olvidaría. En cuanto supiera del nacimiento de su hijo, regresaría a por ellos y vivirían felices para siempre. Sus ilusiones se hicieron añicos tras el parto.

CAPÍTULO XXI:
PREOCUPADO

MADRID, FEBRERO DE 2007

Gonzalo estaba muy preocupado por su mujer. No llevaba nada bien la muerte de Elvira. Se pasaba las noches en vela frente al ordenador y apenas comía. Si continuaba así, iba a quedarse en los huesos. La noche anterior ni siquiera se dio cuenta de que la lluvia se había colado por la ventana y el parqué estaba empapado. Se acercó al pequeño despacho de la habitación contigua. Estaba dormida, con la cabeza apoyada sobre el escritorio, a punto de tirar con el codo una taza de café vacía. Con mucho cuidado la ayudó a incorporarse, la cogió en brazos y la dejó sobre la cama. Por unos instantes se detuvo a contemplarla. Era tan guapa. Sus rizos se habían esparcido sobre las sábanas alrededor de la cabeza en forma de corona. Parecía la princesa de un cuento de hadas: la piel fina, los rasgos elegantes, los ojos enmarcados por unas cejas perfectamente arqueadas, la figura esbelta y armoniosa. A veces se preguntaba por qué lo había elegido a él, un huérfano sin estudios criado en acogida. Quizá porque la conoció en el momento preciso, cuando los excesos empezaban a arrebatarle la razón.

Todavía recordaba la primera vez que la vio. Fue a finales de 1986. Un indeseable intentaba meterle mano y se defendía como podía. Él estaba hasta arriba de pedidos en la barra, pero no pudo evitar salir en su defensa. La pobre chica parecía perdida. Después la acompañó hasta donde le permitió, ya que nunca quiso que entrara

ni en el portal, y se despidió con indiferencia. Sin embargo, a partir de aquella noche empezó a visitarlo con regularidad en la discoteca. La verdad es que tenía cierta querencia a la barra. Se acercaba, siempre sola, y se pasaba las horas bebiendo y fumando, mientras mantenían conversaciones en permanente interrupción por culpa del trabajo. Fue entonces cuando le habló de su estricta educación católica, de las constantes broncas con su familia, de cuando la enviaron a un internado en la campiña británica, de que no tenía amigas... Y a pesar de su aparente interés por él, le llevó años ceder para que se vieran fuera de la discoteca. Siempre coqueteaba con otros. No quería que se citaran a la luz del día y se negaba a que la llevara al cine. Todo cambió la noche que Gonzalo la descubrió metiéndose una raya de coca. Esa vez, el grupo Locomía[53] actuaba sobre el escenario. Los cuatro integrantes agitaban los enormes abanicos al ritmo de la música mientras sus cuerpos, realzados con toreras de grandísimas hombreras, zigzagueaban acompañándolos.

Carol estaba perdida entre el bullicio, bailando con unos y con otros. Meneaba las caderas y, cuando sabía que tenía al camarero en su encuadre, lo miraba fijamente para que fuera testigo de cómo se restregaba contra el cuerpo de algún cretino por el que no sentía el más mínimo interés. Quizá quería darle celos, o tal vez la pobre chica estaba empezando a tocar fondo. Pero esa noche estaba desvariando más de lo habitual, así que, cuando la descubrió abrazada a uno de los canallas más despreciables de la noche de Madrid, abandonó su puesto en la barra, a pesar de que había cola para pedir, y corrió tras ellos. Se habían encerrado en el baño de caballeros y Gonzalo empujó la puerta con tanto brío que casi la desencaja.

Carolina estaba metiéndose unas rayas mientras el sinvergüenza le sobeteaba los pechos y le subía la falda. Le clavó una mirada inquisitiva, la asió de un brazo y tiró para sacarla de aquel atolladero. Ella se desgañitaba despotricando en inglés, pero no le hizo ni caso. Entonces cayó en la cuenta de que no podía seguir sirviendo copas. Esa chica necesitaba ayuda urgente o terminaría en la mierda. No lograba entender la razón, pero lo tenía obsesionado, mucho más de lo que imaginaba. Era preciosa y parecía querer autodestruirse. Así que no le importó que le golpeara, que pegara patadas al aire o que chillara como una energúmena. Tampoco perder su trabajo en la discoteca. La cogió en volandas, le echó su chaqueta por encima y se la llevó lo más lejos que pudo.

Esa noche Carolina la pasó en casa de Gonzalo, una minúscula buhardilla en el barrio de Lavapiés. En varias ocasiones estuvo a punto de abandonar la vivienda y huir a la calle, aunque el chico le había avisado de que ni la zona era segura ni los vecinos amables, por eso decidió quedarse. Barajó la posibilidad de llamar por teléfono a sus padres, pero ya estaban acostumbrados a que desapareciera sin dejar rastro, y desvelarles su paradero podría animar una visita que no le apetecía lo más mínimo. Era consciente de que tenía un aspecto lamentable y no quería que se preocuparan todavía más. Por primera vez estaba arrepentida de su estúpido comportamiento, así que decidió cerrar la boca, tumbarse en la cama, hacerse un ovillo sobre sí misma y dormir. Gonzalo todavía recordaba lo hermosa que apareció esa mañana entre las jambas de la puerta del dormitorio. Su imagen lo deslumbró cuando él intentaba cubrirse con una manta que tenía enroscada entre las piernas y ahuecaba los cojines del sofá en el que había pasado una noche larga e incómoda. El sol se colaba por la ventana y

proyectaba sobre su pelo destellos casi mágicos. Rodeada por esa especie de iridiscencia se sentó a su lado y le pidió disculpas. Él no lo sabía, pero era la primera vez que su amada hacía algo así. Si se concentraba un poco podía recordar hasta la conversación de aquel día.

—Lo siento, Gonzalo. Creo que anoche me pasé un poco.

—¿Un poco? Tengo hasta un hematoma en la espinilla. ¿Lo ves? — y se levantó el bajo de los pantalones para mostrárselo.

Carolina se sonrojó.

—Tío, lo siento de veras. No sé qué me pasó.

—Yo sí lo sé. Te pusiste hasta arriba de alcohol y de droga. Perdiste el control y si yo no llego a estar ahí, hubieras terminado en el retrete echando un polvo con ese cerdo. ¿De verdad te apetecía ese plan?

La chica bajó los ojos avergonzada. Sabía que Gonzalo estaba en lo cierto.

—¡No lo sé! ¡Te juro que no lo sé! ¡No sé lo que quiero! ¡Ni por qué hago lo que hago!

—Te voy a decir algo. Llevo años en esa barra y he visto de todo. Y te aseguro que ese camino no lleva a ninguna parte. ¿Ya no trabajas como modelo?

—A veces, cuando me ofrecen un pase. Pero no tengo ningún contrato fijo. Hay mucha competencia.

—¿Continúas viviendo con tus padres?

—Sí.

—¿Y no te dicen nada cuando desapareces toda la noche o llegas a casa tambaleándote?

—Me temo que han tirado la toalla conmigo. Lo intentaron todo, ¿sabes? Incluso lo del internado. Pero siempre he ido de mal en

peor. Siento una atracción fatal por los desastres. No acabo de salir de uno y me meto en otro. Es como si la desventura estuviera irremediablemente unida a mi vida. ¿Tú crees en las maldiciones?

—¿Qué dices? ¿Maldiciones? En ese sentido soy muy descreído. Solo creo en lo que puedo probar.

—Pues yo no. Yo creo en muchas cosas. Y no me refiero solo a Dios.

—¿De verdad? —preguntó con escepticismo.

—A veces siento que esta no es mi vida real. Que mi vida se quedó anclada en otro siglo, o perdida en alguna parte del espacio o…

—¿Qué más te metiste anoche? ¿Alucinógenos?

—Te juro que no. Además, esta sensación es más intensa cuando estoy sobria. Por eso me gusta tanto colocarme. Así paso de todo. Es la única manera de no pensar. ¡No quiero pensar!

—Pues no es buena idea, te lo aseguro —susurró Gonzalo, que se había aproximado tanto que las piernas de ambos se rozaban. Con la mano acarició su mejilla derecha—. Tienes que olvidar esas tonterías y centrarte en lo que de verdad importa.

—¿Y qué es, según tú, lo que de verdad importa?

—Nosotros, por supuesto.

Gonzalo cogió la mano de Carolina, se la acercó a sus labios y le dio un beso lento y suave.

—Pero tío, ¿qué dices? ¡Joderrr! Tú y yo no somos nosotros —cortó la chica liberando la mano con brusquedad.

—Pero podríamos serlo. No sé por qué, la verdad, pero siento algo por ti. Estoy seguro de que sería mucho más feliz liándome con una tía sencilla y sin comeduras de coco, pero me aceleras el corazón. Cada noche pongo copas en esa barra llena de chorretones y

ceniceros sucios con la única ilusión de verte. Si no fuera por ti, hace tiempo que me habría largado. He tenido buenas ofertas. ¿Sabes?

—Pues más idiota has sido tú si las has rechazado. Yo nunca te he dado esperanzas, creo.

—Lo sé. Pero no me importa. Por ahora me basta con que seamos amigos. Creo que necesitas a alguien que evite que te autodestruyas. Si me dejas, seré tu amigo incondicional.

—¿Estás seguro? ¿Nunca intentarás nada conmigo?

—Ay, amiga, eso no te lo puedo asegurar. Pero sí te puedo prometer que siempre te respetaré. ¿Te vale?

—Uy, suena muy formal, pero me gusta lo del respeto —respondió con sorna.

—Anda, que te llevo a casa. Explicaré a tus padres que te pusiste enferma y que yo te obligué a quedarte en mi casa. Asumiré la responsabilidad. No me importa.

—Tío, de verdad que no hace falta. Ellos ya saben que la culpa es mía. Siempre lo es —concluyó encogiéndose de hombros.

Gonzalo rememoró aquella mañana soleada de 1990 en la que acompañó a Carol y entró en su domicilio por primera vez. Recordó con claridad como, derrochando atrevimiento, se presentó a los Legazpi, que llevaban toda la noche en vela; como les pidió disculpas y prometió cuidar de su hija a partir de ese momento y para siempre. Veinte años después, continuaba siendo su ángel de la guarda. La arropaba por las noches para que no cogiera frío; le daba masajes en los pies cuando, agotada, volvía del trabajo; acariciaba su cabeza si lloraba en sueños; la consolaba cuando sufría algún desencuentro, y había llegado a quererla más que a su propia vida.

Los Legazpi siempre estuvieron complacidos con la irrupción del andaluz en la vida de su hija. Elvira era la única que tenía dudas

sobre la compatibilidad de la pareja, pero al ver la felicidad de su hijo prefirió no estropearlo. Había recobrado a su pequeña y eso era lo único que importaba. El mismo día que reservaron la iglesia para formalizar la relación ante Dios, Andrés les compró un local en el barrio de Salamanca para que montaran una inmobiliaria. Ninguno de los dos tenía estudios superiores, pero a esas alturas Gonzalo ya había demostrado de sobra su destreza para conseguir lo que se proponía, y toda la familia confiaba en él. Además, manejaba con habilidad a Carolina, lo cual, teniendo en cuenta sus antecedentes, era de agradecer. Poco tiempo después de la boda, el boom inmobiliario se encargó de cimentar con una gruesa base de dinero el nuevo matrimonio. Su situación económica se volvió desahogada y sus vidas apacibles. Nunca volvieron a hablar de los años oscuros. Ella no quería y él lo acataba. Eran felices, al menos en lo esencial. Quizá a él le hubiera gustado tener un par de mocosos, pero Carolina aseguraba que no valía para ser madre. Gonzalo se consolaba pensando que aún eran jóvenes y que algún día cambiaría de opinión.

La observó de nuevo tendida sobre la cama. Respiraba tranquila. Le cubrió el cuerpo con una manta hasta el pecho, besó con dulzura su frente y entornó la puerta para que pudiera descansar. En el despacho el ordenador continuaba encendido. Se inclinó para apagarlo, pero le llamó la atención un documento que estaba abierto. Leyó algunas líneas. Parecía el manuscrito de una novela. Cerró el archivo y entonces aparecieron los últimos mensajes de correo electrónico. Alguien había mandado información sobre un tal Marcos Noguera. ¿Quién sería ese tipo? ¿Por qué su mujer estaba interesada en él? Cogió lápiz y papel y copió la dirección de correo.

Quizá el cambio de ánimo de Carolina no solo tenía que ver con la muerte de su abuela.

---

53 Grupo musical transgresor que triunfó a finales de los ochenta y principios de los noventa en España e Hispanoamérica, cantando y bailando con un estilo propio que creó tendencia. Vestían trajes barrocos con chaquetas de grandes hombreras y extraños zapatos que ellos mismos diseñaban. En sus actuaciones, manejaban con garbo unos abanicos enormes mientras interpretaban canciones con tendencia electro-pop, dance o glam. Actuaron sobre el escenario de Joy Eslava en varias ocasiones.

CAPÍTULO XXII:
EL NACIMIENTO

HEREFORDSHIRE (INGLATERRA), 1985

Georgina Harris nació una fría madrugada de febrero de 1985. Will tuvo claro desde el primer momento en el que supo que se trataba de una niña, que le pondría la versión femenina del nombre de su padre, aunque se parecía a su Jasmine, sin duda. Tenía la piel dorada y el cabello grueso y oscuro; era menuda y delicada, pero cuando por fin abrió los ojos, descubrieron que eran del mismo azul que los de Henry.

Tres semanas después del parto, William Harris se presentó en la finca y mandó llamar a la española a su despacho. En esos momentos, Carolina estaba terminando de dar el biberón a la niña, ya que Francine le había aconsejado que, para evitar que se vinculara demasiado con la criatura, era mejor que no le diera el pecho. Aun así, no pudo evitar que se le encogiera el alma cuando se encontró con el padre de Henry de frente.

—Por favor, Carolina, siéntate —ordenó cortante como el filo de un cuchillo recién afilado.

La chica obedeció. Se posicionó al borde de la silla, intentando no acomodarse demasiado, y cruzó los dedos de la mano derecha a su espalda. Tenía la garganta seca, le sudaban las manos y sentía un frío agudo amenazándole las entrañas.

—¿Qué tal te encuentras? —dijo esforzándose por hablar con más familiaridad. Prefería que se relajara un poco, máxime teniendo en

cuenta la trascendencia de lo que iba a comunicarle.

—Muy bien, gracias.

—Me han dicho que Georgina ha engordado doscientos gramos la última semana.

—Sí. Come muy bien.

—Estupendo. En fin… No voy a andarme por las ramas. Según nuestro contrato ha llegado el momento de que me entregues a la niña y regreses a España.

El corazón de Carolina se contraía un poco más con cada palabra que el señor Harris pronunciaba. Él exponía con sencillez que tenía que esforzarse por continuar con sus planes, que debía empezar de cero aprovechando el dinero que le había transferido para ir a la universidad. Su vida, a partir de ese momento, despegaría. Hablaba como si renunciar a una hija solo pudiera traer ventajas. Pero a Carol, tanta palabrería no conseguía convencerla. No podía abandonar a su hija. ¡Era imposible! No quería el dinero, ni empezar de cero. Quería a su bebé.

—Por favor, ¿puedo quedarme unas semanas más? Solo dos o tres.

—No. No puedes. Porque luego me pedirás más tiempo y no puede ser. Todo ha terminado, Carol. Eres mayor de edad. Firmaste el contrato. La niña es nuestra y debes marcharte.

Carolina perdió el control. Los gritos desgarradores habrían alertado a todo el vecindario, si no fuera porque estaban en medio de la nada. Salió corriendo hacia la cuna de su hija, la tomó en brazos y la abrazó con fuerza. Francine intentó persuadirla para que la soltara, pero no lo consiguió, así que fue a buscar a un criado para que la ayudara a forzarla. Entre los dos le arrebataron al bebé y se lo llevaron.

La primavera se había adelantado en los bucólicos campos de Herefordshire. Diminutas florecillas salvajes se esparcían por la verde alfombra de hierba del jardín y los árboles mostraban brotes frescos. El viento se había transformado en una cálida brisa ligera y el cielo permanecía despejado. Pero la joven española no veía nada. Su mirada, irritada de tanto llorar, continuaba oculta en un dormitorio del piso superior con las ventanas cerradas y las cortinas corridas. No se había movido de allí desde el terrible día en el que le arrancaron a su hija. Sujetaba sobre su pecho la mantita vacía, la olía, la mecía y la apretaba contra el corazón. Esas eran las únicas acciones que acertaba a hacer. Todo el servicio se esforzaba para que pudiera reponerse y volver a España, pero su salud, en vez de ir a mejor, empeoraba cada día. Había perdido mucho peso, tenía unas enormes sombras bajo los ojos y la mirada hundida. Francine, muy preocupada, llamó a Henry y le convenció para que, a escondidas de su padre, las visitara. Si alguien no pone remedio, le asustó, esta niña se nos va.

Fue Henry el que consiguió que reaccionara.

—Hola, Carol. He visto a Georgina. ¡Es preciosa! Mi padre dice que se parece mucho a mi madre.

La chica alzó unos ojos ausentes para confirmar que era real el Henry que le hablaba. Él le tomó las manos con suavidad y continuó la charla. Se esforzó para que no se percatara de que le temblaba la voz.

—Sé que estás triste. Mi padre me dijo que no querías entregarla. La vamos a cuidar bien. Te lo prometo. Tú vuelve a casa, estudia, viaja, haz todas las cosas que siempre quisiste hacer. Ahora tienes un montón de dinero. Yo pienso hacer lo mismo. Entiéndelo. Somos demasiado jóvenes para formar una familia…

Carolina seguía en silencio.

—Te juro que cuando acabe mis estudios y me establezca te lo haré saber y nos reencontraremos. Mientras tanto podemos escribirnos.

—¿De verdad? —contestó la chica entre suspiros de alivio.

—Te doy mi palabra.

—¿Y tu padre? Me da miedo. Creo que tiene algún tipo de obsesión con la niña.

—Bueno, ten en cuenta que Georgina es su nieta. Pero no te preocupes. Lo conozco. Es solo que, desde la desaparición de mi madre, tenía el corazón enterrado en alguna parte y la llegada del bebé le ha hecho recordar dónde. Por favor, Carol, nuestro acuerdo es la mejor opción. Nadie sabrá nada en España y serás libre para seguir adelante por tu cuenta o regresar con nosotros cuando las circunstancias sean propicias.

—Tu padre me hizo firmar que nunca le diría que soy su madre —acertó a decir con un gemido.

—En efecto. Tú lo firmaste. Yo no. Yo no estoy obligado a guardar el secreto.

—¿Se lo contarás? ¿Le dirás que soy su madre y que la quiero muchísimo? —imploró con lágrimas en los ojos.

—Cuando llegue el momento.

Carolina se abalanzó sobre Henry y lo abrazó con fuerza. Después se dieron un beso interminable y se ilusionaron con la idea de que, a pesar de los obstáculos, quizá tendrían un futuro.

La española llegó a Madrid, tras terminar sus prácticas laborales, a finales de abril de 1985. Llevaba una maleta llena de ropa estrafalaria de los mercadillos londinenses, unos jabones de Marks & Spencer para Rosario, una gorra de tweed[54] para su padre, un

piercing doble con una cruz en la oreja derecha, los rizos teñidos de rojo, una carta de recomendación de su jefe de la City y un profundo vacío en el corazón que jamás volvería a llenarse.

---

54 El tweed es un tejido de lana cálida y resistente.

CAPÍTULO XXIII:
UNA FULMINANTE HISTORIA DE AMOR

ISLAS BRITÁNICAS, 1983

Malena no había podido quitarse de la cabeza al irlandés. De nada sirvieron las bromas de sus amigas sobre la diferencia de edad, o la certeza de que pronto tendría que regresar a Mérida. Su imagen se le aparecía de repente, como una alucinación, sacándola del agua o besándola, inclinado sobre la cama de aquella idílica posada de Bushmills. Evocaba la sensualidad de esos ojos claros de largas pestañas y se estremecía. A veces le asaltaban sueños eróticos en los que hacían el amor y despertaba mojada de deseo. Al cabo de los días tomó la decisión de que, si quería recobrar la cordura, tendría que ir a buscarlo y comprobar de una vez por todas si esos sentimientos podían llegar a alguna parte. No tuvo tiempo de comprar los billetes de autobús. Una noche salió con sus amigas a tomar una copa al pub de debajo de su casa y se lo encontró. Al principio pensó que había enloquecido y las fantasías nocturnas la estaban trastornando, pero, cuando sus amigas la animaron a cambiar de local, supo que era real. Era él y había ido a buscarla. ¿Qué iba a hacer si no en ese bar de barrio?

—¿Puedo invitarte a una cerveza? —preguntó con ojos burlones.

—¿Me dices a mí? —contestó Malena haciéndose la loca.

—Sí, María Elena. Te lo digo a ti. ¿Es que ya no me recuerdas?

—Por supuesto que no te recuerda. ¡Pesado! Déjala en paz —interrumpieron sus amigas.

Malena solo escuchaba la voz del hombre.

—Claro que me acuerdo de ti. Me salvaste la vida.

—Me alegro de haberlo hecho.

—¿Podría ser de otra forma? —respondió con sorna.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—¿Podrías alegrarte de no haberlo hecho? —insistió esbozando una sonrisa.

—Supongo que no. No lo sé. Tuve mis dudas al meterme en el agua helada.

—¿De verdad? ¡No te creo! —dijo con una carcajada tan sonora que todo el mundo se giró para mirarla.

Desmond bebió un sorbo de su cerveza sin apartar la mirada de la chica. No pudo evitar reírse con ella durante un rato. Después le pidió que se acomodara con él en una de las butacas del saloncito adyacente. Era más acogedor. Toda esa sala estaba enmoquetada en colores oscuros, la iluminación era discreta, la música sonaba con un volumen agradable y los clientes, en gran medida parejas, en vez de hablar, susurraban. Malena comunicó a sus amigas que se quedaba con el irlandés y les dio las buenas noches. Se sentaron juntos, en el mismo sillón, tan cerca el uno del otro que hasta podían percibir sus perfumes. Ella olía a Lavanda y él, a hierba fresca.

—¿Qué haces por aquí? Galway está un poco lejos de Bushmills —comentó nerviosa, desviando por unos segundos la mirada de su interlocutor.

—Lo sé. He venido para llevarte conmigo. Sé que suena extraño. Incluso yo estoy sorprendido, pero no he dejado de pensar en ti desde aquella noche.

Malena se estremeció. Ese hombre no solo había ido a buscarla, quería que se largara con él. De repente estaba aterrorizada.

—¿Qué dices? Si apenas te conozco. No puedo irme contigo. ¿Pero, de qué vas?

El irlandés le cogió la mano y se la besó, demorando el roce de sus labios todo lo que pudo. Acto seguido le clavó la mirada. Ella necesitaba apartar la suya. No soportaba su intensidad. Pero él no lo consintió. Su iris se había oscurecido. Ahora mostraba el azul de un mar tormentoso. Le levantó la barbilla con firmeza y la obligó a perderse en esa profundidad turbulenta.

—Sé que te parecerá una locura, pero por circunstancias tengo que ausentarme una temporada de la isla. Quizá no vuelva en meses. Supongo que te habrás dado cuenta de que ya no soy un niño. Y si hay algo que he aprendido en esta vida, es que no se debe perder el tiempo.

—¿Y a mí qué más me da?

—¿De verdad que no te importa? —desafió rozándole el cuello con el aliento de sus palabras.

La joven sintió una ráfaga de ¿deseo? y contestó apretándose las manos con ímpetu. Una pequeña gota de sudor se deslizaba por el escote de Malena, y él observaba, ensimismado, cómo su trazo se perdía, juguetón y descuidado, entre los senos. Unos senos que se adivinaban firmes y generosos.

—No te conozco, ¿cómo puedes pensar que voy a seguirte a ciegas? —interrumpió ella sacándolo de su ensoñación.

Desmond tardó un rato en responder. Estaba demasiado excitado y necesitaba recuperar la compostura.

—Pues entonces tendrás que conocerme. Podemos salir un par de días y, si te gusta mi compañía, hablaré con tu padre o con quien haga falta para que nos dé la bendición. Demuéstrame que eres tan audaz como pareces. ¿Te atreves a intentarlo? —y la besó en la

boca. La besó con decisión, casi con violencia. El corazón lo tenía desbocado y ni podía ni quería calmarlo.

—¿Salir solo un par de días? ¿Estás loco? —cortó separando sus labios con rapidez.

—Puede que sí o puede que la urgencia me haga parecerlo. Es el tiempo del que dispongo antes de viajar a Londres —contestó acariciándole los labios con la punta de los dedos. María Elena se abandonó a ese contacto tan íntimo y no tuvo duda de que su vida, a partir de ese momento, estaría ligada a la de aquel hombre.

Tres meses después, Desmond y Malena contraían matrimonio católico en una pequeña iglesia londinense. Fue una boda rápida e inesperada a la que solo acudieron la familia Donoso Villarreal y la tía de Desmond. Él le explicó a su mujer que no tenía más parientes. Que se quedó huérfano muy pequeño y que su hermano también había fallecido.

Disfrutaron de una corta luna de miel en el pueblecito pesquero de Fowey, Cornualles. Se pasaron toda la semana encerrados en el dormitorio del hotel. Ni siquiera el buen tiempo los animó a desprenderse de las sábanas. Estaban tan enrolladas en sus cuerpos, que no eran capaces de levantarse ni para comer. ¿Para qué perder el tiempo llamando al servicio de habitaciones cuando sus apetitos eran otros? No visitaron el pequeño puerto de pescadores ni las hermosas playas de arena fina. No pasearon por las callejuelas empinadas ni degustaron cangrejos en la taberna. Tampoco montaron en velero ni visitaron sus comercios artesanos. Solo hicieron el amor, una y otra vez. Muy a su pesar, una semana después se instalaron en la capital inglesa, donde su tía tenía un apartamento que les cedió hasta que encontraran la manera de ganarse la vida. Lo había comprado muchos años atrás con el dinero

de una herencia. No estaba en una zona elegante, sino en un barrio popular, pero Malena estaba tan enamorada que lo disfrutaba como si estuviera ubicado en los mismísimos jardines de Buckingham. A las pocas semanas del enlace ya sentía náuseas y antes del año parió su primer retoño. A los siete, tenía tres mocosos de sangre irlandesa correteando por el estrecho pasillo de la casa que todavía no habían podido cambiar por falta de dinero. Malena pensaba que se estaban aprovechando de la anciana, pero esta parecía encantada de poder ayudarlos y recibir a cambio un alquiler ajustado. Llevaba años sirviendo a unos ricachones y no tenía ningún interés en cambiar de vida. Allí le ofrecían alojamiento y comida gratis, no tenía gastos y podía ahorrar todo el sueldo, que, sumado a los pagos de la joven pareja, era un pico. Además, como ya estaba torpe, trabajaba menos que nunca y sabía que estaría mejor atendida si enfermaba. «Cuando una envejece es un privilegio tener a alguien que te cuide», decía.

El irlandés había encontrado trabajo como jefe de mantenimiento en un edificio de oficinas, aunque continuaba realizando pequeñas misiones para el IRA. Trabajaba como espía o de correo. Nada de operaciones en primera línea. Después del incidente por el que tuvo que desaparecer una larga temporada, su superior no tuvo más remedio que reconocer que no valía para la lucha armada. En eso había sido afortunado, pues, ahora que además era padre, no quería correr riesgos innecesarios. Valoraba su día a día sin sobresaltos y disfrutaba de las tareas cotidianas. Pero no estaba seguro de hasta cuándo podría mantener su estatus.

Malena no sospechaba nada y así tenía que seguir siendo. Adoraba la dulce ignorancia de su esposa, lo plácida que afrontaba las mañanas, el ardor que la atrapaba por las noches y que todavía

provocaba que saltaran chispas en el lecho. A veces despertaban enredados, con los niños acurrucados junto a sus cuerpos desnudos. Y así pasaron los años: Desmond, con su lucha secreta; Malena, ajena a lo que en poco tiempo desbarataría todo su mundo.

CAPÍTULO XXIV:
DESVELANDO SECRETOS

MADRID, MARZO DE 2007

Gonzalo llegó a casa tarde esa noche. Había estado encerrado en la inmobiliaria, dándole un empujón al trabajo, y luego tomando unas copas con un amigo del instituto que también se había establecido en Madrid, con el que quedaba de vez en cuando. Esa noche había insistido en reunirse con él porque necesitaba su consejo y siempre había sabido dárselo. Llevaba tiempo muy preocupado por Carolina. Por primera vez, desde que dejó su puesto en la discoteca para arrancarla de las garras de ese cabrón y llevársela a su triste buhardilla de Lavapiés, desde aquella noche en la que le entregó su corazón sin pedir nada a cambio para después, en la mañana, al sentirse deslumbrado por su fulgurante silueta bajo el marco de la puerta, jurarle que respetaría los secretos de su pasado, había estado espiándola.

Al principio fue un impulso incontrolado. Necesitaba saber por qué su mujer había vuelto a las andadas después de tantos años. Quizá la muerte de su abuela le había afectado más de lo que suponía, o tal vez existía una razón que le ocultaba. El caso es que parecía distraída y errática. Se largaba por las noches con excusas increíbles o simplemente desaparecía cuando fingía estar dormido. Ella, que se había mantenido siempre al margen de la informática, se pasaba horas frente al ordenador, y había descubierto extrañas llamadas en la factura del teléfono, a Barcelona y Amberes. No tenía constancia

de que su esposa tuviera relación con ninguno de esos lugares. La estaba perdiendo. Lo presentía. La Carolina de 1987 poco a poco regresaba, y no tenía ningunas ganas de convivir con esa maraña de pasiones y desorden. Por eso, convirtió ese impulso incontrolado inicial por descubrir su pasado en un plan muy bien organizado.

Primero voló a Londres en secreto para entrevistarse con una antigua amiga del internado. Una tal Rachel Wentworth. Encontró su nombre y dirección por casualidad en una carta que Carol tenía guardada en un cajón. El matasellos era de 1988, pero por suerte la vivienda continuaba en poder de la familia y pudo concertar una cita con bastante celeridad. Además, la chica se desenvolvía aceptablemente en español. Habría sido muy complicado entenderse con el inglés de andar por casa que él manejaba. A Rachel le hizo mucha ilusión saber que Carolina estaba bien. Llevaba años sin contestar a sus cartas y temía que le hubiera pasado algo grave. Estaba claro que, desde la boda, Carol había dado un carpetazo a esa parte de su vida. Pero ahora esa época estaba volviendo, embarullando su intimidad, retorciendo el presente… y necesitaba saber la razón. Quedaron cerca de Regent´s Park, en el café del hotel White House. Una mujer alta y rubia de formas redondeadas se acercó a su mesa.

—Buenas tardes. ¿Es usted el señor De la Peña? —preguntó con un fuerte acento británico. Soy Rachel, Rachel Swinburne, de soltera Rachel Wentworth.

—Sí, por favor, llámeme Gonzalo. Siéntese a mi lado. ¿Desea tomar algo?

—Un té chai con una nube de nata, gracias.

—En seguida se lo pido. Disculpe mi atrevimiento por ponerme en contacto con usted, pero necesito su ayuda —introdujo de sopetón.

No había viajado hasta Londres para andarse por las ramas.

—Pues dígame. Le escucho.

—Se trata de mi esposa. Está pasando por un mal momento. Su abuela Elvira ha fallecido y, desde entonces, hay algo que la trastorna. Me he enterado de que eran amigas.

—Sí que lo éramos, aunque hace tiempo que no sé nada de ella. Siento mucho lo de Elvira. Carol adoraba a su abuela. Pero… ya veo que ha tenido una vida larguísima.

—Sí. Ciento seis años, una eternidad. Ese es el problema. Creo que ha ejercido demasiada presión sobre Carolina durante demasiado tiempo y ahora que ya no cuenta con sus directrices está desorientada. Era una anciana de mucho carácter.

—Es posible, pero ¿qué tengo que ver yo en esta historia, señor De la Peña?

—Gonzalo, por favor.

—¿Qué quiere preguntarme exactamente, Gonzalo? No pretenderá que revele los secretos que prometí guardar hasta la muerte —susurró clavándole una mirada suplicante.

—No lo vea usted así. No se trata de desvelar secretos. Se trata de ayudarme a salvarla. Temo que está volviendo a las andadas.

—¿A las andadas?

—Desaparece por las noches. No sé a dónde va ni lo que hace. Me da miedo que vuelva a la coca o al alcohol. A veces está tan absorta que olvida cerrar las ventanas, el grifo de la bañera o el fuego de la cocina. Es solo cuestión de tiempo que tengamos un disgusto.

—No sabía que tuviera esos problemas. Cuando éramos jóvenes era un poco alocada y fumaba marihuana, pero nada más. En cualquier caso, no puedo ayudarle. Ya le he dicho que perdimos el contacto.

—¿Conoce a un tal Marcos Noguera? Encontré su nombre en unos correos electrónicos. Parece que, a petición de mi esposa, alguien ha estado indagando sobre su paradero.

—No le puedo decir —contestó mientras hacía un gesto al camarero para que le sirviera un poco más de nata.

—¿Qué ocurrió en Londres? Ella me dijo una vez que prefería no recordar los meses que pasó aquí y que no había nada que contar al respecto, salvo que atraía las desgracias. ¿Qué desgracias, Rachel? —insistió mientras cogía su mano, implorante, para evitar que se marchara.

Rachel se percató de que ese hombre mostraba profundas ojeras y mucha inquietud en sus ojos.

—Mire, le voy a contar lo que sé, pero porque me da usted un poco de lástima —dijo mientras retiraba la mano con suavidad—. No tiene muy buen aspecto, ¿sabe? Eso sí, me tiene que prometer que nunca le dirá que se lo conté yo. Me dolería mucho que supiera que la he traicionado.

—Se lo juro. Es usted mi única esperanza —dramatizó con una mueca de desolación.

—Yo no sé si el tipo se apellidaba Noguera, pero sí que tuvo un incidente con un tal Marcos.

Rachel levantó la mirada de su taza. Tenía los labios enmarcados por una línea gruesa de espuma blanca. Se limpió dándose ligeros golpecitos con la servilleta y pidió un scone[55] con mermelada.

—¿Qué pasó? ¿Le rompió el corazón?

—¡Que va! ¡Ojalá hubiera sido eso! Lo habría superado. Lo que le hizo fue imperdonable, traumático…

—¿Qué le hizo? Le juro que jamás saldrá de mis labios.

Rachel depositó la servilleta sobre la mesita con suavidad. Dudó unos segundos y, después de dar un nuevo sorbo a su té, decidió contar lo que sabía.

—La violó cuando solo tenía dieciséis años. Ella se echaba la culpa. Aseguraba que se comportó como una idiota, que lo podía haber evitado.

Gonzalo transformó su mirada expectante en otra llena de ira. Nunca había sentido tanto odio. Ni siquiera cuando sus padres biológicos se suicidaron dejándolo solo en el mundo, o cuando su madre adoptiva le confesó, entre sollozos, que los muy infames habían intentado llevárselo con ellos. No era propio de él experimentar esa explosión de rencor. Siempre intentaba encontrar justificación a los hechos más deleznables: sus progenitores debían estar mal de la cabeza; seguro que tanta miseria les desquició; quizá tuvieran problemas gordos de tipo económico… Poseía esa cualidad tan poco común de ver el lado positivo de las cosas, la cara amable de las personas. Pero en ese momento no intentó frenar sus instintos y supo que estrangularía a ese sinvergüenza con sus propias manos si lo tuviera delante. Intentó contener la pulsión asesina. Se recompuso como pudo e iba a dar por zanjada la conversación cuando Rachel añadió algo. Se acercó mucho a él y habló tan bajito que Gonzalo creyó que no había escuchado bien.

—Y luego está lo de la niña. Eso a la pobre la remató.

—¿La niña? ¡¿Qué niña?! —Gritó.

—¡Shhh! —chistó—. No hable tan alto. Lo siento, pero creo que le he contado demasiado ya. Me marcho —cortó, agobiada por su indiscreción.

—¿Qué niña? Por favor no se vaya —dijo intentando parecer más calmado—. No me puede dejar así. ¿A qué niña se refiere?

—En el ochenta y cuatro Carolina tuvo una aventura, aquí en Londres. Estaba muy enamorada y yo, por desgracia, la incité bastante. Se mostraba tan afectada por lo de aquel malnacido, que me pareció una gran idea que disfrutara del amor con un buen chico. Un chico que la quería de verdad. Pero las cosas salieron mal. La pobre no tenía suerte.

—¿Qué pasó? —preguntó sin saber si deseaba conocer la respuesta.

—Por favor, señor De la Peña, le estoy haciendo confidencias muy serias. Se trata de asuntos que juré no sacar a la luz. Se lo cuento para ayudar a Carol, pero me tiene que prometer que, cuando termine, se irá usted a España y lo olvidará todo.

—Se lo prometo. Solo utilizaré la información para proteger a mi esposa. Ella nunca sabrá que tuvimos esta conversación. Por favor, continúe.

—Carolina se quedó embarazada.

—¿Embarazada? ¿Está usted segura?

—Sí. Dio a luz una niña y el padre se hizo cargo.

—No la entiendo.

—Carolina llegó a un acuerdo con el abuelo de la niña. Renunció al bebé y le cedió la tutela hasta que el padre formara su propia familia. Eran muy jóvenes. No quiso abortar ni que sus padres se enteraran del asunto, así que eso es lo que hizo. Se llama Georgina. Nació en febrero de 1985.

A Gonzalo volvieron a azotarle un sinfín de sentimientos: incredulidad, rabia, celos, odio, lástima… Estaba introduciéndose en los recovecos más ocultos del alma de su mujer y, de repente, se dio cuenta de que no la conocía. ¿Cómo podía haberle ocultado esos

secretos? ¿A él? Después de todo lo que había hecho por ella. La voz de Rachel lo devolvió a la realidad.

—¿Se encuentra bien? — insistió, preocupada por lo pálido que se había puesto.

—¿Conoce a ese hombre? ¡Dígame de quién se trata!

—Disculpe, señor De la Peña, pero no voy a decirle nada más. Le ruego que no insista. No debería haberle dicho ni el nombre de la niña.

—Pero compréndalo, soy su marido. Tengo derecho a saberlo.

—Solo si ella decide contárselo.

Gonzalo intentó controlar un impulso repentino de suplicar la información a su interlocutora. Estaba claro que no iba a confesarle nada más y solo conseguiría hacer el ridículo. Pero Carolina tendría que darle explicaciones. Se lo debía. Eso sí, se lo exigiría a su debido tiempo.

—De acuerdo, señora Swinburne. Le agradezco la información.

—Por favor, ya sabe lo que me ha prometido. Ni siquiera diga a Carol que me ha visto. Espero que lo que le he contado le sirva de ayuda. Buenas tardes.

—Una última pregunta, por favor.

—Dígame —contestó ya de mala gana.

—¿Sabe qué relación puede tener Carol con Amberes o Barcelona? He descubierto varias llamadas a números de esas ciudades.

—No tengo ni idea. Lo siento. No puedo decirle nada más. Buenas tardes —concluyó envolviendo en una servilleta el trozo de bollo que aún quedaba sobre la mesa. Después lo guardó en el bolsillo y se levantó.

—No se preocupe. Buenas tardes.

Los secretos que había descubierto en la ciudad del Támesis trastornaron por completo a Gonzalo, porque se sentía traicionado. De un día para otro la percepción sobre su esposa cambió y entró en una espiral obsesiva de indagaciones que nunca lo saciaban. Rebuscó por los cajones, rastreó llamadas, hurgó entre la ropa interior de Carolina y, cuando vio que no era capaz de llegar más lejos, empezó a seguirla.

Consiguió hacerse con el manuscrito de Elvira y leyó hasta la última página. Averiguó que había estado en conversaciones con un joyero de Amberes, y dio por sentado que escondía un antiguo tesoro. Estaba indignado. ¿Cómo podía haberle ocultado cosas tan gordas durante tantos años? ¿A él, que siempre fue tan transparente como un cristal recién limpio? ¿Y lo de la niña? Eso era inexcusable. Ella sabía que se moría de ganas de tener un hijo y siempre salía con la excusa absurda de que no valía para ser madre. Y va y descubre que ya era madre cuando la conoció veinte años atrás. Se sentía dolido, engañado, un cero a la izquierda… Pero, a pesar de la enorme herida que sus descubrimientos le habían abierto en lo más profundo de las vísceras, Gonzalo continuaba amando a Carol con todas sus fuerzas. Añoraba los días de trabajo, codo con codo, las noches de caricias hasta altas horas de la madrugada, los intrépidos fines de semana practicando deportes de riesgo… Todo eso había cambiado desde la muerte de Elvira y tendría que enderezarlo. ¡Como fuera!

Por eso le gustaba quedar con su amigo cuando necesitaba que lo animaran o quería emborracharse. Solía encontrar en ese camarada de la adolescencia el apoyo necesario para no volverse majareta sin contar demasiado. Era simple y divertido. Esa noche le habló de su viaje a Londres, de los amoríos de juventud de su esposa, de que

estaba loco por ella y se le escurría entre los dedos… Bebieron juntos hasta muy tarde, contaron chistes, recordaron antiguas hazañas y se despidieron con la certeza de que, al día siguiente, ninguno de los dos recordaría nada de nada.

---

55 Es un panecillo típico del Reino Unido de origen escocés cuyo principal ingrediente es la mantequilla.

CAPÍTULO XXV:
BUSCANDO VENGANZA

MADRID, VEINTE DE ABRIL DE 2007

Marcos había conseguido librarse de Antón. Manejaba muy bien el negocio de la noche en todas sus facetas y ya no necesitaba que nadie lo mantuviera. Fue un poco duro al principio porque el pervertido lo acosaba por las esquinas e incluso llegó a agredirle con un palo. Pero hacía ya tiempo que no lo veía. Estaba acomodado en un lujoso piso que él mismo pagaba y, por fin, llevaba la vida que siempre había soñado. Su sacrificio había tenido recompensa. Ahora era libre, libre de verdad. Al menos eso creía, porque continuaba preso de sus miedos.

Trabajaba por la noche y dormía por el día. Se desenvolvía con soltura entre las sombras. Eran ya varias décadas en ese mundo de desenfreno. Lo conocían en los garitos más depravados de la ciudad. Le hacían hueco en los restaurantes de moda. Los camareros que trapicheaban con su mercancía le invitaban a más de una ronda. En las discotecas le rodeaban las mujeres más bellas. Nunca había sido detenido y vivía con desahogo. Sin embargo, seguía siendo incapaz de relacionarse en privado con el género femenino. No había dejado de intentarlo, pero los intentos siempre terminaban mal. Si era la chica la que mostraba la iniciativa, o no se excitaba, o cuando por fin se quedaban a solas, el sudor le cosquilleaba en la nuca, las manos le temblaban, se le hacía un nudo en la garganta y no podía evitar tartamudear. En una ocasión se le apareció el rostro de su madre

empujándolo con enojo hacia un Johnny que lo recibía con la bragueta abierta y una vara de hierro en la mano. Otra, escuchó brotar de los labios de una joven los gritos exigentes de Antón pidiendo lo inconfesable. Estas alucinaciones le parecían tan reales que perdía el valor y desaparecía. De madrugada saciaba sus apetitos contratando los servicios de mujeres de mala reputación. Ellas no le asustaban. Con ellas no tenía complejos, pero eran simples válvulas de escape, una manera sencilla de apaciguar sus instintos. Lo que le estimulaba de verdad era tirarse a jóvenes inexpertas. Quizá porque así se sentía poderoso o, tal vez, porque no eran capaces de compararlo con otros amantes. El caso es que atraparlas con sus garras lo encendía. Y como su cerebro continuaba preso de los demonios que lo engulleron en aquel monstruo de metal que fue su hogar durante años, para asegurarse la conquista, las drogaba. Las primeras veces usó el alcohol, pero pronto el mercado de estupefacientes le brindó la oportunidad de probar sustancias mucho más adecuadas para sus intereses. Prefería que las chicas estuvieran sumisas, pero conscientes.

La noche del veinte de abril llevaba varios gramos de coca para vender en un par de antros. Se los había pasado una fulana que los coló por la frontera dentro de la suela de plataforma de unas deportivas. Sabía que sería sencillo triplicar el precio del material y quiso celebrar el éxito de la operación en una discoteca pija. Quizá Joy o Pachá. Llevaba meses haciéndoselo solo con putas. Le apetecía someter a alguna niña bien y despacharla en un hotel. Ya no las invitaba a su casa. No quería dar a ninguna la oportunidad de pedirle explicaciones. No soportaba los lloriqueos.

Marcos guardó el gran fajo de billetes en el bolsillo, se colocó el pelo hacia atrás con jabón del dosificador, esnifó un poco de nieve[56]

y salió del baño de caballeros de la discoteca dispuesto a culminar la noche con alguna de las bellezas que circulaban medio desnudas por la sala. No entendía por qué a las mujeres les gustaba tanto provocar. Quizá si no fueran tan intimidantes podría haber prescindido del señuelo. Pero se sentía más seguro con la ayuda de las drogas. Hoy llevaba un buen cargamento de éxtasis y un botecito de popper[57]. Estaba en estos pensamientos cuando detuvo la mirada sobre una rubia de aspecto refinado. Lucía una melena lisa y brillante sobre la espalda y meneaba el culo de forma pecaminosa. Bailaba al lado de varias amigas que a su lado parecían adefesios sin gracia. Aguardó paciente hasta que a la elegida se le terminó la consumición y se acercó con una nueva copa en la mano. La droga ya estaba disuelta en el interior. La rubia dudó unos segundos, pero en el fragor de la pista de baile sintió sed, y le pareció buena opción librarse de pagar una bebida. Marcos se unió a su danza. Coincidiendo visitas al cuarto de baño, a la barra y al reservado de algún pretendiente, todas las amigas habían desaparecido. El lobo acechaba excitado a la víctima. La cogía de la mano haciéndola girar sobre sí misma o la levantaba al vuelo, aunque sin mediar palabra. Todavía no se atrevía. Los cuerpos cada vez se rozaban más y a la chica no parecía importarle. El depredador casi babeaba. Tras el último giro, Marcos supo que era su momento y tiró de su brazo para sacarla de la discoteca. La presa reía y parloteaba, pero él no la escuchaba.

Tras diez minutos de caminata llegaron a la puerta de una especie de hostal. La joven paró en seco. Acababa de darse cuenta del lugar en el que se encontraban y la sucia razón por la que Marcos le hacía de escolta. Intentó darse la vuelta, pero él la inmovilizó, y con un ademán rápido y certero la obligó a inhalar popper. El alojamiento

era muy íntimo. No existía ninguna duda de para qué se utilizaba. No había nadie en la recepción ni luces visibles por los pasillos más allá de unas de emergencia en los rodapiés. Marcos llevaba la llave preparada. El efecto de la droga cada vez se hacía más evidente. La chica no pudo evitar abandonarse a los besos del desconocido. Asiéndola fuerte para que no se le escapara, Marcos cerró de un golpe la puerta y echó el pestillo. Acababan de tumbarse sobre el colchón cuando unos fuertes golpes rompieron el silencio. Alguien aporreaba la puerta con ímpetu. Sorprendido, soltó a su víctima para intentar averiguar qué estaba ocurriendo. Las voces de varias mujeres se oían a través de la pared.

—¡Abre la puerta! ¡Abre, cerdo asqueroso! ¡Queremos ver a nuestra amiga! — exigían a grito pelado.

Marcos adivinó que eran las amigas de la chica y que los habían seguido. Con tanto ruido lo estaban poniendo en un aprieto. El estruendo era cada vez peor y no tuvo más remedio que abrir. Las chicas fueron directas hacia su amiga que yacía sobre la cama, llorando de alivio. Se había salvado por los pelos.

«La noche está perdida», pensó Marcos. ¿O quizá no? Tomó su chaqueta y como por inercia, sin mediar palabra, se dirigió al parque del Oeste. Mejor ir sobre seguro.

Carolina abrió los ojos cuando su marido ya no estaba en la casa. Se levantó, se puso una bata de seda con estampado floral y se encaminó a la cocina. Tenía hambre. La noche anterior había estado hasta tarde revisando de nuevo la información que le había enviado el detective. Prefería hacerlo cuando Gonzalo ya estaba dormido. Nunca le había contado nada sobre Marcos y ahora era demasiado tarde para ponerle al día. Encima de la mesa había unas tortitas poco hechas, que era como más le gustaban, y una nota de Gonzalo

deseándole buenos días. Gonzalo, tan cariñoso y atento, siempre generoso. Al poco de conocerla le entregó su corazón sin pedir nada a cambio. Había aguantado estoicamente sus cambios de humor y sus secretos, y jamás le reprochó nada. Era increíble su capacidad para borrar todo lo malo y exaltar lo bueno. Incluso cuando se refería a su desgraciada infancia. ¿Por qué Elvira lo tuvo en tan baja estima? Quizá porque no tenía estudios superiores y se había criado en una familia de acogida. Después de la boda, su abuela pasó a un segundo plano en el día a día de Carolina, aunque eso es lo normal. ¿O no? ¿Sintió Elvira en algún momento celos de su marido? No lo creía, pero sí que fue injusta con Gonzalo. Sin su ayuda no habría sobrevivido.

Se sentó en el sofá con la bandeja del desayuno y probó un trocito de tortita. Entonces fijó la mirada sobre unos álbumes de fotos que reposaban sobre el aparador. Algunos eran muy antiguos. Se levantó, agarró los dos primeros y empezó a pasar las páginas. Había imágenes de su infancia. También de cuando la matricularon en aquel internado británico, de la zampabollos de Rachel y de la buena de Miss Law. A partir de ahí todas incluían ya a Gonzalo: la primera noche que pasaron juntos, la inauguración de la inmobiliaria, la pomposa boda, la luna de miel, el viaje a Cuba, cuando se tiraron en paracaídas, el crucero por el Mediterráneo, los cumpleaños, los aniversarios… Siempre los dos, invariablemente juntos. Gonzalo era su soporte, su protector. Algunas de las fotos estaban colocadas sobre páginas rasgadas. Esos pequeños desgarros recordaban a Carol su pasado oscuro. Ese que había intentado borrar a base de negárselo sin haberlo conseguido. Cada lámina de papel estropeado le escupía a la cara sus errores, sus errores y su falta de valor para enmendarlos. Si cerraba los ojos

podía ver con claridad la noche en que, desesperada, destrozó todas las fotografías de Henry. Se observaba a cámara rápida, como en una película de cine mudo, rompiéndolas en mil pedazos mientras ahogaba los suspiros en ron y marihuana.

Era curioso que su abuela le hubiera confesado que cometió un fallo al vender la finca familiar. ¿Por qué le encomendaba a ella, justo ahora que había muerto, la tarea de recuperarla? ¿Es que Elvira no tuvo tiempo en sus ciento seis años de vida para hacerlo? ¿Sería este encargo, quizá, una manera de pedirle que subsanara también sus equivocaciones, que recompusiera sus propios pedazos? Pero… ¿Cómo cambiar lo que tuvo que ser y no fue, después de tantos años? Mejor olvidarlo. ¡Mejor olvidarlo todo!

La muerte de su abuela había coincidido con el éxito de sus pesquisas. Llevaba años buscando al hombre que le robó la inocencia y por fin había conseguido dar con él. Era curioso que después de tanto tiempo, de repente, todo empezara a encajar. La tecnología le había allanado el camino, aunque presentía que estaba en una racha de suerte. ¡Por fin! Tenía a Marcos y pronto se vengaría.

Carolina trabajó el resto del día como era habitual. Comió unos bocadillos en la oficina y a las ocho en punto echó el cierre. Pidió a Gonzalo que se encargara de las últimas visitas, que eran varias y estaban lejos, por lo que esa noche llegaría tarde a casa. Nada más entrar por la puerta se desnudó y fue al baño a intentar relajarse con una larga ducha. Después de disfrutar durante más de quince minutos del suave masaje del agua, memorizando los pasos que seguiría esa noche, empezó a arreglarse. El minivestido negro de cuero era el más adecuado para sus planes. Aparte del insinuante escote, era corto y estrecho y dejaba su fino talle marcado y los

muslos al descubierto. Una vez se lo hubo embutido, se miró en el espejo. Estaba provocativa. Ahora solo le quedaba soltarse la melena y maquillarse como una furcia. Se guardó la bebida llena de somníferos en el bolso. Se introdujo un cuchillo en la bota. Cogió la chaqueta a juego y salió por enésima vez desde que tuvo noticia de que ese tal Noguera seguía por ahí, en busca de su revancha. Repetía la misma operación casi cada noche, ansiosa por encontrar a su víctima.

El veinte de abril, Carolina volvió a recorrer el parque del Oeste. Estaba cansada de enfrentarse al mismo teatro una y otra vez, pero decidida a dar con el sinvergüenza. Tenía pruebas de que frecuentaba la zona y continuaba aprovechándose de jóvenes ignorantes en discotecas cuando se aburría de rameras. Recordaba con perfecto detalle a ese malnacido, pero aun así el detective le había proporcionado una foto reciente. Apenas había cambiado, salvo por los kilos de más y las canas. Varios hombres intentaron contratar sus servicios, pero los rechazó sin miramientos. Era solo cuestión de paciencia que se lo cruzara.

La zona empezaba a animarse un poco antes de tiempo. Un par de travestis la insultaron por invadir su territorio. Ocurría a menudo. Se apartó unos metros y continuó esperando. Pasaron un par de horas y, casi a punto de interrumpir la búsqueda, lo vio. Estaba más cambiado en persona, pero era él, sin duda. Se aproximaba con cierta desenvoltura. Parecía mentira que ese tipo tuviera que valerse de las drogas o del dinero para ligar. Sin preámbulos, le preguntó el precio y acordaron introducirse en la espesura del parque para intimar. Marcos la agarraba por la cintura y lamía su escote. Ella fingía complacencia, aguantando la repugnancia que le producía la pegajosidad de su saliva. Atravesaron una zona de arbustos densos

y entrecruzados. La luz intensa de la luna llena hacía sentir a Carol una falsa seguridad. Aprovechó para sacar la botella de ginebra del bolso y le ofreció unos tragos. El muy vicioso se bebió más de media del tirón. La suerte estaba echada.

---

56 Cocaína.

57 El éxtasis es un estimulante que aumenta la sensación de bienestar y desinhibe y el popper es una sustancia que se inhala provocando euforia y aumento del deseo sexual.

CAPÍTULO XXVI:
UN HALLAZGO CASUAL

LONDRES, 1998

Muriel apenas se tenía en pie cuando llegó la ambulancia. No podía mover un brazo, no veía y su boca se había torcido en un rictus extraño. Una vez en urgencias, la trasladaron de inmediato a la UCI y avisaron a los familiares de que su estado era crítico. Había sufrido un infarto cerebral.

El cuerpo entubado de Muriel estuvo inconsciente durante días. No daba muestras de mejora y los médicos ni siquiera tenían claro que fuera capaz de escuchar las voces de sus seres queridos, animándola. Desmond y María Elena hablaban y hablaban. Le contaban anécdotas sobre los niños, novedades del trabajo, cotilleos de las revistas… pero ella permanecía impasible. Al menos hacia el exterior. En su interior se libraba una terrible batalla…

Nadie lo sabía, pero Muriel Roisin Donnelly no siempre fue sirvienta. De hecho, hubo una época en la que la llamaban *missy*[58]. Nació en 1920, en plena guerra de independencia irlandesa, en una casa señorial. Por aquellos tiempos, sus padres poseían extensas tierras en el condado de Derry, con varios contratos efectivos de arrendamiento que proporcionaban a la familia una vida desahogada. El final de la contienda llegaría en 1921 con el Tratado Angloirlandés, que estableció el Estado Libre Irlandés como una entidad autónoma dentro del Imperio Británico. Sin embargo, el cierre del conflicto se emponzoñó con otra disputa más peligrosa

porque enfrentaba a los propios irlandeses entre sí: la guerra civil. Durante meses, los no partidarios del tratado desafiaron a los partidarios, promoviendo actuaciones violentas que se llevarían por delante a víctimas inocentes, consolidando una situación de permanente hostilidad en la que los atentados terroristas se convertirían en algo habitual y cuyas consecuencias todavía están hoy latentes.

Fue precisamente en Derry, en 1689, cuando los seguidores de Guillermo de Orange, candidato protestante al trono, aguantaron más de tres meses el asedio del ejército de Jacobo II, rey católico de Inglaterra, Escocia e Irlanda, hasta que las tropas de Guillermo forzaron su retirada. Ese momento histórico marcó el inicio del dominio protestante en la isla que, una vez establecido, impulsó la construcción de una muralla simbólica, paralela a la de piedra que bordeaba la ciudad para resistir asedios. Separaba a católicos de protestantes y consolidó la desconfianza y el odio.

En 1921 los católicos eran casi siempre nacionalistas y representaban solo un tercio de la población de Irlanda del Norte, mientras que los protestantes, unionistas en su mayor parte, eran los dos tercios restantes. En raras ocasiones existían católicos unionistas. El padre de Muriel era uno de ellos o, al menos, de eso lo acusaron cuando le arrebataron todo lo que tenía, solo porque defendía el tratado como única alternativa para solucionar el conflicto. Su empeño le llevaría a la ruina y a la muerte con pocos días de diferencia. Y a pesar de que la guerra hacía ya tiempo que había concluido, la violencia se convirtió en la fórmula preferida por unos cuantos para manifestar disidencia.

Fue una noche de intensa lluvia. Muriel tenía unos seis años. Conocía los detalles porque se los habían contado. Sus padres se

encontraban en la salita, junto a la gran chimenea de piedra. Acababan de dejar el comedor tras la cena y discutían sobre el destino de uno de los empleados. Lo habían descubierto robando herramientas y sospechaban que se había llevado algo más. El señor Donnelly no era partidario de extralimitarse en las represalias. Sabía de primera mano que la familia del ladrón no pasaba por uno de sus mejores momentos y, en cierta manera, comprendía su desesperación. La señora Donnelly, sin embargo, opinaba que imponer un castigo ejemplar era lo adecuado. El crepitar de la lumbre era el único sonido, aparte de las voces del matrimonio, que interrumpía el silencio del crepúsculo. Los niños dormían en el piso superior con la niñera, las criadas se habían retirado a la cocina y los perros permanecían, como cada noche, tumbados sobre una esterilla en el suelo del recibidor. Los Donnelly intentaban aproximar posturas mientras compartían un vaso de güisqui. Estaban frente al hogar, acomodados sobre una alfombra de lana de oveja. Un extraño sonido desvió la atención de la pareja, a punto ya de retirarse al dormitorio. Los perros rompieron a ladrar nerviosos, pero en seguida enmudecieron. Al mismo tiempo, alguien hizo añicos el cristal de la ventana con una bola de fuego. Las llamas se extendieron a toda velocidad por las cortinas, subieron hasta el techo, inflamaron las vigas de madera y abrasaron molduras, puertas y muebles. Los Donnelly intentaron salir, pero la puerta estaba atrancada. Sus gritos desesperados alertaron a los sirvientes, que corrieron a por los pequeños antes de que el incendio inutilizara la escalera. En la huida, las llamaradas prendieron el camisón de la niña. Se lo arrancaron a toda prisa, pero no pudieron evitar que le abrasara una parte de la cara. La quemadura tardó semanas en cicatrizar y

deformó su rostro infantil, pero estaba a salvo. Los patrones tuvieron peor suerte.

La tutela de los huérfanos pasó al único familiar vivo, el abuelo materno. Residía en la parte de extramuros de Derry, en el barrio católico. El viejo tuvo que malvender lo que quedaba de las propiedades de los Donnelly para liquidar las deudas y mantener a los niños, pues no le sobraba el dinero. Se ocupó de Muriel y Patrick lo mejor que pudo. Nada más cumplir dieciséis años, se vio forzado a emplear a la chica como interna en la casa de una familia anglicana y al muchacho en una fábrica de camisas. Pocos años después, el anciano pasó a mejor vida y los hermanos heredaron la vivienda, casi en ruinas, y unas tierras, aparentemente sin valor, cerca del río Foyle.

Muriel contrajo matrimonio y se quedó viuda en un espacio tan corto de tiempo, que ni siquiera tuvo ocasión de disfrutar de las mieles de la pasión con las que llevaba meses soñando. El joven novio cayó fulminado nada más dar el sí quiero sobre las baldosas de la iglesia. Su aspecto fibroso y juvenil resultó ocultar un corazón débil. De no haber fallecido al final de la ceremonia quizá lo hubiera hecho sobre el lecho nupcial, lo cual hubiera sido todavía más dramático para Muriel, que desde aquel día se vio obligada a sofocar sus anhelos de manera poco ortodoxa.

Sus allegados no se sorprendieron de tal desenlace. El novio siempre había sido un niño enfermizo. Sin embargo, tan rápido como el trueno persigue al relámpago en las noches de tormenta, las lenguas viperinas se aseguraron de difundir maledicencias: «el pobre hombre decidió quitarse la vida antes que verse obligado a yacer con una mujer tan poco agraciada». «Seguro que ella misma lo aniquiló tras algún tipo de rito satánico». Para aquellos ignorantes,

una quemadura en la cara era una marca del demonio, y todo el mundo tenía claro que no podía acarrear nada bueno. Y de nada sirvió que el médico certificara que el difunto había sufrido un paro cardiaco. Los confabuladores continuaron con sus teorías. El caso es que la joven viuda quedó destrozada y no tuvo más remedio que recuperar su antiguo trabajo de sirvienta y resignarse a una vida solitaria.

Patrick también perdió a su esposa muy pronto, pero al menos tuvieron tiempo de concebir dos hijos. Los escasos años de matrimonio pasaron sin sobresaltos hasta el día del terrible parto que, tras una infinidad de gritos, espasmos y dolores, se la arrancó de su lado para siempre. El viudo pasó de la alegría a la tristeza, de la esperanza a la desesperación, del vitalismo a la depresión, en apenas unas horas. Buscó consuelo en la bebida y se transformó en una sombra. Fue su hermana la que le recomendó contraer nuevas nupcias con una prima lejana de Donegal. ¡Como se arrepentía! Desde el primer día se quejaba de la haraganería de su recién estrenada esposa y de que no lo satisfacía como un marido bien se merece. Era seca como la mojama, marchita como fango de pantano y muy sosa, sobre todo cuando se trataba de cumplir con sus obligaciones maritales. Por eso Patrick no podía evitar zurrarla. Había algo en ese ser insípido, que no llegaba a su esposa fallecida a la suela de los zapatos, que lo sacaba de quicio, que conseguía provocarlo, en especial cuando llegaba como una cuba de la taberna. Poco después de la boda ya le propinaba una paliza por borrachera. Y borracheras cogía unas cuantas, porque, tras colgar la bata de trabajo, beber casi hasta la inconsciencia era lo habitual. Se alcoholizaba y rumiaba planes perversos que luego ponía en práctica entre las cuatro paredes de su dormitorio.

A veces, Patrick recibía la visita de su hermana. Esos días, Muriel se esforzaba mucho en calmar el alma atormentada de su hermano. Le cogía de la mano, le acariciaba la cabeza y le susurraba canciones melosas. Entonces, como por arte de magia, él se relajaba y no molestaba a su esposa. Incluso dormía fuera del dormitorio. Pero, por desgracia, esas visitas eran escasas.

Una tarde de lluvia incesante y fuertes vientos, aturdido por el exceso de alcohol y la violencia que había descargado sobre la que consideraba una furcia pordiosera, se quedó profundamente dormido. La visión del cuerpo inerte sobre el colchón, empapado en sudor y licor, acompasando los bruscos movimientos de una respiración entrecortada, desencadenó el final de una historia que había llegado a un punto sin retorno. El verdugo se convirtió en víctima y la víctima en verdugo. El informe oficial exponía que Patrick había fallecido aplastado por el muro lateral de su vivienda, pero sus dos vástagos sabían la verdad.

Tras la muerte de su hermano, Muriel vendió la antigua casa de su abuelo y unos terrenos rústicos que creía sin valor, pero que, debido al crecimiento urbanístico de la ciudad, se habían revalorizado, aportándole la cantidad de dinero suficiente para trasladarse a Londres y comprar un pequeño piso en un barrio obrero. Quería olvidar. Las referencias de su antiguo empleador, desolado por la mala fortuna que parecía acompañar siempre a la familia Donnelly, le ayudaron a conseguir un buen empleo en la ciudad del Támesis. Y así fueron saliendo los tres adelante hasta que una madrugada Conor dijo algo que a Muriel le heló la sangre. Su madrastra había reventado a leñazos la cabeza de su padre antes de que el muro se derrumbara. Lo confesó tembloroso, aterrado tras una noche de terribles pesadillas. Esa madrugada marcó el inicio de los planes de

Muriel para vengarse de la asesina de su hermano. Se las apañó para conseguir un puesto de niñera en casa de los Wentworth y maquinó y maquinó hasta que consiguió sus objetivos.

Y ahora que se debatía entre la vida y la muerte en esa cama de hospital, las imágenes de su pasado la atormentaban, anidaban en su subconsciente como huevos de parásito, se enroscaban en el tronco encefálico y le impedían partir. Le urgía arrancárselas de la cabeza y marcharse. Necesitaba ganar la batalla. Necesitaba descansar.

En 1998, Desmond perdió a su tía a la vez que en Belfast se firmaban los acuerdos de Viernes Santo[59]. De un día para otro, la familia Donnelly se hizo con una herencia y la posibilidad de regresar a Derry. Malena estaba como loca. Un par de años atrás, después de suplicarle a su marido durante semanas un viaje a Irlanda, Desmond no tuvo más remedio que confesarle su secreto. Y ella, que era complaciente por naturaleza, se resignó a la idea de olvidar sus ilusiones infantiles. Escuchó con atención las explicaciones que quiso darle y no hizo preguntas. El avispero asfaltado de Londres sustituyó en su mente la imagen bucólica de los pastos verdes y no tuvo más remedio que renunciar a sus sueños. Olvidó a John Wayne, Inisfree y *El hombre tranquilo*. Ya ni siquiera los mencionaba. Se acostumbró a un marido que, en vez de evitar el conflicto, llevaba años provocándolo de manera encubierta. Había sentido la muerte de la tía Muriel. Siempre la había tratado de manera cariñosa y jugaba mucho con los niños, pero cuando Desmond le dio la gran noticia de que muy pronto regresarían a la tierra que adoraba, no pudo ocultar la emoción y empezó a hacer planes.

Primero reformarían la casa. Estaba demasiado vieja. Después la venderían. Si su marido encontraba un trabajo aceptable, con la

suma de la herencia y las ganancias de la venta, podrían comprar una casita en el campo y vivir desahogados. Quizá incluso visitar Mérida con los niños para las vacaciones de Navidad. Desmond estuvo de acuerdo y buscó la manera más económica de realizar los trabajos. Debían tirar algunos tabiques y levantar otros nuevos, sustituir la fontanería, reemplazar los sanitarios del baño, poner una cocina moderna, cambiar la moqueta y pintar. Él mismo podría ocuparse de la albañilería y de la fontanería. El resto lo contrataría a una empresa de reformas.

A primeros de julio cogió vacaciones y comenzó la parte de los trabajos que se había asignado y que pensaba concluir en tres semanas. Malena intentaba mantener a los tres chicos alejados del ruido y del polvo porque no tenían otro sitio a dónde ir mientras durara la obra. Estaban obligados a convivir con esa incomodidad. Cada mañana llevaba a los dos pequeños a pasar el día al parque para que su marido pudiera trabajar tranquilo. Al mayor, que ya tenía catorce años, le habían dado permiso para pasar unos días de vacaciones con la familia de un amigo del colegio en Essex. Una de esas mañanas estaba preparando unos bocadillos para el almuerzo cuando pudo ver a su marido, que había parado repentinamente de dar golpes, sentado sobre los escombros, petrificado. La mujer se asustó mucho y pensó que se había hecho daño o que le había dado un mareo por el esfuerzo, y corrió a su lado. Él no dejaba de mirar algo a sus pies. Los ojos los tenía espantados, la boca esbozaba un gesto de horror. En el cuarto principal había un tabique oculto. La primera pared se había derrumbado con los golpes, dejando al descubierto los restos de lo que parecía un cadáver.

María Elena nunca había hecho preguntas incómodas a su esposo. Desde el día en el que se cruzaron sus caminos en aquella fría playa

de basalto, jamás se había interesado siquiera por su pasado, pues nada le importaba. Cuando lo miraba a los ojos veía amor, amor por ella, por sus hijos, por la vida sencilla que compartían… y con eso le bastaba.

Antes de viajar a Galway para estudiar inglés, desconocía por completo el conflicto de Irlanda del Norte. Fue al cruzar la frontera para visitar La Calzada del Gigante cuando por primera vez supo que en esa preciosa isla se estaba librando una guerra. Los exhaustivos controles fronterizos, las alambradas de espinos, los tanques, los soldados armados hasta los dientes… La tensión se cortaba en el aire y parecía que en cualquier momento iba a explosionar.

Desmond le contó años más tarde sobre la absurda muerte de su hermano Conor, sobre los abusos de los británicos y sobre cómo, cegado por el dolor y la furia, había cometido el error de alistarse. Y ella lo pasó por alto. No es que estuviera de acuerdo con que su marido anduviera con terroristas. Durante años vivió aterrorizada por los atentados de la ETA y se le ponían los pelos de punta solo con pensar en el gran número de víctimas que acumulaba. Recordaba que después de ver en la televisión imágenes del terrible atentado de Hipercor de Barcelona, en el que asesinaron a muchos inocentes, se sintió aliviada por no vivir ya en España. El terrorismo era un cáncer que, en vez de solucionar los problemas, los acrecentaba; una barbarie sin justificación. Y aunque el caso irlandés le pillaba muy lejos, el español le cogía muy cerca, para su desgracia. Pero cuando supo lo de Desmond, ya le llevaba amarrado al corazón y arrancárselo hubiera supuesto la muerte. Aun así, se acordaba de que dudó. Durante unos días pensó en dejarlo, en huir. Entonces él le juró que no había ni un solo día en el que no se arrepintiera de aquellos actos y que haría todo lo que estuviera en su mano para

que lo perdonara. Y así fue. Se convirtió en un hombre mejor y ella decidió olvidar. Y ahora que creía que toda aquella mierda había pasado a mejor vida, descubría que llevaban años conviviendo con un esqueleto humano. Un cadáver compartía sus noches, ahí mismo. Un muerto estaba presente cuando discutían o cuando hacían el amor y esto sí que no creía que pudiera perdonárselo. Ahora todo encajaba para ella: el desagradable olor de la casa que achacaban a la humedad y al mal estado de la pocería, los ruidos de las ratas correteando tras los rodapiés del dormitorio, la sensación de que no estaban solos…

Esa mañana de 1998, tras llevar más de una década el apellido Donnelly, después de compartir aventuras y cama con ese hombre, de haberle parido tres hijos, se dio cuenta de que quizá, en realidad no lo conocía. Con la primera excusa que se le ocurrió, evitó que los pequeños se acercaran y vieran los restos humanos. Luego agarró el bolso, los bocadillos y algo de dinero y, por primera vez, exigió a su marido explicaciones.

—Niños, vamos rápido al parque, que hace un día espléndido. Tú, Sean, no te olvides de la pelota —recordó al mediano— y cuida un momento de tu hermano, que en seguida nos vamos.

María Elena indicó a sus vástagos que la esperaran en la calle y se acercó lo justo a su marido para dejarle las cosas bien claras.

— Me voy con tus hijos al parque y luego me los llevo a casa de mi amiga Helen. Pasaremos allí la noche. Arregla este desaguisado. No nos busques hasta que esté todo resuelto. Entonces hablaremos. Creo que tienes muchas cosas que contarme.

—Malena —dijo en español, con una pronunciación que dejaba mucho que desear—, te prometo que no sé nada de esto. Estoy tan sorprendido como tú.

—¿Estás seguro? No te creo, Desmond. Me gustaría hacerlo, pero no puedo.

—Te lo juro, amor mío. ¡Te lo juro!

—Entonces voy a llamar a la policía ahora mismo —afirmó a la vez que cogía el auricular del teléfono y marcaba los números.

Su marido se lo arrancó de las manos y lo colgó.

—No puedes llamar a la policía. Ya sabes que he trabajado para un grupo terrorista durante años. Es verdad que con los acuerdos de paz la situación se va encauzando, pero está todo muy reciente. Todavía no tenemos la certeza de que no puedan ir a por mí. No quiero arriesgarme. Entiéndelo. Voy a tener que contactar con la organización.

Los niños empezaron a impacientarse y la mujer tuvo que cortar la conversación.

—Haz lo que te dé la gana, pero hasta que no me asegures que has solucionado este contratiempo no volverás a vernos —y cerró la puerta tras de sí con la convicción de que, si a esas alturas tenía que abandonar a su esposo, lo haría sin dudarlo. Pertenecer al IRA era una cosa. Esconder cadáveres en tu propia casa, otra.

Desmond estaba mirando la extraña momia, intentando tomar la mejor decisión para evitar problemas, cuando divisó un pequeño bolso al lado de los cascotes. Tenía que pertenecer al cadáver. Con aprensión lo abrió y extrajo un sonajero que parecía de plata, una pequeña cartera que contenía la documentación de la víctima y una foto. Desmond la sacó con cuidado y la situó ante sus ojos. Un ligero temblor sacudió su espina dorsal. Intentó reponerse, pero entonces ató cabos. Un latigazo le atravesó la nuca. La víctima era Jasmine Harris. ¿Cómo era posible? No había vuelto a saber de ella desde aquella vez que la dejó de mala manera, intentando hacerle

entender que su amor era un imposible. Por un instante visualizó su imagen reflejada en el espejo retrovisor, corriendo tras su coche, suplicándole a gritos, llamándole por el nombre que inventó Muriel para urdir su plan. Recordó cómo la vio caer de rodillas al suelo y que no quiso parar. Le costó mucho esfuerzo continuar su camino, pero lo hizo. No pudo prolongar esa farsa que había puesto en práctica Muriel para vengarse de algo que él ni siquiera recordaba. Su tía siempre le pareció más la amante que la hermana de su padre. Lo adoraba de una forma casi enfermiza. Pero él, cuando pensaba en su infancia, lo único que le venía a la cabeza eran las palizas de Patrick y que no sintió más que alivio cuando desapareció para siempre. Durante muchos meses engañó a esa pobre chica para satisfacer los deseos de venganza de su tía, y lo mejor que pudo hacer para acabar con ese horror fue abandonarla. Pero jamás sospechó que ese abandono acarrearía su muerte. Y mucho menos que la desgraciada iba a dejar un huérfano.

La foto mostraba a Jasmine, sonriente, con un bebé en los brazos. Dio la vuelta a la imagen. Había escrita una fecha. Una duda asaltó su mente, que hacía cálculos a toda velocidad. Ese niño podía ser hijo suyo. Desmond aflojó la espalda, que se escurrió a cámara lenta a lo largo del muro a medio derruir. Tomó asiento sobre el piso salpicado de escombros, se encorvó sobre sus rodillas, acomodó el rostro entre las manos y empezó a llorar. Lloró y lloró como un niño hasta que no le quedaron lágrimas. Lo hizo por Jasmine, por el hijo que pudo ser, por la locura de Muriel, por Malena que ya nunca lo creería, pero, sobre todo, por él. Porque tendría que llamar a su contacto del IRA y le horrorizaba remover el pasado. Los acuerdos del mes de abril estaban demasiado recientes. La tensión continuaba circulando entre las distintas facciones de la banda. Todavía no

estaba claro que el conflicto no se reactivara. Le había costado mucho esfuerzo conseguir que lo dejaran en paz y ahora… De repente sentía un dolor inmenso, como si alguien le hubiera arrancado el corazón, y muchas náuseas, unas náuseas incontrolables. Corrió al cuarto de baño a vomitar. Lo hizo durante largo rato. Una vez restablecido, llamó a su contacto en Londres y rezó para que la muerte de esa pobre chica nunca saliera a la luz.

---

58 Señorita de forma cariñosa.

59 Con estos acuerdos, precedidos por años de arduas negociaciones y varios intentos de alto al fuego fallidos (el primero en 1994), firmados el 10 de abril de 1998, se puso fin a treinta años de conflicto y violencia en Irlanda del Norte.

CAPÍTULO XXVII:
LA MUERTE DE WILLIAM

LONDRES, ABRIL DE 2007

William llevaba meses enfermo. Al principio no informó a nadie de su dolencia porque no quería que se preocuparan. Esa tarde, sin embargo, después de que el doctor le aconsejara que arreglara sus asuntos, decidió que era urgente organizar una reunión familiar para poner a todo el mundo al día de la situación. Así las cosas, invitó a cenar a su hijo Henry, a su nuera, al pequeño James y a Georgina. Disfrutarían de una velada tranquila y después les daría la noticia.

Francine ordenó preparar varios entrantes fríos, un plato principal de faisán asado y tarta de chocolate para el postre. Se esmeró para que todo estuviera al gusto de William, incluida una elegante mesa adornada con mantel bordado, servilletas de hilo y dos ramos de flores de la mejor floristería de la ciudad. Todos se sintieron complacidos por lo que parecía un agradable festejo y cenaron con fruición. Se divirtieron contando anécdotas, exponiendo planes de futuro, celebrando la finalización de los estudios de Georgina… También charlaron sobre las novedades de la Asociación de Veleros y se carcajearon con los últimos cotilleos. Ninguno sospechaba que jamás volverían a sentarse todos juntos alrededor de esa mesa. Al final de la noche William sacó fuerzas de donde no las había, despidió al servicio, dirigió a toda la familia a su despacho y cambió el rumbo de la conversación.

—Queridos hijos, querido Henry, Susan, James, Georgina…

—Disculpe, señor Harris —interrumpió Francine, quien, como era habitual, había compartido mesa con la familia y no tenía ni idea de los derroteros que iba a tomar la reunión—, yo también me retiro.

—¡Ni hablar! Te quedas con nosotros. Eres parte de esta familia y necesito que tú también escuches todo lo que tengo que decir.

—Ay, papá, te estás poniendo muy solemne. ¿Qué te pasa? Me estás asustando —dijo Henry.

—Tomad asiento, por favor. Tengo algo importante que deciros.

—Pues empieza ya a contarnos, que nos tienes en ascuas —apremió Susan a su suegro.

—Lo primero de todo, es que quiero que me prometáis que no vamos a hacer de esto un drama.

—¿Qué ocurre, abuelo? —inquirió asustado James—. ¿Es que te estás muriendo?

Susan palideció. Su hijo preadolescente era un bocazas.

—Ven aquí, impertinente. No hables así a tu abuelo. Estos niños —se disculpó mirando a su suegro—, que no aprenden nada de lo que se les enseña.

—No te preocupes, Susan. Tiene razón. Me estoy muriendo.

En la estancia se hizo un silencio insoportable. Francine emitió un suspiro, Susan desvió la mirada y a Henry le dio un vuelco el corazón. Georgina fue la única que se aproximó a su abuelo, le dio un beso sonoro en la mejilla, le apretó la mano y se dirigió a él con dulzura.

—¿Abuelito, estás seguro? ¿Te podemos ayudar de alguna manera?

William miró a su nieta y no vio a Georgina, vio a su Jasmine. Aquella que nunca logró poseer y cuya memoria había anidado en su cerebro como un parásito: envenenándole la sangre, multiplicando

sus larvas, emponzoñando los días, arrebatándole la existencia. Exhibía la misma mirada ardiente, la misma sonrisa, la misma sensualidad… que nunca disfrutó. ¿Dónde estaría ahora? ¿Habría alcanzado la felicidad? ¿Compartiría su vida con ese pobretón? A esas alturas de su camino, y después de tantos rencores, la enfermedad le daba la oportunidad de enmendar los errores. Y eso pensaba hacer. Se peinó el rubio cabello, casi blanco ya, hacia atrás con los dedos, carraspeó un poco, tomó aire y se lanzó sin miedo.

—Estoy bien. Solo que me gustaría que me escucharais. Tengo muchas cosas que contaros.

—¿Es que tienes un hijo secreto? —bromeó James de nuevo—. Su madre le dio un capón para hacerle callar y miró a su suegro, avergonzada.

—Perdona, William. Si quieres lo echo de aquí ahora mismo.

—No, no —dijo negando también con la cabeza—, necesito que estéis todos. En fin… allá voy. Lo primero que me gustaría hacer es informaros de que he liquidado todas mis deudas y simplificado mis finanzas. Os quedará un buen pellizco cuando no esté, unas empresas más que saneadas, la finca de Hereford y esta casa, por supuesto, que voy a dejar en usufructo a Francine. Creo que después de tantos años de entrega se merece una compensación. Cuando ella no esté, pasará a ti, Henry.

Francine recibió la mirada incómoda de Susan, pero intentó que no le afectara, aunque en el fondo de su corazón dudaba que mereciera tanta generosidad por parte de William.

—Las joyas de la familia pasarán a Georgina. La mayoría eran de su abuela. No se llevó ninguna cuando…

William tuvo que cortar durante unos segundos la conversación. No era capaz de articular las palabras. Todos le observaban con

intriga, intentando averiguar que estaba tratando de decir. Extrajo un pañuelo bordado con sus iniciales del bolsillo, se enjugó una lágrima que amenazaba con brotar y los sacó de dudas.

—Henry, tu madre me abandonó. Salió un buen día por esa puerta y no regresó. Así de simple.

—¿Por qué? ¿Qué pasó para que nos abandonara? Porque te recuerdo que también me abandonó a mí. Llevo toda la vida arrastrando esa pena.

—Lo sé, hijo. Lo sé. Tu madre nos dejó por mi culpa. Yo la obligué a irse de esta casa.

—¿La echaste? ¿Por qué? ¿Qué hizo tan terrible como para que la echaras?

—No la eché. Simplemente no me quería. Nunca me quiso. Intenté forzar la situación y… se marchó.

—¿Podrías explicarte mejor, papá? Esto es muy importante para mí. Llevo años preguntándome por mi madre, preguntándote a ti, a Francine… y nunca me habéis aclarado nada.

El ama de llaves permanecía en el despacho, callada. Miraba de un interlocutor a otro, intentando mantener el tipo, pero las piernas le temblaban. Sospechaba que esa noche iba a terminar muy mal. Muy, pero que muy mal.

—Voy a explicároslo todo. Pero tendré que empezar por el principio, supongo.

William se armó de valor y expuso todos los detalles que rodearon la desaparición de Jasmine, las dos desapariciones. Les contó que se enamoró de ella en el mismo instante que la vio, asustada e indefensa, de la mano de aquella mujer en Jaipur. Que todavía la amaba. Que antes que su esposa fue su hermana. Que nunca accedió a cumplir con sus deberes maritales. Que lo abandonó por

un irlandés miserable una tarde que se volvió loco e intentó forzarla. Que durante años la estuvo buscando, presionando a la policía para que no cerrara el caso, pero que nadie consiguió dar con ella, por lo que dieron por hecho que se había largado del país. Que nunca tuvo la oportunidad de pedirle perdón ni de intentar recuperar su confianza. Que su marcha le dejó tan trastornado, que coaccionó a la madre biológica de Georgina para que renunciara a la tutela de su propia hija. Que se sentía culpable y necesitaba reparar tanto dolor.

—No sé si he entendido bien lo que quieres decir, papá. Si mi madre y tú nunca mantuvisteis relaciones, entonces… ¡¿no eres mi padre?! —dijo, preguntando y afirmando a la vez.

—Soy tu padre, pero no tu padre biológico. Eres hijo del sinvergüenza ese. Él me robó a tu madre y no quiero ni pensar que es probable que estén juntos desde entonces. Además, Jasmine te abandonó. Primó su relación con ese canalla.

—Pero porque tú la obligaste a vivir de una manera que no se correspondía con sus sentimientos. No me entra en la cabeza. ¡Has destrozado nuestras vidas por una obsesión! —increpó Henry a su padre cargado de bilis.

—Te entiendo, hijo. Has sufrido mucho, por eso te estoy aclarando todo. Quisiera que pasaras página. Tu madre no te quería. Era demasiado joven. La maternidad la desbordaba. No conseguía adaptarse. Explícaselo, Francine. Tú tuviste que hacerte cargo de Henry la mayoría de las veces.

—Eso es cierto, señorito Henry.

A Henry no le importaba la confirmación del ama de llaves. Las cosas habrían sido muy diferentes si su padre no hubiera forzado ese matrimonio. Y encima, después de eso, había presionado a Carol para que renunciara a su hija. Carol había sido su primer y único

amor. Durante mucho tiempo se consoló pensando que quizá la horrible manera en la que terminaron las cosas ayudó a idealizar sus sentimientos. Pero no. Estaba loco por ella. Le envió cartas durante años y nunca respondió. De repente se encendió una lucecita en su cerebro ¿Tendría su padre también algo que ver con que Carol se quitara del medio?

—¿Qué más le hiciste a Carolina? ¿Le diste dinero? ¿La engañaste? Nos despedimos con la promesa de reunirnos de nuevo cuando yo terminara mis estudios y nunca supe más de ella. ¡No contestaba mis cartas! ¿Tienes tú también algo que ver con eso?

—Bueno… no quería que te complicaras con ataduras tan pronto. ¡Solo tenías veinte años!

—¡No me lo puedo creer! —gritó Henry, rojo de rabia—. Me has destruido la vida. En vez de tener tus propios hijos, te has dedicado a robárselos a los demás. ¡Me has arrebatado todo lo que me importaba! ¡Te odio!

El resto de los invitados observaba la escena con incredulidad, sobre todo Georgina. Saber que Will no era su abuelo y que su verdadera madre podría estar viva la enfadó mucho, pero también la inundó de esperanza. ¡La buscaría! No es que Susan no se portara bien con ella, pero siempre hacía diferencias con su hermano y sentía que no acababa de quererla.

El ambiente era cada vez más tenso. La tirantez estaba a punto de romper la cuerda. Y fue Francine la que definitivamente consiguió que se quebrara en mil pedazos.

—Toda la culpa es mía.

Los cinco Harris desviaron la mirada hacia la mujer que había estado callada todo el rato y que, de sopetón, decidió intervenir.

—¿Qué? —acertaron a contestar al unísono.

—Ese irlandés apareció en la vida de Jasmine por mi pecado.

—¿De qué pecado hablas? —las cosas iban de mal en peor—. ¿Qué tienes que ver tú con ese granuja? —preguntó William.

—Cuando era joven hice algo horrible. Algo inconfesable.

—Desembucha —exigió James, que al ser el más ajeno a los terribles acontecimientos, veía solo el lado emocionante del embrollo familiar.

Susan volvió a darle un mamporro a su hijo. Esta vez sin contener la fuerza. Se estaba pasando.

—Nací en un pueblecito de Irlanda tan pobre que no tuve más remedio que casarme con un viudo que necesitaba a alguien para que cuidara de sus dos pequeños huérfanos. Vivían en Derry. Fue una boda de conveniencia. La única manera que tenía de salir de la miseria. Cuando contrajimos matrimonio no lo conocía, a pesar de que era mi primo lejano, y resultó ser un salvaje. Además de la crianza de los niños, me obligaba a desempeñar las tareas más duras de la casa, me forzaba por las noches y, cuando me resistía, me golpeaba. Las pobres criaturas casi siempre eran testigos. Vivían atemorizados porque, a veces, cuando la borrachera le nublaba el entendimiento y no diferenciaba entre adultos y niños, les atizaba también a ellos.

» Una tarde hubo un temporal horrible. El viento era casi huracanado y la lluvia no cesaba de aporrear los cristales. Yo estaba agotada. Me dolían los huesos y tenía la mandíbula hinchada y un desgarro en la ingle desde la última paliza. El cuerpo me pedía descanso, pero mi marido necesitaba saciar su lujuria. Me poseyó repetidas veces, con saña, y después me apartó de un manotazo. Estaba tan borracho que se quedó profundamente dormido. Los niños todavía no habían regresado de la escuela y supuse que no los

dejarían salir hasta que el viento se calmara, así que aproveché la oportunidad. Cogí un tronco le leña y descargué todo mi odio sobre la cabeza de ese hijo de puta.

—¿Lo mataste? —preguntó alguien.

—Creo que le reventé el cerebro, sí —confirmó con una expresión de horror—. El problema fue que, justo en ese mismo momento, aparecieron los niños. La loca de su maestra los mandó a casa a pesar de la fuerte tormenta y lo vieron todo. Las pobres criaturas fueron testigos del asesinato de su padre. Uno de ellos era Desmond —concluyó llorando desconsolada.

—¿Quién es Desmond?

—El novio irlandés de Jasmine, tu padre.

—¿Por qué nos cuentas esa patraña, Francine? —interrumpió William incómodo— Sabes perfectamente que el irlandés se llamaba Richard.

—No. Se llamaba Desmond. Se inventó un nombre falso para conquistar a Jasmine sin sospechas.

—¡No entendemos nada! —gritaron todos.

—Mi marido tenía una hermana. Llevaba años trabajando como sirvienta, algo que yo entonces desconocía, y cuando Patrick murió se fue a Derry para hacerse cargo de los huérfanos y de la herencia. Por lo visto, heredó unos terrenos. Ella estaba obsesionada con él. Actuaba más como una amante celosa que como una hermana. No paraba de sobarlo delante de mí. Después del entierro compró una casa aquí, en Londres, y se trajo a los niños con ella. Allí los cuidó hasta que fueron mayores. Por entonces, ya llevaba muchos años sirviendo a los Wentworth. Prácticamente desde el primer día que pisó la ciudad, aunque su trabajo siempre lo había desempeñado como externa. Pero sus señores viajaban mucho al extranjero y

decidieron pedirle que se encargara de la casa durante las largas ausencias y ofrecerle un nuevo contrato como interna, aunque siempre conservó la casa. Le gustaba disfrutar de su propio espacio privado los días que libraba.

» No tengo ni idea de cómo averiguó mi paradero en Londres, pero sabía que me había contratado el señor George Harris para cuidar de Will y Jasmine. Por lo visto, su trabajo con los Wentworth no era una coincidencia. Estaba enterada de que la muerte de Patrick no fue un accidente. Los niños debieron contárselo y se acercó todo lo que pudo a mí para buscar venganza. Poco tiempo después de instalarse, me contactó y empezó a chantajearme. Sabía que Jasmine era mi ojito derecho, así que, cuando se convirtió en una jovencita preciosa, convenció a Desmond para que la sedujera. Puede que incluso lo alentara para que la deshonrara.

» La noche de la primera desaparición, yo misma le di a la señorita la dirección del apartamento de Muriel. Ella no recordaba cómo se iba y yo le facilité el encuentro con su sobrino. Me aterraba la idea de que me denunciara. Sus amenazas eran constantes. ¡Que Dios me perdone! ¡Que Dios me perdone!

Los gemidos de Francine eran tan desgarradores, que a más de uno se le encogió el alma. A Will no. William entró en cólera.

—¡No, no y no! —gritó—. ¿Cómo has podido? Después de todo lo que hemos hecho por ti. Siempre te hemos tratado como a un miembro más de la familia. ¡Eres un demonio!

—Lo siento mucho. Yo no quería —añadió entre lágrimas—, pero me obligaron. Me amenazaron con denunciarme si hablaba. Tenía miedo. Estaba sola en el mundo y había cometido un delito terrible. No podía hacer otra cosa.

—¿Y qué sabes de mi madre, Francine?

—Después de la segunda desaparición no supe nada de ella ni de Desmond hasta…

—¿Hasta cuándo? ¿Nos has estado ocultando algo? —preguntó Henry.

—Hasta poco antes de la muerte de Muriel, hace unos nueve años.

—Y… ¿qué supiste?

—No me atrevo, señorito Harris.

—i¿Qué qué supiste?! —Gritó Henry con tanta fuerza que hasta retumbaron los cristales.

—Que Dios me perdone de nuevo por lo que les voy a contar —dijo Francine santiguándose—. La señorita Jasmine, mi Jasmine, mi niña… ¡está muerta! Muriel la mató —concluyó entre suspiros.

—¡Eso es mentira! —gimió el joven Harris—. ¡No puede ser!

—No tengo pruebas, pero Muriel me lo confesó. Y por el odio que brillaba en sus ojos cuando lo hizo, no tengo ninguna duda.

—Francine, coge tus cosas y ahora mismo te vas de esta casa. No quiero verte nunca más. ¿Me oyes? ¡Vete a la puta calle! —exclamó William con desprecio.

—Pero, no tengo a dónde ir.

—Me importa un bledo. ¡Vete! Y reza para que decida no ir a la policía porque me lo estoy pensando.

—Creo, padre, que no tienes autoridad moral para echar a Francine. No eres mejor que ella.

William, que se había levantado de la butaca y señalaba con energía la salida, volvió a tomar asiento. Tenía la respiración entrecortada y luchaba para controlar una taquicardia. Georgina corrió a su lado y le aflojó el nudo de la corbata. Después apoyó la mano sobre su frente. Estaba ardiendo.

—¿Por qué os ponéis todos así? El abuelo es un hombre enfermo y está intentando expiar sus pecados. Es posible que haya hecho cosas mal, pero gritándoos unos a otros no vais a solucionar nada. Por favor, ayudadme a llevarlo a su alcoba. Necesita descansar. Y tú, Francine, ni se te ocurra irte hasta que no nos cuentes todo lo que sabes.

Todos escucharon avergonzados a la chica. Tenía poco más de veinte años, pero su cabeza estaba mejor amueblada que la de la mayoría de los mortales. Acomodaron al viejo en la cama y mandaron llamar al doctor. No sabían cuánto tiempo le quedaba de vida, pero en ese momento la cosa pintaba bastante mal. Había seguido fumando, a pesar de las recomendaciones del médico, y se ahogaba. Georgina se quedó a su lado, acariciándole el cabello, hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente, William despertó empapado en sudor. Las únicas palabras fueron para su hijo. Le hizo llamar con urgencia y le rogó que se sentara sobre la cama. Después, exhausto, con un susurro apenas perceptible, le habló:

—Querido hijo, siento haberte fallado tanto. Tu madre me espera. Vino anoche a visitarme. Estaba preciosa, tan joven y encantadora como la recordaba. Es verdad, está muerta. Me lo ha contado todo y me ha dicho que me ha perdonado. Que pronto nos reuniremos y que volveremos a estar juntos para siempre.

Henry no pudo evitar que se le escapara una lágrima. Al enfermo le había costado un esfuerzo sobrehumano pronunciar las últimas palabras. Estaba muy pálido, le faltaba el aire y no tenía fuerzas para vocalizar. Su mirada, sin embargo, brillaba con intensidad. Era tan potente, tan resplandeciente, que parecía de otro mundo. Henry le acarició la cabeza suplicándole que ahorrara energía.

—Calla, papá. No hables. Estás muy cansado.

—¡Mírala! Está ahí, justo a tu derecha. Me está pidiendo que la acompañe. ¿No la ves? Está radiante. Está…

William no pudo terminar la frase. Cerró los ojos, emitió un suave suspiro y se durmió para siempre con una tenue sonrisa dibujada en la cara.

CAPÍTULO XXVIII:
CONFESIONES

MADRID, MADRUGADA DEL VEINTIUNO DE ABRIL DE 2007

Gonzalo llegó a casa muy tarde. Entró despacio, con cuidado. No quería despertar a su esposa. Para su sorpresa, la encontró sentada en la vieja silla de enea que había heredado de Elvira. Se mecía despacio mientras tenía la vista fija en alguna parte del horizonte. La llamó varias veces, pero no contestaba. Se acercó por detrás y le puso las manos sobre los hombros. Estaba helada. Buscó una manta en el dormitorio y se la echó por encima, en forma de capa. Carol continuaba absorta, pensativa. Se colocó frente a ella y entonces descubrió que tenía las medias rotas, sangre en las manos y los ojos rojos de tanto llorar.

—¡Dios mío, Carolina! ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho daño? —preguntó preocupado.

Su mujer continuaba sin contestar. Tenía las pupilas dilatadas. Apenas pestañeaba. La preocupación se convirtió en angustia.

—Por favor, dime qué ha pasado. ¡Tienes un aspecto horrible!

—Creo que está muerto. Quería verle, encontrármelo cara a cara, hacerle recordar y, ¿por qué no?, vengarme. Pero todo ha salido mal y ahora está muerto.

—¿De quién hablas?

—De él.

—¿Quién es él? —insistió Gonzalo, aunque imaginaba la respuesta.

Carol no respondió. No podía hacerlo. Tan solo pronunciar su nombre le provocaba pavor. Se acurrucó en la butaca y rompió de nuevo a llorar. Su marido la tomó en brazos y, como tantas veces, la llevó al dormitorio. Desnudó con cuidado cada parte de su cuerpo, le limpió con una toalla húmeda los restos de sangre, la acostó en la cama, le besó la frente y se dispuso a marchar. Carolina agarró su mano con brusquedad y le suplicó que se quedara.

—Tengo que contártelo todo, amor. Tendría que habértelo contado hace muchos años. Por favor, ven, siéntate a mi lado.

Gonzalo obedeció a su mujer, se acomodó con delicadeza sobre el colchón y escuchó lo que tenía que decirle, sin interrupciones. Ella habló y habló durante mucho tiempo. Le Habló del dolor que siempre había acompañado su vida. De la rígida educación católica de sus padres, del acoso de sus hermanos, de Marcos, Henry y su hija. Y, de repente, toda la congoja empezó a disiparse. Ya no tenía nada que ocultar y esa certeza la estaba sanando.

Cuando terminó con los detalles de su pasado le explicó que había ido al parque del Oeste para encontrarse con ese cerdo. Que su plan era atontarlo con un sedante y luego darle una paliza. Pero que los cálculos fallaron. No consiguió que el bastardo perdiera el conocimiento a tiempo. Se había presentado como puta, y como puta le exigió que actuara. Ella se resistió, pero Marcos la inmovilizó contra un árbol pensando que se trataba de un juego. Forcejearon, y, en ese momento, presa del miedo, sacó un cuchillo que llevaba oculto en la bota y se lo clavó. El muy canalla estaba tan excitado que no notó la punzada y continuó sujetándola, creyendo que escenificaban un numerito. La agarró por el cuello y la tiró sobre el suelo para después tumbarse sobre ella. De pronto, la sombra de un hombre envolvió sus siluetas y la liberó del peso. Oyó susurros,

golpes y patadas, lamentos… le dolía la tráquea y tenía parte de la ropa rasgada, así que, cuando consiguió recobrarse, corrió todo lo deprisa que pudo sin mirar atrás. Estaba tan aterrada que solo se sintió a salvo cuando llegó a casa y cerró la puerta tras de sí. Una vez dentro, abrió la ventana del salón y se sentó cerca para tomar el aire.

Gonzalo estaba tan pálido como la pared de un hospital. Escuchaba las palabras de su mujer con semblante compasivo y mirada escrutadora. Fue entonces cuando Carolina cayó en que había perdido el cuchillo. No podía recordar si se lo había dejado clavado a aquel indeseable o se le había caído al huir del parque. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y la paralizó por completo. Detuvo en seco su discurso y cambió de tema. Era mejor que Gonzalo no se enterara de su metedura de pata. Bastante turbado estaba ya como para añadir una estupidez más a la lista.

CAPÍTULO XXIX:
ANTÓN

Antón Fermosel Márquez nació con el cerebro torcido. Y no porque sus apetitos sexuales fueran caprichosos y variados, sino porque siempre los acompañaba de crueldad. Daba igual que se acostase con su esposa, una secretaria a la que había seducido con falsos juramentos, una puta, tres putas o un chapero, si no utilizaba la violencia no se sentía satisfecho. Por eso sus relaciones eran tortuosas y despiadadas. Alternaba las peleas con apasionadas reconciliaciones, las palizas con caricias tiernas, los insultos con regalos ostentosos y las amenazas con inverosímiles promesas. De tanto oscilar la balanza ya no podía distinguir en qué platillo se encontraba, o hacia dónde se inclinaba la viga. Perdió el control y tal azoramiento lo volvió loco.

Desde el mismo día de su nacimiento, todo el mundo intuía por dónde iban las pasiones de Antón. Ya en la adolescencia demostró que, bajo su preciosa mata de pelo castaño, hábilmente oculta tras azucarados ojos café con leche, crecía una feroz alimaña. Sus progenitores, que se habían esforzado en educarlo con firmeza, aunque también con cariño y comprensión, no alcanzaban a entender las razones por las que su vástago se comportaba de esa manera. Seductor por naturaleza, a los trece años tuvieron que sacarlo de entre las faldas de la hija de la tabernera, una tímida muchacha entrada en carnes que nada sabía del sexo y que descubrió sus mieles y sus hieles de la mano del imberbe. La señora Fermosel, escandalizada, a ratos testigo directo de los descarnados

devaneos de su hijo, intentaba justificarlos con el asunto del perdigón. Y es que a los diez años el pobre niño tuvo la mala fortuna de recibir un perdigonazo perdido cuando paseaba por la campiña. Una tarde, la caminata familiar hasta el Arroyo de Tórtolas[60] se vio interrumpida por los disparos de un cazador furtivo que insertó una bolita de plomo directamente en la masa encefálica de la criatura. El balín se quedó tan hondamente incrustado en su cerebro, que el médico solo pudo certificar que había entrado, pero nada pudo hacer para sacarlo. Desde entonces, convivía con ese cuerpo extraño de metal en la sesera, y tal desgracia le servía a la familia para explicar su creciente violencia. Pero sabían que eran meras excusas. Antón ya descuartizaba lagartijas antes de empezar a cambiar los dientes.

A los dieciocho años se instaló en Madrid para asistir a la universidad, en donde no tardó en licenciarse en Derecho. A los veinticinco dirigía un negocio floreciente en el que arriesgaba hasta el extremo sin que le temblara el pulso. A los veintiocho ya era rico. En aquellos tiempos no era difícil serlo si no tenías escrúpulos y Antón nunca los tuvo. Un año después decidió casarse con la hija de un aristócrata con título, pero sin una peseta, tan sosa y desabrida que solo le excitaba abofetearla.

Cuando conoció al peruano era un empresario de éxito, había engendrado cuatro hijos y alternaba la lucha profesional encarnizada con los vicios más oscuros. Marcos era la única persona capaz de controlar sus desvaríos y complacerle. La experiencia con el malnacido de Johnny jugaba a su favor. Ambos amantes eran demonios. Ambos se deleitaban con el sufrimiento ajeno. La única diferencia estribaba en que él ahora era un hombre, conocía el percal y sabía cómo utilizarlo en su favor. Antón pagaba todas las facturas de la vida ociosa a la que se había acostumbrado. Se

encargaba de los gastos del apartamento, los trajes a medida, las cenas frente al Retiro en Viridiana, el coche, la gasolina y, sin saberlo, hasta del prostíbulo. A cambio Marcos le entregaba desesperación. Después de tantos años juntos había aprendido que con Antón lo que de verdad funcionaba era la vileza. Cuanto más lo despreciaba, más dócil se mostraba, y llegó un punto en el que sintió que sus papeles se habían intercambiado. Pero cometió el error de abandonarlo o, mejor dicho, de creer que había conseguido librarse de él de una vez por todas.

La madrugada del veintiuno de abril Antón estaba oculto tras un matorral cuando vio a Marcos introducirse en la zona más densa del parque de la mano de una ramera. Le sobaba el culo con manos apresuradas y bebía a morro de una botella de licor. En unos segundos se perdieron en la espesura y Antón, sigiloso, se acercó para observarlos mejor. No podía quitarles ojo, a pesar de que los celos le picoteaban el corazón. Su intención nunca fue formar parte de la fiesta, pero una repentina erección lo precipitó a su encuentro. Ofrecería más dinero a la putita para que se lo montara con los dos. Le sorprendió mucho verlos enzarzados en una pelea. La fulana intentaba librarse del cliente, pero no lo conseguía. Luchaba como poseída y en la confusión le clavó algo a Marcos cerca de la escápula. Antón no tuvo más remedio que intervenir. La chica huyó.

Llevaba tiempo siguiendo a Marcos para suplicarle que no lo dejara, para prometerle la luna si eso lo devolvía a su cama. Las últimas semanas habían sido desoladoras. No soportaba la idea de perderlo y ahora estaba ahí, herido.

—Marcos, ¿qué te ha hecho esa zorra? Déjame ayudarte.

—Estoy bien, es solo un rasguño. La muy imbécil tiene menos fuerza que un mocoso. Por cierto… ¿Qué haces aquí? ¿Me has

estado espiando? —preguntó enfadado.

—En realidad, sí. Quiero que vuelvas. Te necesito.

—Ni hablar. Ya te dije que lo nuestro ha terminado.

—Te lo pido por favor. Te daré todo lo que me pidas. ¡Todo!

Marcos se levantó del suelo, extrajo sin esfuerzo el cuchillo del hombro y miró de frente a su examante. Se sentía poderoso.

—¡He dicho que no! ¡Lárgate de una vez! No volvería contigo ni por todo el oro de Moctezuma. ¡Me das asco!

La extremada ira de Antón reventó los capilares que regaban sus globos oculares, inyectándole un color rojizo en la mirada. La boca se le arqueó en un rictus de locura. Había rescatado a ese cabrón de la calle. Le había pagado durante años todos sus caprichos. Había hecho incluso la vista gorda a su afición a revolcarse con jovencitas en hoteles que él mismo sufragaba, y encima le insultaba. Y puede que fuera por los latigazos insoportables que sacudían el rinconcito de su cerebro que alojaba el viejo trocito de metal, o por la desesperación de saberse rechazado, o porque su excitación quiso dar rienda suelta a los peores instintos, pero Antón no pudo controlarse y apaleó a Marcos con tanta violencia que le quebró las costillas, le rompió la nariz, le desfiguró la cara y le reventó los labios. Le golpeó, lo agitó y pateó hasta que, ya sin energía ni capacidad de movimiento, dejó de suplicar clemencia.

---

60 El arroyo de Tórtolas es un caudal de agua que nace en los alrededores de la Sierra de Gredos y pasa por las provincias de Madrid y Ávila.

CAPÍTULO XXX:
RECOMPONIENDO PEDAZOS

HEREFORDSHIRE, ABRIL DE 2007

William fue enterrado en Ledbury, en la campiña de Hereforshire, en un pequeño cementerio que se divisaba desde la balaustrada del viejo palacete de su finca. Tras las exequias, la familia al completo se dirigió hacia allí para descansar. Esa tarde, las viejas lápidas de piedra emergían verdes de musgo en un horizonte limpio. Casi se podía distinguir el hueco cubierto de tierra en el que ya descansaba Will, y sobre el que más tarde colocarían la losa más cara y reluciente que se vería en el viejo camposanto en años.

Georgina bebía café de una taza de porcelana mientras intentaba asimilar las últimas conversaciones familiares. Recorrió con sus ojos azules los distintos muebles de la habitación: el reloj de pared, las sillas de terciopelo rosado, la lámpara de latón, la cama con dosel… El ventanal estaba abierto de par en par y dejaba entrar un suave vientecillo primaveral. Se levantó con lentitud y se apoyó en la barandilla. Los campos estaban cubiertos por narcisos amarillos. Esa primavera su floración había sido tardía, algo de lo que se alegraba, porque el paisaje en ese instante era espectacular. En pocos días las campanillas se marchitarían y cederían espacio a las glicinias y las lavandas. ¡Qué hermoso era todo aquello! Lo adoraba. Pensó en su madre y suspiró. Durante un tiempo vivió en esa misma casa, puede que incluso en ese mismo cuarto, y quizá hasta se apoyara sobre la misma repisa para divisar el horizonte. Tal vez su mirada recorriera

la misma pradera plagada de flores, mientras secaba sus lágrimas con la brisa, y confundía el eco de su desgarro con el bullicioso trino de los pájaros.

Su abuelo se había resistido hasta el último momento a contar toda la historia. A pesar de querer expiar sus pecados confesándolos, se empeñaba en obviar las partes en las que parecía un cerdo egoísta e insensible. Pero al final lo consiguió. William Harris había reconocido que presionó a su abuela para que se casara con él. Que ella no era feliz. Que huyó porque la acosaba. Entre sollozos, le imploró perdón. Perdón por lo que le hizo a su abuela, por lo que le hizo a su propia madre; por arrancársela de los brazos mientras gemía por el dolor de la inminente pérdida; por haber hecho todo lo posible para que sus padres no se casaran; por destruir todas las cartas: decenas de cartas que se enviaron durante años y de las que siempre creyeron que no había respuesta.

El carrillón del salón dio las seis en punto. Pronto bajarían todos al comedor para la cena y ella les comunicaría su decisión.

James fue el primero en aparecer. Se había pasado toda la tarde cazando insectos y estaba hambriento. Después aparecieron Francine, su padre y su madrastra. La decisión fue unánime a la hora de votar por el destino de la vieja ama de llaves. Se había encargado con diligencia de todos los miembros de la familia y no se merecía que la denunciaran por algo que pasó tan atrás en el tiempo. El delito probablemente había prescrito. Así que, en lo referente a ese asunto, pasarían página. En cuanto a lo de Jasmine… eso era otra cosa. Ese tipo de traiciones no tenían perdón, al menos sin penitencia. Y pensaron que la mejor manera de que expiara su culpa era enfrentándose a ella. Por eso habían contratado un detective privado para que investigara sobre el paradero de ese Desmond

Donnelly, si es que aún vivía. Si alguien podía confirmar las afirmaciones de Francine, ese era él.

Georgina se sentó al lado de su padre, le dio un beso en la mejilla, pidió silencio unos segundos y expuso con firmeza lo que tenía pensado.

—Papá, Susan, hermanito… quiero que sepáis que estoy muy contenta de poder contar con vosotros, que os adoro y que he sido muy feliz a vuestro lado.

—¿Has sido? —interrumpió, preocupado, Henry—. ¿Es que ya no lo eres?

—Claro que lo soy. Soy muy feliz, pero desde que el abuelo me contó lo de mi madre no he podido dejar de pensar en ella. Cuando me dio a luz era incluso más joven que yo. Durante años me habéis dejado pensar que era una mujer sin corazón. Que se había deshecho de mí para vivir sin ataduras. Llegué a odiarla, incluso a considerarla muerta, y ahora, después de conocer la verdad, estoy decidida a darle una oportunidad. Quiero conocerla. Quiero hablar con ella. Saber lo que siente. Quiero viajar a España.

—Pero, cariño —dijo Susan—, eso es una tontería. Han pasado muchos años. Tendrá su propia familia, sus propios hijos. Es posible que ninguno de ellos sepa de tu existencia. Vas a ser una intrusa en su vida. A lo mejor hasta te niega.

—Seré discreta. Iré con cuidado. Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Me voy contigo, Georgi —añadió James—. Me muero por visitar España. A lo mejor conseguimos entradas para el Bernabéu. Porfa, porfa ¿Me llevas contigo?

—Lo siento, hijo —cortó Henry—, pero este es un asunto serio. Además, no puedes faltar al colegio. No puedes ir. Hija, ¿quieres que te acompañe yo?

A Susan se le heló la sangre cuando oyó el ofrecimiento de su marido. Ella siempre supo que la madre de Georgina estaba viva, pero jamás sospechó la triste historia que su suegro les había desvelado. Henry nunca mencionó nada al respecto y, la verdad, ella tampoco deseaba saber. Tener la certeza de que Henry quiso casarse con aquella mujer y que no lo hizo solo porque lo engañaron, le ponía los pelos de punta. ¿Y si al reencontrarse recuperaban sus antiguos sentimientos?

—Henry, yo creo que este asunto solo atañe a Georgina. Además, ya es mayorcita. Podrá solucionarlo ella sola —expuso Susan con firmeza.

—Eso lo decidiré yo —contestó Henry molesto—. Es mi hija. Yo decido lo que puede y no puede solucionar sin mi ayuda.

—Prefiero ir yo sola. En cuanto consiga su dirección me marcho para allá. Estuve hablando con Rachel Swinburne. Me prometió contactar con el esposo. Por lo visto está casada con un tal Gonzalo de la Peña. Vino hace unas semanas a interrogarla sobre su pasado en Inglaterra. Parece que él no sabía nada de mí. Así que, si mi madre tiene problemas con su familia, no será por yo buscarla. No es culpa mía que tenga secretos con su marido.

—No la juzgues, hija. La vida es más complicada de lo que parece.

—Lo sé, papá. Y créeme, no la estoy juzgando. Sé que es difícil saber cómo actuar en estos casos. Por eso necesito que me cuente su versión. Aunque creo que ya la conozco.

—Tienes razón, cariño. Tu abuelo se portó como un miserable. Por desgracia, no nos dio ninguna oportunidad. En fin… ha pasado tanto tiempo.

Susan notó un dolor agudo en el pecho. Se moría de celos. Cada vez que escuchaba el nombre de esa española le entraban ganas de

estrangularla. Tenía que intentar controlarse.

Un par de semanas después, Georgina tomaba un avión rumbo a Madrid. Llevaba consigo una maleta, una dirección y muchas ilusiones. Había prometido esperar a que su padre le diera el visto bueno antes de presentarse a Carolina. Quizá quería hablar primero con ella o acudir a Madrid él mismo. No sabía sus razones, pero las respetaba. Era su primera vez en la capital española. Haría un poco de turismo para calmar la impaciencia.

Después de dejar a su hija en el aeropuerto, Henry se dirigió a casa de su prima Rachel. Quería hablar con ella. Desde aquella última conversación con su padre, no dejaba de pensar en Carolina. Por las noches cerraba los ojos y, en vez de descansar, se desvelaba con imágenes suyas. Imágenes de sus enormes ojos oscuros, de ambos enredados sobre las sábanas, besándose, haciendo el amor… Algunas madrugadas era más afortunado y soñaba con ella, pero, una vez abandonado a sus caricias, el rostro de Susan irrumpía en su fantasía, evaporando la placidez, escupiéndole a la cara el presente anodino que le aguardaba. Durante años intentó contactar con Carol. Durante años pensó que ella no quería saber nada de él, y ahora tenía la seguridad de que ella había pasado exactamente por lo mismo. Se sentía como un imbécil, un estúpido que no había luchado por lo que de verdad le importaba. Su existencia era el perfecto reflejo de las expectativas de William. Trabajaba en una de las grandes compañías familiares, que ahora caerían como una losa sobre sus hombros, la cuenta del banco aumentaba cada día, contaba con una esposa elegante que pertenecía a una de las familias más relevantes de Londres, había engendrado un heredero y… era tremendamente infeliz.

Rachel abrió en persona la puerta principal de la casa. Esperaba a su primo. Habían mantenido una breve conversación días atrás en el entierro de William Harris. Sospechaba lo que Henry pretendía y no se lo reprochaba. Ambos se dirigieron a una salita que se abría al fondo del corredor. Era un pequeño despacho con vistas a un jardincillo interior. Se colaba un agradable aroma a hierba húmeda por la ventana entreabierta. Rachel la cerró para evitar que se pudiera oír fuera la conversación, y animó a Henry a que se acomodara en una de las butacas. No le pasaron inadvertidas sus profundas ojeras y que estaba más delgado.

—¡Hola, Henry! ¿Qué te pasa? No tienes muy buen aspecto.

—Querida prima, yo también me alegro de verte —contestó, intentando ser gracioso.

—No. En serio, Henry, ¿qué ocurre?

—Acabo de enterrar a mi padre. Estoy de duelo.

—Ya, ¿y…? Sabes que no me estás contando la verdadera razón.

—Rachel, necesito que me digas todo lo que sepas sobre Carolina Legazpi. Sé que su marido estuvo aquí hace poco y sé que habló contigo. Quiero que me lo cuentes todo, por favor.

—Bueno. Ese tal Gonzalo estuvo aquí, sí. Quería saber sobre el pasado de Carol. Parece que ella nunca le contó nada de lo que pasó. ¿Te importa que pida algo para comer? Tengo un poco de hambre. ¿Te apetece té, café?

—Claro que no. Por favor, pide lo que te parezca. Yo tomaré café.

Rachel ordenó a una muchacha que sirviera un par de cafés con galletas de mantequilla. Después continuó la conversación.

—Ese hombre estaba desesperado. Por lo visto, Carol no se comportaba de manera normal. Su abuela acababa de morir y estaba muy afectada.

—¿Su abuela? ¿Su abuela Elvira?

—Sí. ¿Es que la conocías?

—No, pero Carolina no paraba de hablar de ella. ¿Cuántos años tenía? Ya era muy vieja cuando pasó todo aquello.

—Más de cien. En fin, Henry, le conté todo.

—¿Qué quieres decir con «todo»? —preguntó lívido.

—¡Todo! Es su marido. Tiene derecho a saberlo.

—¿Y cómo sabes que es su marido? ¿Sólo porque él te lo dijo? ¿Y si no lo es? ¿Y si se lo ha inventado?

—¡Por Dios, Henry! —exclamó, casi sin vocalizar, con los mofletes inflados de galleta— ¿Por qué iba a venir hasta aquí para indagar sobre alguien que no fuera su esposa?

—Pues se me ocurren muchas razones. ¿Tienes la dirección de ese tipo?

—Claro. La de su oficina. Ya se la di a Georgina, pero te la doy a ti también. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a ir a buscarla.

—¡Pero los dos estáis casados!

—Solo quiero hablar con ella. Es importante que lo haga.

—¿Y si fastidias su matrimonio? ¿Y si…? ¿Qué pensará Susan de todo esto?

—Susan no tiene nada que decir al respecto. Es un asunto que no le incumbe.

—¡Es tu mujer! ¡Una Harris!

—Es la mujer que me engañó para obligarme a pedir su mano.

—¿A qué te refieres?

—Mira, Rachel, hay cosas que tú no sabes. Algún día te las contaré, pero es largo y hoy no tengo tiempo ni ganas. Ahora debo

ir a España. Necesito ver a Carol, hablar con ella, saber qué siente. Solo entonces seré capaz de retomar las riendas de mi vida.

—Vale, de acuerdo. Haz lo que consideres. Espero que sea para bien.

—Lo será, Rachel. ¡Lo será!

CAPÍTULO XXXI:
DE NUEVO EN DERRY

LENAMORE, DERRY, ABRIL DE 2007

La finca de los Donnelly estaba situada en una pequeña pradera, en Lenamore, a pocos kilómetros del centro de Derry. Era una casita blanca, con pequeñas ventanas de madera y tejado inclinado de pizarra oscura. Para acceder a los terrenos había que traspasar una valla de tablones que también encerraba un bosquecillo de hayas. En las parcelas colindantes, tapizadas por una tupida lámina de hierba, decenas de ovejas pastaban con ansia los tallos frescos que solían brotar con el tenue calor de los escasos rayos de sol. Esa mañana, el viento había dado paso a una brisa templada de primavera y el astro rey se alternaba con ligeras lloviznas que apenas duraban unos minutos. El ambiente era húmedo, pero casi no mojaba.

Malena contemplaba el horizonte desde un banco de hierro que habían colocado en el jardín trasero, bajo un pequeño voladizo. Si se sentaba en ese punto exacto, frente a ella solo se extendían verdes prados y el muro de vegetación, compacto y espeso, que custodiaba el largo camino en dirección a la ciudad y que, henchido de hiedra y musgo, se perdía en la lejanía. Tras la ligera descarga de la última nube, el murmullo de las finas gotitas de agua tintineaba sobre las hojas, los pajarillos acariciaban los arbustos con alegres trinos y olía a flores. Por fin la extremeña había conseguido el hogar de sus sueños, lejos de las abigarradas viviendas de la ciudad, del ruido de los automóviles y de las oscuras callejas de asfalto. Y aunque ese

paisaje no se parecía en nada a los senderos pedregosos que se diseminaban entre las encinas de su infancia, ahí sentada, siempre bajo la constante amenaza de tormenta, a ratos embriagada por el aroma de la turba humeante, su memoria acudía a aquellos tiempos remotos y se regocijaba. Había disfrutado de dos de los parajes más hermosos del mundo y era muy feliz.

Desmond admiraba la facilidad con la que su esposa se adaptaba. Era cierto que hubo un tiempo en el que temió perderla. Fueron los meses duros que continuaron al fallecimiento de Muriel y el hallazgo del cadáver. Pero habían solucionado, o eso creía, aquel asunto siniestro y la vida les sonreía. Lo niños habían crecido sanos y fuertes en su adorada Irlanda. Gerry y Sean eran ya dos hombres y estudiaban en Trinity College en Dublín. Solo les quedaba en casa el pequeño Brendan, aunque durante las vacaciones volvían a ser la misma familia unida de siempre. Malena estaba satisfecha. Había hecho realidad el sueño que anidó en su corazón en el mismo instante en el que vio la proyección de aquel viejo largometraje de John Wayne en un cine de verano de Badajoz. Por desgracia, no sospechaba que pronto la fortaleza de su relación se volvería a poner a prueba.

—¡Malena! —gritó Desmond mientras agitaba un periódico con la mano derecha.

—¿Qué ocurre? —contestó, intranquila, poniéndose en pie de un salto.

—Traigo noticias importantes. Siéntate, por favor. Siéntate y léelo tu misma.

La extremeña tomó el periódico de un tirón. El rostro de su marido no le inspiraba ninguna confianza. Se apoyó de nuevo en el banco, se colocó con impaciencia las gafas e inspeccionó las páginas en

silencio. Pasados unos minutos, que parecieron eternos, levantó la mirada y se dirigió a su esposo con una mezcla de ira y miedo.

—¿Por qué me enseñas esto, Desmond?

—Lo sabes de sobra.

—No. ¡No lo sé!

— William Harris ha muerto, Malena. Es el momento de buscar a Henry. Quiero saber si se trata de mi hijo.

—Ya. ¿Y qué pretendes hacer? ¿Presentarte en su casa y decirle: «perdona, chico, pero creo que podría ser tu padre; te apetece una pruebecita de ADN»?

—Mujer, dicho así, suena fatal.

—Desmond, lo digas como lo digas, nunca va a sonar bien. Ese muchacho tiene ya unos años y jamás quisiste saber nada de él. Además, te recuerdo que a su madre la asesinaron. ¿Estás dispuesto a confesarle eso también?

—¡Maldita sea! Solo quiero saber si es hijo mío. Me estoy haciendo viejo. El tiempo se me acaba.

—Y cuando se acerca la hora de la verdad, aparecen los remordimientos, supongo —añadió María Elena con sarcasmo.

Desmond miró a su esposa con ojos suplicantes. Todavía recordaba aquella horrible mañana de julio de 1998. Si se concentraba un poco, el cuerpo momificado de Jasmine se perfilaba delante de él, tan real que hasta olía a difunto. Podía ver las hebras de su precioso pelo, blancas de polvo, las cuencas vacías de los ojos, los carcomidos huesos del cráneo. Tuvo suerte de poder contar con ayuda experta para deshacerse del cadáver, aunque eso no impidió que no tuviera más remedio que confesarle todo a Malena. Fue la única condición que le puso para regresar a casa: saber la verdad. Y habían sido felices… hasta ahora. Pero aquella imagen siniestra

seguía atormentándolo. Sí. Sentía remordimientos. Siempre sospechó que Muriel estaba detrás de la desaparición de la chica, pero decidió ignorarlo. Cuando descubrió el cadáver en aquella habitación se hizo el sorprendido e intentó negarse la realidad: su tía, la mujer que lo había criado, era una asesina. Ahora tenía más de sesenta años y era todo lo feliz que se podía ser después de un pasado tan tumultuoso. Sin embargo, daría cualquier cosa por borrar de un soplo un tercio de su vida. Y como sabía que era imposible, se conformaba con enmendar lo que pudiera.

—¿Sabes lo que te digo? Puede que tengas razón, sí. Puede que me reconcoman los remordimientos.

—¿Y vas a poner nuestra familia patas arriba para aplacarlos? Ya tienes tres hijos, y no creo que les haga ninguna gracia a estas alturas saber que tienen un hermano. Mira, Desmond, sabes que soy poco exigente. Te he dejado hacer y deshacer en esta casa a tu antojo, pero quiero que tengas claro que, si te empeñas en abrir la caja de los truenos, podría explotarte en la cara.

—No sé qué quieres decirme.

María Elena se inclinó hacia su marido, que estaba sentado junto a ella. Agarró sus manos nervudas, las apretó fuerte contra su pecho y, mirándole a los ojos, dejó salir todo aquello que llevaba años guardándose.

—Mi vida, te quiero desde el mismo momento en que me sacaste de aquel mar gélido. Y no porque me salvaras la vida. Para mí eras un sueño, una fantasía hecha realidad. Pero entonces desconocía que cuando por fin alcanzas tus sueños, la mayoría de las veces te das cuenta de que los habías idealizado. Me he tragado tus escarceos con el terrorismo, que escondas el asesinato de una inocente y podría intentar que no se me atragantara que contactaras

con ese Henry Harris, pero quiero que tengas claro que, si algo sale mal, si ese hombre descubre lo de su madre e intenta estropearme, mejor dicho, estropearnos la vida… te dejaré. Me volveré a Mérida para siempre y tendrás que lidiar con las consecuencias tú solito.

Desmond se dio cuenta de que a Malena se le había escurrido el chal de lana que llevaba sobre los hombros. Se lo colocó con suavidad, intentando ganar tiempo para encontrar una respuesta adecuada. Como no la encontraba, se abrazó a ella. Disfrutó unos instantes del aroma a lavanda de su pelo recién lavado. Se acomodó sobre el lateral de su cuello y se dejó llevar por el calor de ese cuerpo que tan bien conocía.

—Cariño, te quiero —susurró haciéndole cosquillas con el aliento—. No he querido a ninguna otra mujer en mi vida. Sé que no soy perfecto, pero te juro que no haré nada que ponga en peligro nuestro matrimonio. Necesito dar este paso. Es importante que sepa si Henry es hijo mío. Y me gustaría que lo entendieras.

Malena acarició la nuca de su marido. Lo separó de su cuerpo con delicadeza, le miró a los ojos, le dio un ligero beso en los labios y zanjó la conversación.

—Lo entiendo. Pero si metes la pata, no volverás a verme.

CAPÍTULO XXXII:
ENGAÑADO

LONDRES, 1985 - 2007

Después del nacimiento de su hija y la marcha de su amor, Henry se volcó en los estudios y en conseguir un buen trabajo para poder mantener a ambas. Estaba convencido de que pronto podrían reunirse de nuevo y empezar una vida como familia. En eso había quedado con su padre y en eso se esforzaba. Por entonces ni siquiera sospechaba que sus seres queridos, aquellos que deberían apoyarlo por encima de todo, lo estaban engañando, y que aquello que tanto deseaba jamás había estado tan lejos de su alcance.

Escribió muchas cartas a Carolina. ¡Docenas! Pero, confiado como era, nunca sospechó que las destruían pocas horas después de ser escritas. Al principio pensaba que podían haberse perdido, o que quizá la chica había cambiado de dirección. Sin embargo, sabía que Rachel se carteaba con ella sin complicaciones. Pronto empezó a sospechar que Carolina había pasado página, sospecha que le confirmó su prima cuando le comunicó que se había casado.

El matrimonio de Carol le pareció una traición. Dejó que el resentimiento sustituyera al amor que un día le profesó e intentó olvidarla. Jamás le habló a la niña de su madre, en contra de lo que prometió, y borró de la memoria los encuentros, las caricias y sus sentimientos. No quería volver a saber nada de ella. Anduvo de un lado para otro arrastrando un corazón despedazado que no atinaba

a recomponer. Se centró en su trabajo. Se encerró en el despacho y ganó millones, millones de libras. Entonces conoció a Susan.

La familia de Susan pertenecía a la misma asociación gremial de los Harris. Compartía los mismos eventos, asistía a las mismas fiestas benéficas y disfrutaba con las mismas reuniones estúpidas que Henry evitaba. Fue su abuelo, George, el que poco antes de morir le hizo prometer que le daría una oportunidad a la hija de los Davenport. Y así lo hizo. No podía evitarlo. Después de que se torciera todo con Carol, se propuso cumplir siempre con su palabra, aunque hacerlo le provocara serias dificultades. Era la única manera que tenía de calmar sus remordimientos. Quedó con Susan un par de veces y se esforzó mucho para que las citas funcionaran. Pero no fue así. Era atractiva y agradable, pero pertenecía a un mundo del que siempre quiso desvincularse. Por eso no consintió una tercera cita. No quería que la chica se ilusionara con una relación del todo inviable.

Susan lo perseguía. Se hacía la encontradiza demasiado a menudo y no paró hasta que se lo llevó a la cama o, mejor dicho, hasta que se coló en la de él. Fue una noche de mayo. Aporreó su puerta empapada, con una botella de licor en una mano y los zapatos de tacón en la otra. Estaba bien informada de que Henry estaba solo en la casa y aprovechó la oportunidad para echarle el lazo. ¡Y de qué manera! Se valió del melancólico estado de ánimo que mostraba últimamente, de las pesadillas que sabía que aguardaba con pavor, de los fantasmas que le invadían en el silencio. Lo sedujo con carantoñas y engaños, prometiéndole que calmaría su dolor. Y esa única noche de debilidad en la que consiguió que la aceptara en su lecho, se las apañó para quedarse encinta. Tres meses después contraían matrimonio con el beneplácito de las familias Harris y

Davenport, y la apatía del pobre Henry, que veía aquel nuevo embarazo tan solo como una oportunidad para reparar sus errores del pasado. Esta vez era adulto y actuaría como un caballero.

Con el nacimiento de James, Henry se entregó en cuerpo y alma a la paternidad. Por el día disfrutaba de cada pequeño avance, cada insignificante cambio que su hijo experimentaba. Por las noches, sin embargo, soñaba con Carol, con sus bucles castaños, con los ojos oscuros y su gracioso acento español. Su voz suave le susurraba en el subconsciente palabras hermosas y se despertaba con unos enormes deseos de hacerle el amor. Sin embargo, era a Susan a la que veía a su lado en el lecho y comprendía que la vida que compartían no era la que deseaba. Entonces abría la ventana, respiraba un poco de aire fresco, pedía clemencia al cielo y continuaba con su día a día como si esos delirios no hubieran existido. Pero la bomba a presión que albergaba en su interior cada día estaba más cerca de explosionar. Sentía un fuego ardiente en las sienes que le licuaba el cerebro y le provocaba fuertes migrañas. El dolor era a veces tan intenso que tenía que recluirse en su dormitorio a oscuras durante toda la jornada. La única persona que acudía a consolarlo era su hija, siempre tan dulce, tan amorosa. Se tumbaba junto a él, lo abrazaba, le llenaba la mejilla de besos, y era justo a partir de ese momento cuando el sufrimiento empezaba a disiparse. Así pasaban el dolor, la tristeza, la nostalgia, pero también pasaban los meses y los años.

Hacía tiempo que el matrimonio no compartía cama cuando William los reunió para confesar sus secretos, aunque nadie lo sabía. Ni siquiera lo sospechaban. Henry todavía no había pedido el divorcio por el bien de los hijos, y así de claro se lo había dejado a su mujer, pero ella no perdía la esperanza de recuperarlo. No sabía,

o no quería darse cuenta, de que, en realidad, jamás había sido suyo. Esa triste mañana de abril de 2007, poco antes de preparar la maleta para abandonar la finca de Hereford y regresar a Londres, Henry decidió cortar por lo sano.

—Susan, me marcho unos días. Cuando vuelva no quiero verte en esta casa. Puedes llevarte lo que te dé la gana. Pero te vas.

—¡Henry, por favor! Piensa en los niños.

—¿Qué niños? Mi hija es ya una mujer. Además, tú nunca la has querido. ¿Qué te crees, que no me he dado cuenta? Y James… a mi hijo lo voy a mandar interno a Eton, así que ya no te va a servir de excusa para presionarme. ¡Se acabaron los chantajes!

—Pero ¿y todo lo que tengo en Park Street?

—Puedes recogerlo un día que yo no esté allí. Habla con Francine para concretar una fecha.

—Por favor, ¡te quiero! ¡No puedo vivir sin ti! —insistió Susan agarrándole por el brazo— ¡No te vayas!¡No me dejes! —gritó, quebrándosele la voz en un gemido de desconsuelo.

Henry se volvió hacia ella. Se aclaró la garganta mientras reunía fuerzas para soltar la pregunta que lo reconcomía desde hacía mucho tiempo, y de la que en ese preciso momento le urgía la respuesta más que nunca.

—¿Soy yo el padre de James?

Susan palideció de repente. Se secó las lágrimas con un pañuelo de papel que apretaba en la mano y movió los labios intentando articular una respuesta que no llegaba. La boca se movía, pero las palabras no fluían.

—Te repito, Susan. ¿Es James mi hijo o no?

—Claro que es tu hijo. ¿De quién iba a ser si no?

—Dímelo tú.

—Es tuyo. ¡Te lo juro!

—Vale. Entonces no te importará que nos hagamos una prueba de ADN, supongo.

—Pero qué tonterías dices. Eso no es necesario. Es hijo tuyo, de verdad. ¿No lo has visto? Tiene tus mismos ojos. Tienes que creerme. ¿Por qué iba a mentirte? ¡Soy tu mujer!

—Ya no. Ya nunca más. Se acabó, Susan. ¡Se acabó!

Henry tuvo que retorcerle la mano para que lo soltara. Entonces ella se tiró a sus pies, suplicando, y se aferró a los tobillos con tanta fuerza, que se vio obligado a arrastrar la pierna con el peso del cuerpo de Susan amarrado, hasta que, pasados varios metros, consiguió liberarse. Una vez que llegó al umbral de la puerta y comprobó que permanecía vencida sobre la moqueta, tragándose sus propias lágrimas, Henry se colocó el flequillo hacia atrás en un ademán suave y añadió:

—Llamaré a mi abogado. Te aconsejo que te busques otro.

CAPÍTULO XXXIII:
EL PADRE DE HENRY

LONDRES, ABRIL DE 2007

Henry cargó el Aston Martin con lo indispensable y regresó a Londres. No soportaba ni un minuto más en compañía de Susan. Además, ahora que William había muerto, estaba decidido a ir a Madrid a buscar a Carolina. Por primera vez en muchos años se sentía libre y audaz, y no pensaba desaprovecharlo. Cada vez más a menudo se preguntaba cómo pudo dejarse engañar de esa manera. Por qué había sido tan estúpido. Alcanzó la puerta principal de su propiedad con la convicción de que reconduciría su vida hacia el camino que debió tomar desde el principio. No esperaba encontrarse con alguien que le removería los cimientos.

—Buenas tardes, ¿es usted el señor Henry Harris?

—El mismo. ¿Quién lo pregunta?

—Soy Desmond. Desmond Donnelly.

A Henry le dio un vuelco el corazón con el sonido de aquel nombre. Sabía quién era. De hecho, había dado órdenes a su abogado para que indagara sobre su paradero. Y ahora que estaba frente a él, tenía miedo de lo que le contaría. Antes de emitir una palabra, lo inspeccionó de arriba abajo. Se reconoció en su mirada azul intensa, en la mata de pelo rubio y en sus fornidas espaldas. No había duda de que llevaban la misma sangre.

—¿Qué es lo que quiere?

—Me gustaría saber si me permite hablar unos minutos con usted. ¿Podemos ir a algún lugar privado, por favor? —A pesar de sus largos años en Londres, un ligero acento irlandés hacía rechinar las palabras de Desmond, pero su educación era exquisita.

—Si quiere, pasamos a mi despacho —propuso Henry, a la vez que hacía sonar el timbre.

Francine abrió la puerta con ojos incrédulos. Estaba mayor, tenía una pequeña calva en la coronilla, canas en las sienes y los ojos plagados de arrugas, pero era Desmond. El pasado le estaba dando un duro golpe en la cara y no sabía cómo afrontarlo. Optó por hacerse la despistada.

—Buenas tardes, señor Harris. Bienvenido. ¿Viene solo? ¿La señora y el señorito James no lo acompañan?

—Esta vez no. Se han quedado en Hereford. Tengo que solucionar un asunto. De hecho, pienso viajar en breve.

—De acuerdo, señor. Avíseme si necesita que le prepare el equipaje.

Francine era ya una anciana, pero mantenía la energía intacta y se negaba a abandonar sus quehaceres cotidianos. Henry le había asegurado incontables veces que ya no era una empleada, sino un miembro más de la familia. Pero ella, testadura hasta el extremo, se empeñaba en que nada cambiara.

—Gracias, Francine. Mi invitado y yo tomaremos un tentempié en la biblioteca. ¿Quiere té o café? —preguntó dirigiéndose a su acompañante, que había cambiado la expresión de la cara al oír el nombre del ama de llaves.

—Café, por favor. Con leche y sin azúcar —contestó sin retirar sus pupilas de la mujer que evitaba mirarlo a los ojos.

—Está bien, ya has oído, Francine. Para mí lo de siempre. Por aquí, señor Donnelly —concluyó mostrando al irlandés el camino.

Ambos hombres se acomodaron, uno en cada extremo, en un pequeño sofá de cuero oscuro que estaba a los pies de la librería, junto a un escritorio de nogal tallado lleno de papeles revueltos. Se observaban con cautela, sorprendidos por el indiscutible parecido. El viejo advertía en el joven sus años mozos perdidos; el joven adivinaba en el viejo cómo el paso del tiempo, en vez de marchitar sus rasgos, los enaltecería. Pero, sobre todo, tenían claro que eran dos generaciones de la misma sangre. Padre e hijo, uno frente al otro, juntos por primera vez. Las pruebas de ADN no tendrían nada nuevo que decir al respecto. Los dos hombres se sentían amordazados. Las miradas hablaban, quizá intentando romper un silencio denso, pero las palabras no fluían. Sin embargo, los sentimientos brotaban en una cascada de sensaciones: duda, miedo, furia, anhelo, esperanza... El estrépito de varios cacharros estrellándose contra el suelo rompió el extraño hechizo. Henry fue el primero en reaccionar.

—Parece que han dado un traspiés mientras traían la bandeja con nuestros cafés. Esperemos que nadie se haya hecho daño.

En ese mismo momento, una Francine roja de vergüenza aparecía por el quicio de la puerta para disculparse por el pequeño accidente. Había tropezado con la punta de la alfombra del pasillo. En realidad, la bandeja se le había escurrido de las manos por culpa de los temblores que le provocaba la presencia de su hijastro. Un ayer lejano venía a buscarla, y temía que terminara engulléndola. Henry la vio tan pálida que le aseguró que no tenía por qué pedir disculpas y la instó a que los dejara a solas.

—Muy bien, señor Donnelly. ¿Podría aclararme el motivo de su visita? —dijo por fin, incrustando unos ojos hirientes en los de su interlocutor.

—Es complicado. La verdad es que no sé por dónde empezar…

—Quizá por contarme que usted es mi padre —cortó Henry, tajante.

Desmond contuvo un suspiro. El chico sabía su identidad, pero ¿desde cuándo?

—Disculpe. No tenía ni idea de que estaba al tanto. Le aseguro que me da cierto alivio que lo sepa. ¿Se lo contó su… —iba a decir padre, pero hizo una pausa para encontrar un apelativo más adecuado— el señor Harris?

—Así es. El viejo lo soltó todo justo antes de morir. Quería expiar sus pecados. Espero que allá arriba le haya servido de algo, porque aquí su confesión ha sembrado más dolor, si cabe —explicó con cierto tono de amargura.

—Lo siento.

—Un poco tarde para eso. ¿No cree?

—Mire, Henry. He venido a contarle mi versión de los hechos. Después puede creerme o no. Solo deseo que me escuche.

—Otro moribundo intentando quedar bien con Dios. ¿Está también enfermo?

—Siento decepcionarle, pero no, que yo sepa.

—No me decepciona. En verdad me es indiferente.

—Pues entonces no le importará dedicarme un poco de su tiempo, supongo.

Henry presionó su espalda contra la parte alta del sillón e intentó relajarse.

—Le escucho.

—Mi hermano Conor y yo nos quedamos huérfanos muy niños y pasamos a la tutela de mi tía Muriel. Tenía un carácter sombrío. A veces incluso nos daba miedo, pero era la única familia que nos quedaba, y gracias a ella salimos adelante. Conor sufría terribles pesadillas. A menudo despertaba a medianoche, aterrorizado. Mi tía sospechaba que ocultaba algún trauma y no paró hasta que averiguó el origen de aquellos temores. Por lo visto había presenciado el asesinato de mi padre a manos de nuestra madrastra. Se supone que yo también estaba allí, pero la verdad es que no recuerdo nada de nada. El caso es que Muriel entró en cólera. Descubrir que la muerte de su hermano no había sido un accidente la descompuso, y empezó a tramar un plan para vengarse. Si le digo la verdad, yo creo que su odio ocultaba algo más.

—¿Algo más?

—Sí. Algo que podría considerarse abominable.

—Lo siento, pero me he perdido —dijo Henry confuso.

—Digamos que mi tía quería a su hermano de una manera inapropiada.

—¿Estaban liados? —inquirió perplejo.

—No estoy seguro del todo, pero a veces me vienen imágenes de mi tía y mi padre juntos en la cama, desnudos. Es curioso, mi cerebro ha borrado el crimen, pero se empeña en conservar esas escenas.

—¿Y no las habrá soñado?

—Podría ser. Por eso le digo que no estoy seguro. Pero de lo que sí estoy seguro es de que odiaba a la mujer de mi padre mucho antes del crimen. Bueno, el caso es que yo era joven y se las apañó para involucrarme en sus planes. Me utilizó.

—Y cree que así justifica usted haber abusado de mi madre —interrumpió indignado.

—¡Eso sí que no! No abusé de ella. Me gustaba bastante. Era bellísima y se me entregó por voluntad propia. Estaba harta del rechazo que encontraba en los ambientes en los que se desenvolvía su familia, de las presiones para que se comportara como una auténtica Harris, de las llamadas vengativas de Rose, la exmujer de su padre. Quería romper con todo. ¡Se lo juro! Ella tomó la iniciativa. Fue su manera de rebelarse. No obstante, no estoy muy orgulloso de aquello.

—¿Y por qué la abandonó entonces?

—Mire, creo que no necesita que le explique las exigencias de su familia. Yo sabía que nuestra relación no tenía futuro. Un irlandés sobreviviendo en el East End y una señorita de Mayfair[61]… ¡Un despropósito! Además, éramos demasiado jóvenes. Yo no pensaba en el matrimonio y, como comprenderá, los Harris todavía menos. Me sentí sobrepasado y hui. La última vez que estuvimos juntos ella sabía que me iría. Se lo conté nada más verla aparecer por la puerta. Me sorprendió mucho que se presentara a esas horas. No la esperaba. Le dije que estaba decidido a regresar a Irlanda y le rogué que diera media vuelta y se marchara. Aun así, insistió mucho en quedarse y en que nos acostáramos por última vez. Me dijo que quería llevarse ese último recuerdo de nuestra relación. Y no supe negarme. Sé que hice mal. No tengo excusa. Pero de ninguna manera me aproveché de ella. De hecho, intentaba complacerla.

—¿Se enteró de lo del embarazo? —preguntó Henry sin dejar de sentir una punzada de dolor al pensar en sus propios errores.

—No. Le juro que no supe nada hasta…

Desmond interrumpió la frase. Debía encontrar la manera de explicarle cómo se enteró de su paternidad y de que Jasmine estaba muerta, sin mentir y sin provocar en su interlocutor el impulso de querer degollarlo.

—Hasta que descubrí que Muriel había hecho algo terrible.

—Vaya, resulta que es un mal que afecta a todos los desahuciados. Me refiero a eso de revelar secretos cuando estás al borde de la tumba. Yo no pienso tener ni uno solo cuando me llegue la hora. ¿Qué es lo que descubrió? ¿Que asesinó a mi madre?

—Yo no voy a morirme, por lo menos de momento. ¿Cómo sabe lo del crimen?

—Muriel quería que Francine sufriera y ella misma se lo contó todo. La pobre vivió con esa carga durante años, hasta que no pudo más y nos lo confesó.

—Entonces me quedo tranquilo. Precisamente por eso estoy yo ahora aquí. Necesito que lo sepa todo y quedarme tranquilo.

—Y… ¿Por qué ahora? Creo recordar que Muriel murió hace ya unos años.

—No lo sé. Quizá porque me siento viejo y quiero recuperar el tiempo perdido. Pero no estoy enfermo, que conste. Me gustaría que me creyera cuando le digo que, si hubiera sabido lo del embarazo, habría vuelto para hacerme cargo.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Soy católico. Habría cumplido con mis obligaciones como padre.

—¿Y con mi madre?

—Lo habría intentado.

—¿Sabe que con su huida la obligó a una vida que aborrecía? ¿Que fue muy infeliz? ¿Que hemos pasado décadas preguntándonos

qué había sido de ella?

Desmond notó que el terreno por el que deambulaban se estaba enfangando.

—Sí. Soy consciente. Y quiero que sepa que lo siento muchísimo.

—¡Qué bien que lo sienta! —contestó con claro retintín—. ¿Sabe lo que le digo? Que después de tantos años sufriendo por su ausencia, he descubierto que ya no me importa. Necesito pasar página.

El irlandés se sintió aliviado.

—¿Por eso se va de viaje? ¿Para pasar página?

—Pues sí. Hay una nueva vida que me espera y no quiero perder ni un minuto. Señor Donnelly, he escuchado su historia y, como ya sabe, tengo que organizar un viaje. Si no le importa… —dijo levantándose para acompañarlo hasta la salida.

—¿No quiere saber cómo murió su madre? Me gustaría contárselo. Para mí es importante.

—La verdad es que no. Como le he dicho, quiero pasar página, y hurgar en el pasado solo puede generarme más dolor.

—¿Está seguro? —insistió incrédulo.

—Muy seguro.

Desmond abrió una bolsa que llevaba colgada del hombro y le tendió el sonajero y la foto que guardaba desde que descubrió el cadáver de Jasmine.

—Permítame solo que le entregue esto.

Henry cogió el sonajero y lo echó a un lado. No demostró mucho interés en ese artilugio antiguo. Sin embargo, tomó la foto entre las manos y miró fijamente la imagen. No pudo evitar que dos lagrimones resbalaran por sus mejillas. Estuvo un buen rato callado, intentando contener su turbación como le habían enseñado de niño, pero no lo conseguía. Tuvo que morderse los labios para ahogar el

llanto. Desmond apretó su hombro, comprensivo. Henry se zafó con un gesto arisco. Tras unos segundos en silencio, se excusó.

—Disculpe. Es solo que… me cuesta asimilar todo esto. Lo importante es que por fin sé cómo era. Llevo toda la vida preguntándome por su aspecto y ahora… —suspiró conmovido.

Desmond hizo ademán de marcharse. Prefería dejar a Henry a solas con sus emociones. Pero no perdería la oportunidad de ganarse su perdón.

—Bueno, yo ya me marcho. Solo una cosa más. Quiero que sepa que vivo en Derry con mi familia. Las cosas ahora están muy tranquilas por allí. Si decide incluirme en esa nueva vida suya, no tiene más que hacérmelo saber. Aquí tiene mi dirección y teléfono —dijo mientras dejaba sobre la mesa una tarjeta de visita— mi esposa, mis tres hijos y yo estaremos encantados de recibirlo en nuestro hogar.

—Lo pensaré. Buenas tardes, señor Donnelly —y le estrechó la mano en un ademán sincero.

A primeros de mayo, Henry aterrizaba en Madrid con una maleta en la mano, un montón de disculpas amontonadas en la garganta y la esperanza de que Carol todavía le quisiera, anclada en el corazón.

---

61 El East End es una zona popular de Londres que en aquella época tenía muy mala reputación. Mayfair era y es uno de los barrios más caros y exclusivos de Londres.

CUARTA PARTE:
CADA HISTORIA TIENE SU FINAL,
¿O NO?

CAPÍTULO XXXIV:
EN MADRID

MADRID, PRIMEROS DE MAYO DE 2007

Carolina escrutaba la pantalla del ordenador intentando ponerse al día con las últimas ventas. Se había vuelto a levantar con dolor de cabeza. Desde la madrugada siniestra que apareció manchada de sangre notaba fuertes pinchazos en las sienes y, por mucho que intentara recordar, las lagunas continuaban. Esa mañana hacía mucho sol, aunque también aire fresco, así que se había puesto un jersey fino bajo el traje sastre. Aun así, mostraba un aspecto elegante y formal. Era la primera vez que iba a la oficina en mucho tiempo. Normalmente ella se encargaba de las visitas y Gonzalo del papeleo. Pero esa mañana su marido había ido a Toledo a ver unos terrenos y Carol se vio obligada a quedarse a cargo de la oficina. Un haz de luz espeso y brillante atravesaba la gran cristalera del escaparate impidiéndole enfocar bien la vista, así que se levantó a bajar un poco los estores. Le pareció ver una sombra fija en la esquina del local, pero no le dio demasiada importancia. Era una calle bastante concurrida y el establecimiento estaba junto a una parada de autobús.

Henry observaba a Carol sin atreverse a entrar. Estaba igual que la recordaba: la misma melena rizada, la misma figura espigada, los perturbadores ojos negros… Una ráfaga de nostalgia se apoderó de él. El tiempo había pasado demasiado deprisa. Estaba claro que había tomado las decisiones equivocadas y no sabía si sería capaz de

enmendar sus errores. Y lo peor era que después de haber sobrevolado el mar y el trozo de planeta que los separaba, le daba miedo intentarlo. Cada vez que pensaba en dar un paso al frente para llamar a la puerta, la incertidumbre lo frenaba. ¿Lo reconocería? ¿Aceptaría escuchar sus palabras? Era curioso que habiendo dado ya los pasos más importantes, los más duros, como dejar de una vez por todas a Susan y plantarse en Madrid, ahora le costara tanto recorrer los últimos tres metros. Volvió a adelantar el pie derecho y acto seguido retrocedió sobre sus pasos. Tras dos nuevos intentos fallidos, se acercó decidido a la puerta y la abrió con tanto ímpetu que Carol se sobresaltó, se puso en pie con rapidez, giró la cabeza hacia el extraño que accedía a la oficina con semejante poderío, y decidió interrogarlo.

—¿Qué es lo que desea? ¿Ha quedado usted con Gonzalo? Es que hoy está de viaje.

Henry se quedó paralizado, le fijó la mirada y, con una voz dulce y susurrante, habló en el impecable inglés británico que ella llevaba tantos años sin escuchar.

—Hola, Carol. Soy yo, Henry. He venido a verte. Tenemos que hablar.

Carolina palideció. Una descarga eléctrica atravesó sus ojos y la estremeció de arriba abajo, provocándole espasmos que sacudieron su cuerpo hasta los pies, haciéndole perder el equilibrio. Aturdida, a punto de caerse al suelo, advirtió como Henry se lo impedía, asiéndola por el brazo. Después, la ayudó a sentarse en su butaca y ocupó la silla situada frente al escritorio.

—Carolina, sé que no sabemos nada el uno del otro desde hace muchos años, demasiados, pero me gustaría que me escucharas. ¿Por favor, podemos ir a algún sitio a charlar?

—Lo siento, no cierro hasta dentro de una hora —contestó seca.

—Pues si quieres vengo en una hora a buscarte. Te recojo y nos vamos a algún café o a dar un paseo. Tengo muchas cosas que contarte. ¿Te parece bien?

Carolina asintió con la cabeza porque era incapaz de pronunciar una palabra. Durante los pocos minutos que había durado la conversación con el inglés, había estado pellizcándose los muslos bajo la mesa para confirmar que estaba despierta, y que esa aparición no era ningún sueño.

Henry tenía el cabello todavía más claro de lo que recordaba, quizá por las suaves mechas de canas que le plateaban las sienes. También estaba un poco más musculoso. Durante años había retenido en la memoria la imagen de su cuerpo delgado, casi adolescente. Ahora se presentaba ante ella un hombre fuerte y decidido. Recorrió su silueta con la mirada. El pantalón dejaba adivinar unos cuádriceps trabajados con rigor de gimnasio, aunque sus ojos eran los mismos. El mismo cielo de junio continuaba sereno bajo las rubias pestañas. Y sin saber la razón, sintió un calor insoportable en el pecho al recordar que una vez esas piernas estuvieron enredadas con las suyas, y esos ojos reflejados en sus iris… Sin darse cuenta se humedeció los labios para tomar aire e intentar responder a la pregunta que él ya le había repetido varias veces. Deseó con todas sus fuerzas que el sonido de su voz se hiciera hueco entre los labios ligeramente mojados y entonces, sin poder acertar a explicar quién tomó la iniciativa, se besaron. Fue un beso ardiente, violento, exigente. El mundo dejó de existir en ese momento de delirio en el que, al igual que una tarde de 1984 en el sótano de una elegante casa de Londres, ambos eran incapaces de parar. Fue Henry el que esta vez lo hizo.

—Carol. Mi Carol. ¡Cómo te he echado de menos! Vente conmigo al apartamento. Tengo demasiadas cosas que explicarte. No sabes bien cuántas.

Carolina dudó unos segundos. Primero debía recuperar la respiración porque jadeaba. Estaba confusa. Su mente le pedía que rechazara la oferta. Su corazón anhelaba recuperar el amor que un día se perdió en las aguas oscuras del infortunio. Además, no conseguía descifrar si en realidad no estaba sumergida en un profundo sueño. De repente lo vio claro. Se trataba de una alucinación, una ilusión. Una más desde la terrible noche. Pero por una vez era agradable y había decidido abandonarse a ella. Dio un sorbo a un vaso de agua que tenía sobre la mesita, bajó los estores hasta abajo, se echó el bolso al hombro, cogió las llaves, dio la vuelta al cartel de abierto y cerró la puerta tras de sí.

Tres horas después de atravesar el umbral de la puerta del apartamento que Henry había alquilado en Madrid, apenas quedaba oxígeno entre sus cuatro paredes. Fue Henry el primero en abalanzarse sobre su amor, deseoso de sofocar todo el fuego que había acumulado a lo largo de los años. Posó los labios sobre los de ella, se adentró en su boca y bebió de aquel elixir cuyo sabor todavía no había podido olvidar. Carolina respondió con una pasión desbocada: ni sabía ni quería contenerla.

Un torbellino de abrazos, caricias, besos, susurros y arrumacos fulminó el poco aire circulante. El movimiento de sus cuerpos empezó a ser frenético, un trueque constante de sensaciones. No podían parar de amarse. Sus bocas jadeaban; el roce de sus pieles despedía chispas, el intercambio de miradas descargas eléctricas. Enredaron las piernas, encajaron sus ingles y sacudieron sus caderas en un vaivén apasionado, ajenos a la realidad, indiferentes al resto

del mundo. Ascendieron hasta el infinito, sin reproches, soltando el lastre de todo aquello que los había separado. Alcanzaron el éxtasis varias veces, y no recobraron la consciencia hasta que, exhaustos, necesitaron reponer fuerzas. Entonces, Henry, enroscando uno de los rizos de Carolina alrededor del dedo índice, decidió arrancarse todo lo que llevaba guardado en el pecho y que lo estaba asfixiando. No le dio tiempo. Carolina lo apartó con brusquedad y le clavó unos ojos severos que rompieron el encantamiento. De pronto se descubrió desnuda, trémula. Echó mano de la colcha y, tapándose con ella hasta el cuello, no pudo evitar que los reproches se adueñaran del momento.

—¿Por qué? ¿Por qué no he sabido nada de ti durante años y ahora te presentas como si nada? ¡Me prometiste que nos reencontraríamos en cuanto organizaras una vida para los tres! ¡Te creí, Henry! —Y no pudo evitar ahogar estas últimas palabras en un sollozo desgarrador.

—Mi padre interceptó nuestras cartas. Tú no recibías las mías y yo tampoco las tuyas. Fui un idiota, Carol. Creí todo lo que me decían en casa y renuncié a ti, a nuestra vida juntos. Si he pecado de algo, es de ingenuo. ¡Te lo juro!

—Podrías haber preguntado a Rachel. Ella siempre estuvo al tanto de todo.

—Lo hice, pero fue demasiado tarde. Me contó lo de tu boda y me sentí perdido. Que te casaras tan pronto no hizo más que confirmarme todo lo que mi padre decía de ti.

—¿Y qué decía? ¿Qué no era adecuada para ti? El problema es que tú también lo pensabas. Henry, habían pasado años. Estaba rota, y Gonzalo me remendó el alma. Sin él habría muerto de pena.

—¡Pero yo te quería, Carol! Trabajé como un loco para construir un futuro. Mi padre nos engañó, y fui un imbécil por no darme cuenta. Esa es la pura verdad.

Carolina percibió el temblor de los labios de Henry. Se vio reflejada en sus ojos atormentados, y supo que todo lo que le estaba diciendo era verdad.

—¿Y Georgina? ¿Se sigue llamando igual? ¿Está bien? —cortó con timidez. No estaba segura de querer escuchar la respuesta.

—Sí. Georgina está muy bien. Es una chica preciosa. Se parece a ti. Ha venido también a Madrid. Fue ella la que tomó la iniciativa. Es joven, pero tiene mucho más valor que ninguno de nosotros. Quiere conocerte.

Carolina estiraba con tanta fuerza la punta de la colcha que ya le cubría hasta la boca. Iba a ser complicado mantener una conversación así. Los nervios la ahogaban, el corazón le latía a velocidad de vértigo, y no era capaz de apaciguarlo. Siempre había soñado con el momento de reencontrarse con su hija, pero sabía que era un anhelo imposible, una quimera. Ahora que podía hacerse realidad tenía miedo, un miedo horrible.

—¿Por qué ahora, Henry? ¿Por qué de repente queréis poner mi vida del revés? ¡Con lo que me ha costado salir adelante!

—Porque William, mi padre, lo confesó todo antes de morir, y entonces tuve claro que no quería hacer lo mismo. Que no me guardaría nada para mi lecho de muerte. Quiero enfrentarme a mis demonios ahora, cuando todavía estoy a tiempo de vencerlos. Carolina, te quiero. Nunca he dejado de hacerlo. He venido para decírtelo, para gritártelo si fuera necesario, y llevarte conmigo. Necesito recuperar el tiempo perdido, contigo, con nuestra hija, los

tres juntos —concluyó en un susurro mientras la envolvía en un abrazo ardiente.

Carolina se abandonó al calor de ese cuerpo con el que vibraba sin pretenderlo. Cerró los ojos y, por un segundo, vislumbró la vida que podría haberles pertenecido y que se les escapó como arena entre los dedos. Después pensó en Gonzalo, en los esfuerzos que hizo para frenar su deriva, para enderezar las torcidas ramas de su existencia. No se veía capaz de hacerle daño. No podía pagarle así su entrega. No se lo merecía.

—Henry, soy una mujer casada —interrumpió con voz seria.

—Lo sé. Lo sabía antes de venir a buscarte. No me importa. Solo necesito saber si todavía me quieres, si todavía deseas darnos una oportunidad.

—No puedo dejar a Gonzalo. Él es ahora toda mi vida.

—Pero… ¿Le quieres? ¿Estás enamorada de él?

—No es tan fácil. No se trata de quererlo o no. Se trata de que le pertenezco. Y él me pertenece a mí. Tenemos un compromiso. Eso es algo que no puedo cambiar.

—¡Sí puedes! —contestó tajante.

—¡No puedo! —gritó con desesperación.

—¿Ni siquiera por nuestra hija?

—Tengo que pensarlo —zanjó—. Y, por favor, no me llames hasta que tome una decisión. No creo que sea prudente.

—¿Cuánto tiempo necesitas? Georgina está impaciente por conocerte. Fue ella la primera que llegó a Madrid dispuesta a encontrarte. Yo mismo la he convencido esta mañana de que debía esperar el momento oportuno. Estaba decidida a venir conmigo.

—¡No lo sé! Pero después de tantos años… ¿Qué más te da esperar unos días? Por favor, no me presiones. No seas egoísta. Te

vendré a buscar en cuanto tenga algo que decirte.

Henry se mordió el labio inferior con tanta fuerza que casi se hizo sangre. Después del apasionado reencuentro daba por hecho que conseguiría sus objetivos. Había sido demasiado optimista. Ahora ella necesitaba tiempo y él no soportaba ni pensar en concedérselo.

Gonzalo observó escondido tras una furgoneta cómo su esposa entraba en un bloque de apartamentos con un desconocido tan rubio que parecía más nórdico que español. Con paciencia esperó durante varias horas hasta que salió sola del portal. Estaba claro que no había sido una visita de trabajo. No se tarda horas en ver un piso en venta. Además, llevaba el pelo revuelto y tenía aspecto desaliñado. Como si acabara de levantarse de la cama. Una ráfaga de ira le atravesó el pecho cuando cayó en lo que eso significaba. Una vez estuvo seguro de que Carolina se había alejado de la zona lo suficiente, intentando reprimir el enojo, se adentró en el laberinto de puertas del inmueble intentando adivinar cuál sería la acertada. En ningún momento se percató de que a él también lo seguían

El día había traspasado su momento de máximo esplendor. Los rayos de sol continuaban brillando, pero empezaban a caer y el cielo, poco a poco, se coloreaba de un tono anaranjado. Varios kilómetros antes de llegar a la ciudad de Toledo, Gonzalo tomó un desvío que pronto se convirtió en una senda rural que se introducía en una de las fincas que tenía a la venta en la inmobiliaria.

Cruzaron una gran extensión de terreno llano que desembocaba en una antigua casa de guardeses, las viejas cuadras, unas cochiqueras y los corrales, ahora todo abandonado. Algunos utensilios de trabajo oxidados se apoyaban sobre las paredes: una pala, un azadón, un rastrillo, una hoz… El camino moría a los pies de una casona de muros de piedra dorada y cubierta rojiza. Mostraba grandes

ventanales que, en su mayor parte, estaban apuntalados con tablones de madera o tapiados con ladrillo. En el tejado había germinado la hierba, y alguna florecilla primaveral asomaba con timidez entre las tejas. La chimenea estaba parcialmente derruida y el portalón de entrada parecía que iba a ceder, pero un tronco grueso lo sujetaba. Y es por eso por lo que, aunque el aspecto del edificio era señorial, su imagen se presentaba desoladora, incluso tétrica.

Gonzalo aparcó el automóvil bajo un techado de uralita. Salió despacio y animó a Henry a que lo siguiera. Su inglés no era bueno, pero el matiz irónico y el tono áspero de su espanglish lo hacía comprensible. Era evidente que estaba muy enfadado.

—¿Entonces son estos los terrenos? —preguntó Henry, intranquilo. No le gustaba nada lo apartados que estaban de la carretera principal.

—Sí. Llevan mucho tiempo a la venta, por eso han rebajado el precio a la mitad. Son una oportunidad única para invertir —contestó Gonzalo poniendo en práctica su pericia como vendedor.

—Pues no sé qué decirle. Parece que todo aquí está en muy mal estado.

—Por eso los han rebajado. La casa quedará espectacular con una buena reforma. Me extraña mucho que no se los ofreciera Carolina. Olvídese de lo que le haya ofertado antes. El negocio está en esta finca. Con la rebaja, es la joya de la inmobiliaria. ¡Claro! —exclamó con cierto retintín—, es que cuando se ha reunido con usted, ella todavía no estaba al tanto. El propietario me lo ha confirmado a última hora y no he conseguido comunicárselo. Lo he intentado varias veces, pero ha tenido el teléfono desconectado durante horas.

No sé qué le habrá pasado —explicó añadiendo una mirada acusadora al tono ya claramente cáustico.

Henry se irguió sobre sí mismo. No se fiaba de ese hombre. Era evidente que espiaba a su mujer y que no se había creído la patraña que le había contado sobre su intención de invertir en inmuebles en España. Gonzalo apareció preguntando por su esposa poco después de que ella se marchara, y él no había tenido más remedio que mentir sobre la razón de su visita al apartamento. Ahora veía claro que no se había creído ni una sola palabra.

—¿Qué quieres, Gonzalo? —preguntó rompiendo con el tono formal de la conversación.

—Saber si has venido a robarme a mi mujer.

Henry sintió un escalofrío. El tono del español era hiriente, aunque lo comprendía.

—¿Y si es así?

—Sentiría tu decepción. Carolina es mía y no va a largarse contigo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque me quiere a mí. Yo la salvé. Yo recogí sus pedazos cuando le arrebataste la vida entera. No tienes ni idea de cómo vino de Londres. No era ni persona. Bebía más de la cuenta, se drogaba a diario y, mucho peor, se perdía entre las sábanas de cualquier sinvergüenza que le ofreciera un poco de evasión. Se ha acostado con muchos ¿Sabes? Te olvidó sustituyéndote por otros. ¡Docenas! Lo convirtió en una especie de competición. Saltaba de cama en cama para ver hasta dónde aguantaría. Yo la acunaba por las noches, le susurraba palabras hermosas, le enjugaba las lágrimas con caricias. La liberé de toda esa mierda tuya que arrastraba, y no me va a dejar, te lo aseguro.

—Y si lo tienes tan claro, ¿por qué me has traído hasta aquí?

Gonzalo notó un calor que le presionaba el pecho. La respiración se le entrecortaba y apenas podía tomar aire. Odiaba a ese hombre. Lo odiaba tanto como tiempo atrás odió a sus padres. El dolor que sentía imaginándolo con Carolina era muy parecido al que se apropiaba de su cuerpo infantil después de las terribles palizas que le propinaban. Ese hijo de puta le estaba martirizando y no podía soportarlo.

De repente, un chasquido interior retumbó en su cabeza. Los ojos se le tornaron vidriosos y perdió la mirada en un horizonte impreciso. Agarró una de las herramientas que descansaban sobre la pared y amenazó a Henry. El inglés quería que su oponente se tranquilizara. Estaba fuera de sí, y no le conocía lo suficiente como para saber si sería capaz de agredirle. Poco a poco fue retrocediendo sobre sus propios pasos, pidiendo calma con voz firme. Gonzalo bajaba ya la pala cuando Henry introdujo el pie en un agujero y perdió el equilibrio. Fue tan inesperado que Gonzalo no tuvo tiempo de sujetarlo y cayó hacia atrás, como un fardo, dándose un fuerte golpe en la nuca.

CAPÍTULO XXXV:
UNA DIFÍCIL DECISIÓN

MADRID, PRIMEROS DE MAYO DE 2007

Carolina estaba muy alterada. Continuaba pellizcándose a sí misma para asegurarse de que no estaba teniendo un sueño o, todavía peor, una pesadilla. Llevaba más de veinte años pensando en Henry. Preguntándose que habría sido de su vida si hubiera cumplido su palabra y unido sus destinos. Y ahora que lo había tenido delante, suplicando que lo siguiera, no sabía qué hacer. Si volvía a ver a Henry, su mundo se evaporaría como el rocío de la mañana bajo la fuerza implacable de las luces del día. Y eso no le convenía. ¿O sí?

Trabajó sin descanso hasta bien entrada la noche. Era mejor ocupar el tiempo con asuntos que le demandaran atención. Así dejaría de pensar en el inglés, aunque fuera imposible. No podía borrar la imagen de sus cuerpos fundidos bajo las sábanas. Ni obviar el intenso aroma a él que desprendía su camisa. Ni siquiera se veía capaz de enfrentarse al ordenador sin que el azul de sus ojos se materializara en la pantalla. Se sentía invadida por las llamas y no conseguía apaciguarse. Necesitaba los abrazos de Henry, abandonarse a esa fantasía que le erizaba la piel y le empapaba la ropa interior. Pero ese deseo le hacía sentirse culpable y pensaba en Gonzalo, en la dulzura de sus besos, en cómo se preocupaba por ella. Entonces, el frío de su propia traición le atravesaba las entrañas y temblaba. Al final del día, su cabeza había dado tantas vueltas a

las múltiples ventajas y desventajas de entregarse a Henry, que le dolía horrores.

Llegó a casa muy tarde. Por suerte Gonzalo tampoco había regresado. Dejó las llaves sobre la mesita de la entrada y fue directa a coger un ibuprofeno a la cocina. De camino fue quitándose las sandalias, la chaqueta y las medias que se quedaron tiradas por el pasillo de mala manera. Normalmente era Gonzalo el desordenado, pero era tan potente el latido de la sangre sobre sus sienes que le costaba concentrarse. Buscó en el botiquín que había sobre la mesa de la cocina. No quedaba ningún blíster. Seguro que Gonzalo había dejado el último en cualquier parte. Abrió todos los cajones situados bajo la encimera buscando entre tenedores, palillos chinos, sacacorchos y paños de cocina. El analgésico no aparecía. Entonces lo vio, perfectamente colocado entre los otros cubiertos, limpio y brillante, como si lo acabaran de afilar. No había duda: era el cuchillo con el que agredió a Marcos. ¿Desde cuándo llevaría ahí? No recordaba haberlo visto antes, y habría jurado que lo olvidó en la escena del crimen. ¿Era posible que el estado de shock le hubiera hecho pensar lo contrario? Parecía raro porque, tras el incidente, el cuchillo había sido su principal preocupación. ¿O no? ¿Se estaría volviendo loca? Estaba en esas cavilaciones cuando oyó el pestillo de la puerta de entrada y a Gonzalo avanzando por el pasillo. En un ademán rapidísimo cerró todos los cajones y se encaminó a su encuentro.

—¡Carolina! Casi me tropiezo con tus zapatos. Los has dejado tirados en la entrada.

—Lo sé. Perdona, pero es que tengo un dolor de cabeza insoportable y no encuentro el ibuprofeno.

—¿No queda en el botiquín?

—Parece que no.

—No te preocupes. Ahora mismo me voy a la farmacia de guardia a por un paquete. Déjame acompañarte al dormitorio y me marcho en una carrera a comprarlo.

—¿Harías eso por mí?

—Claro que sí.

—Qué bueno eres conmigo, Gonzalo —respondió al borde del llanto. No sabía la razón exacta, pero tenía unas incontenibles ganas de llorar.

—Soy tu marido y te quiero. ¿Qué no haría yo por ti, mi vida? —murmuró, dándole un beso en la punta de la nariz—. Anda, métete en la cama e intenta relajarte. Ya me encargo yo de todo.

CAPÍTULO XXXVI:
EL TRANSEÚNTE SOLITARIO

MADRID, PRIMEROS DE MAYO DE 2007

Camilo Palomino Manchado estaba solo. Siempre lo estaba. Y no porque fuera una persona huraña. Jamás escatimaba esfuerzos para ganarse el aprecio de la gente que lo rodeaba, pero no lo conseguía. No sabía si era por su aspecto anómalo, sus ojos saltones, el pequeño tic que le obligaba a hacer guiños cuando estaba nervioso o su torpeza para entender los secretos de las interacciones humanas, pero ni siquiera tenía novia. Nunca la tuvo, aunque sí se desposó. Se casó de penalti con la hija de una vecina de sus padres, si bien, a decir verdad, no estaba seguro de que la niña fuera suya. Ni siquiera recordaba con nitidez la noche en la que se suponía que había sido engendrada. Estaba tan borracho que las imágenes se le emborronaban en el cerebro. Era la primera vez que una mujer se le insinuaba y, muerto de vergüenza, pensó que el alcohol lo ayudaría. De ese único momento de intimidad pasaron al matrimonio, y del matrimonio al paritorio del hospital. Todo sin preparación ni preámbulos.

El caso es que después del nacimiento de Marta, su esposa los abandonó, a los dos. No volvieron a saber de ella. Crio a la niña lo mejor que pudo y le cogió tanto cariño que pasó por alto que, a medida que se hacía mayor, cada vez era más evidente que ninguno de los rasgos de los Palomino la acompañaba. Era guapa y carismática. Tenía docenas de amigos y todo el mundo la adoraba.

Poco tiempo después murieron sus padres, los dos juntitos. Un tren los arrolló en un paso a nivel sin barreras una noche de niebla espesa. Aquel accidente lo complicó todo. Sin los abuelos se las tuvo que apañar para ocuparse de la niña y hacer malabares para cuadrar los horarios él solo. Gastó mucho dinero en niñeras y en compensar su ausencia con regalos. Después vinieron las clases particulares y los colegios de pago. Todo le parecía poco para su pequeña. Camilo, el de los ojos de sapo, el raro, el del aspecto siniestro al que nadie hablaba, jamás se hubiera atrevido ni a soñar con tener a su lado a un ser tan bello y perfecto. Se sentía orgulloso, tanto que no escatimaba en gastos. Vinieron años de despilfarro y se endeudó mucho, demasiado. La repentina muerte de la joven le abrió los ojos. El objeto de su gasto ya no tenía razón de ser y, agobiado por la terrible pérdida y por las deudas, entró en depresión. Para paliarla, sus vicios como mirón se multiplicaron, y también los excesos, que lo arrojaron a una espiral de insensatez. Convirtió el seguimiento y vigilancia de personas en su ocupación prioritaria y perdió el norte. Ahora se encontraba a orillas del abismo, a punto de caer por un despeñadero de angustia sin retorno. Solo podía desahogar sus miedos hablándole a Gus, que, como buena mascota que era, se acomodaba en su regazo para ofrecerle cariño, pero carecía de la capacidad para aportarle respuestas.

Llevaba semanas sin dormir. No podía dejar de darle vueltas a las decisiones que le habían introducido en ese agujero negro. Tal vez por culpa de la desolación que acompañó la muerte de Marta…

Durante años, había estado desviando pequeñas cantidades de las cuentas. La empresa tenía cientos de movimientos diarios, y creyó que nadie se enteraría. Había sido muy iluso por su parte pensar que lo pasarían por alto. Cuando saltó todo por los aires, cometió el

segundo error. Juró que devolvería hasta el último euro si no lo denunciaban. Como si fuera capaz de reunir semejante suma. ¡Ni toda una vida sería suficiente para conseguirlo! Consciente de esa certeza, llevó a cabo el peor de los desatinos, el más arriesgado. Chantajeó a su jefe con una conversación comprometida que le robó con una grabadora oculta. Eso lo enfureció, y, aunque las pruebas fehacientes del desliz lograron apaciguarlo, desde entonces, Camilo sentía que su existencia pendía de un hilo. Por eso le pareció tan buena idea ocultar a la policía que tenía fotos esclarecedoras de la noche del crimen del parque. Al revelarlas había descubierto a uno de sus acechados habituales en varias de ellas. Tenía las manos y la camisa manchadas y, aunque las instantáneas no eran perfectas, estaba seguro de que era sangre. Llevaba una bolsa al hombro que también parecía teñida de un fluido oscuro. Se sorprendió porque el individuo no era el prototipo de persona que ronda esa zona. Solía hablar con prostitutas y les daba dinero, pero nunca mantenía relaciones con ninguna. Suponía que buscaba información o a alguien. Había averiguado que tenía una extraña relación con una chica nueva. Una que daba el cante porque parecía recién salida de la cafetería Embassy[62]. Él era su sombra protectora y ella ni se enteraba. Tenía claro que se trataba de un tipo elegante, que la chica era su amante, y que ambos, al margen de su desahogada vida en común en una de las mejores zonas de la ciudad, se escondían mutuamente algo.

Por eso se le ocurrió la gran idea de utilizar sus averiguaciones para sacarles dinero. Las últimas fotos le confirmaron que la fortuna, por fin, estaba al alcance de su mano. La noche del veinte al veintiuno de abril bajó al parque más tarde de lo habitual porque no se encontraba bien. Le dolía la garganta y hasta barajó quedarse en

la cama. Menos mal que el antigripal hizo efecto deprisa y se aventuró a salir, a pesar de que sabía que a esa hora ya no quedaría casi gente ni parejas a las que espiar. Pero la luna llena lo animó. ¡Bendita decisión! Él, Camilo el raro, Camilo el retraído, el de los ojos de rana… quizá había encontrado la manera de conseguir mucho más que un fajo de billetes. Si jugaba bien sus cartas, todos los problemas se solucionarían para siempre.

Camilo abrazó efusivamente al galgo, que respondió al gesto moviendo la cola de un lado a otro. Ese perro era lo único que le quedaba. Gus le lamía la cara, y él intentaba controlar los latidos de su corazón que retumbaba frenético. Nunca había estado ante una operación de semejante envergadura. No carecía de riesgos, pero había tomado una decisión. Sabía cómo sacar a esos dos una buena suma de dinero. Y lo haría. Por él mismo, por Gus, por el futuro de ambos. La suerte estaba echada.

---

62 Cafetería, salón de té y pastelería enclavada en el Paseo de la Castellana durante 86 años y que recibía a la clientela más selecta y elegante de Madrid.

CAPÍTULO XXXVII:
UNA SENSACIÓN DE DESASOSIEGO

MADRID, PRIMEROS DE MAYO DE 2007

Carolina se levantó con el dolor de cabeza latente, pero la mente bien despejada. La noche anterior, tras meterse en la cama, su marido le preparó una tisana para tomar con los analgésicos y le dio un masaje en la nuca que le descargó bastante la tensión. Recordaba con claridad que, al amanecer, incitado por los primeros rayos de sol, Gonzalo le acarició la espalda, escurrió la mano hasta sus nalgas y le introdujo los dedos en la vagina. Al terminar la maniobra se giró sobre ella y, de una manera más brusca de lo habitual, la poseyó. Era la primera vez que lo hacía de esa forma, con una agresividad exagerada, y empezó a preguntarse si no sabría algo sobre Henry. Hablaría con él por la noche, cuando regresara de Toledo. Por lo visto, la bajada de precio había generado mucho interés en la propiedad.

Después de una ducha refrescante y dos cafés, Carolina se dirigió a la oficina para ver si conseguía terminar el trabajo que había dejado a medias el día anterior por falta de concentración. En la entrada había una chica esperándola. Parecía extranjera. Era alta y delgada. Una gruesa trenza de cabello azabache le caía sobre la espalda. Al verla se volvió hacia ella. A Carol se le cortó la respiración. Sus ojos eran azules y tenían la misma expresión que los de Henry, la misma dulzura, el mismo iris límpido.

—¿Eres Carolina Legazpi? —Le preguntó en un perfecto inglés británico.

—Sí —atinó a contestar en un susurro.

—¿Podríamos hablar unos minutos? —preguntó nerviosa.

—Por supuesto, pasa.

Carol echó el pestillo de la puerta principal y procuró subir los estores lo justo para que entrara un poco de luz sin que se viera el interior del despacho. Después, animó a la joven a que tomara asiento frente a ella.

—¿En qué puedo ayudarte? —inquirió con tono serio.

—Mira, no me voy a andar por las ramas —su voz firme y clara no fue capaz de ocultar un ligero temblor en todo su cuerpo—. Soy Georgina Harris, tu hija.

Un torbellino de emociones invadió el pecho de Carolina al escuchar esas palabras: su hija. Su hija estaba delante de ella. ¡Era real! La observó con más detenimiento. Vestía unos vaqueros desgastados que dejaban al descubierto el ombligo, en donde lucía un piercing plateado sobre una piel bronceada. Tenía el vientre plano, las caderas discretas, la cintura estrecha y por el escote se adivinaban unos senos abundantes. El pequeño top anudado a la espalda apenas dejaba espacio para la imaginación, la verdad. Sin duda era una criatura muy hermosa. El equilibrio perfecto entre las tres nacionalidades que corrían por sus venas: el cabello negro y la piel tostada de su abuela hindú, la distinción aristocrática de su padre inglés y el atractivo arrollador de los Legazpi. Podía estar tranquila. La naturaleza había sido generosa con ella.

—Hola, Georgina. Me alegro de conocerte —acertó a decir tartamudeando.

—Yo también. Bueno, el caso es que ya tendremos tiempo de hablar sobre este aspecto. Ahora vengo a pedirte ayuda.

—¿Ayuda?

—Es mi padre. Ayer estuve todo el día en una excursión en Segovia. Él me pidió que me marchara. Quería venirte a buscar y hablar contigo a solas antes de presentarnos. El caso es que de vuelta al apartamento no pude encontrarlo por ninguna parte.

—¿Qué dices? —chilló Carol poniéndose de pie de un salto. De repente estaba aterrorizada y no entendía la razón. Era imposible que a Henry le hubiese ocurrido nada malo. No ahora que acababan de reencontrarse. ¡No lo soportaría!

—Ha desaparecido, aunque todas sus cosas siguen en la casa. Supuse que a lo mejor estaba contigo. Anoche lo esperé durante horas. Al final me venció el sueño y me quedé dormida. Esta mañana me he despertado sobresaltada al oír un portazo. Pensaba que era él, pero resultó ser la puerta del apartamento de al lado. Papá no ha pasado la noche en su cama. Lo he comprobado. Le he llamado varias veces al móvil. No contesta. Estoy muy preocupada.

—Ahora yo también. Nosotros nos vimos por la mañana. Bueno, en realidad estuvimos juntos hasta media tarde —puntualizó avergonzada—. Después no he vuelto a saber de él. Es todo muy extraño.

—Deberíamos acudir a la policía.

Carolina dudó unos segundos. Si iban a la policía, saldría a la luz que habían mantenido relaciones, y no necesitaba complicarse más la vida. Ya estaba lo suficientemente alterada con lo de Marcos como para añadir otro quebradero de cabeza a la lista. ¿Por qué le estaban ocurriendo tantas cosas a la vez? Se sentía al borde de un ataque de nervios, aunque no podía negar que algunos de los acontecimientos

habían resultado más que agradables. Aun así, necesitaba poner en orden su mente, y el corazón, a punto de salírsele del pecho, a buen recaudo.

—Creo que no hay que precipitarse. Quizá exista una explicación sencilla. Mejor esperaremos.

—¿Estás segura? Mi padre no es una persona que actúe por impulso. Yo creo que le ha pasado algo.

—Vamos a hacer una cosa. Necesito zanjar un asunto de trabajo. Mientras termino, tú vete al apartamento y te quedas allí esperando por si aparece. Si al anochecer no sabes nada de él, me llamas y vamos juntas a la policía.

—No sé… No estoy tranquila.

—Dame entonces hasta las tres. Cierro un par de asuntos y te acompaño.

—De acuerdo. ¿Sabes dónde estamos alojados?

—Sí, sí. No te preocupes. Nos vemos allí a las tres.

CAPÍTULO XXXVIII:
SOSPECHAS

MADRID, PRIMEROS DE MAYO DE 2007

Carolina se asustó cuando un extraño la asaltó en plena calle de camino a reunirse con Georgina. Acababa de salir de la oficina a la carrera, intentando alcanzar el apartamento lo antes posible porque aún no sabían nada de Henry. Desde atrás alguien pronunció su nombre. Se trataba de un tipo de mediana edad, con un aspecto bastante siniestro, aunque cómico, y unos ojos saltones que parecían mirar hacia cualquier parte excepto hacia su interlocutor. Llevaba una chaqueta oscura llena de pelos de algún animal y calzaba unos zapatos pasados de moda. Intentó quitárselo de en medio acelerando el paso. Entonces mencionó algo que hizo que parara en seco y volviera sobre sus pasos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó perpleja.

—Que creo que puede usted estar en peligro. Verá…

—¿A qué se refiere? No acabo de pillarlo.

—¿Podemos hablar unos minutos, por favor?

Carolina señaló la puerta de una cafetería que se abría a su paso, y entraron a tomar un breve café. Había una mesita bastante discreta en la esquina, y hacia allí se dirigieron. El murmullo de los clientes, que a esa hora disfrutaban de una cerveza o un café, confundiría su conversación entre tantas otras.

—Mire, Carolina, tengo que decirle algo que no le va a gustar nada y es posible que me tome por loco. No me importa. Algunos ya lo

hacen. De hecho, muy poca gente se acerca a mí. Pero igualmente he de comunicarle que su enamorado está relacionado con un asesinato. No estoy seguro de hasta qué punto —dijo musitando la última palabra.

—Pero… ¿Qué tonterías me está usted diciendo? ¿A qué viene esta conversación tan absurda? ¡Tengo mucha prisa! Si me permite —y se levantó de un salto. El hombre la agarró por el brazo.

—Por favor, deme la oportunidad de explicárselo.

Carol tomó de nuevo asiento, no sin antes zafarse del contacto de ese extraño. Juntó nerviosa las rodillas, se estiró con fuerza la parte baja de la falda y asintió para que continuara.

—Mire, me llamo Camilo, Camilo Palomino.

—Y… ¿Bien? —Carolina no había oído ese nombre en su vida.

—Vivo cerca del parque del Oeste.

Carolina notó un escalofrío al escuchar el nombre de aquel lugar y no pudo evitar carraspear.

—Muy bien, señor Palomino. ¿Puede continuar, por favor?

—Todas las madrugadas saco a Gus a pasear sobre la misma hora. Es posible que los hábitos de mis paseos sean un poco extravagantes, pero mi perro necesita correr y sentirse libre, y a esas horas es mucho más fácil.

—Mire —interrumpió Carolina—, siento decirle que sus costumbres y las de su mascota no me interesan en absoluto. ¿Podría hacer un esfuerzo para ser más conciso? ¡Tengo mucha prisa! —Se le estaba revolviendo el estómago al ver cómo, a medida que avanzaba en la conversación, las comisuras de los labios de ese sujeto se cubrían de una película blanquecina. Además, su mirada opaca y a la vez difusa la desconcertaba.

—De acuerdo. El caso es que la madrugada del veintiuno de abril llovía bastante y salí de mala gana. Lo que pasa es que no me gusta alterar los horarios de Gus y esa mañana hice un gran esfuerzo…

Carolina resopló y volvió a interrumpir al hombre.

—Por favor, le ruego que acabe de una vez, que me está poniendo nerviosa.

—Está bien. Esa madrugada encontré… Bueno, en realidad lo encontró Gus, aunque se podría decir que lo vimos los dos a la vez, porque…

—¡Uf! ¡¡Por favor!! ¡¡Vaya al grano!! —gritó reprimiendo el impulso de salir corriendo y dejarle con la palabra en la boca.

—Descubrimos el cuerpo de un hombre entre los arbustos.

—¿En serio?

—Sí. Salió en Telemadrid. Supongo que también saldría en otros medios, pero nosotros solo vemos Telemadrid. Nos gusta mucho la presentadora esa rubia… ¿Cómo se llama?

—¡Pare! ¿Me podría decir qué tiene que ver eso conmigo? —gritó con tanta fuerza que los clientes de las mesas cercanas pararon sus conversaciones y, perplejos, se quedaron mirando a la extraña pareja: una hermosa mujer y un hombre contrahecho de aspecto inquietante. En ese momento el móvil de Carolina empezó a sonar. Era Georgina. Estaría impaciente. Mintió diciendo que ya iba para allá y lo apagó para poder seguir escuchando a ese tal Camilo, aunque si no acababa pronto la conversación, acabaría con ella.

—Vale. El caso es que yo mismo llamé a la policía. Pero antes de eso…

—¿Sí? ¿Qué pasó antes?

—Resulta que por razones que luego si quiere le concreto, horas antes descubrí a alguien rondando la zona. A veces conciliar el

sueño es complicado…

—Sí, me hago cargo. Prosiga con el relato, por favor —cortó con tono seco.

Carolina intentó concentrar su mirada en las tazas que tenían sobre la mesa. Pero no podía evitar desviarla hacia el rostro cómico pero siniestro. Tampoco era capaz de eludir los ojos saltones de posición imprecisa. La situación era tan desagradable que le provocaba angustia y dolor de estómago. Y eso sin contar con el pánico que amenazaba con paralizarla al comprender que ese ser grotesco podría saber demasiado, que su hija recién descubierta la esperaba impaciente, y que el hombre que una vez le rompió el corazón acababa a resurgir de su pasado más oscuro para, de repente, desaparecer sin dejar rastro. Necesitaba hacer un esfuerzo para no salir corriendo.

—Pues es que creo que resulta bastante sospechoso que horas antes de encontrar al muerto hubiera alguien rondando la misma zona de arbustos, alguien que, casualmente, llevaba la ropa manchada de sangre.

—¡Por Dios! ¡¿A quién vio usted?! —le dijo ya perdiendo los modales.

—A su amante.

Carol se carcajeó.

—¡Yo no tengo amantes!

—Pues yo juraría que tiene unos cuantos...

—Me habrá confundido con alguien.

—Bueno, usted diga lo que quiera, pero lo sé todo —susurró evitando mencionar sus prácticas voyeristas[63].

Carolina escuchaba perpleja, estirando tanto el bajo de la falda que lo estaba dando de sí. Tenía miedo de descubrir en dónde

terminaría esa conversación. Pero no podía marcharse. Debía afrontarlo.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Era rubio o moreno? —inquirió con voz temblorosa, tanto que apenas se la podía entender.

—Moreno, alto, delgado… con buena planta. ¿Le suena?

Carolina palideció de repente y Camilo se dio cuenta.

—Vaya, vaya. Es su marido. ¿Verdad? ¡Por supuesto que lo es! No se me había ocurrido. Parecen más amantes que esposos. La verdad es que son un matrimonio un poco raro. ¡Vaya jueguecitos que se traen! ¡No se aburren ni un ápice! —concluyó esbozando una sonrisa malévola.

—¡Eso a usted no le importa! —gritó intentando contener la rabia.

—Puede, pero yo que usted tendría mucho cuidado con él. Más si cabe, teniendo en cuenta que ha descubierto lo de su amante celta.

—¿Qué amante celta? —preguntó sofocada, secándose con una servilleta de papel unas gotitas de sudor que le corrían por el escote.

—El rubio ese con pinta de dandi inglés. Claro que a lo mejor disfrutan compartiéndola, porque ayer salieron bien juntitos del portal. Aunque, la verdad, no es que se les viera muy felices.

—¡¿Qué?! ¿Dónde?

—Ah, no tengo ni idea. Solo sé que ambos salieron del apartamento del rubiales y se metieron en el coche. Mire, este es mi número de teléfono móvil. Si comprueba que tengo razón, que la tengo, llámeme, porque le propondré algo —zanjó entregándole un pequeño papel doblado.

Camilo empezó a crecerse por momentos. Cada palabra que decía, cada frase que intercambiaba con esa mujer le hacía sentirse más fuerte, más osado. Quizá, si no hubiera tenido que lidiar siempre con el rechazo, con las risas y las humillaciones de todos a su alrededor,

se hubiera dado cuenta de que había traspasado el límite de lo seguro. La lengua se le estaba desbocando, gritaba, y eso no era bueno. Nada bueno. Pero se veía como un hombre importante. Se autoengañaba creyendo que, con el poder que le daba la información que había acumulado, podría manejar a la gente como marionetas. Pero se equivocaba, y mucho. Se equivocaba porque estaba montando tal guirigay que todo el mundo en la cafetería se percató de que la pobre mujer a la que se dirigía estaba aterrorizada; se equivocaba porque nadie iba a olvidar la cara de un ser tan insólito, pero, sobre todo, se equivocaba porque él también tenía mucho que ocultar.

Carolina sintió unas incontrolables ganas de vomitar. Se levantó de súbito, corrió al cuarto de baño y vació el estómago. Cuando terminó, tenía los ojos inyectados en sangre por el esfuerzo, el pelo revuelto y la camisa sucia. Se despidió del hombrecillo y, en vez de ir al apartamento de Henry, regresó a la oficina a cambiarse de ropa. Estaba tan abrumada por lo que ese hombre le había contado que no era capaz ni de abrocharse los botones de la camisa limpia. ¡No podía ser verdad! ¡Era una locura! ¿Cómo era posible que su marido se hubiera ido con Henry sin avisar? ¿Y lo de las manchas de sangre? Era probable que Gonzalo se manchara buscando el cuchillo que ella perdió en el parque. El utensilio regresó de manera misteriosa a su cajón en la cocina. En la confusión de aquella noche ¿Le habría pedido ella misma que fuera a buscarlo? No conseguía recordarlo… Tenía que reconocer que todo era muy extraño. No se veía capaz de haber acabado con la vida de ese cerdo, y estaba claro que alguien se había quedado a darle su merecido. En cualquier caso, ella no le propinó ninguna paliza y, por supuesto, no

le había amputado las manos. El asesino tenía que ser el hombre que se lo quitó de encima. ¿O no?

Estaba tan confusa que tuvo que tomar asiento unos minutos para ordenar las ideas. Las sienes le martilleaban y decidió ir a la trastienda a coger un poco de hielo del congelador. Todas las cajas de helado estaban revueltas. Ella siempre se empeñaba en poner orden y Gonzalo lo revolvía todo. Su caos la sacaba de quicio. Quizá esa tarde estaba demasiado susceptible. Se puso el hielo en la frente mientras asimilaba la conversación con ese tal Camilo. Tal vez el frío le mitigara la cefalea que amenazaba con estropearle aún más la tarde. Tenía tantas cosas en la cabeza que le iba a reventar.

¿Dónde habrían ido Gonzalo y Henry? ¿Sabría Gonzalo que se habían acostado? ¡Lo sabía! ¡Seguro! Gonzalo los había descubierto. ¿Por qué otra razón iba a saber si no dónde encontrar a Henry? Además, la agresividad con la que le había hecho el amor por la mañana no invitaba a la tranquilidad. Era evidente que la había seguido. De repente una alarma centelleó en su cerebro. ¿Y si Gonzalo quería vengarse? ¿Y si Henry le había contado todo y estaba furioso? Soltó el hielo, agarró el bolso y salió corriendo hacia Toledo. La finca que tenían a la venta estaba situada en un paraje apartado. Era el lugar perfecto para esconderse. Una corazonada le decía que Gonzalo se había llevado a Henry a ese lugar. No sabía la razón, pero estaba segura de que su marido tramaba algo, y solo de pensarlo se le ponían los pelos de punta.

Georgina no paraba de llamar a Carolina, pero le saltaba el contestador y empezó a temerse que le hubiera pasado algo. Sin ella se sentía incapaz de encontrar a su padre, y la preocupación se transformó en pánico. Impaciente y cansada, pidió un taxi y se dirigió a la inmobiliaria por si estaba todavía trabajando o si, al

menos, había alguien que pudiera informarla de su paradero. La puerta de acceso estaba cerrada. La aporreó con insistencia, pero nadie contestaba. Se había quedado sola en un país que desconocía, no hablaba español, y era incapaz de localizar a las dos únicas personas que podían aclararle lo que estaba ocurriendo. ¿Debería ir a la policía?

---

63 Mirón. Que se excita mirando cómo interactúan sexualmente otras personas.

CAPÍTULO XXXIX:
EN PELIGRO

TOLEDO, PRIMEROS DE MAYO DE 2007

Henry despertó con un terrible dolor en la nuca. No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente. Intentó enjugar un pequeño reguero de sangre que se deslizaba por la parte de atrás del cuello, pero entonces se dio cuenta de que sus manos estaban atadas por la espalda a un grueso pilar. Apenas tenía capacidad de movimiento. Estaba solo, a oscuras, en algo parecido a un sótano. Olía a humedad, hacía frío, y no tenía ni idea de cómo librarse de aquellas cuerdas y escapar. Poco a poco empezó a recordar los acontecimientos que habían derivado en esa situación y pensó que era un imbécil por haberse dejado engañar con tanta facilidad. Había cometido un grave error y ahora estaba encerrado en ese lugar horrible, en mitad de la nada, sin escapatoria. El rugido de un motor le sacó de sus pensamientos. Alguien se acercaba. Se esforzó por mantener la compostura y rezó para que el psicópata ese apareciera pronto. La cuestión era qué pensaba hacer con él.

—¡Hola Henry! ¿Qué tal estás? Espero que hayas pasado bien la noche. Es un poco tarde, pero traigo algo para comer. Te he comprado un trozo de pizza y una botella de agua. No quiero que pienses que soy un salvaje.

El inglés miró a Gonzalo con desprecio, aunque aceptó el tentempié. Llevaba casi veinticuatro horas sin comer ni beber.

—He estado pensando en ti, en la manera en la que te has presentado en nuestras vidas y en lo que pretendes. Carolina me quiere a mí. ¡Ya te lo he dicho! ¡Nunca me va a abandonar!

—Bueno, creo que eso es algo que debería decidir ella. Además, si estás tan seguro, ¿por qué me tienes secuestrado? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que te marches a tu país y nos dejes en paz. No tienes derecho a destruir todo lo que llevamos años construyendo juntos. He luchado mucho por Carol. Es el amor de mi vida y no pienso claudicar. Ayer estaba muy enfadado contigo. Cuando te caíste y perdiste el conocimiento pensé que quizá era mi oportunidad. Que con poco esfuerzo podía deshacerme de ti y volver con Carolina como si nada. Por eso te até al poste. Necesitaba aclararme las ideas. No te niego que quise matarte, aunque he decidido que no quiero problemas. Carolina es frágil y no se merece sufrir más. Ya lo ha hecho durante demasiado tiempo. Si me das tu palabra de caballero de que no me vas a denunciar, te suelto.

De repente, un chirrido de ruedas seguido de un frenazo interrumpió la conversación de los dos hombres. Carolina aparcó el coche frente a la puerta principal de la vivienda. En seguida le llamó la atención cierta actividad en el sótano de la vieja casa, y hacia allí se dirigió. Bajó las escaleras todo lo deprisa que pudo y descubrió a Henry, herido, atado a una columna. Habló con voz firme a Gonzalo, pidiéndole que lo soltara. Al verla frente a él, acalorada por la carrera y hermosa como nunca, Gonzalo la abrazó y le explicó que Henry se había dado un golpe en la cabeza y le pidió disculpas una y otra vez. Acto seguido, desató los nudos del inglés, y él mismo los acompañó a urgencias del Hospital Provincial de Toledo. Una vez ingresado, Carolina llamó por teléfono a Georgina para contarle que

Henry había sufrido un pequeño accidente, que estaba bien, pero que lo iban a dejar un par de días en observación.

A la mañana siguiente, la joven velaba a su padre en la habitación del hospital. Henry se acababa de despertar de la última siesta. Estaba tan fatigado que se pasaba todo el rato dormitando.

—Hola, papá. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó mientras lo besaba en la mejilla.

—Bien. Solo tengo un ligero dolor aquí detrás —contestó señalándose la nuca—, aunque la verdad es que estoy atiborrado a analgésicos —añadió sin quitar ojo a Carol, que escuchaba desde la puerta, sin atreverse a entrar—. Creo que me darán pronto el alta. Carol, ¿no pasas?

Carolina no sabía qué hacer. Estaba tan confundida que apenas acertaba a articular palabra.

—Hola, Henry. Me alegro de verte mucho mejor. Estábamos muy preocupadas por ti.

—Gracias. Yo también me alegro de que todo haya pasado.

Carol iba a contestar, pero sintió unas incontrolables ganas de llorar. Entró corriendo en el baño y se encerró durante un buen rato. Georgina la justificó.

—Está hecha polvo. No acaba de asimilar que su marido es un secuestrador. Papá, ¿qué vamos a hacer ahora?

—He venido a por tu madre y no pienso marcharme sin ella.

—Ya. Pero Carol no va a querer dejar a su marido. Está empeñada en que no se merece que lo abandone. Ya ves, te hace daño y ella se apiada. Yo no tendría clemencia. Lo denunciaría en la comisaría más cercana. De hecho, ayer estuve a punto de ir. Sería lo correcto. No entiendo por qué habéis dicho que todo fue un accidente. ¡No lo

fue, papá! ¡No fue un accidente! ¡Podrías estar muerto! ¡Tienes que ir a la policía!

—En realidad sí fue un accidente, aunque él lo provocó. No sé… Creo que no pretendía hacerme daño. De hecho, estoy seguro de que iba a dejarme marchar. No tenía intención de hacer lo que hizo.

—¿Y la horrible herida que tienes en la cabeza? ¿Qué me dices de eso?

—Tienes razón. Gonzalo estaba furioso. Sabía que había venido a arrebatarle a su mujer. Así que me engañó, me llevó a ese lugar perdido y después me amenazó con esa pala. Pero me caí yo solito. Puede que sea un inconsciente, pero algo me dice aquí dentro —dijo dando toquecitos sobre la frente— que no es mala persona. Solo está desesperado. Yo también lo estaría si me intentaran quitar lo que considero mío.

—Otro igual. Pues a mí no me gusta nada ese hombre. Me da escalofríos. Yo lo denunciaría sin pestañear.

—Cariño, sabe que Carolina y yo hemos mantenido relaciones… en fin, ya sabes… pasamos varias horas a solas en el apartamento. Me pongo en su lugar y entiendo que esté un poco fuera de sus cabales.

—Tú sabrás. Me parece absurdo que se vaya sin consecuencias solo porque te has acostado con su mujer.

Carolina salió del cuarto de baño. Había escuchado la última frase de la conversación entre padre e hija. Tenía la cara pálida y los ojos brillantes por las lágrimas.

—Gonzalo se merece una oportunidad. Siempre hace lo correcto. No pienso castigarle solo porque una vez no lo ha hecho.

—Ven aquí, Carol. Dame la mano, por favor —dijo Henry para cambiar de tema.

Carolina se acercó y con mucha delicadeza tomó la mano del inglés. Una descarga eléctrica le encogió el corazón.

—Ahora que estamos los tres juntos —y estiró el otro brazo para tomar la mano de su hija—, quiero que sepáis que sois las dos personas más importantes de mi vida. Que os quiero con toda mi alma y que no pienso renunciar a teneros a mi lado.

—¿Y mi hermano? —contestó Georgina sorprendida.

—No te niego que le quiero mucho y que me gustaría que estuviera con nosotros, pero no es hijo mío. Susan me engañó.

—Pero eso da igual. ¡Ha crecido con nosotros!¡Siempre será mi hermano!

—Lo sé, lo sé. No lo he mencionado porque tu madrastra busca venganza y está dispuesta a impedir que vea a James. Quiere que renuncie a él. Y ya sabes cómo es cuando se propone algo.

—Nunca me ha caído bien Susan. Que lo sepas.

—Lo sé. Siento habértela impuesto durante tantos años. Soy consciente de que te hacía de menos. ¡Dios mío! He sido tan idiota. Todo eso va a cambiar. A partir de ahora pienso hacerte muy feliz. Y me gustaría que Carol también me dejara intentarlo —concluyó suplicante, clavando sus pupilas sobre los iris oscuros de Carolina.

—No lo creo, Henry. Estoy hecha un lío. Ahora no puedo dejar a Gonzalo. Él siempre estuvo a mi lado y siento que por una vez me necesita —concluyó mientras soltaba con brusquedad la mano de Henry y salía por la puerta.

CAPÍTULO XL:
NADA ES LO QUE PARECE

MADRID, PRIMEROS DE JUNIO DE 2007

Las flores de la lápida de Marta se habían marchitado mucho más deprisa que la semana anterior. El calor ya apretaba en esa zona del camposanto y entre tanto granito y pedernal el ambiente era abrasador. Tendría que encontrar la manera de que les diera la sombra o de que el agua del jarroncito durara más tiempo fresca. Quizá con unas gotitas de lejía sería suficiente. Eso pensaba Camilo Palomino, intentando contener el llanto que sabía que al final descargaría sobre los metálicos trazos que, ardientes bajo el sol de mediodía, evocaban el nombre de su niña.

El psicólogo de la Seguridad Social le había dicho que el duelo tenía sus fases. Que pasaría irremediablemente por cada una de las cinco y que terminaría por asumir la pérdida. Hacía ya tiempo de la muerte de Marta y su aflicción era, si cabe, aún más profunda. Y no solo por la dolorosa certeza de que jamás la risa cristalina de su hija volvería a inundar los rincones de la casa, ni por la sensación de que quizá no hizo todo lo que estuvo en su mano para salvarla, ni si quiera por la convicción de que su soledad ya sería eterna. Camilo sentía el peor de los pesares, el más agudo y persistente de los desconsuelos, porque el final de ese puerco no había sido todo lo cruel que le hubiera gustado. Aunque, al menos, estaba criando malvas y, con suerte, su muerte le iba a proporcionar una buena fuente de ingresos.

Llevaba tanto tiempo en el cementerio, sentado sobre la losa, contándole a Marta lo afortunado de los últimos acontecimientos, que no se dio cuenta de que no había comido ni bebido en horas. Desde la muerte de su niña, olvidaba con frecuencia hacerlo. Tampoco dormía, la verdad. Por eso ocupaba las noches espiando a la gente, y las madrugadas de paseo con su galgo. Era la única manera de no volverse loco. Pero estaba seguro de que pronto dormiría mucho mejor. Había tomado la mejor decisión. La conversación con esa mujer era una semillita que había plantado y que daría un jugoso fruto. Si todo salía bien, sus deudas serían una simple pesadilla. O eso esperaba, porque era raro que todavía no hubieran contactado con él para confirmarle la entrega. «Estarán reuniendo el dinero», pensó. «No tendrán tanta liquidez como parece y necesitarán vender algo. Es solo cuestión de tiempo».

Carolina estaba descompuesta. En su interior se libraba una terrible batalla, y no se consideraba capaz de soportarla. Se dio una ducha rápida y tomó un desayuno ligero para ver si conseguía retener algo en el estómago. Llevaba varios días revuelta y la cosa iba a peor. No era de extrañar. Toda su vida estaba patas arriba. Y pensar que se sintió afortunada cuando localizó a ese malnacido de Marcos… Habría sido mucho mejor dejar las cosas tal y como estaban. Todavía no entendía por qué, después de tantos años, decidió intensificar su búsqueda. Desde la muerte de su abuela, se sentía impelida a retomar asuntos pendientes, asuntos que creía zanjados, pero que siempre habían estado ahí, comiéndole las entrañas, destruyendo su felicidad. Tal vez necesitaba distraerse de la rutina. Evadirse de la certeza de que no estaba enamorada de Gonzalo. Nunca lo había querido, al menos como a un esposo. Lo intentó. Desde la primera noche que pasó en su buhardilla de

Lavapiés, no había parado de hacerlo. Y terminó engañándose a sí misma. Sus padres lo apreciaban tanto. «Es el mejor hombre con el que te has podido topar», le repetía todo el mundo una y otra vez. Era cierto. Gonzalo era un encanto. Le había pedido disculpas a Henry de todas las maneras posibles, incluso había planteado que ambos se presentaran en comisaría y asumir el castigo por las amenazas y el secuestro. Entonces Carolina le avisó de que un tipo andaba tras ellos. Un sujeto siniestro que aseguraba tener información confidencial que lo inculparía del asesinato del peruano.

—Es un ser extraño —le dijo—. Tiene unos ojos que dan miedo y un tic bastante inquietante. Jura que puede probar que esa noche estuviste en la escena del crimen. Sé que fuiste a buscar mi cuchillo y te agradezco que lo hicieras por mí, pero, aun así, estamos pillados. A lo peor lo maté yo. Quizá debería ir a comisaría y contarlo todo.

—¡Ni se te ocurra! Tú no lo mataste. Había otro tipo. ¿No es así? Según recuerdas, alguien te lo quitó de encima.

—Sí. Un hombre lo agarró y lo tiró hacia un lado. Por eso pude huir. Escapé tan rápido que ni siquiera me fijé en cómo era.

—Pues ese hombre es el asesino. ¿Entiendes? Tú no has hecho nada malo. Solo te defendiste.

—Pero le clavé el cuchillo.

—Créeme cariño, ese cuchillo no pudo matarlo. Es demasiado pequeño y seguro que la herida fue superficial. Además, dices que solo se lo clavaste una vez. Para acabar con su vida tendrías que haberlo apuñalado muchas veces, y no tienes tanta fuerza.

—¿Qué vamos a hacer entonces? Tengo pavor de que me asalte de nuevo por la calle o de que vaya a la policía.

—Nada. Seguimos con nuestras vidas y ya.

—No sé si seré capaz. ¿No tienes miedo de ese chantajista?

—No. Déjamelo a mí. Dame su teléfono y olvídate de él.

—Gracias, Gonzalo. Pero ten cuidado. Igual es más peligroso de lo que parece. Me da malas vibraciones. ¡Es horrible!

—No te preocupes. Hablaré con él. Le convenceré para que desista. Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Habían pasado varias semanas, y le daba miedo preguntar a su marido por el asunto, aunque sabía que estaría solucionado. Gonzalo nunca la defraudaba. En ese momento estaba sentado en el sofá con un libro en las manos. Mostraba un aspecto relajado y sereno… Se acercó a él y le dio un tierno beso en los labios, un beso de gratitud.

—¿Cuándo se marchan los ingleses? —preguntó él, sobresaltándola.

—Esta noche regresan de Málaga en el AVE y mañana a medio día sale el avión para Londres —contestó con cierta tristeza.

—¿Vas a acompañarlos al aeropuerto?

—Si no te importa… Georgina es mi hija y deseo despedirme de ella. Además, quiero que me cuente qué tal lo ha pasado en la playa. Es la primera vez que visita la Costa del Sol. Me gustaría que, a pesar de todo, se lleven un buen recuerdo de España.

—Tranquila. Lo entiendo. Si quieres la invitamos en agosto a que venga con nosotros a Santander. No pretendo que renuncies a ella. Me alegra que forme parte de nuestra familia. Ya que nosotros no hemos tenido hijos…

Carolina sintió unas arcadas tremendas y casi no tuvo tiempo de llegar al baño. Gonzalo se quedó pensativo. Su esposa llevaba varios días muy revuelta. Al principio lo achacó a los nervios, pero las aguas habían vuelto a su cauce. Había pasado un tiempo prudencial,

Carol por fin conocía a su hija, y entre todos habían conseguido que Henry no le pusiera ninguna denuncia. En pocas horas los ingleses regresarían a Inglaterra y ellos retomarían su vida. ¿Por qué entonces estaba tan alterada?

—¿Qué te pasa, Carol? Llevas varios días vomitando. ¿Por qué no me dejas que te lleve al médico?

—¡Estoy bien!

—No lo creo. Es más. Creo que vas a peor. Estoy preocupado. Venga, coge tu chaqueta y nos vamos a urgencias.

—¡Que no! ¡No hace falta! —cortó con tanta brusquedad que Gonzalo cambió de actitud. Conocía demasiado bien a su mujer.

—Me ocultas algo, ¿verdad? —preguntó con suspicacia— Dime qué es, por favor. Si no, no podré ayudarte.

Carolina estaba pálida. Las manos le temblaban y no era capaz de abrir la boca. Gonzalo lo hizo por ella.

—Estás embarazada. ¿No es eso? —preguntó con una mezcla de miedo y sorpresa.

—Me temo que sí. —Carol no podía sostener la mirada de su marido y agachó la cabeza.

—¿Soy yo el padre?

—No lo creo.

Si un temporal en plena estación invernal se hubiera precipitado contra la costa, azotando con olas los arrecifes, arrasando playas y senderos, destruyendo poblados y hogares, aniquilándolo todo a su paso, segando incluso vidas, no hubiera provocado ni la mitad de dolor que esas tres palabras provocaron en el corazón de Gonzalo. Desde el mismo instante en que fundió su cuerpo con el de Carolina por primera vez, supo que su mayor deseo sería tener un hijo con esa mujer a la que amaba por encima de todas las cosas. Ella

siempre se negaba, aunque nunca perdió la esperanza de que más tarde o más temprano accedería. Y ahora aparecía ese sinvergüenza inglés y la volvía a dejar preñada sin pretenderlo. ¡No podía creerlo!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque tú no puedes tener hijos! —chilló.

—No mientas, Carol. No necesitas mentir. No conmigo.

—No miento, Gonzalo. Desde que te conozco, nunca he hecho el más mínimo esfuerzo para evitar los embarazos. Es más, hubo un tiempo en el que incluso rezaba para que Dios me concediera una nueva oportunidad. Necesitaba un nuevo bebé para llenar el vacío del que perdí. Lo deseaba de verdad, con todas mis fuerzas. Pero nunca ocurría nada.

—¡Mentira! ¿Por qué dices eso ahora? Tu frase favorita es que no vales como madre.

—Es cierto. Creo que no valgo como madre. No obstante, eso no significa que no quiera tener hijos. Deseo tener hijos, Gonzalo. Siempre lo he deseado.

Gonzalo sintió un ataque de cólera. La ira le arrebató el entendimiento. Cogió un jarrón de encima del aparador y lo estampó contra la pared. Después, pegó una patada a una silla y a un taburete que había bajo la mesa. Tiró del mantel, arrastrándolo con todo lo que había sobre él. Golpeó una puerta, pateó un armario, rompió un espejo en mil pedazos y, cuando terminó de descargar todo ese odio, se acercó a Carolina, que permanecía en pie, inmóvil, aterrada, sin saber cómo reaccionar. Ella no podía creerse lo que sus ojos estaban viendo. Era la primera vez que Gonzalo, siempre sereno, siempre tan racional, actuaba de esa manera. La primera vez que exudaba tanta violencia. Lo miró con ojos suplicantes, espantados por la sorpresa. En ese momento, al verla tan aterrada,

como a cámara lenta, Gonzalo respiró hondo, apretó los puños, cogió las llaves del coche y salió de la casa a toda velocidad.

CAPÍTULO XLI:
¿Y LAS MANOS?

MADRID, PRIMEROS DE JUNIO DE 2007

El inspector Jiménez Barquillo continuaba dándole vueltas al expediente del caso del cadáver del parque. Habían pasado casi dos meses y todavía no habían encontrado nada que les aclarara la identidad del hombre, pero se negaba a tirar la toalla. Después de varias pesquisas, uno de sus infiltrados le había enviado un mensaje en el que informaba sobre los detalles de un sujeto al que echaban de menos en varios garitos de moda. Al parecer, era un cliente tan espléndido que su ausencia había generado un importante agujero en el bote de las propinas. Siempre reservaba a nombre de Marcos Noguera, pero habían descartado que ese fuera su verdadero nombre. Tras revisar todos los Marcos Noguera de los registros, los únicos dos Marcos Noguera que podían coincidir con sus recorridos eran un anciano de noventa y siete años que acababa de fallecer, y un niño de diez que vivía con sus padres en un piso de la calle Ferraz. El forense había certificado que el cuerpo pertenecía a un hombre de unos cincuenta años, de origen latinoamericano y de prácticas homosexuales. ¿Se trataría de un ajuste de cuentas entre bandas latinas o de un ataque homófobo? ¿Por qué le cortarían las manos? Y mucho más inquietante: ¿qué habían hecho con ellas? Esa misma noche iría a entrevistarse con los encargados de los locales. A ver si sacaba algo en claro.

Los dos primeros tugurios no le aportaron nada especial. Sí, Marcos Noguera era un tipo de mediana edad, latino, no muy alto pero atlético, que solía acudir con grupos de amigos, cada vez diferentes. Tenía buen gusto para la ropa, gastaba una fortuna en alcohol y dejaba buenas gratificaciones. Sobre con quién se metía en la cama nada descubrió, porque nunca le vieron acompañado por señoritas o señores a modo de cita romántica. Nada fuera de lo habitual, pensó el policía, salvo porque estaba seguro de que utilizaba un nombre falso. Quizá hubiera entrado en el país de manera ilegal… El tercer antro era un callejón oscuro con techos irregulares y estaba adornado con luces rojizas y fotos en blanco y negro. Algunas eran de actores antiguos. Otras, sin embargo, parecían de fiestas celebradas en el local y de clientes.

Tuvo la fortuna de que le atendiera un chico de poco más de veinte años que estaba tan nervioso que no era capaz ni de hacerse entender. El inspector no le comentó nada del asesinato e intentó calmarlo, alegando que estaban manteniendo una entrevista rutinaria y que muy pronto lo dejaría en paz. Pero el muchacho no se apaciguaba. Entonces se percató de que padecía una especie de síndrome de abstinencia. Aprovechando la coyuntura le sonsacó con especial insistencia. Cuanto más excitado se ponía, más directas le hacía las preguntas. Cuanto más se le trababa la lengua, más amenazante le exigía las respuestas. Asustándole con llevarlo a comisaría, averiguó que el tal Marcos le pasaba coca, que la pasaba por garitos de toda índole, y que su preferido era una gran discoteca cercana al parque del Oeste. Que conocía a mucha gente, aunque jamás intimaba con nadie. Que siempre se le veía acompañado por mujeres hermosas, pero corría el rumor de que solo se acostaba con inexpertas o profesionales.

—No tendrá usted una foto del señor Noguera.

—Uy no. No le gustan las fotos. Siempre las evita.

—¿Y no habrá salido sin querer en alguna? Porque estas fotos son de clientes. ¿No es así?

—Sí. Pero don Marcos no sale.

—¿Seguro que no habrá salido en alguna sin querer? En estas de aquí, por ejemplo —señaló con insistencia—, se ve tal barullo que quizá…

—Sí. Tiene razón —asintió sorprendido por la coincidencia—. Está ahí, el último a la izquierda de la mesa. Ese es el señor Noguera.

Jiménez Barquillo estaba satisfecho. Las características del sujeto cuadraban con las del muerto. Estaba seguro de que muy pronto certificarían que se trataba de la misma persona. Por suerte el caso tomaba carrerilla. Arrancó la foto de la pared. Dio las gracias al muchacho, que no se relajó incluso después de perder de vista al policía, y contactó con uno de sus subordinados para que se pasara por la discoteca favorita de Marcos esa misma noche.

Al día siguiente tenía un informe detallado sobre el escritorio de su despacho. El tal Noguera era un juerguista que vivía de noche y dormía de día. Vendía todo tipo de substancias y compraba sexo en la calle, aunque su deporte favorito era acorralar a jovencitas ignorantes a las que atiborraba a drogas y alcohol hasta que se las metía en la cama. Sus clientes de la discoteca no habían escatimado en detalles. Estaban indignados con él. Se había esfumado de la noche a la mañana y los había dejado bien colgados. A algunos con adelantos importantes. El policía intentaba asimilar toda la información del documento y se quedó con una de las partes: jovencitas ignorantes a las que atiborraba a drogas y alcohol… De pronto, se dio cuenta de que quizá había dado con el móvil. Sería

bueno revisar los expedientes con denuncias por violación de chicas que aseguraban que habían sido drogadas previamente. Ese tipo de denuncias las llevaba otro compañero. Utilizó la línea interna de teléfono.

—¿Gómez?

—Sí. El mismo.

—Soy Jota Barquillo. Por favor, ¿puede venir a mi despacho con los expedientes de violación y abuso sexual? Creo que hemos estado buscando en el lugar equivocado.

—Ya mismo.

Gómez le entregó al inspector un fichero con docenas de denuncias por violación. Algunos procedimientos ya habían sido sobreseídos.

—¿Algo más?

—No, gracias. Creo que con esto tengo para rato.

—Muy bien. Unos buenos cafés y para adelante. Si necesita ayuda, me dice.

—Gracias, Gómez.

Al final de la jornada laboral, el inspector cargó la caja en el coche y se la llevó a casa. Todavía no había dado con lo que buscaba, pero sabía que estaba ahí, delante de él, y que solo tendría que abrir bien los ojos. A las cinco de la mañana se preparaba el cuarto café. Solo le quedaban diez expedientes sin revisar. Pronto se daría una ducha y regresaría a comisaría somnoliento y sin haber conseguido nada. Estaba tan cansado que, sin darse cuenta, volcó el contenido de la taza sobre uno. Era el de la denuncia de una tal Marta Palomino Paz. Estaba fechada en 2004. Secó con premura los papeles para que no se echaran a perder, sabía que algunos archivos estaban ya informatizados, pero otros no, y no iba a ser él el culpable de

destruir documentación. El papel de cocina absorbió muy bien el líquido. Se tranquilizó. Todo parecía legible. La chica acudió a comisaría para denunciar una violación. Afirmaba que un hombre de origen hispanoamericano la había drogado y violado una noche tras bailar con ella en una discoteca. Como era menor, la firma de su padre aparecía en la denuncia: Camilo Palomino Manchado. ¿De qué le sonaba ese nombre? De golpe, recordó la reciente llamada telefónica de un anónimo a la que no había dado ninguna credibilidad. Estaba relacionada con ese tipo. Con el tal Camilo. Pero no solo le sonaba de eso. Estaba seguro de que había algo más. Una extraña inquietud se alojó en su pecho. Se vistió a toda prisa y se encaminó a la comisaría. Tenía que volver a su despacho, ¡pero ya! Estaba casi seguro de dónde había visto escrito ese nombre. Lo recordaba bien porque cuando lo leyó tuvo que reprimir una carcajada. Las risas pronto se le atragantarían. Estaba a punto de descubrir algo crucial.

Camilo canturreaba contento. Gracias a su inteligencia natural todo estaba saliendo a pedir de boca. Después de pasear a Gus acudiría al banco a ver si ese De la Peña le había realizado ya la transferencia. Trescientos mil euros daban para mucho. Había sido fácil. Lo amenazó con ir a la policía y el guaperas no tuvo más remedio que ceder. Se había mostrado tan firme e intimidante… Se sentía tan orgulloso de sí mismo que, si hubiera podido, se habría llenado su propia cara de besos. En cuanto recibiera el dinero compraría unos billetes de avión para viajar en primera, por supuesto, y la mejor jaula para Gus. Dominicana le parecía un buen destino: sol, calor y buenos culos. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Marta había sido vengada y encima le sacaba provecho. Insertó la llave en la cerradura y notó como el perro tiraba de la

correa. No atinó a cerrar bien la puerta. Insistió, y un pie se interpuso. Eran varios agentes de policía.

—¿Es usted Camilo Palomino Manchado?

—Sí, ¿por qué? —preguntó, aún incrédulo por la escena.

—Tenemos una orden de registro.

—¿Una orden de qué?

Sin repetir la frase, varios agentes entraron en la casa, se distribuyeron por todas las habitaciones y, con la destreza que da la experiencia, no dejaron ni un rincón sin revisar. Encontraron una habitación con muchas fotos de gente. Fotos guarras, comprometidas. De fulanas trabajándose a clientes, de vecinos en su intimidad… Entre ellas había varias de la víctima. También descubrieron el estudio en dónde las revelaba. Uno de los policías salió de la cocina. Con la mano derecha sujetaba con un paño un cuchillo que cuadraba con el del crimen. Con la otra mano sostenía una gran bolsa de congelación. Se enfundó unos guantes profesionales, abrió la bolsa y sacó el contenido. ¡Eran unas manos! Al verlas, el inspector Jiménez Barquillo se abalanzó sobre Camilo, que ya había echado a correr. Lo agarró con fuerza y le puso las esposas.

—Queda usted detenido por el asesinato de Marcos Noguera.

—Pero ¿qué dice? Yo no he matado a nadie.

—Puede decir lo que quiera, pero las pruebas no engañan. Y si estas manos pertenecen a la persona que creemos, nadie le librará de la cárcel. ¿Se pensaba que denunciando el hallazgo del cuerpo quedaría libre de sospecha? Además ¿por qué querría huir si no?

—Yo… bueno… en realidad, no tengo ni idea de por qué están ahí esas… cosas —dijo mirando con asco los miembros amputados—. Yo

no he hecho nada. Salí corriendo porque usted me da miedo. ¡Se lo juro!

—Llevad el chucho a la perrera —ordenó el inspector a uno de sus subordinados.

—¡No! ¡No, por favor! ¡Morirá de pena! ¡Me necesita! —gritó Camilo repetidas veces hasta que el último alarido se le ahogó en llanto.

—¡Haberlo pensado antes de tomarse la justicia por su mano! Entendemos que odiara a ese hombre. Al fin y al cabo, estuvo detrás del suicidio de su hija. Debería haber confiado en la justicia. Tendría que habernos buscado. ¡Por Dios, estamos en un país civilizado!

—¡Por favor, se lo ruego! ¡No se lleven a Gus a una perrera! —insistía Camilo, desesperado, sin escuchar nada de lo que le decían.

—Mire, siento mucho lo de su hija, de verdad, pero si todo el mundo hiciera lo mismo que usted, ni las leyes ni la policía tendrían razón de ser. Nos regiría la ley del más fuerte. Y con esa ley —afirmó observando el grotesco aspecto de su interlocutor—, usted no quedaría muy bien parado, la verdad.

Camilo pasó la noche en el calabozo y Gus en la perrera municipal. Era la primera vez que se separaban desde que sus caminos se cruzaron. Ambos lloraron sin tregua echándose de menos. El animal era fuerte. Su existencia había pasado por momentos peores y se había curtido. Lo superaría. Camilo era frágil, desde niño había acumulado humillaciones. La mala suerte hizo que siempre, desde su apariencia física hasta sus apellidos, Palomino Manchado, todo en su persona fuera motivo de mofa. De joven, sus anhelos por integrarse en el grupo habían pasado por alto que para la gente era tan solo un bufón, una inspiración constante para la chanza. Después vino la boda relámpago. En aquella ocasión, las risas y las murmuraciones

se unieron a la música y al sermón del sacerdote como una parte más de la ceremonia. Recordaba que su madre intentaba ocultar el azoramiento bajo la larga mantilla, mientras su padre, rojo como la grana, concentraba la mirada en lo alto de la bóveda de crucería. Tres días estuvo el pobre sin poder mover el cuello después del desposorio. Aun así, benditos ellos, aceptaron a Marta como nieta y se esmeraron en ser unos abuelos ejemplares. Mucho más desde que esa mujer maliciosa los abandonara. Era consciente de que, en aquellos tiempos aciagos, en ocasiones perdió la compostura y cometió alguna locura. ¿Cómo no hacerlo si lo habían utilizado y desahuciado sin ningún pudor?

Las noches de luna llena, atraído por la sutil claridad, dejaba a la niña con la canguro y salía a la calle a husmear. Observaba a prostitutas, travestis, mendigos… marginados que sufrían como él y que le hacían sentirse un poquito menos despreciable. Por las mañanas solía levantarse mareado y con la mente en blanco. A veces, su maltrecho cerebro no era capaz de memorizar ni una sola imagen. La incertidumbre de lo acontecido le carcomía las entrañas y era el posterior revelado de las fotos el que descifraba el enigma. Fascinado, descubría instantáneas de parejas desnudas manteniendo relaciones, de chulos levantando la mano a sus chicas, de chaperos a cuatro patas… Con la muerte de Marta, sus desvaríos se intensificaron. Pero él nunca había hecho daño a una mosca. ¡Nunca! ¡No tenía ni una sola prueba de ello! No entendía cómo habían podido llegar esas manos hasta su congelador. Recordaba muy bien que ya faltaban del cadáver del parque cuando se topó con él. Debió cortarlas el pijo ese: el que salía en las fotos manchado de sangre; el que, acojonado, había resuelto pagarle una suculenta suma a cambio de las pruebas y su silencio. Los negativos

le salvarían. Había actuado con inteligencia. Se había guardado unos cuantos, por si acaso. ¿Por qué no los había encontrado la policía?

Camilo se echó las manos a la cara y se puso a llorar. Sabía que era débil y que no soportaría la presión de lo que se le avecinaba. Al contrario que a su perro, los años de sufrimiento no lo habían endurecido. Sin el cariño de Gus no sobreviviría. Su ánimo se quebró y perdió el juicio. Y un día, oculto en el aseo de la cárcel, casi sin aire por los alaridos, se abrió las venas a mordiscos.

CAPÍTULO XLII:
UNA TRISTE DESPEDIDA

MADRID, PRIMEROS DE JUNIO DE 2007

Carolina llevaba desde el día anterior sin saber nada de Gonzalo y, por una vez, se sentía aliviada. Ya regresaría cuando estuviera más tranquilo. Lo único que le preocupaba era que el disgusto hubiera afectado a un embarazo que era incipiente. Estaba tan acongojada, que cuando fue a recoger a los Harris para llevarlos al aeropuerto, se puso a llorar como una tonta sin poder reprimir las lágrimas. Georgina, que fue quien abrió la puerta, la agarró del brazo y le hizo tomar asiento mientras llamaba a Henry, que estaba revisando el apartamento antes de entregar las llaves.

—¿Qué ocurre, Georgina? ¡Dios mío, Carol! ¿Qué ha pasado? —preguntó Henry, sorprendido, al descubrir cómo Georgina consolaba a una Carolina destrozada.

—Tuvimos una pelea…

—¿Te ha puesto la mano encima?

—¡No! Solo es que estoy un poco más sensible de la cuenta.

—¿Dónde está Gonzalo? Tendríamos que haberlo denunciado. No puede soportar los celos. ¿No lo ves? Vais a tener pelea tras pelea. Tienes que alejarte de él —sentenció Henry.

—Lo sé. Pero es tan difícil para mí. ¡Es mi marido! Mis padres lo adoran, mis hermanos lo admiran y yo… yo se lo debo todo. Siempre ha sido mi tabla de salvación. Hasta ayer. Ayer fue como si de repente se transformara en otra persona. No lo reconocía. No era el

Gonzalo de siempre. Pero se calmará en cuanto volváis a Londres. En cuanto te vayas tú, Henry.

—Georgina, regresa a Inglaterra si quieres. Yo no me voy. No es prudente. No puedo dejar a Carol sola.

—Papá, yo me quedo contigo. Estaremos los tres juntos.

—Gracias, pero debes marcharte. Recuerda que tu hermano tendrá pronto vacaciones. Es mejor que vayas con él y le expliques que yo aún tengo cosas que resolver en Madrid y que estaré de vuelta en cuanto pueda. Yo acompañaré a Carol hasta que regrese Gonzalo y todo se tranquilice.

—No, Henry. El problema de Gonzalo eres tú. Nada se va a tranquilizar hasta que no desaparezcas de nuestras vidas.

—Pues vente con nosotros. Todavía estás a tiempo.

—Por favor, no insistas. Os dejo en el aeropuerto y se acabó.

—De acuerdo, pero prométeme que me mantendrás informado. Y, sobre todo, por favor, no renuncies a un futuro juntos solo porque te sientas en deuda con él.

A Carolina le dolió el alma cuando vio a sus dos amores atravesar la zona de control de pasajeros del aeropuerto de Barajas. Jamás olvidaría a Georgina agitando la mano, compungida, y a Henry recogiendo, cabizbajo, sus pertenencias de la cinta de control de pasajeros, para después encaminarse hacia las puertas de embarque sin mirar atrás. Sabía que iba a ser incapaz de volverse para decir adiós. Lo conocía lo suficiente como para intuir que llevaba un nudo estrangulado en la garganta y que, si esbozaba el más mínimo gesto, el llanto lo ahogaría. Ella también tenía en ese instante la lágrima fácil. Le había costado demasiado dejarlo marchar. Le reconcomía una extraña sensación de incredulidad. De pronto, todo

lo acontecido con Henry le parecía un precioso sueño y esa despedida muda, el brusco despertar.

En seguida reanudó su ocupación en la inmobiliaria e intentó adaptarse al exceso de trabajo por la ausencia de Gonzalo, que no daba señales de vida. Tenía que ponerle un gran empeño porque la multiplicación de quehaceres coincidió con el aumento de su malestar. Sus padres, a los que les había contado una patraña para justificar la ausencia de su marido, insistían en que necesitaba unas vacaciones en la costa. La brisa del mar la fortalecería. Rosario supo que su hija estaba en estado de buena esperanza la primera vez que la vio vomitar. Por eso se empecinaba en que descansara, y no entendía por qué no podía cerrar la oficina unos días. Le hacía tanta ilusión ser otra vez abuela que no paraba de organizar planes para el primer bebé de la familia De la Peña Legazpi. Carolina, sin embargo, no quería estar desocupada. Si lo hacía se volvería loca. Había llamado tantas veces a su esposo sin obtener respuesta que empezaba a plantearse acudir a la policía.

Un día se enteró por los medios de comunicación del apresamiento del criminal del parque. Parecía increíble, pero el mismo tipo grimoso que la abordó en la calle había asesinado al sinvergüenza de Marcos Noguera, o comoquiera que se llamara. Se sentía aliviada, aunque afligida. Era indiscutible que, gracias a su rápida actuación, ella pudo huir aquella horrible noche. Además, su historia era muy triste. Por lo visto, su única hija se había suicidado por culpa de ese hijo de puta. Se sentía incapaz de censurarlo. En esos pensamientos estaba una tarde cuando recibió la llamada de Gonzalo. Al parecer, estaba pasando unos días con sus padres en Villa del Río. Necesitaba pensar.

—Pero hablé con tus padres hace poco y me dijeron que no sabían nada de ti. Se asustaron bastante, la verdad.

—Sí, bueno, primero me fui a Bujalance. Quería darme una vuelta por mi antiguo colegio, tomarme una copa con algún amigo…

—No sabía que conservaras amigos allí.

—Pues sí, alguno me queda.

—Por cierto ¿Has visto las noticias?

—¿Te refieres a lo del pirado ese?

—Sí.

— Lo he visto. ¡Vaya tío sádico! Supongo que te habrás quedado tranquila.

—En lo que se refiere a ese asunto, sí. Pero Gonzalo, por favor, me gustaría que habláramos en persona. Henry se ha marchado. Le he asegurado que no pienso dejarte. No sabe nada del embarazo. Podemos criar juntos al niño. Será nuestro, de los dos. Mis padres están encantados.

Un silencio largo se escuchó al otro lado del teléfono. La respiración de Gonzalo se notaba agitada. Por fin contestó.

—Carol, tengo que aclararme muy bien las ideas. Voy a quedarme aquí un tiempo —resolvió, cortando la comunicación sin esperar respuesta.

Ella se quedó contrariada mirando el teléfono. Su cabeza le decía una cosa y su corazón otra. ¿De verdad deseaba que volviera Gonzalo? ¿Cómo no desearlo? Era su candil en la noche, la brújula que siempre la conducía de vuelta a casa, el timón que marcaba su rumbo. Sin él se perdería. Sin él retomaría su tortuosa marcha por veredas escarpadas y jamás encontraría el camino de regreso. Pero era consciente, una y otra vez, de que nunca lo querría de la manera

que quería a Henry. Aun así, Gonzalo era su elección. Formarían una familia feliz. Estaba dispuesta a desvivirse para conseguirlo.

CAPÍTULO XLIII:
EL AMOR Y EL ODIO SON MÁS QUE COMPATIBLES

MADRID, MADRUGADA DEL VEINTIUNO DE ABRIL DE 2007

Antón le había metido tal paliza a Marcos que había convertido su cuerpo desmadejado en una marioneta abandonada a su suerte, endeble y manejable, sin autonomía ni capacidad de defensa, fácil de zarandear y romper por cualquiera. Según se alejaba del parque y se calmaba la ira que le había arrebatado la cordura tras la negativa de su amor, empezó a reconocer que quizá esta vez había sido excesivo y que, aunque creía recordar que no le había pateado en ningún órgano vital, si no volvía a buscarlo, tal vez moriría.

Era consciente de que sus desprecios lo sacaban de quicio, pero se había dado cuenta de que sin los desaires de Marcos no podría seguir adelante. No negaba que su relación siempre fue tormentosa. Que se acostaban y discutían según el capricho. Que pasaban del amor al odio y a la inversa cada vez que se reencontraban. Que Marcos lo rehuía. Pero ahora que de verdad intuía su vida sin él, notaba el suplicio de una lanza atravesándole el pecho. No podía ni quería perderlo. Le llamó varias veces al teléfono móvil cuya cuenta todavía pagaba. Sabía que no se separaba de él. Pero Marcos no contestaba. Alarmado, decidió regresar al parque para ver si seguía allí y cómo se encontraba.

Antón se había trastornado tanto con su ataque de ira, que no estaba seguro de si habían pasado horas o solo minutos desde la

pelea, pero confiaba en encontrarlo. Había aparcado el coche cerca para poder trasladarlo al hospital, si fuera necesario. Se aproximó con sigilo para no alertar a las pocas fulanas y travestis que todavía merodeaban buscando clientela. Recordaba con claridad meridiana en dónde se había quedado su amante, hecho un ovillo sobre sí mismo, intentando contener el dolor de los hematomas y las heridas, casi inconsciente. Hacia allí se dirigía cuando vio a un hombre salir de entre los arbustos a toda velocidad. Era un tipo extraño, feo, grotesco. Caminaba a tropezones, sin ritmo, como si hubiera algo que intentara contrarrestar sus prisas. Inmediatamente después vio a otro. Asomaba del mismo lugar, muy cerca de donde había abandonado, malherido, a Marcos. Este avanzaba cauteloso, procurando pasar inadvertido. Se limpiaba las manos con un pañuelo de lo que parecía ¿sangre?, y llevaba algo al hombro. El corazón le dio un vuelco. Lo siguió con la vista. Tenía una moto aparcada en un recodo. Memorizó la matrícula. Presentía que iba a presenciar algo terrible. Aceleró el paso.

La visión de su amante lo dejó estupefacto. Estaba bocabajo, no se movía y… ¡No tenía manos! Alguien le había amputado las manos. Ladeó un poco su cuerpo para ver si respiraba y pudo comprobar que tenía varias heridas mortales en el pecho. Parecían de arma blanca. Era extraño, porque no pudo evitar que el dolor por la pérdida se viera suavizado por el súbito placer que le provocaba la visión del cadáver.

Se quedó unos segundos contemplando por última vez al hombre al que aborrecía y amaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque la escena le parecía hermosísima, digna de un cuadro de Francis Bacon[64]. Sabía que echaría mucho de menos ese cuerpo, su

presencia en el lecho, el calor que desprendía cuando, exhausto, se vencía bajo el suyo tras hacer el amor.

Un suave chispeo envolvió la atmósfera de un halo casi místico. Era como si cientos de espíritus revolotearan a su alrededor, malos y buenos espíritus. Sintió la extraña necesidad de santiguarse. No recordaba que nunca lo hubiera hecho. Ni siquiera en el entierro de sus familiares. En minutos la llovizna se convirtió en diluvio. Regresó a casa y, mientras lo hacía, se preguntó quién habría osado profanar esa carne que le pertenecía. Quién se habría atrevido a arrebatarle su festín para siempre y decidió que lo buscaría. Buscaría al asesino de Marcos y se vengaría.

---

64 Francis Bacon (1909-1992) fue un pintor irlandés cuya obra se centra en el sufrimiento. Sus cuadros, de estilo expresionista, muestran seres humanos padeciendo violencia, solos, aislados, degradados, desfigurados, enfermos. Quizá la mejor manera de definir la obra de este oscuro pintor sea la frase *«asquerosa carne en descomposición» que utilizaba Margaret Thatcher.*

CAPÍTULO XLIV:
UN ACCIDENTE

CARRETERA DE ANDALUCÍA, FINALES DE JUNIO DE 2007

Gonzalo había tomado una decisión. En realidad, la única que veía posible. Volvería con Carol y criarían al niño como si fuera el hijo de ambos. Si no cedía, la enviaría directa a los brazos de ese inglés y eso no podía consentirlo. Sus padres se sorprendieron de lo contento que estaba esa tarde. Silbaba y cantaba mientras recogía sus cosas. Sin preámbulos les comunicó que iban a tener un nieto y los tres se abrazaron. Por fin Dios escuchaba las plegarias de las personas que, junto a su mujer, más quería en el mundo. Ese matrimonio lo había acogido con generosidad tras el espanto de Bujalance. Ellos pensaban que no se acordaba de nada, pero aquella época nunca dejó de estar presente en su memoria. Lo habían cuidado como a un hijo propio y ahora compartían su alegría. Él podría hacer lo mismo con el bebé. ¡Claro que podría! ¿Qué más daba quién hubiera plantado la semilla, si era él el que la regaría, la cuidaría y la vería crecer? ¡Ojalá fuera una niña tan hermosa como su madre! Así todo sería más fácil. Se despidió prometiendo que pronto los visitaría con Carol. Se metió en el todo terreno y, ya anochecido, tomó la dirección a Madrid.

Gonzalo conducía despacio. Su cabeza iba repitiendo una y otra vez las palabras que utilizaría para confirmar a su amor que estaba dispuesto a olvidar el desliz y tirar para adelante. ¡Por fin iba a tener un hijo! Se sentía muy optimista. Más todavía después de saber que

el tal Camilo ya no daría más problemas. Un asunto menos del que preocuparse. Llevaba casi una hora de camino cuando notó que un coche, que había ido detrás todo el rato, se le acercaba más de lo prudente. ¿Por qué no le adelantaba de una vez y le dejaba tranquilo? Estaban pasando Despeñaperros y las curvas se intensificaban en ese tramo. Frenó un par de veces para ver si el automóvil se distanciaba, sin embargo, no lo hizo. Volvió a intentarlo, pero esta vez los frenos le fallaron y el coche empezó a embalarse. Insistió una y otra vez, presionando el pedal con energía, pero no funcionaba. Las curvas se amontonaban, y era incapaz de ajustarse a ellas. Iba demasiado deprisa. El corazón le latía a un ritmo vertiginoso. El chirrido de los neumáticos retumbaba en el silencio del desfiladero. La montaña se le antojaba el mismo infierno. ¿Estaría el demonio acechándolo? Las luces iluminaban las señales de peligro de la carretera, pero no conseguía bajar la velocidad. ¿Podría alguien ayudarlo? Miró por el retrovisor. El otro vehículo había desaparecido y no sabía qué hacer. De repente, vio cómo una curva en zigzag se aproximaba, amenazante, trágica... Agarró el volante con fuerza y confió en su destreza… y en Dios. El auto se puso a dos ruedas, dio una vuelta de campana y cayó al vacío.

Nadie se percató del accidente de Gonzalo, excepto el conductor del vehículo que lo iba siguiendo desde Villa del Río, que paró escasos segundos para comprobar que todo había salido según lo previsto. Después retomó su marcha de vuelta a Madrid.

Carolina recibió la noticia de la muerte de Gonzalo de voz de su suegro. Al principio no le entendía porque no paraba de llorar y no vocalizaba. Cuando por fin lo hizo, una gran arcada la mandó directamente al cuarto de baño. Allí descargó bien el estómago. Llamó a sus hermanos para que la acompañaran al pueblo. Toda la

familia Legazpi quedó desolada con la muerte de Gonzalo. Le querían como si fuera de su misma sangre, como a un Legazpi más. Pero la que de verdad les preocupaba era Carolina. Mujer embarazada y viuda no era una buena combinación. Máxime teniendo en cuenta los antecedentes de la niña, aunque, pasado el impacto inicial, Carolina se mostró serena y centrada. Rosario era una acérrima creyente y estaba convencida de que era Gonzalo quien, desde el cielo, le daba fuerzas. Decidieron inhumar el cadáver en Villa del Río. Bujalance no les parecía una buena opción. Sus verdaderos padres, los de acogida, preferían tener la tumba cerca para visitarla a diario. Adornarían la fría piedra con docenas de flores y una gran foto del difunto a la que llorar. Los Legazpi los acompañaron durante un par de días. Estaban rotos de dolor. Ahora que por fin iba a ser padre… «Gonzalo nunca tuvo suerte», decían. Se instalaron en el Hostal Forum. Un alojamiento céntrico que habían inaugurado hacía unos cuatro años y que era cómodo y conveniente. Carolina ocupó una habitación con su madre. Rosario no quería dejarla sola, pero se pasaba el día entero rezando, y tanta oración sacaba a la viuda de quicio. A los dos días informó a la familia de que regresaba a casa. Necesitaba la rutina para no pensar. Se volcó en los asuntos pendientes.

Mientras tanto, un hombre atormentado por sus demonios recogía en Madrid los restos mortales de la víctima del parque. Era la única persona que se había presentado para salvar las cenizas del cenicero común. No sabía qué haría con ellas, pero tenía claro que no iba a dejar que se confundieran con las de otros cuerpos abandonados. Esos restos pertenecían a su amor. Lo había querido y lo había odiado. Lo había disfrutado y también padecido. Tenía que hacerse cargo. Se lo debía.

Con la urna funeraria en la mano, satisfecho con la creencia de que Marcos había sido vengado, tomó rumbo a Barcelona. Esperaría a que la ciudad durmiera para esparcir el contenido por los callejones que fueron testigo de sus primeros encuentros. Tal vez por unas Ramblas somnolientas o, mejor aún, por la Barceloneta. Dejaría que sus partículas se mezclaran con la brisa del mar y con las olas. Quizá si se adentraran juntos en la bruma podría aplacar su tormento y encontraría la paz. Sí, estaba seguro. Así descansarían los dos. Los dos juntos, unidos para toda la eternidad…

CAPÍTULO XLV:
UN DESCUBRIMIENTO ATROZ

MADRID, PRIMEROS DE SEPTIEMBRE DE 2007

Una mañana Carolina se levantó con la idea fija en la cabeza de reunir todas las pertenencias de Gonzalo y enviarlas a Villa del Río. Había pasado un tiempo prudencial desde su muerte, y no quería demorarlo más. Cada vez que abría un armario o un cajón sentía unos terribles deseos de llorar, y tenía miedo de que esa congoja perjudicara al bebé. Debía desprenderse de todo aquello. Mejor que lo guardaran sus padres en el pueblo o que lo regalaran. Le daba igual.

A primera hora de la tarde ya tenía todo empaquetado en cajas con notas claras sobre su contenido. Entonces se dio cuenta de que la moto de su marido seguía en el garaje. Tenía que pensar qué iba a hacer con ella. Siempre había odiado esa Harley. Era ostentosa y además le parecía un peligro. Qué irónico que Gonzalo hubiera perdido la vida conduciendo el Land Rover, en el que ella siempre se sentía tan segura, y no la Harley Davidson, que desde el primer día consideró un arma mortal. En cualquier caso, no la necesitaba para nada. Hablaría con sus hermanos para ponerla a la venta.

Intentó abrir el compartimento accesorio que tenía para guardar el casco, pero estaba cerrado con llave. Revisó el cajón de las llaves y no pudo encontrarla. ¡Vete tú a saber en dónde estaría ahora! A lo mejor en el bolsillo de alguna chaqueta. Agotada, se sentó unos segundos en el sofá. Tendría que abrir todas las cajas y revisar todos

los bolsillos. Le asaltaron unas incontrolables ganas de llorar. A punto de rasgar el precinto del primer paquete, se dio cuenta de que en el perchero de la entrada estaba colgada la cazadora que se ponía Gonzalo para pasear con su joya de dos ruedas. Era de cuero grueso con grandes cremalleras en el frente y en los laterales. Cuidaba mucho su indumentaria cuando paseaba con la moto. Arreglarse para quedar con sus amigos era todo un ritual. El mundo de los moteros Harley contaba con ciertas normas tácitas. Para todos ellos la moto era su santuario, y como tal, requería las ceremonias y ornamentos apropiados. ¿Guardaría en el bolsillo la llave? Carolina sintió un gran alivio cuando sacó la mano con el llavero que buscaba.

Se dirigió de nuevo al garaje. Llevaba una cámara de fotos para preparar un buen anuncio para la venta. Hizo una de frente, dos desde el lateral y otra de la parte del manillar. Decidió que, si tomaba otra foto con el casco sobre el asiento, también podría venderlo. Se sorprendió mucho cuando comprobó que en el interior del cofre trasero no estaba el casco y sí una bolsa de plástico llena de fotos. Había muchas. También negativos. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué demonios era todo eso? En una salía ella, merodeando la calle, vestida de prostituta. Estaba oscura y borrosa, pero era ella. También había de Gonzalo con fulanas en el parque, sentado en la oficina o de pie frente al portal, a la vuelta del trabajo…

Decidió subir a casa. Necesitaba procesar todo lo que estaba descubriendo. Una vez dentro, volcó el contenido de la bolsa sobre la cama. Hizo varios montones. Había fotos de ella, de Gonzalo y de Marcos. ¿Por qué tenía su marido todo aquello? En el reverso estaba escrita la fecha. Los dedos le temblaban. Encontró la de una pareja haciendo el amor. Estaba movida, pero el hombre parecía Marcos.

Otra de Henry entrando con ella en su apartamento en mayo. Gonzalo delante de unos arbustos con una gran mancha oscura en la camisa. Tuvo que reprimir una nausea. Con cada imagen, su cerebro se emborronaba más. Intentaba asimilar lo que estaba averiguando. Alguien se había introducido en sus vidas durante meses. Alguien había estado siempre al acecho. ¡Camilo! Ese cerdo decía la verdad. ¡Lo sabía todo sobre ellos! Pero ¿por qué tenía Gonzalo todas esas imágenes? Un montón de detalles le vinieron a la cabeza, detalles a los que jamás hubiera dado importancia, pero que ahora le parecían piezas que encajaban una con otra en un engranaje perfecto: la cita de Gonzalo con ese hombre, justo antes de su detención; la convicción de que los dejaría en paz sin tener que darle dinero; el extraño revoltijo de los paquetes del congelador de la inmobiliaria; que ella fuera incapaz de recordar cuándo le comentó que había perdido el cuchillo en el parque. ¡El cuchillo! No recordaba haberlo vuelto a ver en el cajón. Corrió a la cocina. Buscó por todas partes, pero el cuchillo había desaparecido de nuevo. Después de olvidarlo en el lugar del crimen lo encontró de pronto un día, y ahora desaparecía de la misma manera. Y por no hablar del secuestro de Henry, tan irracional, tan absurdo. Ahora era consciente del peligro al que todos se habían enfrentado. Gonzalo había estado ahí todo el tiempo. Obsesionado con ella, manejando su vida, dirigiendo sus sentimientos, anulándole la voluntad, conduciéndola a su terreno, a donde él quería tenerla, invariablemente cariñoso y comprensivo; siempre un paso por delante. Su abuela se lo había advertido en sus cartas. ¡Qué estúpida se sentía! Y ahora tenía en la mano esas fotos, fotos que probablemente pertenecían a Camilo, a un desquiciado que estaba muerto. Los periódicos habían publicado la noticia de su suicidio en la cárcel. ¿Cuántos secretos más se habría llevado a la

tumba? Una extraña sospecha empezó a acecharla. No se atrevía a poner en palabras lo que su mente vislumbraba. Era terrorífico. ¿Sería justa su conjetura? Lo intuía, pero, por desgracia, ya jamás podría confirmarlo.

Alterada como nunca, no quiso recurrir a su familia. Conocer la verdadera cara de su marido los destrozaría. Tampoco quería disgustar a los padres, que allá por Córdoba lloraban a un hijo ejemplar. Si acudía a la policía, se vería involucrada, y ya no iban a devolverle la vida a nadie. Era posible que el infeliz de Camilo se hubiera convertido en el chivo expiatorio de todos. Aunque estaba convencida de que Marcos no había sido ajusticiado por un único verdugo. Sus repugnantes actos incitaban al odio, las víctimas se debían de contar ya por decenas y, a esas alturas, quién sabe cuántos serían los que querrían acabar con su existencia. Decidió que destruir todas las pruebas y olvidar era su única opción. Lo hizo a conciencia y después llamó a su único amor. Necesitaba su ánimo, sus palabras de aliento.

Henry no la decepcionó, a pesar de que llevaba meses sin contactar con él. Gracias a Dios, desconocía que, antes de que el accidente cambiara el rumbo de los acontecimientos, había determinado arrancarlo de su corazón para siempre. ¡El accidente! ¡Qué casualidad que Gonzalo tuviera ese fatídico accidente! ¿Se habría suicidado? Si fue él el que acabó con la vida de Marcos, ¿estaría martirizado por los remordimientos? Decidió no pensar más. Ya nada tenía arreglo. Dos días después, Henry se presentó frente a ella. Estaba perplejo.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Qué terrible, Carol! ¡Lo siento muchísimo!

—Lo sé. Todavía me cuesta asimilarlo. Por lo visto se quedó sin líquido de frenos. Ya ves, tan cuidadoso con la moto y tan dejado con el coche. Siempre posponía las revisiones. Yo a veces conducía el Land Rover. Podría haberme estrellado también.

—¡Uf! No sé qué hubiera sido de mí entonces —dijo con preocupación, pero intentando mantener las distancias. Si flaqueaba, si se acercaba y la abrazaba, no podría parar hasta que se la llevara a la cama, y eso no era prudente. No había respondido a sus llamadas durante semanas y ahora estaba de luto. No debía ponerla en una situación incómoda. Si la presionaba, lo rechazaría. Él estaba allí para paliar su dolor, no para acrecentarlo.

—Henry, tengo que contarte algo muy importante. Es algo truculento, atroz, pero necesito contárselo a alguien de confianza y solo tengo fuerzas para decírtelo a ti.

Henry se acercó un poco. Lo justo para acariciarle el hombro y rogarle con la mirada que no se guardara nada. En ese instante Carol lo besó. Con intensidad, incluso haciéndole daño. Estaba abrumada por los acontecimientos y descargaba sus nervios como podía. Todavía sin abandonar su boca, lo tomó de la mano, lo arrastró para que se sentara a su lado en el sofá y relató una historia. Una historia terrible que comenzaba en una discoteca de la plaza de los Cubos una noche de enero de 1983. Regresó con cautela a aquellos días, navegó por los lugares más secretos de su subconsciente y habló durante horas, sacándolo todo a la superficie, con el corazón desbocado y el alma contraída. No sabía qué efecto tendrían esas palabras sobre su amor. Pero debía confesar. No deseaba construir su futuro sobre medias verdades y secretos. No quería cometer el mismo error por segunda vez. Al final del día,

cuando ya no le quedaba nada dentro, puso sus cartas sobre la mesa.

—Henry, entendería que estuvieras enfadado, incluso que no desearas volver a verme. Pero si hay una pequeña posibilidad de que me perdones, me gustaría compartir algo contigo. Algo muy importante para mí, para nuestra hija.

—Carol, soy yo el que debo pedir disculpas. Cuando te conocí no supe ver lo herida que estabas y dejé que mi familia echara más leña al fuego. En vez de ayudarte, te desgracié más la vida. Siento que fui yo mismo el que te lanzó a los brazos de Gonzalo. Si hubiera asumido lo de Georgina, y me hubiera enfrentado a mi padre, podría haberte ahorrado mucho sufrimiento. Lo siento, Carol. ¡Lo siento! ¿Podrás perdonarme?

—Amor, yo te perdoné el mismo día que apareciste por la puerta de la inmobiliaria. Ya ves, te vi y me derretí, tal cual. Todo el rencor se esfumó en un suspiro. ¿Te gustaría visitar conmigo la finca de la familia Legazpi? ¿Te apetecería conocer Los Charros?

—Creía que tu abuela había vendido Los Charros al quedarse viuda.

—Sí, lo hizo. Pero yo los he recuperado, para mí, para Georgina, para el futuro. Elvira me lo pidió en sus últimas voluntades y me dio los medios para que pudiera cumplir su deseo final. Ayer me llamó su abogado para decirme que había cerrado el trato. La próxima semana firmamos la escritura de compraventa en Salamanca. ¡Tengo tantas ganas de que conozcas la tierra de mis antepasados! Son unos terrenos con mucha historia y alguna leyenda. Están bordeados por una gruesa valla de piedra y albergan, además de los campos de labranza y la casona, un invernadero diseñado por el mismo arquitecto del Palacio de Cristal del parque del Retiro. ¿Sabes que mi

bisabuelo cultivaba dentro opio para mi bisabuela? También hay un bosque de alcornoques y una rosaleda preciosa que sale en algunas fotos de Elvira y…

—Me hago cargo de que es una finca maravillosa y me alegro de que vuelva a pertenecer a tu familia.

—En realidad es solo mía. Mi familia todavía no sabe nada. Tengo que encontrar el mejor momento para contárselo. Me encantaría que vinieras a verla conmigo, también Georgina. Al fin y al cabo, la finca un día será suya. Me hace muchísima ilusión.

—De acuerdo. Me alegra que compartas tu entusiasmo por la compra con nosotros. Ahora mismo llamamos a Georgi y le decimos que saque los billetes de avión.

—Genial. Os va a encantar. Es un lugar maravilloso. Aunque no es lo que quiero compartir contigo. Bueno, en parte sí, pero hay algo más, algo mucho más sorprendente.

—Dime qué es entonces. ¿Me vas a dejar con la incertidumbre?

—Sí. Lo sabrás a su debido tiempo. Primero visitaremos Los Charros. Por cierto, quería que me acompañaras ahora a otro sitio. Me siento tan mal por lo que le pasó a ese desgraciado de Camilo. Mi vida a su lado ha sido un cuento de hadas. Ya te he dicho que me dan ganas de ir a la policía e intentar limpiar su nombre, pero como no queda nadie en este mundo que lo eche de menos… Además, todavía no me creo del todo lo de Gonzalo. Las pruebas tampoco son suficientes y él no está aquí para defenderse. ¿Y si de verdad fue aquel hombrecillo extraño el asesino?

—No le des más vueltas. Es cierto que no podemos estar completamente seguros de quién fue el asesino. Ese puerco tenía demasiados enemigos. Nunca lo vamos a estar del todo, y creo que es mejor no remover la mierda.

—¡Vaya Henry! Es la primera vez que te oigo decir una palabrota —interrumpió risueña.

—Mierda no es una palabrota —aclaró Henry contrito.

—¡Sí que lo es! —y se carcajeó.

—¡Que no, joderr!

—Hale, otra. ¡Me parece que España te está estropeando! —añadió desternillándose.

—¡Y bien! ¿A dónde quieres que te acompañe ahora? —preguntó cambiando de tema con una sonrisa.

—Verás, Camilo tenía un galgo que terminó en la perrera y he pensado…

CAPÍTULO XLVI:
LA HERENCIA DE LAS LEGAZPI

SALAMANCA, MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 2007

Carolina aparcó el coche frente al portalón principal de la casona. Rememoró la visita que hizo con Elvira justo antes de que la mandaran al internado, y le dio un pequeño vuelco el corazón. Estaba más decadente todavía. Normal, había llovido mucho desde entonces. Observó que uno de los muros de la fachada estaba un poco derruido en el lateral, la pintura de los cercos de las ventanas descascarillada y los poyetes abarrotados de macetas vacías. En los alcorques de los árboles se amontonaban hojas secas y malas hierbas. El seto, con calvas en algunas zonas, llevaba años sin cortarse y, en el largo camino de acceso, habían tenido que esquivar muchos hoyos y hendiduras, consecuencia de la dejadez tras muchos inviernos de heladas. Era evidente que la propiedad había conocido tiempos mejores, que el esplendor no era lo que mejor la definía en esos momentos y que, casi con total seguridad, había pagado mucho más de lo que valía. Pero estaban en Los Charros, la antigua finca de su abuela, la finca de los Legazpi, y ahora le pertenecía.

Carol se echó al hombro el bolso de Elvira, aquel gracias al que encontró las dos cartas que hicieron posible su futuro en Salamanca, se agarró del brazo de Henry y animó a Georgina y a Gus a que los siguieran. Todavía estaba acongojada por la terrible historia de Camilo. No es que justificara que fuera un mirón y se dedicara a

fotografiar a la gente, pero entendía que se volviera loco después de perder a su hija de una manera tan dramática. Por eso buscó al perro y lo adoptó. Es lo menos que podía hacer por ese hombre para el que la vida había sido de todo, menos justa. Ella misma enloquecería si le pasara algo a Georgina. Tenía que reconocer que ser padres era una misión peligrosa. El galgo corría y todos lo perseguían. La brisa otoñal inundaba sus pulmones. Olía a campo y a recuerdos, a hierba fresca y a esperanza. Una dulce sensación se derramó por todo su cuerpo. ¿Estaría su abuela acompañándola?

En el interior de la casa todo estaba tal y como Elvira lo había dejado tantos años atrás. No lo sabía, pero podía imaginarlo. La familia que aceptó la cuantiosa oferta para deshacerse de Los Charros, sin duda estaría agradecida de librarse de una construcción casi en ruinas. Se notaba que no habían realizado ninguna mejora en cuarenta años, y seguro que hacía tiempo que necesitaba unas cuantas. Sin embargo, el encanto del entorno era indiscutible. Grandes ventanales se abrían al esplendor de un jardín exuberante plagado de rosas, enredaderas de hiedra y árboles centenarios. Las estancias, majestuosas, se cerraban con techos elevados, algunos acristalados, y otros sujetos con travesaños de madera oscura. La escalera, de nogal, conservaba la barandilla tallada con motivos florales, aunque algunos barrotes se veían deteriorados. Las paredes, enteladas de seda, escondían con adornos algún desafortunado desgarro y, curiosamente, sobre la chimenea colgaba el retrato antiguo de un hombre que a Carolina le parecía familiar. Estaba ensimismada, observándolo, cuando una voz enérgica la sacó de su ensoñación.

—Es don Isidoro Legazpi, el fundador de Los Charros. Los antiguos propietarios me permitieron recuperarlo para ustedes del trastero. El

cuadro sufrió desperfectos durante la guerra, pero su señora abuela lo restauró. Yo mismo lo colgué para que pudieran verlo al llegar.

Un hombrecillo de aspecto rudo, aunque muy simpático, pidió permiso para atravesar el umbral de la puerta principal, que estaba abierta de par en par, y acercarse. Se presentó como Pepe y les explicó que conoció a Elvira de pequeño. Que sus padres trabajaron para los Legazpi y que cuando se enteró de que la propiedad volvía a manos de la familia, sintió la necesidad de acudir a presentarles sus respetos y ofrecerles su ayuda para lo que fuera menester. Que sus padres siempre habían contado maravillas de la señora Elvira, y que él mismo recordaba cómo repartía dulces a los niños a la salida de misa. Insistió mucho en guiarlos por el recorrido de todo el perímetro de las tierras. Deseaba, por unos minutos, regresar a su infancia, algo que le haría muy feliz, y también serles de utilidad.

—Señores Legazpi, por favor, síganme. Quiero contarles todo lo que sé de este lugar. Es muy interesante —dijo mostrando una amplia y sincera sonrisa.

A Carolina le hizo gracia que llamara a todos por su apellido. Henry parecía cualquier cosa menos un Legazpi. Contuvo la risa y le dio el gusto al hombre de que les hablara sobre su infancia, sobre Elvira y sobre la vida cotidiana de aquellos tiempos pretéritos. Salieron por la puerta de la cocina, que estaba situada justo en la parte trasera, y desde allí anduvieron un rato entre arbustos, trepadoras y campanillas.

Carolina disfrutaba con cada paso. En cada recodo, en cada rinconcito le parecía ver a su abuela: sentada en la butaca de mimbre bajo un alcornoque, cortando esquejes de geranio de los parterres, leyendo un buen libro bajo el entramado de hiedra del porche… Si cerraba los ojos e inspiraba profundamente podía incluso

oler su perfume. Ese aroma de ropa limpia, guiso cocinado a fuego lento y flores que siempre la acompañaba. Sin darse cuenta acarició con la mano su vientre. Esperaba que nadie hubiera notado el gesto. Después de todos los disgustos con los que lidió tras quedarse viuda, convencida de que lo perdería, tomó la decisión de no contar nada a Henry hasta que todo hubiera pasado y le confirmaran que el bebé estaba a salvo. Y lo estaba. En su última ecografía, Rosario y ella misma habían podido ver cómo saltaba y se chupaba el dedo dentro del útero. ¡Estaba tan contenta! Pero esta vez no iba a presionar a Henry para que aceptara a la criatura. Ni quería ni lo necesitaba. Durante mucho tiempo pensó que no volvería a tener hijos. Y lo asumió, a pesar de que Gonzalo insistía mucho para que los tuvieran. Lo intentaron durante años, pero nunca se quedaba embarazada. Él siempre dio por hecho que ella lo evitaba. En realidad, eso era lo que Carolina pretendía que creyera. No quería que supiera que era él el que no era capaz de engendrarlos. «¡Pobre Gonzalo!», pensó. «Ni siquiera eso le salió bien». No justificaba sus actos, pero había llegado a entenderlos. Lo único que se le escapaba era que, si de verdad fue él el que asesinó a Marcos, ¿por qué razón le cortaría las manos? ¿Qué turbio razonamiento le empujaría a ejecutar semejante locura? Se rindió. Gonzalo sería siempre un enigma por desvelar. Pepe la sacó de sus pensamientos.

—Señores Legazpi, ya hemos llegado al invernadero. Este edificio lo mandó construir don Isidoro en 1900 y es una joya de la arquitectura. Cuentan que aquí dentro tenía una plantación de opio y… un tesoro —susurró con tono intrigante—. Ahora el recinto está un poco abandonado, aunque sigue siendo hermoso. ¿Verdad?

—*¡Wonderful!* —exclamó Henry.

—¿Qué te parece, Georgi? —preguntó Carol a su hija en inglés— ¿Crees que podríamos plantar algo aquí dentro? ¡Es bien grande!

—*¡Lovely!* Es encantador, mamá. Me gusta mucho. ¿Y si cultivamos tulipanes? Adoro las flores. No sé si sabes que tengo estudios de botánica. Se me ocurren varias maneras de sacar rendimiento económico a estas instalaciones.

La palabra mamá sonó en los oídos de Carolina como música celestial, y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Georgina se dio cuenta y le dio un abrazo espontáneo. Henry miró orgulloso a sus dos mujeres. Le dolía el alma de amor por ellas y rogaba a Dios para que siempre estuvieran a su lado.

Esa noche, después de tomar una cena ligera en un restaurante nuevo de la plaza Mayor, regresaron a la finca. Georgina estaba exhausta y se fue a dormir con Gus temprano. Ambos habían hecho muy buenas migas. Carol y Henry se quedaron largo rato despiertos. Tenían muchas cosas de las que hablar. Como hacía muy buena noche, decidieron dar un paseo por el jardín. A medida que avanzaban y el perfume de esa noche de septiembre los envolvía, la certeza de que necesitaba cientos, miles, millones de momentos como ese anidó en el corazón de Carolina. Había tardado más de cuarenta años en pisar esas tierras y supo que jamás las abandonaría.

—¡Ay, Henry! Mi abuelita tenía razón. Desde que he cruzado los lindes de mi propiedad, me siento plena. Es como si mi vida empezara de cero. Creo que ella sabía que este lugar me alejaría de mi pasado para darme una nueva oportunidad. Es como si mis ojos vieran por primera vez. Creo que todo el sufrimiento de repente se ha disipado —explicó evitando comentar que tal vez Los Charros no fueran los únicos responsables de su racha de suerte.

—¡Me alegro mucho, Carol! Te mereces ser feliz. Tú más que nadie, te lo aseguro.

—Sí. Me lo merezco y lo voy a ser. Estoy segura.

—¿Te casarás conmigo? —soltó Henry de repente.

Carolina se mantuvo durante unos segundos en silencio. Estaba sorprendida.

—Henry, no sé qué decir. Te quiero. De verdad que te quiero un montón, pero ahora que me he reencontrado con mis raíces, no deseo marcharme. Menos aún desde que —y posó su mano sobre el vientre— estoy embarazada. Quería decírtelo en el momento oportuno, y me he dado cuenta de que el mejor momento es este. Vamos a tener otro bebé, y quiero que crezca en Los Charros.

Henry sintió una emoción inmensa cuando escuchó la buena nueva. Era increíble la facilidad con la que los dos eran capaces de crear vida. Sin duda tenía que significar algo. Se acercó a Carolina y la besó con dulzura.

—Es una noticia fantástica. No me lo puedo creer. Es la mejor noticia en años. ¡Voy a ser padre de nuevo! ¡Menudo regalo! ¡Qué alegría! —las palabras se le atropellaban—. Carol, esta vez lo voy a hacer muy bien. Te prometo que me voy a esforzar mucho, pero tienes que casarte conmigo. ¡Te quiero! Te quiero desde el primer momento en que te vi. Suena muy poco romántico, pero soy tuyo desde aquel porro que compartimos en el sótano de Rachel. Nunca he querido estar con nadie más. ¡Te lo juro!

—Yo también te quiero, pero no es tan fácil.

—Claro que lo es. Te vienes conmigo a Inglaterra y dejamos Salamanca como lugar de vacaciones.

Carolina atravesó con su oscura mirada los ojos casi transparentes de Henry.

—No lo has entendido, amor. Quiero vivir aquí trescientos días al año, por lo menos. En este lugar me siento feliz y libre. En estas tierras están mis raíces. Es el hogar que quiero para Georgina, el hogar que necesita nuestra futura hija, y esto no es negociable —zanjó con firmeza.

«Es otra niña», se alegró Henry por dentro. La mujer de su vida iba a darle otra hermosa niña. En ese preciso instante, Dios le estaba dando una segunda oportunidad, y no tenía ninguna intención de desperdiciarla. Miró a su enamorada con pasión. Era evidente que se había convertido en una mujer fuerte y segura de sí misma, y sintió que la amaba todavía más. Hincó la rodilla en la tierra, agarró con delicadeza su mano y dijo:

—Querida Carol, si te casas conmigo, te prometo que pasaré el resto de mi vida a tu lado y, si es este el lugar que eliges para establecerte, estoy deseando compartirlo contigo. ¿Entonces…?

—Entonces… ¿qué?

—¿Aceptas ya casarte conmigo?

—¡¡Claro que acepto!! —contestó por fin Carolina saltando de felicidad—, pero esperaremos un tiempo prudencial. No quiero parecer una viuda alegre y desalmada.

Los enamorados corrieron hasta el dormitorio. El mismo que años atrás fue testigo del amor entre Felisa e Isidoro, el que atesoraba las noches de pasión entre Elvira y Andrés. Ese que se levantó sobre una mentira y se afianzó constatando verdades. Estaba decorado con muebles antiguos y telas pasadas de moda. Una alfombra deshilachada cubría el suelo, y el polvo toda la estancia, pero para ellos era una suite de lujo. Enredados, se dejaron caer sobre la cama; enredados se dijeron las palabras más hermosas. Hicieron el amor una y otra vez y, cuando ya exhaustos descansaron para tomar

aire, Henry sacó con manos nerviosas algo del bolsillo de su chaqueta. Era la foto de Jasmine.

—Mira, Carol, ya sé cómo era mi madre —dijo emocionado.

—Era preciosa, Henry. Me alegro de que por fin conozcas su rostro. Georgina se parece a ella.

—Sí, un poco, pero también se parece a ti. Y espero que Elvira —dijo posando las manos sobre el vientre de Carol— también herede tus rasgos.

Carolina lloró de alegría. Desde que supo que se trataba de una niña tuvo la certeza de que se llamaría Elvira, pero le emocionó que Henry deseara lo mismo.

—Hay otra cosa que debo contarte. No quiero que haya secretos entre nosotros —dijo el inglés con firmeza.

—Te escucho.

—He conocido a mi verdadero padre. Fue a buscarme hace unos meses.

—¡Ay, Henry! ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, tranquila. El caso es que me confirmó que mi madre tuvo una muerte violenta. Su tía Muriel la asesinó por venganza. Sirvió durante años para los Wentworth. ¿La recuerdas?

—¡Claro! Nunca me gustó esa vieja. Era rara, y no solo por la cicatriz de su cara. ¡Es espantoso! Lo siento mucho.

—Bueno, en realidad saberlo me da tranquilidad. Ella no me abandonó. No huyó sin más. La hicieron desaparecer. Dirás que soy un idiota, pero durante años estuve seguro de que se fue por mi culpa, de que no soportaba encargarse de mí y quiso escapar de la responsabilidad. Ahora que sé que no fui la causa de su marcha, me siento mejor.

—Es normal, amor. Me horroriza que asesinaran a tu madre, aunque me hace feliz que hayas encontrado un poco de paz.

—No he encontrado un poco de paz. ¡La tengo toda para mí! —gritó levantándola en volandas—. ¿Querrás venir conmigo a conocerlo? Vive en Derry con su familia. ¡Tengo hermanos! ¡Tres! —gritó loco de felicidad.

—Claro, en cuanto nazca la niña iremos los cuatro, si te parece bien.

—*Perfect!*

El aroma de los campos recién regados penetraba por la ventana del dormitorio. Una ligera brisa moldeaba los visillos y agitaba los cabellos. Dos cuerpos desnudos volvían a unirse en un movimiento rítmico y lento. Rodaban sobre sí mismos, vibraban encendidos y se sacudían con prisas. El cenit de la noche venía fresco, pero el calor del interior de la estancia aumentaba. Dos almas, también desnudas, entretejían sus sueños con hilos de promesas y esperanza. Se conmovían en las sombras, se fundían en un anhelo infinito, lamiendo recovecos, regenerando desgarros, reconquistando los sueños perdidos…

Al amanecer, agotados, se quedaron dormidos con la certeza de que no existía mejor medicina que el amor que se habían entregado, ni más cualificado hospital que esas tierras castellanas. Henry, por primera vez en su vida, se dejó acunar por el silencio y Carolina, acurrucada en su regazo, se abandonó al sosiego, a pesar de los destrozos, frustraciones y desgracias, aceptando los errores, y adaptándose a subsistir sobre las cenizas de un pasado que por fin se sentía capaz de olvidar, piel con piel, corazón con corazón. Y si habían sido los antiguos errores los que les habían guiado hasta ese instante sublime, ¿quién querría ahora cambiarlos? Al igual que sus

antepasados, en esa tierra castellana fértil y hermosa, vivirían en paz y serían libres.

Un destello verdoso se proyectó sobre las sábanas en las que Henry intentaba desperezarse. Abrió los ojos con sorpresa para seguir el recorrido de ese resplandor que provenía de la ventana, y que revoloteaba sobre él como una luciérnaga. Justo en el centro del vano Carolina permanecía en pie, de espaldas al lecho. Entre sus dedos sostenía algo. Algo tan extraordinario que Henry no pudo evitar acercarse para contemplarlo. Al sentir su suave aliento en la nuca, Carolina giró la cabeza sobresaltada. Estaba tan concentrada en esa gema que no se dio cuenta de que su amado ya estaba despierto.

—¡Buenos días! ¿Qué tal has dormido? —le preguntó con ternura, mientras sentía la calidez de sus labios rozándole el cuello.

—Mejor que nunca. ¿Y tú? —contestó, sin desviar la mirada de la piedra.

—¡De maravilla! Mira, Henry, esta esmeralda pertenecía a mi abuela. Es muy antigua.

—Es increíble. Parece de mentira. Porque es falsa, ¿verdad?

—Es verdadera y cuesta una fortuna. ¿No te parece una joya de la realeza? Nadie sabe que la tengo. Mi abuela me la dejó en herencia junto con otra igual que vendí para poder recuperar Los Charros. La idea era deshacerme de las dos. En Amberes me ofrecieron más del triple si las vendía juntas. Era la primera vez que se topaban con dos piezas tan puras e idénticas, aunque no pude desprenderme de esta. Te parecerá una tontería, pero cuando las cogí por primera vez percibí una extraña sensación. Al principio pensé que estaba sugestionada porque Elvira me dijo que eran mágicas. Pero no. Ella las consideraba mágicas por su valor económico. Porque venderlas

me proporcionaría dinero de sobra para romper con todo lo que me hacía daño y empezar de cero. Creo que nunca se dio cuenta de que su poder iba más allá. Estoy segura de que, si lo hubiera sabido, jamás me habría pedido que las vendiera. De hecho, yo al principio no noté nada. Fue poco antes de viajar a Bélgica cuando me di cuenta de que una de las gemas estaba fría y la otra caliente. Las froté con un paño para sacarles brillo y las coloqué cada una en una palma. La diferencia de temperatura era todavía más evidente.

—¡Que extraño! —contestó sin desviar la mirada del hipnótico brillo.

—Lo es. El caso es que sentía que la piedra cálida me serenaba y la fría me alteraba. Cancelé mi viaje y empecé a hacer pruebas. Salía a la calle con una u otra pieza, y por la noche apuntaba cómo había transcurrido la jornada.

—¿Y qué conclusiones sacaste?

—Que las dos eran especiales. Pero esta que miras con tanta fascinación me atraía más. Quizá por el tenue ardor y esa paz que transmite. No lo sé, pero sentía que la propia piedra me pedía que no me deshiciera de ella. Por eso vendí la otra y esta me la guardé. Entonces empezaron a pasar cosas...

—¿Qué cosas? —preguntó Henry con ojos expectantes.

—Primero encontré a ese malnacido. Llevaba años indagando sobre su paradero sin ningún éxito y de pronto lo tenía, en carne y hueso, delante de mí. Después se hizo justicia. No es que quisiera que lo asesinaran, pero he de reconocer que su muerte ha conseguido que en Madrid las chicas puedan salir de noche más seguras. Luego supe que recuperaría esta maravillosa finca, apareciste tú, Georgina, el bebé… y mi vida pegó un vuelco.

—Pero también ha fallecido Gonzalo.

—Sí. Eso es cierto. Lamento muchísimo lo que le ha pasado. La muerte de Gonzalo ha sido una terrible desgracia, sin embargo, y espero que Dios me perdone, no consigue empañar la felicidad que ahora mismo siento. ¡Yo sí que estaba muerta, Henry! Llevaba años sin sentir nada y ahora mírame. ¡Míranos! Estamos juntos, con nuestra preciosa hija y vamos a formar una gran familia. Todo lo que siempre soñé se ha hecho realidad. ¿Qué más se puede pedir?

—En eso estoy de acuerdo. En nuestro caso, todo ha cambiado para bien. Quizá tengas razón y sea a causa de la gema, pero no porque sea mágica. Estos últimos meses he podido comprobar que, si nos esforzamos lo suficiente, las cosas terminan siendo lo que queremos que sean. Por eso, si tú estás convencida de que esta esmeralda te da suerte, te la dará. ¡Seguro! Aunque sea tu actitud el verdadero acicate, o quizá las cartas que te dejó Elvira. Creo que son las palabras escritas en esas cartas las que te han mostrado el verdadero camino. Y la experiencia demuestra que, si aciertas con el camino, siempre llegas a la meta.

—Puede ser… pero esta piedra es distinta, aunque nadie se haya dado cuenta. Quizá algún día investigue para averiguar su procedencia. Es imposible que una gema tan grande y valiosa, tan excepcional, no haya dejado rastro. Puede que perteneciera a una princesa o incluso a un gran imperio. Ahora lo único que sé es que formaba parte de un tesoro que trajeron de Filipinas y yo me siento, de alguna manera que no sé explicar, muy vinculada a ella. Es como si necesitara tenerla siempre conmigo. Sigo pensando que esconde algo mágico, al menos para mí. La conservaré para nuestras hijas con el resto de las cosas de mi abuela: el viejo bolso, la mecedora de enea, la foto del abuelo Andrés, el manuscrito que pronto publicaré, Los Charros… Esta es la herencia que Elvira quiso

dejarme; la extraordinaria herencia de las Legazpi. Sin embargo, creo que tienes razón en cuanto a las dos cartas. Sin ellas no habría sabido qué hacer. Habría equivocado el rumbo. Las cartas son mi abuela, son su fuerza, su decisión, su vitalidad, su sabiduría, su amor… ¡Si hasta huelen a ella! —remarcó risueña mientras le acercaba los sobres a la altura de la nariz—. ¿Sabes?, siento que ahora mismo nos observa orgullosa desde el cielo. ¡La echo tanto de menos!

Henry se acercó a Carol y la besó con dulzura.

—Vaya, ¿y si más adelante tenemos un varón? ¿Podrá también disfrutar de esta herencia, o es solo para las mujeres de la familia? ¿No aclara Elvira nada al respecto en alguna de las cartas? —preguntó Henry, fingiéndose defraudado.

—¡Ay, Henry! ¿No he parido todavía y ya estás pensando en otro bebé? Espero que no quieras convertirme en la princesa de Agra, esa que tuvo tantos hijos.

—Se llamaba Mumtaz Mahal, que significa la elegida del palacio. Tranquila, solo estaba bromeando. Te quiero, Carol. Te quiero muchísimo. ¿Sabes? Se me ha ocurrido que podríamos ser nosotros esta vez los que escribiéramos la historia de la familia. Y es muy importante que nuestros descendientes la consideren entretenida —le susurró al oído a la vez que la cogía en volandas para llevársela a la cama—. ¿Qué te parece si empezamos ahora mismo?

CAPÍTULO XLVII:
UNA TARDE DE DOMINGO

BUJALANCE, CÓRDOBA, 1975

El sol todavía brillaba y resbalaba con suaves destellos sobre las paredes inmaculadas de las blancas casitas de Bujalance, aunque descendía en picado, pues a esas horas ya había recorrido la ciudad de este a oeste. El empedrado de la calzada ya no quemaba; las sombras acechaban en los callejones y, en el horizonte, la luz se tornaba más ocre que dorada.

Gonzalo caminaba a paso ligero para alcanzar su domicilio lo antes posible. Si llegaba demasiado tarde, sus padres le darían una buena zurra. Todavía le costaba enfocar bien la vista con el ojo que casi le habían reventado en la última paliza. No estaba seguro de si había sido su padre con el puño o su madre con el palo de la escoba. En la confusión de aquellos golpes, de procedencia variada, solo acertó a cubrirse con las manos y a rezar para que el sufrimiento acabara. El párpado estaba muy inflamado, le dolía la cuenca entera y apenas podía abrirlo. Aceleró el paso. Si no llegaba pronto, su madre se enfurecería y lo dejaría ciego de los dos ojos. Mientras corría, con cuidado de no tropezar con alguna reja panzuda o un adoquín voluminoso, el ritmo frenético de la carrera zarandeaba las chapas que llevaba en los bolsillos y que le habían dado el triunfo en la última partida. Ahora se arrepentía de haber aceptado el reto. Ganar en un juego no valía la azotaina que se le avecinaba.

Atravesó a toda velocidad la calle Ancha, ajeno a las miradas de los transeúntes. Las sisas de la camisa estaban ya empapadas, tenía la garganta seca y le faltaba el aire, pero no podía permitirse el lujo de frenar. Giró a la izquierda, después a la derecha… Dejó atrás la plaza de Santa Cruz y, cuando por fin cruzó la calle del Huerto, un retortijón le confirmó que su madre lo esperaba, con los brazos en jarras, delante del portal.

El color del cielo se bañaba de matices a la misma velocidad que Mariana aporreaba el enjuto cuerpo de su hijo. Primero con la zapatilla, después con un cinturón. El sol, exhausto tras la larga jornada, se ocultaba poco a poco y la oscuridad devoraba la vivienda, apagando las pocas esperanzas que el pobre chico tenía de salir indemne del trance. Sabía que no debía llegar tarde para la cena, que no se le permitía jugar con sus amigos a las chapas ni a ningún otro juego que lo desviara de sus ocupaciones importantes, que no eran otras más que estudiar y ayudar a su madre a devanar lana. Debía sujetar con ambas manos las hebras de las madejas para que Mariana las enrollara en un gran ovillo, con el que luego tejía jerséis que vendía para complementar el sueldo de asistenta. Gonzalo se pasaba horas estirando con fuerza para que el hilo fluyera deprisa y jamás protestaba. En su casa la protesta se pagaba cara. Y si terminaban muy tarde la tarea, su madre lo castigaba sin cenar. Siempre decía que la comida había que ganársela.

Ese anochecer, Mariana estaba más irritada que de costumbre. Sospechaba que su marido tenía un lío con alguna fulana de un pueblo vecino y andaba, la muy bruta, pegando puñetazos a las mesas y patadas a las puertas. Así que, cuando vio a su hijo aparecer al fondo de la calle, sudoroso y jadeante, decidió que pagaría con él su enfado. Cuando acabó de descargar esa ira

contenida, llegó Paco. Gonzalo lloraba en el dormitorio mientras se limpiaba los churretes con un pañuelo. Los gritos de su madre retumbaban entre las paredes de la cocina. Paco respondió al ataque de su mujer con otro más violento. Los chillidos eran ensordecedores, pero los vecinos estaban acostumbrados. Cómo no estarlo, si las bullas y los leñazos en el hogar de los De la Peña eran el pan nuestro de cada día. Cuando Paco acabó con Mariana, entró en el dormitorio a buscar a su hijo…

Después de esa última paliza, Gonzalo prometió a sus padres comportarse como un niño obediente por siempre jamás y, para demostrarlo, se ofreció a preparar él mismo la cena y a fregar después la loza. El matrimonio había seguido las mismas etapas de la trifulca de siempre: zurrar a Gonzalo, tremenda pelea marital, volver a zurrar a Gonzalo y reconciliación. Una reconciliación de esas en las que se debería echar el pestillo del dormitorio. Así que el muchacho, enajenado por la rabia, embrutecido por el dolor, convencido de que esa espiral de violencia nunca terminaría, se acercó al cuarto de baño, volcó todo el contenido de un bote de píldoras que utilizaba su madre para dormir sobre la mesa, las machacó en un mortero y disolvió el resultado en las sopas de ajo que acababa de preparar. Después de la cena, los monstruos dormirían para siempre.

Ya entrada la noche, al comprobar que sus padres descansaban apaciblemente, pero que aún respiraban, un intenso temor lo invadió. ¿Y si despertaban? ¿Y si volvían en sí y descubrían lo que había intentado hacer? El miedo se adueñó de su mente y, de alguna manera, hizo que algo ahí dentro se quebrara. Un chasquido seguido de un fuerte latigazo en la nuca le nubló el entendimiento. Dejó los cacharros que estaba enjuagando sobre el escurridor y, olvidando

cerrar el grifo de la pila, se dirigió al dormitorio de sus padres. Contempló los cuerpos relajados tras la cena, el coito y el arsenal de somníferos. Detuvo la mirada en sus manos. Unas manos rugosas y ajadas por los años de trabajo. Unas extremidades fuertes que no dudaban a la hora de abofetearlo, de apagar cigarrillos sobre su piel infantil. Agarró un cuchillo y, como si un ente maléfico lo guiara, decidió que debía cortarlas. Era su obligación acabar con el poder de esas zarpas que tanto lo habían martirizado durante diez años.

Estaba en esa tarea, cuando una pequeña ráfaga de razón se impuso en su cabeza durante unos segundos. Era un niño y apenas tenía fuerzas para alcanzar su objetivo. Estaba agotado y solo había conseguido hacerles unos cuantos cortes. Fue en ese momento cuando los ojos horrorizados se dieron cuenta de lo que su desesperación pretendía. Se miró las manos. Tenía los guantes de goma manchados de sangre. Corrió a la cocina a aclararlos. Lo hizo con insistencia enfermiza. Después se los quitó. Cortó el flujo de agua de la pila, buscó los restos de sopa y no paró de comer hasta que el plato estuvo tan limpio como los que había colocado sobre el escurreplatos. Nada más terminar, apagó las luces y se tumbó junto a sus padres. En pocos minutos, se quedaría profundamente dormido.

CAPÍTULO XLVIII:
UN NUEVO COMIENZO

AÑO 2008 - 2010

A principios de febrero de 2008, Carol dio a luz una preciosa niña a la que pusieron Elvira en honor a su abuela. Cuatro meses después, Henry y Carol se unían en sagrado matrimonio católico ante Dios y la incrédula familia Legazpi, que todavía no entendía el extraño devenir de los acontecimientos. El nuevo retoño de los Harris Legazpi o, mejor dicho, de los Legazpi Harris, porque, acogiéndose a una modificación del Código Civil, habían inscrito a la niña como Elvira Legazpi Harris, trajo bajo el brazo mucha alegría y la oportunidad de que sus padres formaran una gran familia.

Tras la boda, los recién casados dejaron al bebé en casa de los abuelos y disfrutaron de una maravillosa luna de miel en la India. La visión del Taj Mahal, en Agra, dejó a Carolina sin palabras. Nunca imaginó que el amor pudiera transformarse en algo tan majestuoso. Durante tres largas semanas alternaron las excursiones turísticas con los retiros románticos. Organizaron veladas a la luz de las velas, hicieron el amor y recuperaron la ilusión en un futuro que se presentaba esplendoroso.

A su regreso, Henry organizó un viaje por el Reino Unido e Irlanda, esta vez en familia. La primera parada tuvo lugar en Londres. Carol quería conocer a James; y James, a su nueva hermana. Tras dos agitadas noches en la ciudad del Támesis y una semana de confraternización en Herefordshire, toda la prole se dirigió en coche

a Irlanda del Norte. Días antes, Henry había comunicado a su padre la intención de visitarlo con su mujer, sus tres hijos y Francine, que no cabía en sí de alegría desde que supo de la existencia del bebé.

En un primer momento, la vieja ama de llaves se negó rotundamente a acompañarlos. No deseaba enfrentarse a Desmond. «¡De ninguna de las maneras!», repetía una y otra vez. Le daba miedo que sus demonios regresaran. Solo pensar en la posibilidad le provocaba dolor de estómago. Entonces Henry le aseguró que su padre no tenía ninguna intención de remover el pasado, que lo que quería era construir un nuevo futuro para todos. Se lo prometió mostrando esa sonrisa suya que recientemente había recuperado; la que perdió en una infancia tenebrosa y que ahora era capaz de iluminar la oscuridad más insondable. Francine se contagió de ese optimismo antes jamás visto en el rostro de Henry y, aunque a regañadientes, no tuvo más remedio que dejarse arrastrar y subirse a la furgoneta que habían alquilado para el gran viaje.

Una vez en Irlanda del Norte, el navegador del vehículo les indicó que continuaran por una carretera que se perdía entre verdes valles plagados de ovejas. De pronto, la finca de los Donnelly apareció ante ellos, en medio de la pradera, bordeada por una tapia de madera y arbustos floridos. Acababa de cesar la lluvia y un tímido sol intentaba hacerse hueco entre los tupidos árboles de un pequeño bosquecillo. Aparcaron el vehículo a un lado y salieron los seis, nerviosos, aunque muy ilusionados. Francine sujetaba a Elvira entre los brazos. Una mujer de mediana edad abrió la puerta principal. Era morena y todavía atractiva.

—¡Buenas tardes! —saludó con fuerte acento español— soy Malena, la mujer de Desmond. Él se ha acercado a comprar unos

scones[65] para el té. En seguida vuelve. Pero, por favor, entrad y poneos cómodos.

Toda la familia se acomodó en un gran sofá que había en el salón. Francine acunaba a Elvira, que había roto a llorar. Malena se quedó mirándola con dulzura.

—¿Es esta la nieta pequeña de mi esposo? ¡Es preciosa! Tú también lo eres —añadió dirigiéndose a Georgina—. Cuando os conozca se va a emocionar. Dice que por una vez sale algo de él que no sea un varón. No sé si sabéis que tenemos tres hijos: Gerry, Sean y Brendan.

—Sí —contestó Henry. Es la mejor noticia que Desmond me pudo dar. Me encanta la idea de tener tres hermanos.

—¡Uy! —interrumpió Malena—. Espérate a conocerlos. Igual cuando lo hagas no te parece tan estupendo. Vendrán el fin de semana. Ya verás lo liantes que son —añadió entre risas.

—Seguro que no es para tanto —contestó sonriendo también.

—En fin, Henry, Francine, mi marido lleva tiempo queriendo hablar con vosotros dos. Necesita explicaros bien todo lo que pasó con Jasmine.

—Ya le dije que no me interesan los detalles. Saber que no me abandonó y conocer por fin sus rasgos me ha dejado satisfecho —cortó Henry con brusquedad.

—Bueno, el caso es que nosotros sí querríamos dároslos. Nos quedaríamos más tranquilos.

—De eso se trata. De que os quedéis más tranquilos vosotros. A mí no me aportaría nada, de verdad. No he venido para eso.

—Pues yo creo que sí quiero saber —se aventuró a decir Francine.

Henry se la quedó mirando perplejo. No entendía las razones del ama de llaves. No era su madre ni su tía, ni tenía ningún vínculo

familiar con Jasmine.

—¿Y a ti qué más te da?

—¿Cómo que qué más me da? Yo crie a la señorita. Para mí siempre fue una hija. La hija que no pude tener con George…

—¿George? —preguntó atónita Carol.

—Sí, George Harris, el amor de mi vida. Estuve loca por él hasta el mismo día de su muerte. Pero él, siempre tan correcto, jamás hizo ni dijo nada que me hiciera albergar esperanzas. A pesar de ello, me trataba como si fuera la señora de la casa. No había una señora Harris, así que me permitía hacer todo lo que quería y educar a los niños como si fuera su madre. Jasmine y William eran mis niños. ¿Lo entendéis? Y ahora los dos están muertos —lamentó intentando contener las lágrimas—. Esa loca me arrebató a mi pequeña solo por el placer de verme sufrir, y necesito saber cómo lo hizo.

El sonido de un inesperado portazo sobresaltó a todos. Desmond Donnelly apareció en el umbral de la puerta. Llevaba un paquetito en las manos. Uno a uno fue saludando a todos los presentes, dejó los dulces sobre la mesa y después habló. Sus palabras mostraban mucha emoción.

—Me gustaría que me acompañarais a un sitio. Creo que es importante para todos. Una vez allí, responderé a vuestras preguntas. Todas las que me queráis hacer. Las que no, las borraré de mi memoria y jamás volveré a comentar nada al respecto, si vosotros os comprometéis a lo mismo. Os doy mi palabra. Pero os ruego que vengáis conmigo. Me lo vais a agradecer.

Henry siguió con la furgoneta a su padre hasta un sendero que desembocaba en una pequeña iglesia católica. Junto a ella había un cementerio. Después de aparcar a un lado, bajaron de los vehículos y caminaron hasta la zona de lápidas. Todos los sepulcros eran

antiguos. Muchos de niños recién nacidos o muertos en su primera infancia. También había tumbas de adultos y de algún anciano. Las últimas fechas esculpidas en las piedras databan de principios del siglo veinte, de antes de la Segunda Guerra Mundial. Desmond se paró ante una de las sepulturas. La losa era antigua, estaba ennegrecida y cubierta de musgo, pero el grabado del epitafio parecía reciente. No había fechas, pero sí un pequeño texto que decía:

Querida Jasmine:
Te obligaron a partir muy pronto,
pero tu luz será eterna en nuestros corazones.

Todos los visitantes se quedaron boquiabiertos. ¿Era posible lo que estaban imaginando? Desmond rasgó el silencio que se había apoderado del lugar.

—Es la tumba de tu madre, Henry. Conseguí que la enterraran en suelo sagrado. Creo que se lo debía. Si quieres te cuento cómo llegó hasta aquí.

Henry se acercó tembloroso a la lápida, se arrodilló y permitió que un río de lágrimas le empapara el rostro. Estaba ante los restos mortales de su madre y sentía una enorme tristeza. Se mantuvo así, callado, ceremonioso, durante varios minutos. Parecía que rezaba. Nadie se atrevió a interrumpirlo. Francine se arrodilló a su lado. También murmuraba una oración. Con prudencia, ofreció la mano a Henry, y este se la apretó con fuerza. Una atmósfera espiritual se abrazó a la cálida brisa que acariciaba la piel y mecía los cabellos. De pronto, todos estaban postrados alrededor del sepulcro. Henry empezó a susurrar la canción *Auld Lang Syne*[66], y los demás lo acompañaron. La solemne melodía se propagaba entre las lápidas,

los árboles y las flores silvestres. Tras el último estribillo, Henry se levantó, acercó la palma de la mano a sus labios y lanzó un beso al aire, en dirección al lugar donde descansaba Jasmine. Después se giró hacia el resto del grupo. Su rostro estaba sereno.

—Hoy hemos despedido a mi madre. Ahora descansa en paz, y en paz me gustaría que viviéramos a partir de este momento. El pasado no me importa. Todos hemos cometido errores. Yo el primero. ¡Olvidémoslo! Lo importante es vivir el presente y construir un futuro mejor. ¡Hagamos que sea maravilloso! Por nosotros, por nuestros descendientes —dijo mirando a Elvira—, por Jasmine. ¿De acuerdo, Francine?

La antigua niñera y ama de llaves suspiró con fuerza. La herida de su corazón todavía supuraba, pero entendía las razones de Henry. Tener a Elvira entre los brazos le infundía esperanza.

—De acuerdo. Pero que sepas que no pienso separarme de esta preciosidad ni un solo instante.

—Pues tendrás que venirte a España con nosotros. Ya sabes que nos hemos instalado en Los Charros.

—¡Uf! ¿Vivir en una finca preciosa en medio de una Castilla de leyenda? Creo que podré soportarlo. Además, esta criaturita necesita aprender el auténtico inglés de Buckingham. Nada de acentos raros. Yo me encargaré personalmente de ello —contestó acariciando a Elvira los cuatro pelos, muy rubios, que le caían sobre la frente.

—Sí, sí, el auténtico inglés del Buckingham irlandés, rieron todos.

Francine no pudo evitar que se le escapara una carcajada. En realidad, ninguno de los presentes podía parar de reír.

Por desgracia, la vieja ama de llaves enfermó a primeros de marzo de 2010. Nadie se esperaba que un súbito malestar fuera consecuencia de una terrible enfermedad que, sin saberlo, llevaba

años conviviendo con ella. Después de las desalentadoras noticias, le suplicó a Henry que la llevara de vuelta a Hereford. No quería morir sin contemplar por última vez la floración de los narcisos en sus extensos campos. Intentaron convencerla de que sería mucho más adecuado que se trasladara a la unidad de cuidados paliativos del hospital, tal y como le habían recomendado los médicos. Le quedaba poco tiempo, y era mucho mejor que permaneciera a cargo de un buen equipo de especialistas que aliviara su dolor y le diera el apoyo psicológico necesario para enfrentarse al dramático trance. Pero Francine se negó.

La irlandesa era muy feliz en Salamanca compartiendo su vida con la única familia que había conocido desde que abandonara el hogar de su infancia en Donegal. Era tan feliz que no tenía ninguna intención de estropearlo. Prefería atesorar en la memoria las imágenes de Elvirita jugando al escondite, risueña, entre los alcornoques, de Georgi musitando palabras cariñosas a las plantas que cultivaba en el invernadero o de Henry y Carol besándose por las esquinas. No soportaría enturbiar esos recuerdos. También necesitaba organizar ciertos asuntos en Inglaterra antes de que fuera demasiado tarde. Así que, después de pensárselo muy bien, decidió cerrar ese maravilloso capítulo de su vida y empezar otro nuevo: la última primavera en Hereford.

En el hospital aseguraron a Henry que Francine no llegaría a la primavera. Era imposible. Pero él sentía que estaba obligado a intentarlo. Francine le había protegido siempre. También se había encargado de su padre, de su madre y de Georgina. Incluso, y a pesar de su avanzada edad, cuidaba con verdadera devoción de la más pequeña. Esa mujer era uno de los pilares que sostenía sus vidas y se merecía elegir dónde aguardar su final.

Un par de semanas más tarde, Francine contemplaba la tupida manta de narcisos que cubría la pradera hasta donde alcanzaba la vista. Estaba sentada en un butacón mullido que Henry había sacado con la ayuda de su esposa. Al principio Carolina se negó a acompañarlos. Ya había cedido con la visita familiar que hicieron justo después de la boda. En esa ocasión, el bullicio inundaba la casa y no tuvo tiempo de pensar en lo que de verdad le evocaban esos fríos muros. Ahora era diferente. No quería dejar a Elvira y tampoco volver a pisar ese lugar tenebroso en el que retumbaba el eco de su desgarro. Pero su marido le aseguró que, si escribían una historia alegre en esa casa, si conseguían entretejer los retazos de ese pasado trágico con la felicidad del presente, el resultado borraría todo el pesar para siempre. Por eso aceptó. Necesitaba creer que era posible; que el sufrimiento quedaría eternamente sepultado en lo más profundo de ese valle.

La pareja decidió acomodarse al lado de la enferma y dirigir la mirada al horizonte. El paisaje era espectacular. Parecía mentira que pudiera brotar tanta belleza de unos simples bulbos. No corría ni una brizna de aire y el sol lucía con fuerza. Las flores brillaban con un amarillo tan intenso que hacían daño a la vista. Apenas había despuntado la primavera, pero hacía mucho calor y empezaban a sofocarse, por lo que Carol y Henry entraron a por unos sombreros y una gran jarra de limonada. Una vez protegidos de los rayos nocivos, y a punto de dar el primer sorbo de refresco, Francine empezó a hablar. Se dirigió a sus interlocutores con familiaridad, como si conversara con sus propios hijos. El tono era emotivo, aunque sereno.

—Solo recuerdo una tarde tan encantadora como esta y, curiosamente, fue el día antes de que tu abuelo falleciera. ¡Qué raro

se me hace! Murió más o menos por estas fechas. Lo tengo bien grabado en la memoria porque los dos observábamos el mismo paisaje de narcisos cuando me pidió que le acompañara a su cuarto. Yo nunca había estado a solas con él en su dormitorio, y me extrañó mucho que casi me lo suplicara. Era siempre tan correcto…

» El caso es que esa tarde William había dejado a Georgina al cuidado de la niñera para marcharse a un partido de críquet. La verdad es que la quería muchísimo y no consentía que estuviera en manos de otras personas cuando él se encontraba en la casa. A George no le gustó nada lo que te hizo, Carol —afirmó mirándola con ternura—, pero luego veía correr a la niña por el jardín y se alegraba de que viviera con nosotros. Era tan dulce y encantadora. Nos trajo tantísima dicha. Después de lo de Jasmine, de todos los años de angustia, por fin la alegría nos rodeaba. Siento mucho que tu desdicha fuera la causa de nuestra felicidad. Lo siento de veras, cariño. —Francine le acarició el hombro con afecto genuino y prosiguió—: En fin… Esa tarde solo estábamos nosotros cuatro en la casa: Georgi, su niñera, George y yo. Tú estabas de viaje de negocios en Nueva York —aclaró a un Henry expectante—. Al igual que hoy, hacía calor y, como ya os he dicho antes, el señor Harris me rogó que le acompañara al interior. Después de entrar en el dormitorio, echó la llave con las dos vueltas y me susurró que no hiciera ruido.

» Yo recelaba. Todo era muy extraño. De repente, George me tomó la mano y la besó. La besó durante largo rato. Sentí que por primera vez sus ojos me miraban como un hombre lo hace a una mujer y no pude contener las lágrimas. Él las enjugó con nuevos besos y tiernas caricias. Después, sin mediar palabra, levantó un tablón que estaba situado dentro del armario. Me quedé

estupefacta. Ocultaba un cubículo secreto. Dentro había una caja fuerte. Antes de abrirla me hizo prometer que cumpliría sus últimas voluntades, fueran las que fuesen. Y así lo hice. Unas horas más tarde murió —añadió Francine ahogando un sollozo—. Ahora siento que por fin ha llegado el momento de satisfacer sus deseos y cumplir mi promesa.

Henry y Carol se miraron intrigados. No tenían ni idea de lo que Francine se proponía.

—Por favor, llevadme al antiguo dormitorio de George.

El matrimonio ayudó a la anciana a subir las escaleras. Tenían que parar cada poco rato porque apenas podía con el esfuerzo. Una vez dentro, les pidió que buscaran el tablón secreto. Fue complicado, porque todo el armario estaba forrado de madera, pero, después de varios intentos, lo localizaron. La oquedad estaba oscura y olía a humedad, aunque la caja se mostraba en perfecto estado. Francine se colocó unas gafas gruesas y, con dedos trémulos, giró varias veces la rueda para marcar el código. La puerta se abrió. Sustrajo una caja de terciopelo granate y se la pasó a Henry.

—Sé que no veré el amanecer y no me importa. Os agradezco en el alma estos últimos días. Han sido un sueño.

Henry levantó la tapa con extremada delicadeza. Un resplandor verdoso los dejó anonadados. Era una esmeralda casi idéntica a la que Carol había heredado de su abuela. Ambos clavaron la mirada en el ama de llaves para que se explicara.

La anciana tomó asiento sobre la cama, se aclaró la garganta y, con serias dificultades, porque cada vez le faltaba más el aire, les trasladó casi todo lo que George le dijo aquella tarde.

—Henry, ya sabes que tu abuelo estuvo durante largos años destinado en Jaipur.

—Sí, Francine. Por eso se compró aquella casa a la que íbamos de niños.

—Exacto. Y además sabrás que el padre de George, tu bisabuelo, también pertenecía al ejército.

—Lo sé. Es la tradición familiar, de solo dos generaciones, que mi padre y yo nos encargamos de incumplir.

—Bueno, los Harris estaban muy orgullosos de haber alcanzado los altos mandos del ejército, pese a provenir de una familia de comerciantes. Por eso, a George le rompió el corazón que ninguno de los dos vistierais uniforme. A lo que voy, el padre de tu abuelo, que también se llamaba George, sirvió a la Corona en la provincia de Uttar Pradesh, en la ciudad de Agra. Allí se instaló nada más casarse con una joven damisela de Durham, tan bella como frágil. Todo el mundo le advirtió que la pobre chica no aguantaría ni dos meses en un lugar como la India, pero estaba tan enamorado, que no atendió a razones y se la llevó. Tres semanas después se quedó viudo. Al final del luto volvió a casarse; esta vez con la hija de un general. Se trataba de una mujer enérgica que había crecido en la colonia durante el Raj británico y estaba muy acostumbrada a sus peculiaridades. Tuvieron cinco hijos. De todos ellos, solo dos llegaron a la edad adulta: Charles y George.

» Su esposa, Elisabeth, era una mujer digamos… singular. No es que fuera mala esposa, o que no cumpliera con sus deberes como madre, pero era gélida. Tu abuelo me contó que siempre se dirigía a ellos en tercera persona. «¿Cree usted que al señorito George le complacería desayunar con su madre?» o «¿Piensa que le parecería adecuado al señor Harris salir a cenar al club con la señora Harris esta tarde?», ese era el tipo de frases que utilizaba cuando se sentía comunicativa y cariñosa, que no es que fuera muy a menudo. Así

que, tu bisabuelo, que arrastraba un corazón malherido y muy necesitado de afecto, se vio forzado a buscarlo en otro sitio.

—¿Engañó a mi bisabuela? —preguntó Henry, desconcertado.

—Así es. La engañó repetidas veces, pero siempre con la misma mujer.

Francine tuvo que parar un momento para poder tomar aire. Le estaba costando un triunfo pronunciar cada palabra.

—¿Quién era ella? —quiso saber Carol.

Henry la miró con reprobación. No estaba bien instigar así a una pobre moribunda. ¿Es que no se daba cuenta de que se ahogaba? Pero Carol estaba tan impactada por la aparición de la gema, que no podía evitar mostrarse impaciente. Francine se repuso rápido y reinició la conversación.

—Era una noble india. Una sobrina, o algo así, de un marajá. Se llamaba Mehr. Por lo visto, estaban locamente enamorados. Fue ella la que le regaló la piedra a tu bisabuelo.

Henry miró a Carol con ojos incrédulos. Parecía una broma que esa esmeralda, tan parecida a la de Elvira, llegara hasta él. Ambos estaban perplejos y necesitaban más información.

—¿Recuerdas si el abuelo te contó algo sobre la esmeralda? —inquirió Henry— sin darse cuenta de que ahora era él el ansioso y Carol, la que, con gesto severo, le pedía calma.

—Aquella noche, mi querido George me dijo muchas cosas; algunas prefiero guardármelas para mí. Son demasiado personales. En cuanto a la gema, me narró una historia muy hermosa, una especie de leyenda. No sé cuánto tendrá de real.

» Según parece, esta piedra se extrajo junto con otras dos de una misma veta. El emperador musulmán Shah Jahan, o algo así, encargó tres tallas idénticas para regalar a tres de sus nueras. Por

entonces estaba enfermo y sus hijos conspiraban en la sombra para arrebatarle el trono. Con las esmeraldas pretendía lograr el aprecio de las favoritas de los tres conspiradores con más probabilidades de ganar. Conocía la poderosa influencia que ejercían sobre sus maridos y, en esos momentos de incertidumbre, necesitaba ganarse a alguien que intercediera por él en el caso de que el complot de uno de ellos triunfara.

—¡Dios mío! —gritó instintivamente Carol, a la vez que se tapaba la boca para que no se la oyera demasiado.

Francine no pareció notar la inquietud de sus acompañantes, que se intercambiaban miradas de sorpresa, y, después de beber un sorbo del vaso de limonada que Henry había dejado sobre la mesilla, continuó con la historia.

—Aun así, de poco le valió al pobre, porque se pasó los últimos años de su vida preso en sus aposentos del palacio, aunque al menos no le mataron. Puede que al final alguna de sus nueras sintiera verdadero afecto por él. El caso es que, según le contó a George su padre antes de dársela, esta esmeralda pertenecía a una de las favoritas. Creo recordar que se llamaba Dilras Banu. Dilras, cuando llegó su hora, se la entregó a su hija más amada, segura de que la piedra la protegería de las intrigas palaciegas. Y parece que así empezó la tradición, generación tras generación. La esmeralda pasó de padres a hijos, de esposos a esposas; se transfirió de un hermano a otro; se la regalaron entre amigos o, como en el caso de tu bisabuelo, entre amantes. No se tenía en cuenta el parentesco, ni siquiera el credo. Solo importaba el amor. Ahora es tuya.

—¿Por qué George no se la entregó a mi padre? ¿Es que no le quería?

—Querido Henry, tú abuelo no estaba muy orgulloso de la manera de proceder de Will. Le quería muchísimo, pero no confiaba en él. Pensaba que escondía demasiado rencor en su corazón y no la valoraría. Temía que terminara vendiéndola. Me dijo que esta esmeralda era símbolo del amor eterno y que solo por amor podría entregarse. Cualquier tipo de amor valía. Así que me la regaló a mí, sonriendo ante mi expresión de incredulidad, acariciando mi mejilla como jamás me habría atrevido a soñar. La depositó sobre la palma de mi mano, rozó con su boca mis labios y me dijo que, a partir de ese momento, era mía. Luego me hizo prometer que yo haría lo mismo en el futuro: entregarla solo por amor.

Henry se había quedado mudo. Francine estaba haciéndole una ofrenda de amor. Se abrazó a ella, agradeciendo sin palabras toda la ternura, el cariño y el afecto con los que le había obsequiado a lo largo de su vida. Una vida de renuncia que ahora llegaba a su fin.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con la piedra? —preguntó, esforzándose por contener las lágrimas.

—Lo mismo que yo: regalarla, como símbolo de amor eterno, al final de tus días. Solo así continuará dando paz y protección a quien la posea.

Henry agarró la caja con manos temblorosas. ¿Sería posible que la esmeralda de Elvira estuviera relacionada con la de George? Parecían iguales. Si era así, ¿existía alguna razón por la que esta esmeralda llegaba a él, o era una simple casualidad?

Carolina iba a decir algo. Docenas de preguntas se le amontonaban en la garganta y necesitaba las respuestas. ¿Qué ocurrió con las otras dos esmeraldas? ¿A qué familia pertenecía la enamorada del padre de George? ¿Dónde vivía cuando le regaló la gema? ¿Cómo era? ..., pero decidió callarse. No consideraba

conveniente alterar a la enferma con asuntos que no sabría solucionar.

Dos días más tarde enterraron a Francine en el mismo camposanto en donde hacía tiempo que la esperaban George y William. A última hora del día cogieron el vuelo de regreso a Madrid y al día siguiente ya cenaron en Los Charros. Al anochecer, después de confirmar que todos dormían en la casa, sacaron las dos esmeraldas y las colocaron sobre la cómoda. Era difícil diferenciarlas. Ambas desprendían una extraña calidez y estaban casi seguros de que procedían del mismo lugar. Se preguntaban el sentido de todo aquello, y si haberse deshecho de la otra esmeralda de Elvira tendría alguna consecuencia. Henry se dirigió a Carolina con ojos brillantes. Los tenía tan abiertos que ni siquiera pestañeaba.

—Tengo que resolver un par de asuntos de trabajo. Con lo de la pobre Francine llevo casi un mes sin pisar Londres y me esperan para supervisar el lanzamiento de la nueva campaña. Estaré de vuelta en una semana, dos como mucho. ¿Sabes lo que se me ha ocurrido para después?

—¡¿Un nuevo viaje a la India?! —exclamó ilusionada.

—Querida Carol, me lees el pensamiento. Mañana mismo compramos los billetes.

---

65 Panecillos de mantequilla.

66 *Auld Lang Syne* es una melodía muy antigua de danza escocesa a la que el poeta Robert Burns puso letra en 1788, que se escucha en momentos solemnes como El Año Nuevo, una despedida, graduaciones y funerales. Existe una versión en español.

EPÍLOGO

CARRETERA DE ANDALUCÍA, FINALES DE JUNIO DE 2007

Gonzalo pudo abrir ligeramente los ojos. Lo justo para darse cuenta de que algo lo estaba aplastando. En realidad, no sentía nada de nada, pero al ver que era incapaz de moverse, llegó a la conclusión de que estaba aprisionado entre el amasijo de hierros en el que su Land Rover se había convertido. Ni siquiera podía arrastrarse, algo se lo impedía. Tras los primeros minutos de aturdimiento, fue consciente de que estaba muy mal herido, tanto como para morir si no le atendían rápido. No recordaba dónde llevaba el teléfono. Quizá en el bolsillo del vaquero, pero le era imposible acceder a él. Tenía mucho frío. Notaba como la sangre fluía desde alguna de sus heridas, aunque no sufría ningún dolor. También percibía un olor intenso a gasolina.

Sin prisas, su cuerpo se fue aletargando y entró en un sueño apacible en el que las imágenes se le amontonaban. Veía a sus padres, a los buenos, llorando su ausencia. También a Carolina, idéntica al día que la conoció: con sus tacones de plataforma, sus preciosos rizos revueltos y esa mirada que lo conquistó nada más posarse sobre él. Después vio al malnacido que osó ponerle las manos encima. Ese cerdo que profanó su cuerpo y rompió su alma. En su delirio lo vio tendido sobre el suelo, inmóvil, lleno de heridas y golpes. Apenas se diferenciaban sus rasgos. Había intentado agredir a Carol de nuevo, pero esta vez alguien se lo había impedido y le

había dado una paliza tremenda. Entre la bruma de su cerebro reconstruyó la madrugada del veintiuno de abril. Vio cómo miraba el cuerpo indefenso con desagrado, con la superioridad de alguien que se sabe poderoso porque el otro está inconsciente, a su merced. Él solo había ido a comprobar si ese hijo de puta estaba vivo o muerto. Justo entonces descubrió el cuchillo. Estaba a su lado, semienterrado en el barro. Lo cogería y regresaría a casa.

Inmerso por completo en ese extraño sueño, divisó a lo lejos un túnel. Lo reconoció al instante. Era el túnel del que consiguió escapar hacía ya muchos años. La pérdida de sangre le amontonaba visiones a toda velocidad, las superponía y las mezclaba, y llegó a pensar que estaba en mitad de una pesadilla, pero no era así. Sus percepciones eran reales. Eran recuerdos, imágenes de vivencias que iban y venían cada vez más deprisa. Como la de él observando a Marcos, mirando al ser despreciable que había destrozado la vida de su mujer. Aquél que cinceló a fuego su carácter, aquel que después de tantos años, aún la martirizaba. Se apreciaba a sí mismo observándolo: inerme, herido, desamparado, abandonado a su suerte. Sabía que sería fácil acabar con él para siempre. Se vio encendiendo una linterna. Quería ver con claridad su rostro, ahora destrozado. Gritarle que se pudriera en el infierno. Escupirle a la cara. Se descubrió cogiendo el cuchillo, con saña. También agarró sus manos. Esas manos que habían osado acariciar a su amor, profanar su cuerpo y sus entrañas. Estaban llenas de cicatrices. Podía adivinarse que habían sufrido trabajando duro.

Vislumbró otras manos. La similitud era sorprendente. Tanto, que otra escena lejana en el tiempo y en el espacio tomó la actual y lo transportó todavía más atrás, a su infancia. A un pasado que creía olvidado. Las manos de Paco, su padre, estaban ante él, firmes,

rugosas, robustas, agresivas, implacables. Lo sacudían con fuerza y lo ahogaban. No podía respirar, no acertaba a soltarse y era incapaz de huir. Se vio cogiendo el cuchillo y clavándoselo a su padre repetidas veces en el pecho, ¿o era a Marcos? No conseguía aclararlo. Después le cortó las manos. Sin ellas, ya no podría volver a hacerle daño nunca más. Recordaba que cuando era muy niño lo intentó, pero no pudo conseguirlo. Era demasiado débil. Ahora era adulto y vigoroso, y se las había arrancado de cuajo. ¡Por fin sería libre para siempre! Se observó a sí mismo metiendo los miembros amputados en una bolsa, huyendo, dejando a la espalda la espesura del parque. Tras esta escena se le apareció el rostro de Camilo; intentaba chantajearlo. Veía sus repugnantes labios, rebosantes de saliva, articulando palabras sin sentido. Luego se observaba en su casa, introduciéndose en la intimidad de ese aprendiz de chantajista, una mañana mientras paseaba al perro. El muy imbécil ni siquiera lo notó. El frío cada vez era más intenso. Intentó mantener la consciencia. Se volvió a ver a sí mismo poniendo todas las pruebas en el lugar adecuado, aprobando la hábil actuación, llamando a la policía desde una cabina...

Ya no tenía fuerzas. Sabía que el final estaba cerca. La luz del fondo cada vez era más intensa y atrayente. Flaqueaba. No era capaz de resistirse a la voz que le llamaba al otro lado. Era la voz de su madre, la que lo trajo al mundo. Le pedía perdón y le prometía que, si cruzaba, el dolor se esfumaría para siempre. Lo último que vio de este mundo fue el rostro de Carolina, el amor de su vida. Con su bello recuerdo traspasó los límites del sendero y por fin pudo descansar.

Emma Pulido, julio 2024

Gracias por llegar hasta aquí.
Espero que te haya gustado mi novela.
Por favor, déjame una reseña con tu opinión.
Las reseñas me ayudan a escribir mejor.

AGRADECIMIENTOS

No debo ni quiero olvidar a las personas que han contribuido a hacer realidad esta segunda entrega de *Historias que se escribieron solas.*

En primer lugar, me gustaría dar las gracias de nuevo a mis dos grandes amigas María José Catalán y Susana Torres. Su paciencia y dedicación han sido importantes para la culminación de mi proyecto. Leer manuscritos en pañales o llenos de correcciones y ser capaz de ver más allá, es una ardua tarea digna de elogio. Si además el resultado son unas opiniones sinceras y unos consejos capaces de mejorar la novela, esto ya no tiene precio. Pepa además es fantástica detectando errores y un gran apoyo en este mundo tan complejo en el que últimamente me muevo.

Quería agradecer también a Jose Maza que me hablara sobre las motos Harley, sus partes, su funcionamiento y, sobre todo, el curioso mundo que las rodea. Con esta información imaginé el capítulo en el que Carol encuentra las pruebas del asesinato ocultas en un pequeño cofre accesorio en la moto.

Mamá, mi mayor agradecimiento es para ti, por ser siempre tan ordenada y cuidadosa en general y, en especial, con las pertenencias y recuerdos de nuestra familia.

Para Andrés, mi marido, el agradecimiento más largo; tan largo como ha sido y continúa siendo su ayuda; sin ella, no habría llegado a donde estoy.

Doy las gracias de nuevo a mis abuelos, por ser una fuente constante de inspiración; a mis hijas, por soportar a una madre que

pasó de estar presente en sus vidas al cien por cien a perderse eternamente entre libros y pantallas de dispositivos electrónicos. Y, por último, gracias a la vida y a la experiencia por convertir mi cabeza en una pequeña grabadora.

ASÍ NACIÓ ESTA NOVELA

Historias que se escribieron solas: La medalla de peltre ya nació con la certeza de que tendría una segunda parte. Desde el principio, quise recrear las andanzas de una familia y sus misterios a lo largo de ciento cincuenta años. La primera entrega desentraña, quizá, la época más convulsa de la historia reciente de España, desde la Restauración Borbónica hasta el final de la Guerra Civil. Con *Dos cartas para Carol,* pretendo retratar todo el vertiginoso proceso de cambio que experimentó el país y sus gentes tras el ansiado final de la dictadura. Tal vez esta segunda entrega me haya sido un poco más complicada porque transcurre en una época todavía reciente y de la que existen múltiples referencias, pero también diferentes percepciones. No obstante, creo que el hecho de que yo haya vivido en primera persona el momento me otorga un conocimiento importante a la hora de explicar cómo era la vida en aquellos tiempos, al menos para una parte de la población a la que yo pertenecía.

Las revistas de mi abuelo Benicio han vuelto a jugar un papel primordial para ambientar el contexto histórico. Vivió ochenta y cuatro años y, como amante de las palabras y de los libros que era, guardó todo a buen recaudo hasta el día de su muerte, en 1994. Desde entonces hasta hoy, ha sido mi madre la encargada de conservar en perfecto estado todas aquellas reliquias, aunque, por desgracia, muchas se perdieron en traslados. Aun así, pude

consultar varias revistas Blanco y Negro y algún Hola de los años sesenta y ochenta.

The Hulton Getty Picture Collection 1960s, 1970s, 1980s, Nick Yapp, editorial KÖNEMANN, es una interesante colección de libros con cientos de fotografías de cada década del siglo veinte, con sus respectivos pies de fotos y explicaciones sobre cada acontecimiento inmortalizado. Me han sido muy útiles para ambientar mi relato.

Para documentarme mejor sobre los años ochenta, además me he leído un libro titulado *Conversaciones con Ana Curra* de Silvia Morales, editorial Efe Eme 2021. Una charla amena entre Ana y su entrevistadora, que recomiendo para conocer de primera mano cómo los grupos musicales de la época se buscaban la vida para salir adelante y modernizar España, de manera rudimentaria, sin prácticamente ayuda de nadie.

Diversos tomos del *Anuario de Difusora Internacional* me han ayudado a rememorar los agitados años de la transición española, además de toda la década de los ochenta y noventa en España, Europa y el mundo. En cuanto a la información sobre el terrorismo en España y ETA, además de estos anuarios, me he valido de un cuadernillo de Geografía e Historia de 4º de la ESO titulado *El terrorismo en España*, editado por la Dirección General de Apoyo a Víctimas del Terrorismo, el Ministerio del Interior, el Centro Nacional de Innovación e Investigación Educativa, el Ministerio de Educación y Formación Profesional, el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo y la Fundación Víctimas del Terrorismo. Debo aquí añadir, además, mis vivencias personales, pues por entonces, cada nuevo atentado de la banda terrorista ETA, no sé si por ser muy joven, me afectaba profundamente, y sus imágenes y titulares me dejaron una huella indeleble en la memoria.

Para situarme en el ambiente de los ochenta en Irlanda del Norte, he tenido la suerte de encontrarme con el trabajo fin de grado de la Universidad Pontificia Comillas *Análisis comparativo de la lucha contra el terrorismo en Irlanda y España: IRA y ETA*, de Alicia Fernández Capilla, y director Pedro Rodríguez, 2019. Además de haber visitado yo misma la ciudad de Derry en aquellos tiempos, viviendo en primera persona la situación de conflicto que allí se respiraba. También me han sido muy útiles los documentos de *Trabajo, Política y Gestión*, Universidad Carlos III de Madrid, Instituto de Política y Gobernanza (IPOLGOB) Departamento de Ciencia Política y Sociología, área de Ciencia Política y de la Administración, 19/2009: *El conflicto tribal en Irlanda del Norte* de Javier Ruiz Martínez y una publicación en internet del *Museo de Free Derry* que resume muy bien el conflicto de Irlanda del Norte y la situación de las clases obreras que trabajaban en las fábricas de Derry durante los años del enfrentamiento.

Ha sido muy importante para este proyecto también la serie *Derry Girls,* de Lisa McGee, producida por Hat Trick Productions entre 2018 y 2022, que transcurre en dicha ciudad durante los años noventa, y que es una muestra fidedigna de lo que entonces pasaba por allí. El resto de los paisajes y lugares de Irlanda los he basado en mis viajes a la zona en aquellos tiempos, el largometraje *El hombre tranquilo,* que he visto varias veces, y algunos artículos de revistas como el de la revista *VIAJAR* sobre Cong, el pueblo en donde transcurre la película mencionada.

Principio del formulario *Los homosexuales en Barcelona bajo el franquismo. Prostitución, clase social y visibilidad entre 1956 y 1980* Geoffroy Huard Université de Cergy—Pontoise (França) Presentació: 19 nov. 2014 | Acceptació: 29 des. 2015 | Publicació: 15 des. 2016,

me ha servido para informarme sobre diversos aspectos de la prostitución de homosexuales en Barcelona en la época en la que Huamán llega a la ciudad.

Para la parte que transcurre en la India y Pakistán, además de Wikipedia y mis propios viajes, me he servido de los siguientes documentos: *Journal of Indian History* (pág. 28). University of Kerala (Department of History), University of Allahabad (Department of Modern Indian History), University of Travancore, publicado por el Department of Modern Indian History en 1963. La publicación del Blog Bitácora Internacional de la Facultad de Derecho de Lima, *INDIA Y PAKISTÁN A 70 AÑOS DE LA INDEPENDENCIA Y CRISIS TERRITORIAL.* Mis conversaciones con nuestro gran guía turístico, Rey, en un ilustrativo viaje a la India, y diferentes artículos de prensa que me han ayudado a conocer mejor la situación de la India en el momento de su independencia.

En lo referente a Londres, viajé varias veces a finales de los ochenta a la ciudad y yo misma visité todos los lugares, incluidos mercadillos, de los que hablo en el libro. El tema de las asociaciones gremiales lo descubrí hace unos diez años, cuando vivía en Inglaterra y socializaba con personas que pertenecían a uno de los gremios y que me explicaron el funcionamiento de estos. Estas personas no tienen nada que ver con los personajes de mi novela, ni son del gremio de veleros, pero me ilustraron muy bien sobre estas asociaciones tan desconocidas fuera de Londres. También consulté varios blogs en internet, incluido *Seal & Scribe the Great 12 Livery Companies of the City of London & their Coat of Arms.* Por último, me gustaría añadir una publicación, *The World History Enciclopedia* sobre gremios medievales, que también me sirvió para documentarme sobre este asunto.

En definitiva, Wikipedia, Google, varios libros y tesis universitarias, las diferentes publicaciones y libros de mi abuelo y, sobre todo, mis viajes y vivencias de la época han constituido la base sobre la que he podido hacer realidad *Dos cartas para Carol.*

SOBRE LA AUTORA

Emma Pulido se licenció en Ciencias de la Información (periodismo) por la Universidad Complutense de Madrid en 1991. Posteriormente se especializó en información ecológica y medioambiental en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes de la Universidad Politécnica de Madrid. Nada más terminar sus estudios realizó varias colaboraciones y prácticas en medios de comunicación locales. Titulada en 2024 en corrección de textos por la Universidad Antonio de Nebrija, siempre está en permanente evolución. En 1988 obtuvo el primer premio de poesía de la hoy Universidad CEU San Pablo (entonces colegio universitario). A los ocho años escribió su primer cuento. Se titulaba *El árbol de los cien años.* Desde entonces no ha dejado de escribir. Durante veinticuatro años se dedicó a la educación y cuidado de sus tres hijas. Cuando la menor se matriculó en la universidad, por fin pudo entregarse a lo que más le gusta: escribir*. Dos cartas para Carol* es su segunda novela. En ella, la autora se centra en la vida de los descendientes de Elvira, protagonista de *La medalla de peltre.*

@emmapulidoescritora